

Edward W. Said

La cuestión palestina



Este inteligente ensayo, publicado por vez primera en 1979, fue pionero al abrir un serio debate, desde el punto de vista palestino, sobre el conflicto que desde hace más de sesenta años desangra Oriente Próximo.

Said, con el rigor, inteligencia y claridad que caracterizan su obra, presenta los orígenes del enfrentamiento entre los dos pueblos, israelí y palestino, y las consecuencias que este provoca en la vida de los ocupantes, los ocupados y la comunidad

internacional. Edición revisada y actualizada por el autor, con motivo de los Acuerdos de Oslo, que consideraba una rendición del pueblo palestino.



Edward W. Said

La cuestión palestina

ePub r1.0

turolero 30.09.15

Título original: *The question of Palestine*

Edward W. Said, 1979

Traducción: Francisco J. Ramos Mena

Editor digital: turolero

Aporte original: Spleen

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

In memoriam

Farid Hadad

Rashid Husein

Prefacio a la edición de 1992

Este libro se escribió entre 1977 y 1978 y se publicó en 1979. Desde entonces han ocurrido muchas cosas, incluida la invasión israelí del Líbano en 1982, el inicio de la Intifada en diciembre de 1987, la crisis y la guerra del Golfo en 1990 y 1991, y la convocatoria de una conferencia de paz para Oriente Próximo a finales de octubre y principios de noviembre de 1991. Si a esta extraordinaria mezcla de acontecimientos se añaden sucesos tales

como los profundos cambios acaecidos en la Europa del Este y la disolución de la Unión Soviética, la liberación de Nelson Mandela, la independencia de Namibia, el final de la guerra de Afganistán, y, por supuesto, ya en el ámbito regional, la revolución iraní y sus secuelas, el resultado es que estamos en un mundo nuevo, aunque no por ello menos peligroso y complejo. Y, sin embargo, de manera extraña y lamentable, la cuestión palestina sigue sin resolver y sigue pareciendo tan insuperable como ingobernable.

Dos décadas después del Septiembre Negro (1970), los principales rasgos de la vida palestina

continúan siendo la desposesión, el exilio, la dispersión, la privación de derechos (bajo la ocupación militar israelí), y —en ningún caso en último lugar— la resistencia extraordinariamente generalizada y tenaz frente a tales penalidades. Miles de vidas perdidas y muchas más irreparablemente dañadas no parecen haber mermado el espíritu de resistencia que caracteriza a un movimiento nacional que, pese a sus numerosos avances a la hora de obtener legitimidad, visibilidad y un enorme apoyo para su gente asombrosamente contra todo pronóstico, no ha descubierto un método para detener o

frenar la implacable tentativa israelí de apoderarse de cada vez más y más territorio palestino (además de otro territorio árabe). Pero la discrepancia entre los importantes avances políticos, morales y culturales, por una parte, y, por la otra, el monocorde bajo continuo de la enajenación de tierras, constituyen hoy el núcleo del dilema palestino. Calificar esta discrepancia de irónica en términos estéticos no equivale en absoluto a reducir o trivializar su fuerza. Antes al contrario: lo que para muchos palestinos representa, o bien una crueldad incomprensible del destino, o bien un indicador de lo pésimas que son sus perspectivas de resolver sus

reivindicaciones, puede entenderse precisamente si se considera la ironía como un factor constitutivo de sus vidas.

Paradoja e ironía: La OLP y su entorno

Después de la guerra del Golfo, el secretario de Estado norteamericano James Baker realizó una serie de ocho viajes a la región y estableció satisfactoriamente las principales directrices de una conferencia de paz encaminada a resolver el conflicto árabe-israelí en general y el componente palestino-israelí de dicho conflicto en particular. Parece ser que en los estados árabes que visitó, todos los altos funcionarios con los que habló le

dijeron que no cabía esperar ninguna mejora en las relaciones —básicamente inexistentes— de los estados árabes con Israel mientras no se abordara en serio la cuestión palestina. Sin embargo, al mismo tiempo todos los estados árabes de la coalición mostraban su rechazo a la OLP, los palestinos de los Territorios Ocupados experimentaban dificultades aún mayores debido a la interrupción de los fondos procedentes del Golfo, y la situación de los palestinos residentes en los estados del Golfo se hacía precaria. De manera especialmente dramática, toda la comunidad palestina de Kuwait afrontaba graves tribulaciones, y la tortura, la deportación, las detenciones

arbitrarias y las ejecuciones sumarias estaban a la orden del día. Dejando aparte las incalculables pérdidas materiales para esta comunidad y para quienes dependen de ella en los Territorios Ocupados, estaba el hecho adicional de que las restauradas autoridades kuwaitíes anunciaron que no se permitiría volver a los residentes palestinos que habían abandonado Kuwait durante la ocupación iraquí, dejando así a cientos de miles de refugiados en una Jordania ya seriamente agobiada. Los que se quedaron se enfrentan ahora a duras medidas, entre ellas nuevas deportaciones y encarcelamientos.

Así, la pretendida centralidad moral y política de la cuestión palestina en el discurso oficial árabe se ve cuestionada por la relación real entre los palestinos como personas de carne y hueso, comunidad política y nación, por una parte, y los estados árabes, por la otra. Esta particular contradicción nos retrotrae a 1967, puesto que el surgimiento del movimiento palestino tras la guerra de junio se vio alimentado por el deseo de compensar la pésima actuación de los ejércitos árabes contra Israel. En un importante sentido, pues, la crítica y casi abrasiva relación entre la actividad palestina y el sistema estatal árabe es estructural, no secundaria. El

auge de la OLP a finales de la década de 1960 trajo consigo actitudes tales como una atrevida franqueza, un insólito y nuevo cosmopolitismo en el que figuras como Fanon, Mao y Guevara se introdujeron en el lenguaje político árabe, y la audacia (quizá incluso presunción) propia de un movimiento político que se presentaba como capaz de hacer las cosas mejor que muchos de sus benefactores y patrocinadores.

Pero no deberíamos malinterpretar esta relación estructuralmente crítica y hablar de ella sólo como una relación antitética. Es cierto que, cuando pensamos en el conflicto entre el ejército jordano y los grupos

guerrilleros palestinos en 1970 y 1971, o en los diversos combates entre la OLP y el ejército libanés a principios de la década de 1970, o en las terribles matanzas de Sabra y Chatila en 1982, o en el actual antagonismo entre la OLP, Egipto, Arabia Saudí, Kuwait y, por supuesto, Siria, las tensiones implícitas realmente parecen haber adoptado formas dramáticamente desagradables. Pero existe toda una dimensión distinta que también debe ser recordada. Cualquier palestino sabe que su principal base de apoyo es árabe y que su lucha se da en un contexto abrumadoramente árabe e islámico. Así pues, no es menos importante en esta

relación crítica la simbiosis y la solidaridad entre las causas árabe y palestina, el modo en que, por ejemplo, Palestina ha llegado a simbolizar lo mejor y más vital de la tradición de cooperación, la energía dramática y el espíritu panárabes.

Pero también aquí la paradoja y la ironía son evidentes. No cabe duda de que la OLP posterior a Shukeiri que durante dos décadas ha pasado a estar dominada por Yasir Arafat al principio se veía a sí misma como un movimiento arabista en el sentido nasserista. Pero ya desde un primer momento la organización se implicó en al menos otros tres, y quizá hasta cuatro o cinco

círculos o ámbitos de influencia regional e internacional, no todos ellos congruentes entre sí, ni todos ellos básicamente similares. El primero fue el golfo Pérsico, que desde 1948 ha tenido un papel central en la economía y la demografía del avance palestino. Esto no sólo comportó la perspectiva política en gran parte conservadora de muchos de los gobernantes de los países del Golfo, en un acercamiento a la OLP que duró años, sino también dos otros factores, cada uno de los cuales supuso una inflexión ideológica de carácter significativo: el dinero y el islam sunní. El segundo fue la Revolución iraní de 1979, y el inmediato vínculo forjado

entre el régimen de Jomeini y la OLP. Esto supuso el importante apoyo estatal para Palestina de una rama no árabe del islam shií, vinculado a un cuasimilenarismo en extremo inestable que se vería alarmantemente reflejado en la formación de sectores entre los miembros de la OLP. Y si la convergencia iraní no bastaba, quedaba un tercer elemento, el eslabón orgánico entre la lucha palestina y la mayoría de los movimientos progresistas de oposición en el seno del mundo árabe, desde los marxistas, nasseristas y grupos musulmanes egipcios hasta toda una serie de partidos, grandes y pequeños, personalidades y corrientes de opinión

en la región del Golfo, el Creciente Fértil y el norte de África.

El cuarto, y particularmente llamativo, es el mundo de los movimientos de independencia y liberación. Un día, la historia de intercambio y apoyo entre la OLP y grupos tales como el Congreso Nacional Africano (CNA), la Organización Popular de África del Sudoeste (SWAPO), los sandinistas y los grupos revolucionarios iraníes contra el *sha*, formará un extraordinario capítulo en la lucha del siglo XX contra las diversas formas de tiranía e injusticia. Nada tiene de sorprendente que Nelson Mandela, por ejemplo, afirmara públicamente que

la oposición al *apartheid* y la adhesión a la causa palestina representaban esencialmente un esfuerzo común, ni lo tiene tampoco que hacia finales de la década de 1970 no hubiera una sola causa política progresista que no se identificara con el movimiento palestino. Asimismo, cuando se produjo la invasión libanesa y la Intifada, Israel había perdido ya prácticamente toda la primacía política de la que antaño había gozado: ahora era Palestina y su gente las que se alzaban con la superioridad moral.

Lo importante de todas estas confluencias, a menudo desconcertantes, no es que funcionaran mal o bien, sino el

mero hecho de que funcionaran, considerando el enorme número de fuerzas extremadamente desestabilizadoras latentes en las relaciones entre los palestinos y una serie de estados árabes. Aun así, y como sostengo en este libro, cabe interpretar grandes tramos de la historia desde 1970 como derivados de coyunturas que primero se mantienen, después se dejan de lado con animosidad y recriminación, para luego a veces reactivarse. La relación palestino-jordana a principios de la década de 1970 fue profundamente antagónica, con una gran pérdida de vidas y propiedades; más o menos una década después se había vuelto cordial,

por más que cautelosa, con una entente jordano-palestina lo suficientemente beneficiosa para las dos como para permitir una reunión en Ammán del Consejo Nacional Palestino (CNP) en 1984, la idea de una delegación conjunta palestino-jordana en la ONU, y hasta la confederación y una delegación conjunta en las negociaciones de paz de 1991-1992. La presencia de Siria en el movimiento ha sido igualmente oscilante, aunque no siempre tan comprensiva: varias reuniones del CNP se celebraron en Damasco, y en los primeros días de la guerra civil libanesa hubo una alianza militar; pero desde que las relaciones se agriaron, a principios

de la década de 1980, no se han restablecido. Con Egipto e Irak nunca ha habido conflicto armado, pero sí serios altibajos, el más reciente de los cuales ha enemistado a la OLP y El Cairo, en parte debido a la alianza de la OLP con Irak, que se inició mucho antes del 2 de agosto de 1991, y que vino motivada por el distanciamiento con respecto a la postura de apoyo a Palestina por parte de los principales estados árabes a mediados de la década de 1980. En cuanto al Líbano, aquí la historia es realmente enmarañada, con los representantes de los estados árabes, Irán o Israel, además de las milicias y partidos locales, engatusando o

combatiendo activamente a los palestinos, que fueron expulsados oficialmente en 1982 y que (en el momento de redactar estas líneas) han regresado de nuevo, aunque adaptándose con dificultad al Líbano posterior a Taif administrado en la práctica por el ejército sirio.

Dos temas emergen de esta historia de cambios en un entorno extremadamente incierto pero inevitablemente apasionante. El primero es la ausencia de un aliado estratégico del nacionalismo palestino. El segundo complementa en cierta medida al primero, a saber, la presencia indudable durante décadas de una voluntad política

palestina relativamente independiente. Y, de hecho, el camino, enormemente intrincado, recorrido por el movimiento nacional palestino sugiere que esa voluntad fue arrebatada del entorno. Así, en la cumbre de Rabat de 1974, celebrada inmediatamente después de la guerra de octubre, se calificaba a la OLP como «el único representante legítimo del pueblo palestino». En la reunión del CNP mantenida en 1984 en Jordania, la idea que se celebraba era que, tras la funesta implicación palestina con el ejército sirio en el norte del Líbano, los palestinos *podían* mantener una reunión del Consejo Nacional pese a la proximidad de Siria y las pretensiones

de su líder de ostentar la hegemonía de la estrategia regional. Pero el ejemplo más notable del ejercicio de independencia palestino fue la reunión del CNP celebrada en 1988 en Argel, durante la cual se forjó un compromiso histórico para los palestinos, que ahora veían su lucha por la autodeterminación localizada en una Palestina dividida; al mismo tiempo, en Argel se declaraba también un Estado palestino guiado por una serie de principios constitucionales ilustrados y absolutamente laicos.

Cambios y transformaciones

Creo que no debemos menospreciar la impresionante generosidad de la visión, la audacia de determinados pasos y la valentía de ciertas formulaciones que han ido surgiendo en la medida en que se ha ido forjando poco a poco la voluntad palestina. En otras palabras, no ha sido una cuestión sólo de que los palestinos se adaptaran a la realidad, sino, a menudo, de anticiparse de hecho o de transformar dicha realidad. Por la misma regla de tres, sería un error negar

los efectos educativos del contexto internacional en el carácter de la política palestina.

El resultado más apreciable de esos efectos internacionales fue, obviamente, la transformación de un movimiento de liberación en un movimiento de independencia nacional, ya implícita en 1974 en la idea del CNP de un Estado y una autoridad nacional. Pero hubo otros cambios importantes, como la aceptación de las resoluciones 242 y 338 de las Naciones Unidas (innecesariamente estigmatizadas por parte de los oradores palestinos como la maldad encarnada durante casi una generación), un período de

realineamiento con Egipto después de Camp David, y la aceptación del Plan Baker en 1989-1990. Cuando se comparan estos acuerdos con la historia de obstinados rechazos que los precedió, uno se sorprende al ver que, dado el contexto intensamente vivido de pérdida y sufrimiento palestinos, esas declaraciones e indulgencias palestinas destacan por su distinción cualitativa y por la genuina esperanza que comportan para la reconciliación con el Estado judío. Contienen un proyecto a largo plazo para un acuerdo político, antes que militar, con un enemigo difícil, dada la conciencia adquirida a lo largo del camino de que en realidad ni israelíes ni

palestinos tienen una opción militar frente al otro. Pero lo que también destaca es el carácter implacable de la negativa israelí a reconocer, tratar o llegar a cualquier clase de entendimiento con el nacionalismo palestino.

Es necesario subrayar este punto. Aunque uno habría deseado que la aceptación palestina de la Resolución 242 hubiera tenido lugar una década antes, en la época en que se publicó por primera vez este libro —en 1979-1980—, o que hubiera habido un tono menos estridente en la retórica palestina sobre «la lucha armada» durante los años setenta y ochenta, o que

los palestinos hubieran considerado que su papel era, de hecho, el de unificar el mundo árabe en lugar de dividirlo aún más (sobre todo durante la crisis del Golfo), no cabe duda de que el objetivo total de la política palestina se ha ido moderando, antes que intensificando, en sus demandas y sus sueños. El hecho es que, bajo Arafat, la política palestina se ha desplazado de la periferia al centro de un consenso internacional sobre la coexistencia con Israel, así como sobre la existencia del Estado y la autodeterminación; al mismo tiempo, la postura israelí ha ido en la dirección opuesta, pasando de la astuta moderación aparente de los gobiernos

laboristas al extremismo maximalista cada vez más duro de los posteriores gobiernos dominados por el Likud a partir de 1977. Hoy, por ejemplo, los grandes fanáticos e ideólogos de la extrema derecha israelí como Shamir, Sharon y Arens parecen casi centristas en un gabinete que incluye a Yuval Neeman y a un representante del partido Moledet, que suscribe abiertamente la «transferencia» masiva de palestinos fuera del territorio de Palestina. Así, la presencia de Arafat ha estabilizado el curso de la política palestina —la ha domesticado, dirían algunos—, mientras que en Israel ha ocurrido exactamente lo contrario desde que el gobierno de

Menahem Begin asumiera el poder en 1977. Y resulta pertinente señalar el hecho de que, cuando aquí hablamos de la política palestina bajo Arafat, nos estamos refiriendo no sólo a un puñado de pacifistas o progresistas de la oposición, sino a la corriente principal palestina, formalizada y convergente en las declaraciones del CNP, que representa a la nación palestina en su más alto nivel legislativo y político.

Con este cambio se ha producido también una inversión de papeles en el nivel discursivo y simbólico, sobre la que más adelante tendré más cosas que decir. Ya desde su fundación en 1948, Israel ha disfrutado de un asombroso

predominio en materia de erudición, discurso político, presencia internacional y valorización. Se consideraba que Israel representaba lo mejor de las tradiciones occidental y bíblica. Sus ciudadanos eran soldados, sí, pero también granjeros, científicos y artistas; su milagrosa transformación a partir «de una tierra árida y vacía» fue objeto de la admiración universal, etcétera, etcétera. Mientras tanto, los palestinos eran o bien «árabes», o bien criaturas anónimas de una clase que sólo podía perturbar y desfigurar una narrativa maravillosamente idílica. Y lo que es aún más importante: Israel representaba (por más que no siempre

hiciera ese papel) una nación en busca de la paz, mientras que los árabes eran belicosos, sanguinarios, propensos al exterminio y presas de una violencia irracional, más o menos por siempre jamás. Hacia finales de la década de 1980, esas imágenes pasaron a ajustarse más a la realidad por medio de una combinación de contraataque agresivo, erudición e investigación excelentes, resistencia política de una clase que la Intifada elevó a un nivel muy alto, y, desde luego, la creciente brutalidad y la vacuidad y el negativismo políticos ofrecidos por el Israel oficial. Aunque la mayor parte de ello se debiera a la actividad palestina, es muy importante

señalar aquí la notable contribución de muchos judíos, e incluso de grupos e individuos sionistas, tanto dentro como fuera de Israel, los cuales, mediante la erudición revisionista, la valentía de hablar claro en materia de derechos humanos y la realización de una activa campaña contra el militarismo israelí, ayudaron a hacer posible el cambio.

Hay otro factor que debe agregarse a este análisis del cambio: el crucial papel desempeñado por los Estados Unidos de América. Una forma de ver cómo la selectiva presencia estadounidense de comienzos de la década de 1970 se ha metamorfoseado en lo que sin duda representa la

presencia institucional más masiva de cualquier potencia extranjera en la moderna historia de Oriente Próximo es comparar el papel de Henry Kissinger en la era de Nixon, por una parte, con la cimentación de una alianza estratégica entre Israel y Estados Unidos durante los años de Reagan, por la otra. Kissinger llevó a cabo su diplomacia itinerante y ejerció su papel de hombre de Estado con ruidosa fanfarria. Es cierto que ayudó a negociar el final de la guerra de 1973, y desde luego fue el artífice de Sinaí II, como lo llamaron en 1975; y ciertamente sentó las bases del acuerdo de Camp David. Pero por más que Estados Unidos ofreciera a Israel un

masivo reabastecimiento bélico en 1973, y por más que hubiera asociaciones y toda clase de esfuerzos conjuntos entre los dos países, la presencia de la Unión Soviética, así como el hecho de que Estados Unidos velara activamente por sus intereses en algunos de los estados árabes, evitaron que se produjera de hecho algo parecido a una conexión institucional entre ambos países. Así, durante los años setenta, mientras Richard Nixon se involucraba en el Watergate y Kissinger parecía incansable en sus autopromociones y peregrinaciones, Israel no constituía el foco principal de la atención estadounidense; las partidas de ayuda

eran altas, pero aún no astronómicas; la competencia entre Egipto e Israel todavía mantenía interés; y la guerra fría, Latinoamérica y Vietnam representaban aún importantes prioridades.

Hacia el final del período que había llevado a Ronald Reagan a la presidencia en 1980, las cosas eran muy distintas. Egipto e Israel iban de la mano en todo lo concerniente a la legislación de ayuda exterior y, en cierta medida, a la percepción pública. Alexander Haig había dado luz verde a Israel en el Líbano (comparemos esto con la severa advertencia de Jimmy Carter al gobierno Begin, durante su incursión libanesa de

1978, de que el ejército israelí tenía que marcharse, algo que hizo de inmediato). Cuando George Shultz asumió el cargo de secretario de Estado, en el verano de 1982, se habían sentado las bases de la mayor ayuda exterior, asistencia militar y apoyo político casi incondicional acordado entre Estados Unidos y un gobierno extranjero. Y todo esto mientras la expropiación de tierra palestina por parte de Israel proseguía a buen ritmo, mientras miles de palestinos perdían la vida a causa de la violencia israelí, y mientras la ilícita ignorancia de Israel de las resoluciones de las Naciones Unidas, las convenciones de Ginebra y La Haya, y las normas

internacionales sobre derechos humanos, se mantenía inmutable. Aunque esta práctica se había iniciado ya cuando Daniel Moynihan era el embajador estadounidense en la ONU, ahora Estados Unidos se había quedado solo apoyando a Israel en esta organización mundial, a menudo desafiando al sentido común y a la humanidad con posturas vergonzosas. En el verano de 1982, mientras proseguía el asedio israelí de Beirut, con literalmente cientos de incursiones aéreas descontroladas y la ciudad privada de suministro de electricidad, agua, alimentos y medicinas, la resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que

conminaba a Israel a permitir el paso de provisiones humanitarias fue vetada por Estados Unidos alegando que resultaba «desequilibrada».

Los mejores indicadores *norteamericanos* de lo cerca que habían llegado a estar los dos países fueron, en primer lugar, las declaraciones del jefe del Comité de Asuntos Públicos de Estados Unidos-Israel (AIPAC) en el sentido de que durante el período Reagan el Congreso estadounidense había sido el más proisraelí de toda la historia (y aquel cuyos miembros habían sido más sancionados si no cumplían con la actitud predominante, como fue el caso del congresista Paul Findley y el

senador Charles Percy, ambos de Illinois); y, en segundo lugar, el hecho de que la ayuda estadounidense hubiera aumentado en progresión geométrica, pasando de 70 millones de dólares anuales a finales de la década de 1960 a más de 5100 millones de dólares anuales quince años más tarde. El total estimado en la ayuda proporcionada a Israel entre 1967 y 1991 es la asombrosa cifra de 77 000 millones de dólares. Y estos números no dicen nada sobre asuntos tales como el intercambio de información de inteligencia (que la detención de Jonathan Pollard en 1986 parece haber hecho muy poco por limitar o someter a un mayor control), la

planificación militar estratégica, y toda clase de actividades conjuntas con los regímenes menos edificantes del Tercer Mundo (tal como documentarían los investigadores Jane Hunter y Benjamin Beit-Hallahmi).

Los extraordinarios poderes intervencionistas de Estados Unidos en Oriente Próximo adquirieron una visibilidad aún más espectacular y destacada en episodios como, por ejemplo, la fructífera negociación del presidente Carter de los Acuerdos de Camp David, con la consiguiente devolución del Sinaí a Egipto y un tratado de cuasinormalidad entre Egipto e Israel, y, obviamente, la intervención

militar estadounidense en la región del Golfo en agosto de 1991, tras la invasión y la anexión ilegal de Kuwait por parte de Irak. Nunca antes se habían llevado tantas tropas estadounidenses a la zona (las incursiones en el Líbano de 1958 y 1982-1983 palidecen en comparación), y jamás desde las invasiones mongolas del siglo XIII se había causado tanta devastación a un Estado soberano árabe por parte de una potencia extranjera. Así, para bien o para mal, y como si fuera un hecho natural, Estados Unidos no cuenta con oposición alguna por parte de ninguna potencia estatal significativa en Oriente Próximo. Su enorme interés en el

petróleo del Golfo, el estatus político (básicamente inmóvil) de la zona y su influencia geoestratégica favorable sobre toda ella: nada de todo esto está ahora seriamente en peligro. Sólo el descontento que bulle en el seno de diversos grupos desfavorecidos o marginados —sobre todo, obviamente, las asociaciones islámicas— tiene todavía el potencial de complicar algo las cosas y (lo que es menos probable) darles un giro radical, como en Argelia y Sudán. Sólo en su escandalosa complicidad con Israel, en la violación de las resoluciones de las Naciones Unidas, los malabarismos de doble rasero de Estados Unidos lo colocan

(incluso ante sus más fieles aliados, Arabia Saudí y Egipto) en una situación embarazosa y de perpetuo descontento.

Los palestinos y el discurso occidental

Por lo que respecta a la conciencia occidental de los derechos palestinos, es notable que las cosas empezaran a mejorar desde el momento en que la OLP apareció como el auténtico líder del pueblo palestino. Algunos comentaristas expertos, como Thomas L. Friedman del *New York Times*, han argumentado que los palestinos deben su nuevo y relativamente prominente lugar en la conciencia occidental al hecho de que

sus adversarios fueran judíos israelíes; pero lo cierto es que el cambio ha ocurrido debido a todo lo que los palestinos han hecho constructivamente para cambiar su estatus, y debido a todo lo que se ha hecho como respuesta por parte de los judíos israelíes. Por primera vez, los palestinos pasaron a ser tratados por los medios de comunicación como independientes del colectivo de los «árabes»; ese fue uno de los primeros resultados del período 1968-1970, cuando Ammán estaba en el ojo del huracán. A partir de entonces fue Beirut el que atrajo la atención de los palestinos. El punto culminante de ese período fue el asedio israelí de Beirut,

que duró desde junio hasta septiembre de 1982, con su espantoso resultado: las matanzas de los campamentos de refugiados de Sabra y Chatila a mediados de septiembre, justo después de que el cuerpo principal de combatientes de la OLP se hubiera visto obligado a abandonar el país. Pero no era sólo que los palestinos se defendieran, tal como hicieron; era también el hecho de que proyectaban una visión, si no siempre un programa claro, y encarnaban en sus propias vidas a una nación en el exilio antes que un impreciso conjunto de individuos y grupos en pequeña escala dispersos aquí y allá.

Está también la considerable importancia del extraordinario éxito de los palestinos a la hora de hacer que otros adoptaran su causa, explotando con inteligencia los múltiples niveles de significación relacionados con una Palestina que no era un punto geográfico concreto. Aquí resulta oportuno simplemente enumerar los lugares, tanto culturales como políticos, sobre los que se proyectó Palestina gracias a la labor movilizadora y coordinada de los palestinos y la OLP. A principios de la década de 1970, Palestina y la OLP ocupaban un papel central en la Liga Árabe, y, obviamente, en las Naciones Unidas. En 1980, la Comunidad

Económica Europea (CEE) había declarado que la autodeterminación palestina era uno de los principales puntos en su agenda política en Oriente Próximo, aunque seguía habiendo diferencias entre países como Francia, los estados escandinavos, España, Italia, Grecia, Irlanda y Austria, por una parte, y Alemania, Holanda y, sobre todo, el Reino Unido dominado por Reagan, por la otra. Mientras tanto, diversas organizaciones transnacionales como la Organización para la Unidad Africana (OUA), la Conferencia Islámica, la Internacional Socialista y la Unesco, además del Vaticano, varias entidades religiosas internacionales y una

innumerable lista de organizaciones no gubernamentales, suscribían todas ellas la causa de la autodeterminación palestina con notable énfasis, muchas por primera vez. Aunque algunos de esos grupos fueron capaces de extender dicho apoyo a sus equivalentes o filiales estadounidenses, en mi opinión existió siempre una brecha profunda entre lo que ocurría fuera de Estados Unidos y lo que ocurría dentro de dicho país, entre el abierto apoyo a la autodeterminación palestina producido en Europa y la cautelosa aceptación de los derechos palestinos en la postura estadounidense equivalente, reformulada de forma harto tortuosa para eludir la censoria policia

del pensamiento del *lobby* israelí.

Todavía ocurre en Estados Unidos que ciertos productores de televisión consultan con el cónsul israelí sobre la posible participación de invitados propalestinos en sus programas; no obstante, observemos cuán relativamente novedoso es el mero hecho de invitar a palestinos. Todavía ocurre que los grupos de presión proisraelíes organizan protestas cuando hablan los palestinos, además de publicar listas de enemigos e intentar impedir la emisión de programas de televisión. Y también ocurre que, bajo presión, artistas prominentes como Vanessa Redgrave son castigados por su posicionamiento, y

que numerosas publicaciones rechazan difundir nada que sea siquiera levemente crítico con Israel, o cualquier voz árabe o musulmana que no se haya identificado abiertamente como antiárabe y antimusulmana. Lo que pretendo indicar, pues, es la naturaleza todavía deprimida del discurso público en Estados Unidos, que se sitúa fatalmente por detrás de su equivalente en la mayor parte de Europa occidental y, desde luego, en el Tercer Mundo. El simbolismo de Palestina es todavía lo bastante potente como para suscitar entre sus enemigos una negación y oclusión totales, como, por ejemplo, cuando se cancelan representaciones teatrales o bien porque muestran

simpatía por los palestinos, o bien porque retratan críticamente el sionismo (como es el caso de *Hakawati*, del Public Theater de Nueva York, o de la obra de Jim Allen, *Perdition*, representada en el Royal Court Theatre de Londres), cuando se publican libros argumentando que en realidad los palestinos no existen (como el de Joan Peters, *From Time Immemorial*, con sus citas mutiladas y sus dudosas estadísticas), o cuando se organizan crudos ataques para retratar a los palestinos como los herederos del antisemitismo nazi.

Como parte de la campaña contra los palestinos, ha habido una despiadada

guerra semiótica dirigida contra la OLP como su representante. Baste decir que la postura israelí, de la que con demasiada frecuencia se hace eco Estados Unidos, es la de que la OLP no constituye un interlocutor válido porque es «sólo una organización terrorista». De hecho, Israel no negociará ni reconocerá a la OLP precisamente porque esta representa a los palestinos. Así (como hasta el propio Abba Eban ha reconocido), por primera vez en la historia del conflicto, una de las partes en liza se arroga el derecho a escoger a los dos equipos negociadores. Resulta increíble que los amigos de Israel hayan tolerado semejante disparate, que ha

tenido el efecto unilateral de permitir a los israelíes retrasar las negociaciones durante años, y que asimismo ha permitido a unos cuantos gobiernos (¡algunos de ellos árabes!) darse tono en el ámbito internacional buscando representantes palestinos convenientes, o alternativos, o aceptables, o moderados, o apropiados.

No hace falta detenerse aquí en los entresijos de lo que resulta o no tolerable en las representaciones de los palestinos en la sociedad civil estadounidense y europea. Lo principal es que, gracias a que la lucha palestina por la autodeterminación se hizo tan notable y se realizó a una escala tan

inequívocamente *nacional*, pasó a formar parte del discurso estadounidense, del que había estado ausente durante tan largo tiempo.

Hay otro importante aspecto que ha de ser aclarado. El terrorismo ha sido aquí la consigna, esa odiosa relación entre las acciones individuales y organizadas del terror político palestino, por una parte, y el conjunto del movimiento nacional palestino, por la otra. Yo lo explicaría del siguiente modo. Hasta la fecha, el principal —y bastante justificado— temor palestino es el de una negación que pueda convertirse fácilmente en nuestro sino. Sin duda, la destrucción de Palestina en

1948, los años de subsiguiente anonimato, la dolorosa reconstrucción de una identidad palestina en el exilio, los esfuerzos de muchos trabajadores políticos, luchadores, poetas, artistas e historiadores palestinos para sustentar dicha identidad palestina: todo ello ha convivido con el confuso temor a la desaparición, dada la sombría determinación del Israel oficial de acelerar el proceso de reducir, minimizar y asegurar la ausencia de los palestinos como presencia política y humana en la ecuación de Oriente Próximo. Frente a ello, las respuestas palestinas iniciadas a finales de la década de 1960 y principios de la

década de 1970 han incluido secuestros de aviones, asesinatos (como en las Olimpiadas de Munich, o en Ma'alot, y, más tarde, las matanzas de los aeropuertos de Roma y Viena por parte del grupo del renegado y anti-OLP Abu Nidal en 1985) y otras desventuras similares, entre las que destacan como dos de las más estúpidas el asesinato de Leon Klinghoffer en el secuestro del *Achille Lauro* a manos de Abu Abbas, en 1985, y el asalto a la playa de Tel Aviv en 1990. Que todos estos actos puedan ser hoy abiertamente condenados por árabes y palestinos constituye un indicativo de hasta qué punto se ha distanciado de ellos en madurez política

y moralidad una comunidad por lo demás justificablemente inquieta. Sin embargo, el mero hecho de que ocurrieran no resulta en absoluto sorprendente: forman parte, por así decirlo, del guión de todo movimiento nacional (especialmente el sionista) que pretenda galvanizar a su gente, llamar la atención y dejar su impronta en una encallecida conciencia mundial.

Por mucho que uno lamente y hasta desee de algún modo expiar la pérdida de vidas y el sufrimiento infligido a inocentes debido a la violencia palestina, pienso que sigue existiendo también la necesidad de decir que ningún movimiento nacional ha sido tan

injustamente castigado, difamado y sometido a una venganza desproporcionada por sus pecados como el palestino. La política israelí de contraataques punitivos (o terrorismo de Estado) parece haberse propuesto matar de 50 a 100 árabes por cada víctima judía. La devastación de los campos de refugiados, hospitales, escuelas, mezquitas, iglesias y orfanatos libaneses; las detenciones sumarias, deportaciones, destrucciones de casas, mutilaciones y torturas de palestinos en Gaza y Cisjordania; el empleo de una retórica venenosa y deshumanizadora por parte de los principales políticos, soldados, diplomáticos e intelectuales

israelíes para caracterizar todos los actos de resistencia palestinos como terroristas y a los palestinos como inhumanos («cucarachas», «saltamontes», «alimañas de dos patas», etc.); todo esto, junto al número de víctimas palestinas, la magnitud de las pérdidas materiales, las privaciones físicas, políticas y psicológicas, ha excedido en mucho el daño causado por los palestinos a los israelíes. Y hay que añadir también que la notable disparidad, o asimetría, entre, por una parte, la situación de los palestinos como un pueblo agraviado, desposeído y víctima de ofensas, y, por la otra, Israel como «el Estado del pueblo judío» y el

instrumento directo del sufrimiento palestino, resulta tan grande como lo es la falta de voluntad para admitirla.

Aquí se da, pues, otra compleja ironía: cómo las clásicas víctimas de años y años de persecución antisemita y del Holocausto se han convertido en su nueva nación en los verdugos de otras personas, que a su vez se han convertido, por eso mismo, en víctimas de las víctimas. Que haya tantos intelectuales israelíes y occidentales, judíos o no judíos, que no hayan afrontado este dilema de una forma valerosa y directa representa, creo, una *trahison des clercs* de enormes proporciones, sobre todo en el hecho de

que su silencio, su indiferencia o su pretendida ignorancia y neutralidad perpetúan los sufrimientos de un pueblo que no merece tan larga agonía. Ciertamente, si no hay nadie que pueda dar un paso adelante y decir, con franqueza: «*Sí*, los palestinos realmente merecen expiar los crímenes históricos cometidos contra los judíos en Europa», cabe afirmar por la misma razón que no decir: «*No*, no debe permitirse que los palestinos sufran más esas ordalías» es un acto de complicidad y cobardía moral de dimensiones singulares.

Pero esa es la realidad. ¿Cuántos antiguos políticos o intelectuales activamente comprometidos siguen

diciendo todavía en privado que se sienten horrorizados por las políticas militares y la arrogancia política israelíes, o que creen que la ocupación, la subrepticia anexión y la colonización de los territorios es inexcusable pero luego dicen poco o nada en público, donde sus palabras podrían tener algún efecto? ¿Y cuán cínica, y hasta sádica, no resulta la actuación de los presidentes estadounidenses que celebran el valor de los disidentes chinos, rusos, de la Europa del Este o afganos que luchan por la libertad, y sin embargo no pronuncian una sola palabra de reconocimiento a los palestinos, que han estado librando esa misma batalla

cuando menos igual de valiente e ingeniosamente? Pues esa es la esencia de tantas décadas de esfuerzo palestino: la lucha por lograr que el drama palestino se reconozca como lo que es, una narrativa política de una dificultad insólita y hasta sin precedentes, objeto del valeroso compromiso de todo un pueblo. Ningún otro movimiento en la historia ha tenido un adversario tan difícil: un pueblo reconocido como la clásica víctima de la historia. Y ningún otro movimiento de liberación o de independencia en el período de la posguerra ha contado con una serie de aliados naturales tan poco fiables y a veces mortíferos, un entorno tan

inestable, una superpotencia interlocutora tan reticente (como Estados Unidos), y una superpotencia aliada tan ausente (desde que la Unión Soviética, ya antes de su desaparición, abandonara en la práctica la causa palestina por deferencia a Estados Unidos e Israel). Y todo esto es experimentado por los palestinos sin que haya la menor soberanía territorial en ningún sitio; mientras la dispersión y la desposesión siguen siendo el sino de toda la nación; y mientras sigue siendo objeto de leyes punitivas en Israel y en los países árabes, de una legislación discriminatoria, y de unos edictos unilaterales (e inapelables) que van

desde la deportación hasta las órdenes de disparar en el acto, pasando por el acoso en los aeropuertos y el maltrato verbal en la prensa.

Las relaciones entre Estados Unidos y Palestina

Dado que el principal patrocinador y aliado estratégico de Israel es Estados Unidos, y puesto que Estados Unidos, a diferencia de Europa, es la única fuerza exterior dispuesta a desempeñar un papel directo en Oriente Próximo, conviene observar su actual estatus con respecto a Palestina. Las relaciones entre Estados Unidos y Palestina han sido excepcionalmente complicadas y excepcionalmente insatisfactorias, lo

que en gran medida representa el resultado final, algo deslucido, de la política interior estadounidense. En 1975, Henry Kissinger logró la hazaña de impedir el trato de Estados Unidos con la OLP, justo en el momento, obviamente, en que esta última había empezado a modular su postura internacional otorgando especial prioridad a las Naciones Unidas (en la única visita de Arafat a Estados Unidos, ya que en 1988 el secretario de Estado Shultz le impidió volver, presionado por las organizaciones judías estadounidenses y violando el acuerdo de la ONU con su gobierno anfitrión). Dicha prohibición, basada de forma muy diversa en el

rechazo de la OLP a aceptar la Resolución 242, en su presunta participación repetida en actos de terrorismo, y en otros distintos requisitos previos morales de un tipo que jamás se hizo extensivo a Israel, también hacía imposible la entrada en el país de los miembros de la OLP; en 1988, la Enmienda Grassley solicitaba la aprobación del Congreso para prohibir cualquier trato de la OLP con Estados Unidos y requería el cierre de la Oficina de Información Palestina en Washington, así como de la misión de observación de la OLP en las Naciones Unidas (esta última tentativa fue rechazada por el Tribunal de Distrito, de

modo que la oficina de la ONU sigue abierta). En el verano de 1979, el embajador estadounidense ante las Naciones Unidas, Andrew Young, se vio obligado a dimitir por haber mantenido lo que en la práctica no fue más que una breve reunión social con Zuhdi Terzi, el delegado de la OLP ante las Naciones Unidas.

Esta asfixiante inhibición de cualquier contacto entre los representantes de Estados Unidos y los del pueblo palestino permaneció en vigor hasta finales de 1988, en gran parte a instancias del *lobby* sionista y de común acuerdo con los gobiernos israelíes de derechas. No cabe

malinterpretar el verdadero carácter de esta inhibición, que de hecho era una extensión de la duradera y cada vez más violenta política oficial israelí de total hostilidad hacia el pueblo palestino, *como pueblo*, y sus representantes. (En Gaza y Cisjordania, por ejemplo, se prohibió mencionar la palabra «Palestina», exhibir la bandera palestina, e incluso usar los colores de la bandera, que algunos comentaristas estadounidenses denominaron groseramente «la bandera de la OLP», pese al hecho de que tanto la bandera como sus colores eran anteriores a la existencia de dicha organización).

Sin embargo —y aquí dejamos el

reino de las intenciones y entramos de nuevo en el de los hechos—, ahí estaban los contactos entre Estados Unidos y Palestina, la mayoría de ellos con algún beneficio inmediato, bastante irónicamente, para Estados Unidos. Así, desde comienzos hasta mediados de la década de 1970, la OLP protegió la embajada estadounidense en Beirut, y cuando hubo que evacuar a un gran número de ciudadanos norteamericanos de Beirut por mar, en 1976, la operación se realizó bajo la custodia de guardias palestinos. En 1979, trece rehenes norteamericanos fueron liberados de la embajada estadounidense en Teherán gracias únicamente a la intercesión de

Yasir Arafat. Se mantuvieron numerosos contactos entre la OLP y Estados Unidos, todos a través de terceras partes, y la mayoría de ellos en secreto.

Sin embargo, raras veces tales contactos redundaron en beneficio palestino. Durante al menos veinte años se percibió una falta de sincronía casi maquinada entre Estados Unidos y los palestinos: dos mundos que se movían en paralelo pero siguiendo agendas diferentes, con distintos ritmos y respondiendo a diferentes presiones. En Estados Unidos, la cuestión palestina ocupaba siempre un papel secundario con respecto a los numerosos intereses estadounidenses en los estados árabes y,

por supuesto, en Israel; de hecho, hasta podría afirmarse que Palestina era una cuestión interna estadounidense, dominada desde 1948, casi sin objeción alguna en ningún sector de la sociedad, por el *lobby* israelí. Es cierto, como ya he señalado, que, con el surgimiento del movimiento nacional palestino, los palestinos empezaron a asomarse a la conciencia estadounidense, aunque en un grado considerablemente menor que en el Tercer Mundo o en la Europa oriental y occidental. La frustrante ironía es que la OLP empleó muy poco esfuerzo en mejorar su posición en Estados Unidos. Antes bien, Palestina se convirtió allí en una cuestión independiente gracias, en

primer lugar, a los esfuerzos de los palestinos y árabe-americanos locales. En segundo lugar, habría que mencionar el trabajo de la opinión, organizaciones e individuos independientes y progresistas (o de izquierdas) que forman la oposición pacifista y antiimperialista de Estados Unidos. En tercer lugar, habría que señalar la influencia de algunos judíos estadounidenses y europeos, un pequeño número de organizaciones judías estadounidenses y europeas, como la efímera Breira, o los diversos grupos de apoyo al movimiento Paz Ahora, y la resistencia pacifista y similar en Israel. En otras palabras, la batalla en Estados

Unidos era casi exclusivamente estadounidense, algo de lo que, por desgracia, la OLP —a diferencia de su actuación, infinitamente mejor, en Europa occidental— no parecía preocuparse lo suficiente, ya fuera por falta de atención, o bien, más tarde, cuando ya no podía aducirse la indiferencia, por falta de conocimiento; pero ni lo uno ni lo otro es excusable.

Pese a los limitados cambios de actitud estadounidense con respecto a la cuestión palestina, sería un error ver el efímero diálogo entre los embajadores de la OLP y Estados Unidos iniciado en Túnez en diciembre de 1988 y finalizado a mediados de 1990 como algo más (de

nuevo irónicamente) que un ligero desconchado en el gran muro del negacionismo estadounidense y presentado de cara a la galería como un compromiso en curso con «el proceso de paz». Cualquier posible logro del que pudieran disfrutar los palestinos cuando Estados Unidos concedió el diálogo se disipó desde el momento en que hasta los más optimistas consideraron el humillante ritual por el que tuvieron que pasar antes de que el inflexible e increíblemente indulgente (con Israel) George Shultz diera el visto bueno a dicho diálogo. (No habría que desaprovechar la oportunidad de decir que, cuando tomó el relevo del poco

llorado Alexander Haig, en julio de 1982, a Shultz se le consideraba vagamente proárabe; sus años de tratos empresariales a través de Bechtel y sus contactos amistosos con numerosos socios comerciales árabes, incluso palestinos, habían predisuesto a la gente a pensar en él como en alguien que en cierta medida simpatizaba con los problemas árabes. Pero con el tiempo se convirtió quizá en el más proisraelí de todos los secretarios de Estado estadounidenses, en lo que representó una desconcertante, por no decir indignante, decepción para sus antiguos amigos). Shultz exigió que Arafat repitiera una serie de declaraciones

escritas por el Departamento de Estado renunciando al terrorismo, aceptando a Israel y suscribiendo la Resolución 242 de las Naciones Unidas —todo lo cual formaba *ya* parte de la política palestina—, como si fuera necesario un espectáculo público de penitencia palestina y un compromiso formal de buena conducta (normalmente inconcebible en el mundo de la política y la diplomacia). En el diálogo que siguió a continuación, Estados Unidos no aceptó nunca los principios de la autodeterminación palestina, el derecho a un Estado o la reparación de las reclamaciones palestinas contra Israel. Cuando el diálogo se «suspendió» por

parte del secretario de Estado James Baker, el pretexto dado fue la estúpida y completamente inútil incursión de Abu Abbas en las playas de Tel Aviv (en la que sólo hubo víctimas palestinas). Una razón más realista de dicha suspensión era la presión del *lobby* israelí y la por entonces ya rutinaria falta de generosidad oficial de Estados Unidos para con el pueblo más profundamente atormentado y maltratado de Oriente Próximo.

Aun así, la imparcialidad requiere que la parte palestina de esta triste historia sea sometida también a un riguroso análisis. Aquí parece haber sido una actitud de despreocupación,

falta de oportunidad y error de cálculo casi increíble, junto a una clara negativa a concentrar esfuerzos diplomáticos y políticos en Estados Unidos, lo que ha caracterizado la forma de abordar por parte de la OLP el que, de hecho, es su principal ámbito de actuación fuera de Oriente Próximo. A raíz de Camp David, una serie de iniciativas mantuvieron en vigor un diálogo confidencial entre la administración Carter y la OLP en Beirut. En 1979, por ejemplo, habría sido posible, y hasta seguro, establecer de manera rápida y ventajosa un diálogo entre Estados Unidos y la OLP, en el que esta organización habría aceptado la Resolución 242, junto con una extensa

«reserva», es decir, una cláusula que recogiera la objeción palestina de que la resolución, en su forma original de 1967, no decía nada sobre los derechos palestinos. Esta iniciativa fue desconcertantemente rechazada a pesar de que el propio Jimmy Carter había sido el primer presidente que pronunció las palabras «una patria palestina» a comienzos de 1977. Si se me permite basarme en la experiencia personal, también puedo dar testimonio de numerosas tentativas de palestinos y otros amigos residentes en Estados Unidos de impulsar el compromiso de los líderes palestinos con la idea de mantener, alimentar y desarrollar una

sensibilidad a gran escala, detallada y sofisticada con respecto a lo que pasaba en dicho país; esto apenas ocurrió, por más que en países como Gran Bretaña, Francia, Suecia e Italia, así como en el conjunto de la CEE, los esfuerzos palestinos políticos e informativos hayan sido eficaces. La representación oficial palestina en Estados Unidos siguió siendo escuálida; las complicadas corrientes que atraviesan la sociedad estadounidense, sus instituciones y su historia realmente no han informado, cambiado o modulado nunca (excepto de un modo extremadamente aproximado) las actitudes de la OLP hacia, o el trato con, Estados Unidos.

Gran parte del problema viene de la dura realidad de que la política palestina es una política esencialmente árabe, mientras que Estados Unidos y Europa occidental habitan un mundo totalmente distinto, en el que, por ejemplo, los medios de comunicación, el ámbito académico y las instituciones de investigación, iglesias, asociaciones profesionales y sindicatos de la sociedad civil desempeñan un papel casi tan importante como el gobierno central en la sociedad política. Raras veces el contraste entre ambos mundos se ha hecho tan evidente como cuando el presidente Yasir Arafat ha aparecido en televisión. Sus dificultades, no sólo con

la lengua, sino con toda la presentación de sí mismo y de su imagen, se han utilizado regularmente en detrimento suyo; y esto sólo se ha reducido levemente cuando ha aparecido alguno de sus ayudantes. El resultado neto, pues, ha sido una infrarrepresentación generalizada de Palestina, algo mucho menos eficaz que los resultados alcanzados en la concienciación occidental debido a la Intifada. Pero esta diferencia resulta aún más exasperante cuando recordamos que en las últimas décadas la opinión pública occidental, y en particular la estadounidense, se ha alzado regularmente en favor de un Estado

palestino y del final de la ocupación
israelí.

A modo de evaluación

Y, sin embargo, la imparcialidad nos exige de nuevo reconocer que el análisis retrospectivo favorece siempre al analista, haciendo poco más por las partes implicadas que retratarlas, en general, de manera poco generosa. La reciente historia palestina está llena de malas pasadas y hasta de catástrofes con respecto a las que, en aquel momento, las plausibles alternativas eran sólo teóricamente posibles y de hecho no realizables. ¿Quién sabe si en 1970

podría haberse evitado una confrontación con el ejército jordano? ¿O si la trayectoria de la OLP mientras residía en el Líbano podría haberla mantenido al margen de la febril espiral del país hacia la guerra civil? ¿O si podrían haberse ahorrado los estragos de la invasión israelí de 1982? ¿O si era necesario pagar el costoso precio del distanciamiento de Siria, con la consiguiente insurrección de facciones disidentes de la OLP en la esfera siria en 1983, la guerra de los campos de refugiados entre mediados y finales de la década de 1980, y el constante conflicto con el presidente sirio? ¿O, por último, si los desastrosos resultados

del acercamiento de la OLP hacia Irak, que se inició al menos dos años antes de la invasión de Kuwait, podrían haber concluido de manera distinta, sin las espantosas pérdidas palestinas en casi todos los frentes? Me parece que toda la ironía de la dinámica política regional se hizo evidente de una forma aplastante siempre que el impulso palestino hacia la autodeterminación y la existencia del Estado adoptó una forma concreta, es decir, cuando el componente palestino se planteó inevitablemente contra una u otra soberanía, atrajo su atención, la llevó a una crispada confrontación, y luego se encontró con que era demasiado tarde para parar. La ironía es

que, como expresión de autodeterminación nacional, la actividad palestina fue en gran parte extraterritorial (sin soberanía territorial), y, por lo tanto, siempre vivió una especie de vida sustitutiva en algún sitio *distinto* de Palestina. Esto la hizo vulnerable, por no decir completamente expuesta, a una hostilidad a veces furibunda.

El exilio es, pues, la condición fundamental de la vida palestina, la fuente de lo que esta tiene tanto de sobredesarrollada como de subdesarrollada, la energía de lo que de mejor hay, pongamos por caso, en los componentes de su notable literatura (la

obra de Emile Habibi *Said el pesoptimista*, las novelas de Ghassan Kanafani y Jabra, la poesía de Rashid Husein, Fadwa Tuqan, Samih al-Qasim y Mahmud Darwish, y el trabajo de numerosos ensayistas, historiadores, teóricos y autores de memorias) y en su extraordinaria red de comunicaciones, asociaciones y familias extensas. Y de la mano de todo esto ha ido también el empeñamiento palestino. En parte debido a su profundidad cultural, religiosa e histórica, y en parte porque linda con tantos intereses, tanto locales como internacionales, la causa palestina ha sido durante dos décadas la única causa no asimilable, no domesticada y

fieramente nacional y anticolonial todavía viva: para sus partidarios, una fuente de esperanzas no realizadas y de un idealismo algo deslucido; para sus detractores, una espina y un permanente *alter ego* político que ni se marchará ni se adaptará a una amable inexistencia.

Pero creo que nadie —ningún palestino, árabe o israelí— habría sospechado que los veinte años que comenzaron con los horrores del Septiembre Negro llegarían a producir una serie de logros tan deslumbrantes y una serie de desastres tan terribles —unidos los dos extremos por el hecho de que los palestinos estaban en el centro de ambos—, sin que de hecho se

liberara ni un centímetro de tierra palestina. Uno apenas sabe qué nombre dar a esta peculiar forma de experiencia histórica, pero conviene enumerar brevemente sus principales rasgos. Desde 1948, los palestinos se dispersaron, y los pocos de entre ellos que permanecieron en su *patria* histórica se vieron sumergidos en un nuevo Estado que decididamente *no* era el suyo. Tres décadas después, la OLP lideraba un enorme esfuerzo de autorreconstitución nacional. Una impresionante serie de instituciones que respondían a las necesidades palestinas en los ámbitos de la sanidad, la educación, la industria, la investigación,

la capacidad militar y el derecho habían transformado las vidas de todos los palestinos, independientemente de dónde residieran. En el centro de todo ello destacaban instituciones políticas como el Comité Ejecutivo de la OLP, los consejos Central y Nacional palestinos, y un aparato de representación política decente, por más que de competencia irregular. Su liderazgo ha resultado notoriamente duradero, aunque terriblemente marcado por varios asesinatos de líderes prominentes, y a veces brillantes, cuya pérdida ha reducido considerablemente las capacidades palestinas: Ghasan Kanafani, Gamal Nasser, Kamal Adwan,

Yusuf Najjar, Abul Walid, Abu Yihad, Abu Iyad y Abul Hol. La lúgubre lista también debe incluir a los asesinados en Europa, hombres magníficos como Naim Jidr, Ezzedine Qallaq, Said Hammami, Issam Sartawi y Majid Abu Sharrar, cuya cordura política representaba un objetivo del terrorismo tanto como su formidable talento personal.

Aunque la comunidad palestina estuviera dispersa y reubicada en una serie tan increíblemente grande de lugares, en el centro existía la necesaria constancia, personificada por Yasir Arafat, una figura trágica de un fuste político bastante extraordinario. Muchas de las disputas entre partidos,

electorados y regímenes árabes, gran parte de la temible enemistad de Israel y Estados Unidos, gran parte de la incoherencia y los recovecos internos, a veces anárquicos, del movimiento, se vieron reducidos y a menudo enderezados gracias a las maniobras de Arafat. Este alcanzó una especie de doble personalidad: por una parte, la del indudable e instantáneamente reconocible símbolo de Palestina, y, por otra, la del líder político con todos los laureles y privilegios, además de los inconvenientes, que tal clase de personalidad entraña. Entre sus contribuciones más valiosas se cuenta el aire de relativa democracia que

caracteriza a los procesos políticos palestinos (cuando se le compara con el entorno árabe, Arafat es el único líder que sigue siendo popular entre su gente). Su conducción de la nación en el exilio hacia la coexistencia con Israel es quizá su logro más duradero. Se ha mostrado abierto a un gran número de judíos de Israel y de la diáspora, y ha establecido un modo de interacción entre la gente que, aunque siempre le sitúa a él en el centro o cerca de este, hace posible una especie de comunicación entre los líderes y la gente normal y corriente que en gran medida resulta desconocida en el Tercer Mundo. Aunque en Occidente sea vilipendiado en un grado sin

precedentes, lo cierto es que —casi un hecho único entre los líderes de los movimientos de liberación poscoloniales— Arafat ha evitado en la práctica la enorme violencia sectaria o intrapalestina; ha soportado las continuas quejas de los palestinos, además de otras críticas, con asombrosa paciencia, y nunca ha permitido que lo que podría ser su propio sentido de la ortodoxia política anule o sofoque la presencia de una heterodoxia bastante viva en la vida política palestina.

También bajo el mando de Arafat ha habido pérdidas palestinas de grandes proporciones. Sería un error que yo tratara aquí de valorar las culpas o

repartir las responsabilidades de cualquiera de ellas; lo único que digo es que durante sus dos décadas de liderazgo los palestinos han sufrido no sólo una continuada pérdida de territorio a manos de colonos israelíes en Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este, sino también las trágicas pérdidas militares y civiles de la invasión israelí del Líbano en 1982, las terribles secuelas que trajeron los Acuerdos de Camp David, y la crisis del Golfo de 1990-1991. Debo dejar a los posteriores historiadores y politólogos el balance de su liderazgo con respecto a Jordania, el Líbano y Siria, aunque no puede dudarse de que hubo terribles consecuencias para los

palestinos, libaneses, jordanos y otros. El éxodo de Beirut que siguió a tanta destrucción, odio, falta de entendimiento y derroche, por sí solo, representa ya una gran mancha en el historial palestino.

Pero uno no puede por menos de reconocer, por último, que desde luego los líderes políticos palestinos extrajeron las lecciones correctas de la Intifada, que comenzó a finales de 1987 y que todavía continúa en el momento de redactar estas líneas. Todo palestino se siente orgulloso de que, al final de dos décadas de difícil y laborioso esfuerzo, hubiera surgido una insurrección nacional tan notable contra la injusticia

en los Territorios Ocupados. La Intifada ha proporcionado una fórmula para la vida política y social palestina que resulta duradera, relativamente no violenta, inventiva, valerosa y desconcertantemente inteligente. Basándose en unas normas de comportamiento no coactivas que contrastan increíblemente con las prácticas israelíes contra los palestinos en los Territorios Ocupados, la Intifada no tardó en convertirse en un modelo para los movimientos de protesta democrática, no sólo en países como Argelia, Túnez y Jordania, sino también en Europa oriental y parte de Asia y África. Mientras que las tropas israelíes

disparaban, golpeaban y hostigaban a civiles, los palestinos inventaban maneras de rodear y cruzar barreras; mientras que las autoridades civiles y militares israelíes prohibían la educación o la agricultura, los palestinos improvisaban organizaciones alternativas para hacer lo que necesitaban; mientras que las prescripciones de una sociedad todavía en gran medida patriarcal mantenían a las mujeres en la esclavitud, la Intifada les daba nueva voz, autoridad y poder. De la Intifada vino la inspiración y la fuerza que transformó la cautela y ambigüedad de la diáspora palestina en claridad y visión auténticas; y todo esto,

obviamente, se encarnó en las declaraciones del CNP en Argel en 1988.

Sin embargo, cuando la Intifada iba avanzando, otras dos realidades vinieron a irrumpir en la vida palestina, debilitándola e imponiéndole nuevas cargas. Una, desde luego, fue la crisis del Golfo, la cual, aunque requirió los esfuerzos de mediación palestinos, también empantanó a toda la nación en una espantosa ciénaga. Hoy, las comunidades palestinas del Golfo se han quedado huérfanas; muchos palestinos están otra vez sin hogar, sus bienes se han esfumado y su futuro resulta radicalmente incierto. Como han

señalado Walid Jalidi y otros, hubo profundos fallos de principio y de liderazgo, algunos palestinos (quienes menos podían permitírselo), algunos árabes y algunos estadounidenses. El resultado es hoy un aislamiento en el contexto internacional y, en cierta medida, también árabe de la OLP, y un golpe generalizado a toda la nación palestina, cuya recuperación resulta incierta y, de ocurrir, tardará en llegar.

La segunda realidad es el enorme número de judíos rusos (y, en mucha menor medida, etíopes) que hoy inmigran a Israel. Hay que señalar aquí que un acuerdo establecido en 1989 entre Mijaíl Gorbachov y Estados

Unidos fijaba unas cuotas de salida muy restrictivas para los judíos rusos a cualquier lugar *excepto* Israel. Esto supuso, pues, la repentina presencia de muchos miles de judíos rusos como inmigrantes hacendados en Israel en el mismo momento en que la enajenación y privación de derechos de los palestinos se hacían más manifiestas. Se alzaron clamorosas voces reafirmando las prerrogativas del Gran Israel, al tiempo que se dirigían numerosos llamamientos urgentes a Estados Unidos y los grupos judíos más ricos de la diáspora pidiendo apoyo financiero. Es fácil ver que eso significaba que el equilibrio demográfico desfavorecía

dramáticamente a los palestinos, que aumentaba las presiones (junto con la reactiva y belicosa anuencia del siempre atento general Sharon) para implantar nuevos asentamientos ilegales en Cisjordania, y que hacía que el factor tiempo resultara particularmente punitivo para los palestinos.

De repente parecía que un impulso tardío y mesiánico impregnaba todo el sionismo, y, con él, los consecuentes infortunios que este comportaba para los ya largamente sufrientes palestinos. Ahora, sin embargo, corría el año 1991, y no 1947 o 1948. Ya no parecía importar a los fanáticos del Gush Emunim el hecho de que, desde que se

iniciara la Intifada, la opinión pública internacional hubiera pasado a ver a los israelíes como sombríos y brutales asesinos, considerando su «visión» nada más que un cruel castigo impuesto a civiles indefensos. Lo que más importaba era la fuerza y el poder derivados del impulso de los asentamientos, el constante cenagal diplomático, el doloroso desorden y desmoralización no sólo entre los palestinos, sino entre los árabes en general tras la guerra del Golfo. En resumen, no ha habido ningún elemento que impidiera o frenara la afluencia de, quizá, entre setecientos cincuenta mil y un millón de judíos; y, como siempre,

son los palestinos quienes pagarán el precio.

Sin embargo, ni los israelíes ni los palestinos tienen realmente una opción militar contra el otro; este hecho resulta tan chocante ahora como lo era cuando escribí *La cuestión palestina* hace trece años. La tarea del pueblo palestino sigue siendo *todavía* la de asegurar su presencia en la tierra, y, por una serie de medios, persuadir a los israelíes de que sólo un acuerdo político puede aliviar el asedio mutuo, la angustia y la inseguridad de ambos pueblos. No hay ninguna otra alternativa secular —es decir, real— aceptable.

Introducción

Aunque la mayor parte de este libro se escribió en el año 1977 y la primera mitad de 1978, su marco de referencia en ningún caso se limita a ese importantísimo período en la moderna historia de Oriente Próximo. Por el contrario, mi objetivo ha sido escribir un libro que presente al lector occidental una postura palestina ampliamente representativa, algo no muy conocido y sin duda no bien apreciado ni siquiera hoy, cuando se habla tanto de los palestinos y del problema palestino. Al formular esta postura, me he basado

principalmente en lo que creo que puede llamarse justamente la experiencia palestina, que a todos los efectos se convirtió en una experiencia consciente de sí misma cuando la primera oleada de colonialistas sionistas alcanzó las orillas de Palestina a comienzos de la década de 1880. Desde entonces, la historia palestina ha adoptado un rumbo peculiar y bastante distinto del de la historia árabe. Existen, obviamente, muchos nexos entre lo que han hecho los palestinos y lo que han hecho otros árabes en este siglo, pero la característica definitoria de la historia palestina —su traumático encuentro nacional con el sionismo— es único de

esta región.

Esa unicidad ha guiado tanto mi objetivo como mi actuación (por muy deficientes que puedan ser ambos) en el presente libro. Al ser yo mismo palestino, siempre he intentado ser consciente de nuestras debilidades y defectos como pueblo. Para ciertos estándares quizá seamos un pueblo nada excepcional; nuestra historia nacional da fe de una fallida pugna con una ideología básicamente europea y ambiciosa (además de práctica): hemos sido incapaces de interesar demasiado a Occidente en la justicia de nuestra causa. Sin embargo, hemos empezado, creo, a construir nuestra propia

identidad política y nuestra propia voluntad; hemos desarrollado una notable resistencia y un resurgimiento nacional aún más notable; hemos obtenido el apoyo de todos los pueblos del Tercer Mundo; y sobre todo, y pese al hecho de que geográficamente estamos dispersos y fragmentados, pese al hecho de que carecemos de nuestro propio territorio, nos hemos unido como pueblo en gran parte porque la *idea* palestina (que hemos articulado a partir de nuestra propia experiencia de desposesión y opresión exclusivista) tiene una coherencia a la que todos hemos respondido con positivo entusiasmo. Es el espectro íntegro del

fracaso y el posterior resurgimiento palestino el que he intentado describir en sus vívidos detalles en este libro.

Aun así, supongo que para muchos de mis lectores el problema palestino evoca inmediatamente la idea de «terrorismo», y es en parte debido a esa injusta asociación por lo que en este libro no dedico demasiado tiempo al terrorismo. Haberlo hecho habría supuesto argumentar a la defensiva, o bien diciendo que tal como se ha dado nuestro «terrorismo» está justificado, o bien adoptando la postura de que eso del terrorismo palestino no existe. Pero los hechos son bastante más complejos, y al menos algunos de ellos son objeto de

cierto examen aquí. En meros términos numéricos, en las crudas cifras de cuerpos y propiedades destruidas, no existe absolutamente comparación alguna entre lo que el sionismo ha hecho a los palestinos y lo que, en represalia, han hecho los palestinos a los sionistas. El casi constante ataque israelí a los campos de refugiados civiles palestinos en el Líbano y Jordania durante los últimos veinte años es sólo un indicativo de ese historial completamente asimétrico de destrucción. Lo que resulta mucho peor, en mi opinión, es la hipocresía del periodismo y el discurso intelectual occidental (y ciertamente del sionista liberal), que apenas ha tenido

nada que decir sobre el terror sionista.^[1]
¿Puede haber algo menos honesto que la indignada retórica utilizada a la hora de informar del terror «árabe» contra «civiles israelíes», o «ciudades» y «pueblos» o «escolares», y la neutra retórica empleada para describir los ataques «israelíes» contra «posiciones palestinas», un eufemismo que nadie podría saber que alude a los campos de refugiados palestinos en el sur del Líbano? (cito textualmente de las noticias sobre incidentes recientes producidos a finales de diciembre de 1978). Desde 1967, en que Israel ocupara Gaza y Cisjordania, no ha habido tregua alguna en el ultraje diario

de la ocupación israelí; y, sin embargo, nada galvaniza tanto a la prensa occidental (y a los medios de información israelíes) como una bomba en un mercado de Jerusalén. Con sentimientos que lindan con la más absoluta repugnancia, debo señalar aquí que ni un solo periódico estadounidense publicó la siguiente entrevista con el general Gur, jefe del Estado Mayor del ejército israelí:

PREGUNTA: ¿Es cierto [durante la invasión israelí del Líbano en marzo de 1978] que ustedes bombardearon aglomeraciones [de gente] sin hacer distinciones?

RESPUESTA: Yo no soy una de esas

personas que tienen una memoria selectiva. ¿Cree que pretendo no saber lo que hemos hecho todos estos años? ¿Lo que hicimos en toda la extensión del canal de Suez? ¡Un millón y medio de refugiados! De verdad: ¿en qué mundo vive? [...] Bombardeamos Ismailía, Suez, Port Said y Port Fuad. Un millón y medio de refugiados. [...] ¿Desde cuándo la población del sur del Líbano se ha vuelto tan sagrada? Sabían perfectamente lo que hacían los terroristas. Tras la matanza de Avivim, hice bombardear cuatro pueblos del sur del Líbano sin autorización.

P: ¿Sin hacer distinciones entre civiles y no civiles?

R: ¿Qué distinciones? ¿Qué habían hecho los habitantes de Irbid [una gran ciudad en el norte de Jordania, de población principalmente palestina] para merecer que les bombardeáramos?

P: Pero los comunicados militares siempre hablaban de responder al fuego enemigo y de contraataques sobre objetivos terroristas.

R: ¡Por favor, seamos serios! ¿No sabe usted que todo el valle de Jordania se había quedado sin habitantes como consecuencia de la guerra de desgaste?

P: Entonces, ¿usted afirma que la población debe ser castigada?

R: Por supuesto, y nunca he tenido ninguna duda sobre eso. Cuando autoricé a Yanouch [diminutivo del comandante del frente del norte, responsable de la operación libanesa] a utilizar la aviación, la artillería y los tanques [en la invasión], sabía exactamente lo que hacía. Hoy son treinta años, desde el momento de nuestra guerra de Independencia hasta ahora, los que llevamos luchando contra la población civil [árabe] que habitaba en los pueblos y

ciudades, y cada vez que lo hacemos se plantea la misma pregunta: ¿debemos o no atacar a los civiles? (*Al-Hamishmar*, 10 de mayo de 1978).

Así, en el «terrorismo» una cosa es el desequilibrio en su percepción, y otra el desequilibrio en su perpetración. Cabría mencionar, por ejemplo, que en *todos* los casos en que se ha utilizado a rehenes israelíes para intentar conseguir la liberación de palestinos encerrados en cárceles israelíes, han sido *siempre* las fuerzas israelíes las que han disparado primero, causando a sabiendas un baño de sangre. Pero tampoco basta citar cifras y dar explicaciones, dado que el historial de

hostilidades entre judíos y árabes, entre palestinos y judíos sionistas, entre los palestinos y el resto de la humanidad (o eso parecería), entre los judíos y Occidente, resulta escalofriante. Como palestino, me molesta y deploro el modo en que todo este horrible asunto se despoja de todas sus resonancias y detalles, a menudo moralmente desconcertantes, para comprimirlo simple, cómoda e inevitablemente bajo la rúbrica del «terror palestino». Sin embargo, como alguien que se ha visto afectado por la cuestión de muchas formas distintas, debo decir también que —hablando ahora sólo como palestino— me he horrorizado ante el secuestro

de aviones, las misiones suicidas, los asesinatos y los atentados en escuelas y hoteles; horrorizado tanto por el terror infligido a sus víctimas como por el terror de los hombres y mujeres palestinos que se han visto impulsados a hacer tales cosas. Dado que no pretendo escribir como un observador imparcial, he creído que, en lugar de intentar abordar frontalmente el terror en sí, era mejor que intentara transmitir a mis lectores algunas nociones de la larga historia palestina de la que provienen todas esas cosas. Y si en última instancia dicha historia no logra —como no puede ser de otro modo— mitigar la tragedia de pérdida e infelicidad, al

menos presentará finalmente a dichos lectores algo de lo que durante mucho tiempo han carecido: la realidad del trauma nacional colectivo que para cualquier palestino está contenido en la cuestión palestina.

Uno de los rasgos característicos de cualquier pequeño pueblo no europeo es que este no suele ser rico en documentos, ni en historias, autobiografías, crónicas, etcétera. Esto mismo vale para los palestinos, y explica la falta de un gran texto autorizado sobre la historia palestina. No he intentado aquí suplir esa carencia, por motivos claramente evidentes. Lo que he intentado hacer es mostrar que la

experiencia palestina es una parte importante y concreta de la historia, una parte que en gran medida ha sido ignorada tanto por los sionistas, que deseaban que nunca hubiera estado allí, como por los europeos y estadounidenses, que en realidad no han sabido qué hacer con ella. He intentado mostrar que los palestinos musulmanes y cristianos que vivieron en Palestina durante cientos de años, hasta ser expulsados en 1948, fueron las desdichadas víctimas del mismo movimiento cuyo objetivo absoluto había sido el de poner fin a la persecución de los judíos por parte de la Europa cristiana. Pero ha sido

precisamente debido al admirable éxito del sionismo a la hora de llevar a los judíos a Palestina y construir una nación para ellos por lo que el mundo no se ha preocupado de lo que tal empresa entrañaba en cuanto pérdida, dispersión y catástrofe para los palestinos autóctonos. Hoy hace falta algo parecido a una doble visión irónica para ser capaces de ver *a la vez* el éxito de todos conocido y el desastre mucho menos conocido que Hannah Arendt ha descrito así:

Después de la [Segunda] Guerra [Mundial] resultó que la cuestión judía, que se consideraba la única insoluble, de hecho se resolvió —a saber, mediante un

territorio colonizado y luego conquistado —, pero eso no resolvió ni el problema de las minorías ni de los apátridas. Antes al contrario, como prácticamente todos los demás acontecimientos de nuestro siglo, la solución de la cuestión judía no hizo sino producir una nueva categoría de refugiados, los árabes, aumentando así el número del apátridas en otras 700 000 o 800 000 personas.^[2]

Como afirmo a lo largo de todo el libro, mientras que Israel y su historia han sido celebrados sin interrupción, a la realidad de los palestinos, las vidas que han llevado, las pequeñas historias que han experimentado, las aspiraciones que han sentido, sólo recientemente se le ha reconocido su existencia. Pero, de

pronto, la cuestión palestina busca hoy una respuesta: la opinión mundial ha exigido que se dé la debida importancia al punto crucial, hasta ahora ignorado, del *impasse* en Oriente Próximo. Aunque, por desgracia, la posibilidad de que actualmente se produzca un debate adecuado, y mucho menos una solución convincente, es exigua. Los términos del debate se han empobrecido, puesto que (como antes decía) a los palestinos se les ha conocido sólo como refugiados, o como extremistas, o como terroristas. Un importante número de «expertos» en Oriente Próximo han tendido a monopolizar la discusión, principalmente utilizando jerga

sociológica y clichés ideológicos enmascarados de conocimiento. Sobre todo, creo que existe una arraigada actitud *cultural* hacia los palestinos derivada de ancestrales prejuicios occidentales sobre el islam, los árabes y Oriente. Esta actitud, de la que el sionismo, por su parte, extrajo su visión de los palestinos, nos ha deshumanizado, nos ha reducido al estado apenas tolerado de una molestia.

Quizá resulte excesivo decir que la mayoría de los estudios académicos de politología sobre Oriente Próximo y sobre los palestinos siguen esa tradición. Pero sí es verdad, creo, que cuando menos tienden a hacerlo. En la

medida en que la mayor parte de ellos se basan en, y aceptan incuestionablemente de muy importantes formas, el marco que ha legitimado el sionismo frente a los derechos palestinos, tienen muy poco que aportar a un entendimiento de la verdadera situación en Oriente Próximo. Y ello porque es un hecho que casi ninguno de los estudios serios sobre el moderno Oriente Próximo producidos en este país desde la Segunda Guerra Mundial puede preparar a nadie para lo que ha estado ocurriendo en la región: esto resulta tan evidente con respecto a los recientes acontecimientos acaecidos en Irán como en relación con la guerra civil libanesa, la resistencia palestina, o

la actuación árabe durante la guerra de 1973. Ciertamente, no he concebido este libro como una polémica contra lo que acertadamente se ha calificado de sesgo ideológico del trabajo de una sociología que finge objetividad científica, en particular desde el advenimiento de la guerra fría; pero sí pretendo conscientemente evitar sus riesgos «gratuitos». Entre estos se incluyen las descripciones de la realidad política que se centran en la rivalidad de las superpotencias, que proclaman deseable todo lo asociado a Occidente y su misión modernizadora en el Tercer Mundo, que ignoran los movimientos populares mientras elogian y valoran

toda una serie de regímenes clientelares mediocres y opresivos, que descartan como ahistórico todo aquello que no se pueda hacer encajar fácilmente con un determinado fin último o una metodología particular cuyos objetivos sean «racionales», «empíricos» y «pragmáticos». Las evidentes deficiencias de tales nociones se han esgrimido públicamente como culpables de «nuestra» pérdida de Irán y «nuestra» incapacidad de pronosticar el «resurgimiento del islam», sin permitir al mismo tiempo el más mínimo examen de las premisas en las que dichas nociones se basan. Así, de hecho, estas se ven reafirmadas, y una vez más los

políticos con un importante papel que desempeñar en la toma de decisiones aconsejan lo mismo con igual estrechez de miras, y una vez más la política exterior estadounidense se arriesga en lo que, a los ojos de los inexpertos (como los míos), son evidentes causas perdidas, visiones históricas regresivas. Incluso en el momento de redactar estas líneas, los graves defectos de Camp David parecen demostrar mi punto de vista.

Hasta 1976, sin embargo, no creo que sea erróneo afirmar que incluso los mismos palestinos contribuyeron a su propio menoscabo, y, por ende, a su propia irrelevancia en la interpretación

de sionistas y expertos. Luego nos descubrimos, descubrimos el mundo, y este nos descubrió a nosotros. Trato de describir nuestra noche y nuestro lento despertar, sin descuidar al mismo tiempo el escenario de nuestra vida en el territorio, en la región, en la política mundial, etcétera. Pero toda nuestra experiencia está atravesada por el hilo del sionismo. No se trata de una cuestión teórica, ni tampoco tiene un sentido peyorativo. Para nosotros, el sionismo ha significado tanto —aunque de manera distinta— como para los judíos. Tenemos que informar al mundo acerca de cómo eso significó para nosotros ciertas cosas concretas, cosas de las que

colectivamente llevamos las huellas vivientes.

He calificado mi libro de ensayo político porque trata de presentar nuestra cuestión ante el lector occidental no como algo hermético y terminado, sino como algo sobre lo que hay que reflexionar, que hay que probar, con lo que hay que comprometerse; en resumen, un tema que hay que abordar políticamente. Durante demasiado tiempo hemos estado fuera de la historia, y sin duda fuera del debate; a su propia y modesta manera, este libro intenta hacer de la cuestión palestina un tema de discusión y entendimiento político. El lector no tardará en

descubrir —espero— que lo que se propone en este libro no es una visión «experta» ni, para el caso, un testimonio personal. Más bien se trata de una serie de realidades experimentadas, fundamentadas en una noción de los derechos humanos y las contradicciones de la experiencia social, y expresadas en la medida de lo posible en el lenguaje de la realidad cotidiana.

Cierto número de premisas básicas informan la argumentación del libro. Una es la existencia continuada de un pueblo árabe palestino. Otra es que, para entender su experiencia, es necesario entender el *impasse* existente entre el sionismo y el mundo árabe. Otra

más es que el propio Israel, así como sus partidarios, han intentado borrar a los palestinos de palabra y obra porque el Estado judío se basa, en muchos aspectos (aunque no en todos), en la negación de Palestina y los palestinos. Hasta hoy, resulta un hecho asombroso que la simple mención de los palestinos o de Palestina en Israel, o ante un sionista convencido, equivalga a nombrar lo innombrable: tan poderosamente nuestra mera existencia sirve para acusar a Israel de lo que nos ha hecho. Por último, doy moralmente por sentado que los seres humanos, individual y colectivamente, son sujetos de derechos fundamentales, uno de los

cuales es el de la autodeterminación. Con ello quiero decir que ningún ser humano debe ser amenazado con ser «transferido» fuera de su casa o de su tierra; que ningún ser humano debe ser discriminado por no pertenecer a una religión *x* o *y*; que ningún ser humano debe ser despojado de su tierra, su identidad nacional o su cultura, sea cual fuere la causa.

En el fondo, supongo que en este libro planteo la pregunta: «¿Qué van a hacer Israel, Estados Unidos y los árabes con respecto a los palestinos?». Considerando las realidades de la experiencia palestina, no creo en absoluto, como hicieran el presidente

Anwar al-Sadat y sus diversos partidarios, que el 99 por ciento de las cartas de la baraja estén en manos estadounidenses, ni tampoco pienso que estén principalmente en manos de Israel o de los estados árabes; lo importante—de hecho, lo que hace posible este libro— es que existen manos palestinas, por así decirlo, y que estas desempeñan un papel activo a la hora de determinar las aspiraciones, las luchas políticas y los logros palestinos, así como sus contratiempos. Y, sin embargo, no niego que lo que los judíos y los estadounidenses piensen y hagan hoy pueda ocupar un lugar importante en la cuestión palestina. Es a ese lugar al que

se dirige mi libro.

Menciono lo que quizá resulta obvio a fin de subrayar la base existencial de la que creo que depende nuestra experiencia como pueblo. Nosotros estábamos en la tierra llamada Palestina; ¿acaso estuvo justificado que se nos desposeyera y borrara del mapa, con casi un millón de nosotros obligados a abandonar Palestina y nuestra sociedad reducida a la inexistencia, por más que fuera para salvar a lo que quedaba de los judíos europeos que habían sobrevivido al nazismo? ¿En virtud de qué pauta moral o política se espera que dejemos de lado la reivindicación de nuestra existencia nacional, nuestra

tierra y nuestros derechos humanos? ¿En qué mundo se carece de argumentos para responder cuando se le dice a todo un pueblo que se halla jurídicamente ausente, pero al mismo tiempo se lanzan ejércitos contra él, se realizan campañas incluso contra su nombre y se cambia la historia para «demostrar» su inexistencia? Por más que todas las cuestiones que rodean a los palestinos sean complejas y en ellas intervengan la política de las grandes potencias, las disputas regionales, la lucha de clases y las tensiones ideológicas, el estimulante poder del movimiento palestino es consciente de esas preguntas, sencillas, pero de enormes consecuencias.

Pero no son los palestinos los únicos incomprendidos o ignorados por Estados Unidos en su tentativa de construir una política exterior en Asia y África. Sin duda, la oposición iraní que derrocó al *sha* en enero de 1979 es un buen ejemplo de ello, pero no por falta de información (pese a las falsas acusaciones del presidente Carter contra la «comunidad de inteligencia» por su fracaso en Irán). Aunque es cierto que los individuos prefieren las soluciones simples y ordenadas a las realidades complejas y desordenadas, eso mismo debería ser patentemente falso para las instituciones y gobiernos; sin embargo, con respecto al problema palestino, eso

es precisamente lo que hace el gobierno estadounidense. La actual administración inició su mandato proclamándose a favor de una paz generalizada en Oriente Próximo, que se suponía que incluiría una solución justa del problema palestino «en todos sus aspectos»; y, no obstante, desde Camp David se ha mostrado incapaz o bien de ver todo el problema en su conjunto, o bien de abordarlo de una manera seria. ¿Por qué se supone que cuatro millones de personas deberían contentarse con menos (con la llamada «autonomía») de lo que han aceptado todos los demás grupos nacionales?, ¿por qué se supone que pueden firmarse tratados en

ausencia de la parte principal de una disputa?, ¿por qué se supone que puede llevarse a cabo una política exterior sin encontrarse *siquiera* cara a cara con el principal actor de la región?, ¿por qué se supone que simplemente puede apartarse a un lado a poderosos grupos de oposición?, ¿por qué se supone que los palestinos deberían aceptar, más que cualquier otro pueblo, una permanente colonización por parte de Israel?, ¿o por qué se supone que los palestinos no van a luchar indefinidamente por recuperar sus derechos nacionales, negados, usurpados o aplastados (tal como han luchado en todas las crisis de Oriente Próximo)?: todas estas preguntas son las

que en este libro intento plantear y responder, considerando los cambios casi asombrosamente turbulentos que en la actualidad se producen en Oriente Próximo. Espero, asimismo, que en el capítulo que concluye el libro el lector encuentre expuesto un análisis imparcial de las cuestiones políticas inmediatas que gobiernan la actual política estadounidense, árabe y regional en Oriente Próximo después de Camp David, así como las posturas y actitudes palestinas.

No me ha resultado fácil escribir este libro. Gran parte de él se deriva del estudio y la reflexión sobre el significado de la moderna historia

palestina. Sin embargo, otra parte importante proviene de una participación activa en la búsqueda, a menudo desalentadora, de la autodeterminación palestina; una búsqueda (en mi caso, al menos) realizada desde el exilio. Inevitablemente, me he visto afectado sobremanera por acontecimientos diarios, por noticias y cambios repentinos, por discusiones casuales, y aún más por explicaciones erráticas. Dudo que haya escapado a la influencia de estas cosas, y en cualquier caso sería un error escapar por completo de ellas. Pero sí he tratado conscientemente de presentar algo más que un resumen de la

historia reciente o una predicción de los acontecimientos del mañana. Mi esperanza es haber dejado clara la interpretación palestina de la experiencia palestina, y haber mostrado la importancia de ambas en la escena política contemporánea. Explicar de ese modo la propia percepción de uno mismo como palestino implica sentirse asediado. Para Occidente, que es donde yo vivo, ser palestino es, en términos políticos, lo mismo que ser una especie de proscrito, o, cuando menos, que ser en gran medida un extraño. Pero eso es un hecho, y lo menciono únicamente como un modo de indicar la peculiar soledad que entraña la empresa que

abordo en este libro.

Agradezco a Debbie Rogers, Asma Khauwly y Paul Lipari su ayuda en la preparación del manuscrito. Durante años me he beneficiado de las numerosas conversaciones que he mantenido con otros colegas palestinos que han luchado igual que yo por entender nuestra situación como pueblo. Un grupo de buenos amigos en Estados Unidos, en Israel y en los países árabes también han compartido conmigo sus conocimientos, pero mencionar aquí nombres y deudas específicas sería trivializar innecesariamente nuestra

experiencia común, sin la cual no podría haberse escrito este libro.

Los dos amigos cuyos nombres se recuerdan en la dedicatoria no podrían haberse hecho a la idea de lo profundamente que sus vidas me afectarían e influirían en mí. Ambos eran palestinos; ambos vivieron la extraña y obsesiva vida de los exiliados; ambos tuvieron muertes amargamente desdichadas y desafortunadas; ambos, en mi opinión, eran hombres fundamentalmente buenos. Farid Hadad era un médico que vivió y murió en un país árabe, donde le conocí bien durante varios años. Más que ninguna otra persona que yo haya conocido, poseía la

más penetrante percepción no sólo de todo lo relacionado con la injusticia humana, sino también de lo que se podía hacer al respecto. Absolutamente idealista y desinteresado, fue torturado hasta morir en prisión en 1961, aunque en la época en que murió (al menos por lo que he podido saber) hizo lo que hizo como ser humano y como militante político, no necesariamente como palestino. Rashid Husein fue un irónico poeta palestino que dejó Israel en 1966 y vivió hasta su muerte en Estados Unidos. De él aprendí todo lo que sé sobre la vida en los pueblos palestinos desde 1948, una vida que informa sobre la cuestión palestina con una fuerza

única. Su generosidad de espíritu, franqueza y honestidad política fueron un regalo para todos los que le conocieron. Cuando falleció en 1977, de una muerte particularmente inútil, había sufrido ya demasiado por ser lo que era, un palestino independiente y genuinamente radical. Entre ambos, Farid Hadad y Rashid Husein me han esclarecido la causa palestina, por la cual, junto con tantos de nuestros compatriotas en tantos lugares, dieron su vida.

1

La cuestión palestina

I. Palestina y los palestinos

Hasta aproximadamente los últimos treinta años del siglo XIX, todo lo que estaba al este de una línea imaginaria trazada en algún sitio entre Grecia y Turquía se llamaba Oriente. Como designación concebida en Europa, «Oriente» representó durante muchos siglos una mentalidad especial, como en la expresión «la mentalidad oriental», así como una serie de especiales características culturales, políticas y hasta raciales (en nociones tales como

déspota oriental, o sensualidad, esplendor o impenetrabilidad orientales). Pero, sobre todo, Oriente representaba para Europa una especie de generalidad indiscriminada, asociada no sólo a la diferencia y la otredad, sino también a espacios inmensos, masas indiferenciadas de gente, sobre todo de color, y a los lugares románticos y exóticos y el misterio de «las maravillas de Oriente». Sin embargo, cualquiera que esté mínimamente familiarizado con la historia política de finales del período victoriano sabrá que la enojosa y mayormente política «cuestión oriental», como se llamaba, tendió a reemplazar a «Oriente» como objeto de

interés. Se calcula que en 1918 la ocupación colonial de las potencias europeas abarcaba aproximadamente el 85 por ciento del planeta, del que un importante segmento pertenecía a las regiones en otro tiempo conocidas simplemente como orientales.^[3] Así, la visión romántica de Oriente fue reemplazada por la problemática de tratar con Oriente, primero en competencia con otras potencias europeas que allí operaban, y luego con los propios pueblos coloniales en su lucha por la independencia. De ser un lugar que estaba «allá lejos», Oriente pasó a convertirse en un espacio de extraordinariamente urgente y preciso

detalle, un lugar con numerosas subdivisiones. Una de ellas, Oriente Próximo, sobrevive hoy como una región de Oriente que connota infinitas complejidades, problemas y conflictos. En el centro de estos se halla lo que he dado en llamar la cuestión palestina.

Cuando nos referimos a un tema, lugar o persona con la expresión «la cuestión de», podemos aludir a una serie de cosas distintas. Por ejemplo, uno concluye un examen de asuntos corrientes diciendo: «Y ahora pasaré a la cuestión de x ». Lo importante aquí es que x es un tema aparte de los demás, y debe ser tratado aparte. En segundo término, «la cuestión de» se utiliza

también para referirse a algunos problemas de larga duración, particularmente difíciles e insistentes: la cuestión de los derechos, la cuestión oriental, la cuestión de la libertad de expresión... En tercer lugar —lo que resulta menos habitual—, «la cuestión de» puede emplearse de modo que sugiera que el estatus del objeto aludido en la frase sea incierto, cuestionable, inestable: la cuestión de la existencia del monstruo del lago Ness, por ejemplo. En relación con Palestina, la utilización de «la cuestión» entraña los tres tipos de significado. Como ese Oriente del que forma parte, Palestina existe en otro mundo distinto del

atlántico habitual. Palestina representa también, en cierto modo, el más espinoso problema internacional de la vida de posguerra: la lucha por, para y en Palestina, que ha absorbido las energías de más gente que ninguna otra durante un período de tiempo comparable. Por último —y esta es una de las principales razones de este libro—, el de Palestina es, en sí mismo, un concepto sumamente debatido, y hasta cuestionado. La mera mención del nombre, por una parte, constituye para los palestinos y sus partidarios un acto de importante y positiva afirmación política, mientras que, por otra, para sus enemigos es un acto de negación

igualmente enérgico, pero mucho más negativo y amenazador. Baste recordar aquí que las manifestaciones realizadas en las calles de los grandes centros cosmopolitas estadounidenses a finales de la década de 1960 y la mayor parte de la década de 1970 fueron organizadas por facciones que afirmaban «Palestina *existe*» o «No hay ninguna Palestina». Hoy, en Israel, es costumbre referirse oficialmente a los palestinos como «los llamados palestinos», lo que resulta una frase algo más amable que la cruda afirmación de Golda Meir, en 1969, de que los palestinos no existían.

El hecho cierto es que hoy Palestina no existe, excepto como un recuerdo, o,

lo que es más importante, como una idea, una experiencia política y humana, y un acto de constante voluntad popular. Mi objeto en este ensayo serán todas esas cosas sobre Palestina, aunque ni por un momento pretendo que Palestina, para alguien que hoy vive y escribe en Occidente, no sea «la cuestión de». Pero incluso admitir eso supone ya aventurarse en un terreno relativamente desconocido. Para demasiadas personas que leen la prensa, que ven la televisión y escuchan la radio, que pretenden tener algo más que nociones de cultura política, que confían en las opiniones de los expertos en la controversia internacional, Oriente Próximo es

esencialmente el conflicto (disputa, problema, lucha, etc.) árabe-israelí, y poco más. Obviamente, existe un considerable reduccionismo en esta opinión, pero lo que en realidad tiene de malo es que la mayor parte del tiempo impide literalmente a Palestina tener algo que ver con el Oriente Próximo de hoy, que desde septiembre de 1978 parece estar absolutamente simbolizado por la imagen de Menahem Begin, Anwar al-Sadat y Jimmy Carter encerrados juntos en Camp David. Gran parte de la bibliografía sobre Oriente Próximo, al menos hasta 1968, produce la impresión de que la esencia de lo que ocurre en Oriente Próximo es una serie

de guerras interminables entre un grupo de países árabes e Israel. Que haya habido una entidad llamada Palestina hasta 1948, o que la existencia de Israel —su «independencia», como suele decirse— fuera el resultado de la erradicación de Palestina: la mayoría de las personas que siguen los acontecimientos de Oriente Próximo son más o menos ignorantes, o inconscientes, de estas verdades incuestionables.^[4] Pero lo más importante es la constante elusión o ignorancia de la existencia actual de aproximadamente cuatro millones de árabes musulmanes y cristianos que se identifican a sí mismos, y son identificados por otros,

como palestinos. Ellos constituyen la cuestión palestina, y si no hay ningún país llamado Palestina no es porque no haya palestinos. Los hay, y este ensayo es una tentativa de presentar su realidad al lector.

Gran parte de la historia reciente implica a los palestinos, y, como su realidad actual, es una historia dispersa en lugares probables e improbables. Ningún simposio de asuntos exteriores, libro escolar o actitud moral está completo sin la debida referencia al terrorismo palestino (a veces también denominado «árabe»). Cualquier director de cine que se respete y que planifique una película sobre alguna

atrocidad actual, y probablemente inventada, no dejará pasar la ocasión de introducir a un palestino en su reparto como una especie de terrorista con carnet. De inmediato vienen a la mente películas como *Domingo negro* y *Carga maldita*. Por otra parte, a los palestinos se les ha asociado canónicamente con todas las características de los refugiados que —dependiendo de la ocasión— se pudren en los campos, representan una «pelota» política utilizada por los estados árabes, son terreno de cultivo para el comunismo, tienden a procrear como conejos, etcétera. Otros comentaristas más analíticos y pragmáticos han señalado

con frecuencia que los palestinos constituyen una élite en el mundo árabe. No sólo parecen tener un mayor nivel educativo que cualquier otro grupo nacional; también están bien situados en posiciones estratégicas en lugares estratégicos de toda la comunidad árabe. Puntos de presión tales como ministerios del petróleo e instalaciones petroleras en el golfo Pérsico, asesorías económicas y educativas, y un amplio segmento de puestos de la alta burguesía árabe (banqueros, empresarios, intelectuales...), están ocupados por palestinos, todos los cuales se supone que están hambrientos de problemas y de venganza.

Por último, y más recientemente, por primera vez desde 1948 el debate político estadounidense ha vuelto al problema palestino. Empezando con el presidente Carter, ya no se considera una señal de puro antisemitismo decir que la paz en Oriente Próximo por fin debe abordar con seriedad el problema de los palestinos. La de la «patria palestina» y la espinosa cuestión de la representación palestina en las conferencias de paz propuestas son asuntos enormemente importantes que ahora debe afrontar la conciencia pública. Debido a su primera aparición desde 1948 como tema independiente en la agenda de la Asamblea General de las

Naciones Unidas en 1974, encarnada en la controvertida presencia allí de Yasir Arafat, «la cuestión palestina» ha irritado y ha penetrado en la conciencia general de un modo nuevo y posiblemente propicio, por más que la autodeterminación palestina se hubiera votado ya afirmativamente en las Naciones Unidas en 1969. (La Resolución 2535B de la Asamblea General expresaba su seria preocupación porque «la negación de los derechos [palestinos] se ha visto agravada por los supuestos actos de castigo colectivo, detención arbitraria, toques de queda, destrucción de casas y propiedades, deportación y otros actos

represivos contra los refugiados y otros habitantes de los territorios ocupados», y luego pasaba a «reafirmar los derechos inalienables del pueblo de Palestina»; un año más tarde, la Resolución 2627C reconocía «que el pueblo de Palestina es acreedor a la igualdad de derechos y la autodeterminación en consonancia con la Carta de las Naciones Unidas»).

A pesar de estas inequívocas decisiones, los palestinos siguen siendo un pueblo *especializado* en servir básicamente como un sinónimo de problemas, infundados, estúpidos y gratuitos. No se marchan como deberían hacer, no aceptan la suerte de otros

refugiados (que, al parecer, simplemente se han resignado a ser refugiados y, por lo tanto, se contentan con serlo): ellos causan problemas. Se citan las recientes crisis que implican a los palestinos en el Líbano y Jordania como casos que demuestran este hecho. Y si el comentarista resulta ser algo más sofisticado, también puede aludir al «hecho» de que los palestinos forman parte de lo que es indudablemente un acontecimiento temible, el resurgimiento del islam.^[5] Según esta visión un tanto paranoica, si hasta el presidente de Estados Unidos se refiere al problema palestino como una parte intrínseca de la paz en Oriente Próximo, ello se debe al

petróleo musulmán, al fanatismo musulmán, al chantaje musulmán.

Lo que todo este material enmascara en parte es algo totalmente inabordable, algo que se resiste absolutamente a cualquier teoría, a cualquier explicación simple, a cualquier exposición de sentimientos o actitudes. Me refiero al sencillo e irreducible núcleo de la experiencia palestina durante los últimos cien años: el hecho de que en la tierra llamada Palestina existió, como una enorme mayoría y durante cientos de años, un pueblo en gran parte nómada, pero sin embargo social, cultural, política y económicamente identificable, cuya lengua y religión eran (para la

inmensa mayoría) el árabe y el islam, respectivamente. Este pueblo —o, si se desea negarles cualquier concepción moderna de sí mismos como pueblo, este *grupo* de personas— se identificaba con la tierra que labraba y en la que vivía (bien o mal es irrelevante), tanto más después de que se tomara la decisión casi totalmente europea de repoblar, reconstituir y reconquistar dicha tierra para los judíos, a los que se llevaría hasta allí de otras partes. Como cualquiera puede determinar, no se ha dado ningún caso de ningún gesto palestino significativo encaminado a aceptar esta moderna reconquista o aceptar que el sionismo

haya expulsado permanentemente a los palestinos de Palestina. Siendo así, la realidad palestina estaba ayer, está hoy y muy probablemente estará mañana basada en un acto de resistencia a este nuevo colonialismo extranjero. Pero es más probable que permanezca la resistencia inversa que ha caracterizado al sionismo y a Israel desde el principio: la negativa a admitir, y la consiguiente negación de, la existencia de los árabes palestinos, que no son simplemente una inoportuna molestia, sino una población con un vínculo indisoluble con la tierra.

La cuestión palestina es, pues, la pugna entre una afirmación y una

negación, y es esta pugna previa, que se remonta a más de cien años atrás, la que anima y da sentido al actual *impasse* entre los estados árabes e Israel. Dicha pugna ha sido casi cómicamente desigual desde el principio. Sin duda, hasta ahora y en lo que respecta a Occidente, Palestina ha sido el lugar donde una creciente población de judíos relativamente avanzada (por europea) ha realizado milagros de construcción y civilización, y ha librado con éxito brillantes guerras técnicas contra lo que siempre se había representado como una población estúpida y en esencia repelente de habitantes autóctonos árabes incivilizados. No cabe duda de

que la pugna en Palestina ha sido entre una cultura avanzada (y que avanza) y otra *relativamente* atrasada y más o menos tradicional. Pero debemos tratar de entender cuáles fueron los instrumentos de esa pugna, y cómo configuraron la historia posterior de manera que hoy esa historia *parezca* confirmar la validez de las reivindicaciones sionistas sobre Palestina, denigrando así las reivindicaciones palestinas.

En otras palabras, debemos entender la lucha entre los palestinos y el sionismo como una lucha entre una presencia y una interpretación, donde la primera parece estar constantemente

doblegada y erradicada por la segunda. ¿Cuál era esa presencia? Por muy atrasados, incivilizados y silenciosos que fueran, los árabes palestinos *estaban* en esa tierra. Ojéese cualquier relato de viajes a Oriente del siglo XVIII o XIX —Chateaubriand, Mark Twain, Lamartine, Nerval, Disraeli—, y se encontrarán crónicas sobre los habitantes árabes del territorio de Palestina. Según fuentes israelíes, en 1822 no había más de 24 000 judíos en Palestina, menos del 10 por ciento del total de una población abrumadoramente árabe. Es cierto que en su mayor parte se describía a esos árabes como faltos de interés y subdesarrollados, pero al

menos estaban allí. Sin embargo, casi siempre, puesto que esa tierra era Palestina y, por lo tanto, para la mentalidad occidental estaba controlada, no por sus realidades y habitantes actuales, sino por su glorioso y prodigioso pasado, y por el potencial en apariencia ilimitado de su (posiblemente) no menos glorioso futuro, Palestina se veía como un lugar para ser poseído *de nuevo* y reconstruido. Alphonse de Lamartine es un perfecto ejemplo de ello. En 1833 realizó y produjo una descripción de varios cientos de páginas de sus viajes, *Voyage en Orient*. Cuando publicó la obra, le añadió un «Résumé politique»

en la forma de una serie de sugerencias al gobierno francés. Aunque en el *Voyage* propiamente dicho había detallado numerosos encuentros con campesinos árabes y habitantes de las poblaciones de Tierra Santa, el «Résumé» declaraba que el territorio no era en realidad un país (presumiblemente, sus habitantes tampoco eran «verdaderos» ciudadanos), y, por lo tanto, constituía un maravilloso lugar para que Francia emprendiera un proyecto imperial o colonial.^[6] Lo que hace Lamartine es anular y trascender una realidad fáctica —un grupo de árabes residentes— mediante un deseo futuro —el de que la

tierra se quede vacía para el desarrollo de una potencia que la merece más—. Es precisamente esta clase de pensamiento, casi al pie de la letra, el que informaría el eslogan sionista formulado por Israel Zangwill para Palestina hacia finales de siglo: una tierra sin gente, para una gente sin tierra.

Y ello porque Palestina siempre ha representado un papel especial en la imaginación y en la voluntad política de Occidente, que es donde se originó también de común acuerdo el moderno sionismo. Palestina es un lugar de causas y peregrinaciones. Fue el trofeo de las cruzadas, así como un lugar cuyo propio nombre (y el interminable

nombrar y renombrar histórico del lugar) ha sido una cuestión de importancia doctrinal. Como ya he dicho, llamar al lugar Palestina, y no, pongamos, Israel o Sión, es ya un acto de voluntad política. Ello explica en parte la insistencia de numerosa bibliografía prosionista en la dudosa afirmación de que «Palestina» se utilizó sólo como una designación administrativa en el Imperio romano, y nunca después de él; salvo, obviamente, durante el período del Mandato Británico a partir de 1922. Lo importante aquí ha sido mostrar que *Palestina* es también una interpretación; y una interpretación con mucha menos

continuidad y prestigio que *Israel*. Pero puede verse en ello otro ejemplo del mismo mecanismo empleado por Lamartine: la utilización de un sueño futuro o pasado para borrar las realidades que subyacen entre pasado y futuro. La verdad es, obviamente, que si uno lee a los geógrafos, historiadores, filósofos y poetas que escribieron en árabe a partir del siglo VIII, encontrará referencias a Palestina; por no hablar de las innumerables referencias a Palestina en la literatura europea desde la Edad Media hasta hoy. Este aspecto puede ser secundario, pero sirve para mostrar cómo epistemológicamente el nombre de Palestina, y sin duda la propia presencia

de habitantes en ella, se han transmutado —debido a que Palestina lleva una carga imaginativa y doctrinal tan pesada — de una realidad a una irrealidad, de una presencia a una ausencia. Mi afirmación más importante aquí es que, en lo que a los árabes palestinos se refiere, el proyecto sionista para, y la conquista de, Palestina ha sido simplemente el de mayor éxito y hasta el momento el más prolongado de entre los muchos proyectos europeos que ha habido desde la Edad Media. Y lo digo como una afirmación histórica relativamente simple, sin que en este momento quiera decir nada sobre el relativo mérito intrínseco del sionismo

con respecto a otros proyectos anteriores.

Palestina se convirtió en un país con predominio árabe e islámico hacia finales del siglo VII. Casi inmediatamente después, sus fronteras y sus características —incluido su nombre en árabe, *Filastin*— pasaron a conocerse en todo el mundo islámico, tanto por su fertilidad y belleza como por su importancia religiosa. A finales del siglo X, por ejemplo, encontramos este pasaje en árabe:

Filastin es la más occidental de las provincias de Siria. En su mayor longitud, desde Rafah hasta la frontera de Al Lajjun (Legio), un jinete necesitaría dos días para

recorrerla; y parecido tiempo se tarda en cruzar la provincia a lo ancho desde Yafa (Jaffa) hasta Riha (Jericó). Zugar (Segor, Zoar) y el país del pueblo de Lot (Diyar Kaum Lot); Al Jibal (las montañas de Edom) y Ash Sarah hasta Ailah —Al Jibal y Ash Sarah son dos provincias distintas, pero contiguas— se incluyen en Filastin, y pertenecen a su gobierno.

Filastin es regada por las lluvias y el rocío. Sus árboles y sus tierras cultivadas no necesitan de riego artificial; y sólo en Nablus se encuentran aguas corrientes aplicadas a este fin. Filastin es la más fértil de las provincias sirias. Su capital y mayor ciudad es Ar Ramlah, pero la Ciudad Santa (Jerusalén) le sigue muy de cerca en tamaño. En la provincia de Filastin, pese a su pequeña extensión, hay unas veinte mezquitas, con púlpitos para el rezo del viernes.^[7]

En 1516, Palestina se convirtió en una provincia del Imperio otomano, pero eso no la hizo menos fértil, ni menos árabe o islámica. Un siglo más tarde, el poeta inglés George Sandys hablaba de ella como «una tierra de la que manaba leche y miel; en medio como si dijéramos del mundo habitable, y con un clima templado; adornada por hermosas montañas y exuberantes valles; con rocas que producen aguas excelentes; y sin ninguna parte desprovista de deleite o de beneficio».^[8] Tales descripciones persisten de forma profusa durante los siglos XVIII y XIX, no sólo en relatos de viajeros, sino también, a finales del siglo XIX, en los informes científicos

trimestrales publicados por el Fondo de Exploración de Palestina (una institución británica).

Pese a la constante llegada a Palestina de colonos judíos a partir de 1882, es importante tener en cuenta que hasta unas pocas semanas antes de la creación de Israel, en la primavera de 1948, nunca hubo allí otra cosa que no fuera una inmensa mayoría árabe. Así, por ejemplo, en 1931 la población judía era de 174 606 habitantes frente a un total de 1 033 314; en 1936, el número de judíos había aumentado a 384 078, y la población total a 1 366 692; en 1946 había 608 225 judíos en una población total de 1 912 112 habitantes.^[9] En todas

esas estadísticas, los «nativos» resultaban fácilmente distinguibles de los colonos que llegaban. Pero ¿quiénes eran esos «nativos»?

Todos ellos hablaban árabe y eran principalmente musulmanes sunníes, aunque una minoría de ellos eran cristianos, drusos y musulmanes shiíes, todos los cuales hablaban también árabe. Aproximadamente, el 65 por ciento de los árabes palestinos eran agricultores que vivían en unos quinientos pueblos, donde se plantaban cultivos bajos, además de frutas y hortalizas. Las principales ciudades palestinas —Nablus, Jerusalén, Nazaret, Acre, Jaffa, Jericó, Ramallah, Hebrón y

Haifa— fueron construidas en su mayoría por árabes palestinos, que siguieron viviendo allí aun después de que las usurpadoras colonias sionistas se ampliaran hasta muy cerca. Había también una respetable clase intelectual y profesional palestina, una pequeña industria incipiente, y una conciencia nacional altamente desarrollada. La moderna vida social, económica y cultural palestina se organizaba en torno a las mismas cuestiones de independencia y anticolonialismo predominantes en la región, con la diferencia de que los palestinos hubieron de luchar más o menos a la vez contra el legado del dominio otomano,

luego del colonialismo sionista, y luego del Mandato Británico (después de la Primera Guerra Mundial). Todos los árabes palestinos, casi sin excepción, se sentían parte del gran despertar árabe surgido en los últimos años del siglo XIX, y fue ese sentimiento el que dio aliento y coherencia a una historia moderna por lo demás perturbadora. Escritores e intelectuales palestinos como Hakam Darwazeh, Jalil Sakakini, Jalil Beidas y Najib Nassar, organizaciones políticas como la Futtuwa y Najada, los Altos Comités Árabes, y la Liga de Liberación Nacional Árabe (que sostenía que la cuestión palestina sólo se podía

solucionar por los árabes y judíos juntos),^[10] todos ellos formaron grandes bloques nacionalistas entre la población, canalizaron las energías de la comunidad palestina «no judía», crearon una identidad palestina opuesta igualmente al dominio británico y a la colonización judía, y consolidaron el sentimiento palestino de pertenencia basado en la continuidad de residencia de un grupo nacional claramente diferenciado, con su propia lengua (el dialecto árabe palestino) y su propio sentido comunitario concreto (amenazado en particular por el sionismo).

Desde que se iniciara en serio la

planificación sionista de Palestina (es decir, aproximadamente desde el período contemporáneo e inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial), puede detectarse el creciente predominio de la idea de que había que construir Israel sobre las ruinas de esta Palestina árabe. Al principio la idea se declaraba con bastante prudencia, y se la hacía encajar en las concepciones de un colonialismo reconstructor, tan crucial en el primer imperialismo europeo. En 1895, Theodor Herzl anotaba en sus *Diarios* que había que hacer algo con los palestinos autóctonos:

Tendremos que hacer desaparecer a la población indigente a través de la frontera buscándole empleo en los países de tránsito, al tiempo que le negamos cualquier empleo en nuestro propio país.

Tanto el proceso de expropiación como el de eliminación de los pobres deben realizarse de manera discreta y circunspecta.^[11]

Lord Rothschild mantuvo correspondencia con el gobierno británico en nombre de los sionistas en la fase que llevó a la publicación de la Declaración Balfour. Su memorando del 18 de julio de 1917 menciona «el principio de que Palestina debería reconstituirse como el Hogar Nacional del Pueblo Judío». Chaim Weizmann no

tardaría en hablar del hecho de que los británicos entendían que «sólo los judíos eran capaces de reconstruir Palestina y de darle un lugar en la moderna familia de las naciones». El gran rabino de Inglaterra, el doctor J. H. Hertz, habló con elocuencia del «poderoso apoyo [británico] al restablecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío».^[12] Ninguna de estas afirmaciones resulta demasiado clara con respecto a qué es lo que en ese momento se encontraba en Palestina. Sin embargo, la «reconstitución» y «reconstrucción» del país implicaban inequívocamente que su vigente constitución —incluidos cientos

de miles de árabes— había de disolverse (cómo o dónde hacerlo no quedaba muy claro) *para que en su lugar* apareciera un nuevo Estado judío. El estilo de estas declaraciones de intenciones es el de omitir cualquier referencia inequívoca al hecho, sin duda inconveniente, de que el país ya estaba constituido (aunque sólo fuera como una colonia) y que resultaba de lo más improbable que sus habitantes se sintieran contentos con su «reconstitución» por parte de una nueva fuerza colonial. Pero las declaraciones en sí mismas son absolutamente exactas: Palestina fue reconstruida, reconstituida y restablecida. Creo que lo brutales que

resultaron esos actos queda perfectamente de manifiesto en estas observaciones de Moshé Dayán realizadas en abril de 1969:

Vinimos a este país que ya estaba poblado por árabes, y aquí estamos estableciendo un Estado hebreo, es decir, judío. En considerables zonas del país [el área total era aproximadamente del 6 por ciento] les compramos las tierras a los árabes. Donde había pueblos árabes se construyeron pueblos judíos. Ustedes ni siquiera saben los nombres de aquellos pueblos árabes, y no les culpo, puesto que aquellos libros de geografía ya no existen; no sólo no existen los libros, sino que los pueblos árabes tampoco están allí. Nahalal [el propio pueblo de Dayán] surgió en lugar de Mahalul, Gevat en lugar de Jibta,

[Kibutz] Sarid en lugar de Haneifs, y Kefar Yehoshua en lugar de Tell Shaman. No hay ni un solo lugar construido en este país que no tuviera una antigua población árabe (*Haaretz*, 4 de abril de 1969).

Incluso la terminología de Dayán, pese a su franqueza, resulta eufemística, ya que, cuando dice que «los pueblos árabes tampoco están allí», en realidad quiere decir que fueron sistemáticamente destruidos. Un israelí indignado por ello, el profesor Israel Shahak, que calcula que hay casi cuatrocientos pueblos eliminados de ese modo, ha explicado que dichos pueblos fueron «*completamente* destruidos, con sus casas, vallados, y hasta tumbas y

lápidas, de modo que no queda literalmente piedra sobre piedra, y a los visitantes que están de paso se les dice que “todo esto era desierto”». ^[13] No deja de haber cierta desagradable congruencia en el hecho de que, tras la ocupación israelí de Gaza y Cisjordania en 1967, se trasladara allí la misma política de destrucción: según el *Sunday Times* de Londres del 19 de junio de 1977, a finales de 1969 se habían arrasado 7554 casas árabes, y en agosto de 1971 se habían demolido 16 212.

Pero eso no era todo. Según los cálculos más precisos realizados hasta la fecha, en 1948 hubo aproximadamente 780 000 árabes palestinos desposeídos

y desplazados para facilitar «la reconstitución y reconstrucción» de Palestina.^[14] Son los refugiados palestinos, que hoy suman bastante más de dos millones. Y, finalmente, debemos añadir que los árabes que desde 1967 permanecen en los Territorios Ocupados (que Menahem Begin asegura haber «liberado») totalizan una cifra de 1,7 millones, de los cuales medio millón forman parte del Israel anterior a 1967. La transformación de Palestina que dio origen a Israel ha sido un proyecto extraordinariamente costoso, sobre todo para los árabes palestinos.

II. Palestina y el occidente liberal

Todos los proyectos de transformación de Palestina, incluido el sionismo, han racionalizado la negación de la presente realidad palestina con uno u otro argumento relativo a un interés, causa o misión «más alto» (o mejor, o más digno, o más moderno, o más adecuado; los comparativos son casi infinitos). Supuestamente, tales cosas «más altas» autorizan a sus partidarios no sólo a pretender que los habitantes autóctonos de Palestina, por serlo, no merecen ser

tenidos en consideración y, por lo tanto, son inexistentes; también se sienten con derecho a pretender que los habitantes autóctonos de Palestina, y la propia Palestina, han sido definitivamente desbancados, completamente transformados sin remisión, y ello a pesar de que esos mismos habitantes autóctonos han estado demostrando todo lo contrario. Aquí, de nuevo, el árabe palestino se ha visto enfrentado a un antagonista sin duda superior cuya conciencia de sí mismo y del palestino es exactamente, *posicionalmente*, superior. Entre los numerosos ejemplos de esta superioridad expresada y demostrada se cuenta, obviamente, la

Declaración Balfour, realizada en noviembre de 1917 por el gobierno británico en la forma de una carta a lord Rothschild (que en esta ocasión representaba a los intereses sionistas), en la que el gobierno se comprometía a «ver favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío». Lo importante de la declaración es, en primer lugar, que durante mucho tiempo esta ha representado la base jurídica de las pretensiones sionistas sobre Palestina, y en segundo término, y de manera más crucial para nuestro propósito en este libro, que constituye una afirmación cuya fuerza posicional sólo puede

apreciarse si se tienen claramente en cuenta las realidades demográficas o humanas de Palestina. Es decir, que la declaración se hizo: *a)* por parte de una potencia europea; *b)* en relación con un territorio no europeo; *c)* con una absoluta indiferencia con respecto tanto a la presencia como a los deseos de la mayoría autóctona residente en dicho territorio, y *d)* adoptando la forma de una promesa sobre ese mismo territorio realizada a otro grupo extranjero, de modo que ese grupo extranjero pudiera, bastante literalmente, *hacer* de dicho territorio un hogar nacional para el pueblo judío.

Hoy no tiene mucho sentido

lamentarse de un texto como la Declaración Balfour. Parece más útil verla como parte de una historia, de un estilo y una serie de características que constituyen el núcleo de la cuestión palestina tal como puede analizarse aún hoy. Las afirmaciones de Balfour en la declaración dan por sentado el derecho superior de una potencia colonial a disponer de un territorio como le convenga. Como aseguraba el mismo Balfour, eso resultaba especialmente cierto cuando se trataba de un territorio tan significativo como Palestina y de una idea tan trascendental como la sionista, que consideraba que lo que estaba haciendo era nada menos que reclamar

un territorio prometido originariamente por Dios al pueblo judío, al mismo tiempo que preveía un final al problema judío. El propio Balfour era bastante claro en estas cuestiones. Puede observarse, en el siguiente extracto de un memorando que escribió en agosto de 1919, que, como miembro del gabinete, era bien consciente de las diversas promesas contradictorias hechas a las partes en el escenario de Oriente Próximo, y de que lo que al final contaba no era la violación de algunas de esas promesas, sino *su* (esto es, como miembro privilegiado de una casta superior política, cultural y hasta racial) propio sentido de las prioridades

importantes:

La contradicción con la carta de la Alianza [la declaración anglofrancesa de 1918 prometiendo a los árabes de las antiguas colonias otomanas que, como recompensa por apoyar a los Aliados, podrían acceder a su independencia] resulta aún más flagrante en el caso de la nación independiente de Palestina que en el de la nación independiente de Siria. *Y ello porque en Palestina no proponemos siquiera pasar por el formulismo de consultar los deseos de los actuales habitantes del país*, por más que la Comisión Americana sí haya pasado por el formulismo de indagar quiénes son. Las cuatro grandes potencias están comprometidas con el sionismo, y el sionismo, sea acertado o erróneo, bueno o malo, está arraigado en una tradición

ancestral, en unas necesidades presentes, en unas esperanzas futuras, *de importancia mucho más profunda que el deseo y los prejuicios de los 700 000 árabes que hoy habitan en aquella antigua tierra. En mi opinión, eso es correcto.* (Las cursivas son mías.)^[15]

Esta, sin embargo, no era la mera expresión de una opinión: era una declaración política que alteraría radicalmente el curso de la historia, si no para el mundo entero, sí desde luego para los 700 000 árabes y sus descendientes sobre cuya tierra se pronunciaba. Más adelante hablaré de la propia fuente de tal poder en declaraciones como esta; ahora, sin

embargo, prefiero ahondar en mi anterior observación de que la pugna ha sido entre una realidad supuestamente «más alta» y otra humilde.

Más o menos en el mismo momento en que Balfour escribía su memorando había una serie de datos —y me refiero, en este caso, a personas cuyo número se podía contar (como, de hecho, se contó para el censo británico de Palestina en 1922)— sobre los que no podía haber debate en grandes términos numéricos, por más que las cuestiones *cualitativas* estuvieran sujetas a interpretación. El censo, que es la única fuente fiable de la que disponemos sobre la realidad demográfica de aquel momento (y que,

pese a haberse quedado considerablemente corto, también ha sido usado constantemente por los historiadores israelíes), calcula la población de 1914 en «689 272 personas, de las cuales no más (y quizá menos) de 60 000 eran judías». El censo muestra, además, que en 1922 «unas 590 890 (el 78 por ciento) eran musulmanas; 73 024 (el 9,6 por ciento) eran cristianas, principalmente árabes, aunque se incluían algunas británicas y otras europeas; menos de 10 000 (el 1 por ciento) eran otras [*sic*], y 83 794 (el 11 por ciento) eran judías. De estas últimas, quizá dos terceras partes eran inmigrantes europeos y sus

descendientes, algunos de los cuales habían llegado a finales del siglo XIX, y otros desde los comienzos del gobierno británico». Como ya he dicho antes, hacia el final de la Segunda Guerra Mundial la proporción no judía de la población en Palestina era del 70 por ciento, y del 30 por ciento restante que constituía la población judía, el 70 por ciento se concentraba, no «en la tierra», donde se suponía que se estaba haciendo florecer el desierto, sino en los pueblos y ciudades.^[16] Además, desde un punto de vista demográfico, la política británica hacía del sionismo su beneficiario. El aumento natural de la población es normalmente del 1,5 por

ciento anual, pero entre 1922 y 1946 los judíos en Palestina aumentaron a un promedio del 9,0 por ciento anual, ayudados por la política británica de forzar una mayoría judía en el país. Sólo en el año 1927 el incremento alcanzó la cifra del 28,7 por ciento, y en 1934 llegó al 25,9 por ciento.^[17]

El único modo de hacer aceptables estas crudas y políticamente manipuladas desproporciones entre autóctonos y no autóctonos era el razonamiento empleado por Balfour. Una idea superior a la del mero número y la mera presencia *debía gobernar* en Palestina, y esa idea —el sionismo— representaba la única legitimidad dada

hasta 1948, y también después. Por su parte, los sionistas se veían claramente a sí mismos como los beneficiarios de esta visión. Lejos de las multitudes árabes que daban testimonio de una tierra ya habitada, para los primeros colonos sionistas estas eran gentes a las que se debía ignorar. Se dieron diversas razones, la mayoría de ellas basadas en un presupuesto esencialmente idéntico al de Balfour. Un reciente libro sobre los israelíes, escrito por un israelí, ha descrito la ceguera de los colonos de principios y mediados del siglo XX en Palestina, sin hacer ninguna relación con Balfour y la epistemología moral del imperialismo.^[18] Esta ceguera resultaba

tan cierta en los ideólogos y movimientos de izquierdas como Ber Borojov y Hapoel Hatzair como en los llamados románticos de derechas como Vladímir Jabotinsky y sus revisionistas (los antepasados políticos de Menahem Begin). En el fondo, tal como ha mostrado Amos Elon con bastante exactitud, los sionistas consideraban el problema árabe como algo que, o bien había que evitar por completo, o bien había que negar (y, por lo tanto, atacar) por completo. No hay distinción entre la ideología de Balfour y la del sionismo, aun cuando los judíos sionistas tuvieran forzosamente una percepción distinta, una historia y una experiencia histórica

diferentes de las ideas sobre Palestina. Pese a todas sus diferencias (y estas *eran* numerosas), tanto el imperialista británico como la visión sionista coinciden a la hora de minimizar e incluso anular a los árabes en Palestina como algo de una u otra forma secundario e insignificante. Ambos elevan la importancia moral de las visiones muy por encima de la mera presencia de habitantes autóctonos en un territorio enormemente significativo. Y ambas visiones (como veremos en el capítulo 2) forman parte fundamentalmente del talante distintivo de una «misión civilizadora» europea — decimonónica, colonialista, incluso

racista— basada en diversas nociones sobre la desigualdad de los hombres, las razas y las civilizaciones; una desigualdad que permitía las formas más extremas de los proyectos de autoexaltación, y las formas más extremas de disciplina punitiva contra los desafortunados habitantes autóctonos cuya existencia, paradójicamente, se negaba.

Más adelante diré algo más sobre los proyectos y la disciplina sionistas en relación con los palestinos autóctonos. Ahora deseo señalar sobre todo que, durante la mayor parte de su historia moderna, Palestina y su población autóctona se han visto sometidas a

negaciones de un tipo muy riguroso. Y ello porque, para mitigar la presencia de un gran número de habitantes autóctonos en una tierra que deseaban, los sionistas se convencieron de que dichos habitantes autóctonos no existían, y luego tan sólo posibilitaron su existencia en las formas más enrarecidas. Primero negar; luego bloquear, reducir, silenciar y cercar. Es esta una política enormemente compleja, ya que incluye no sólo las políticas de los sionistas para con los árabes autóctonos, sino también las políticas de Israel para con sus colonias árabes, así como el carácter de las fuerzas de ocupación israelíes en Gaza y Cisjordania desde

1967. De estos asuntos me ocuparé más adelante en este libro. Sin embargo, parece más interesante preguntarse por qué esos aspectos de la experiencia palestina son tan poco conocidos y comentados en Occidente. Nos enfrentamos aquí a ciertos atributos especiales de la interacción entre sionistas y palestinos.

Si, como he dicho, Palestina fue el lugar de una pugna entre una presencia autóctona y una forma de cultura avanzada llegada de fuera, básicamente europea/occidental, ello se ha traducido en el hecho de que una parte considerable de dicha pugna se realizara fuera de la propia Palestina. Antes de

1918, Palestina era una provincia del Imperio otomano; a partir de ese año entró oficialmente en la esfera de influencia británica. Por lo que se refiere a la minoría judía en Palestina, el sionismo tenía muy poco que ver con ella. A pesar del interés de los judíos de todo el mundo en la Declaración Balfour, en la comunidad judía de Palestina no se hizo ninguna publicidad al respecto.^[19] Ese hecho se hallaba en sintonía con el espíritu, si no con la letra, de la opinión de Balfour de que no hacía falta consultar a «los habitantes actuales», por más que resultara que entre esos habitantes actuales se incluyeran también algunos judíos. Más

tarde, en sus declaraciones ante el Consejo Supremo de Guerra cuando se preparaba la Conferencia de Paz de París, Sylvain Lévi (un distinguido orientalista francés: la profesión es importante para el propósito de este libro) habló en nombre de la delegación sionista, argumentando «que, aunque la labor de los sionistas era de gran importancia desde el punto de vista moral, Palestina era una tierra pequeña y pobre con una población de 600 000 árabes, y los judíos [que llegaran], al tener un nivel de vida superior, tenderían a desposeerlos».^[20] Según Weizmann, esto colocaba a los sionistas en una situación embarazosa, ya que,

como él mismo diría más tarde, «el mundo juzgaría al Estado judío [y, presumiblemente, al movimiento sionista] por lo que este hiciera con los árabes».^[21] De hecho, el mundo hizo posible el éxito del sionismo, y la percepción sionista del mundo como respaldo y audiencia desempeñó un considerable papel práctico en la lucha por Palestina.

No todos mostraban la cruel indiferencia de Balfour con respecto a los habitantes autóctonos, aunque también es cierto que a finales del siglo XIX y principios del XX hasta algunos antiimperialistas como John Hobson creían en la existencia de «razas

sometidas» cuyas opiniones no contaban demasiado en una lista de prioridades. Sin embargo, los sionistas y hasta los británicos sabían que de un modo u otro la población autóctona aparecería —y con lo de *aparecer* me refiero a algo más que al mero hecho de que los autóctonos se hicieran físicamente perceptibles, cuando menos, a los observadores—, y dicha aparición daría a conocer al mundo su resistencia. No pasó desapercibido a británicos y sionistas que, según el mejor estudio árabe sobre la lucha por la independencia (*El despertar árabe*, de George Antonius), el renacimiento árabe haría a los árabes conscientes de la

imposible contradicción entre, por una parte, sus proyectos para sí mismos y para su territorio (obviamente, incluyendo Palestina), y, por otra, los proyectos formulados por Balfour, los sionistas y los franceses. Además, entonces como ahora, la mayor parte de los judíos del planeta no estaban en Palestina, sino en «el mundo», definido como el mundo europeo/americano. La tarea pasó a ser entonces la de convertir Palestina en un Estado judío, sin que al mismo tiempo se posibilitara que el mundo tomara en serio (o, más tarde, conociera siquiera) la protesta de la población autóctona. La negación sistemática de una sustancial presencia

árabe autóctona en Palestina vino acompañada, como ya he dicho antes, de su destrucción, bloqueo y confinamiento en Palestina, y su bloqueo y confinamiento en los foros del mundo; además, los sionistas supieron difundir sus opiniones y su realidad *por encima de* las opiniones y la realidad de los árabes palestinos. Así, un proyecto de negación —de negación y bloqueo— entrañó un proyecto positivo igual y opuesto: un proyecto de difusión.

No hablo aquí de mera propaganda, la cual, de haber dependido principalmente de mentiras sobre Palestina, jamás habría posibilitado la realización del sionismo en Israel. Lo

que me preocupa mucho más es la *fuerza* del proceso de difusión, cuyo principal foco fue la colonización sionista de Palestina, sus éxitos, sus hazañas y sus notables instituciones; al igual que hoy, la fuerza de la información israelí reside en su admirable autoestima y la celebración de su espíritu «pionero», con el que a los estadounidenses en particular les ha resultado muy fácil identificarse. Un aspecto intrínseco de esa fuerza de difusión ha sido la represión sistemática de la realidad árabe en Palestina. La mayor parte de los relatos sobre el kibutz, por ejemplo, prescinden de los hechos de que, ya desde antes de que

existiera el Estado de Israel (y, obviamente, también después), los árabes nunca han sido admitidos en ellos como miembros, que la mano de obra barata (árabe o judía oriental) resulta esencial para el funcionamiento del kibutz, o que se fundaban y se fundan kibutzim «socialistas» en tierras confiscadas a los árabes.^[22] En lugar de tratar de responder por anticipado a las acusaciones que podrían formularse sobre la política sionista para con los árabes autóctonos de Palestina, los portavoces sionistas se limitaron a no decir ni una palabra sobre ellos. En el caso del kibutz, pues, la institución pareció crecer y prosperar más o menos

espontáneamente en una tierra deshabitada, donde unos emprendedores inmigrantes judíos idearon esa —por lo demás bastante singular— unidad social que fue el kibutz.

Y la historia siguió en Palestina con instrumentos tales como el *Avoda Ivrit* («trabajo judío»), cuyo objetivo, según Amos Elon,

aspiraba al establecimiento de un sector económico completamente independiente para los recién llegados [los judíos llegados a Palestina como parte del proyecto sionista]. El trabajo autóctono no debía ser «explotado» en la reconstrucción del país por parte de los judíos. Los judíos tenían que hacerlo todo por sí solos. Los autóctonos seguirían

beneficiándose indirectamente de la mejora general y el incremento económico, en particular en el comercio. Pero en lo sucesivo los judíos debían intentar ser autosuficientes y hacer todo el trabajo físico con sus manos, incluido el más difícil, el peor pagado y el más ingrato. Si no había «explotación» de mano de obra árabe, los trabajadores árabes no podrían oponerse «objetivamente» a los sionistas. [...] El Avoda Ivrit se basaba en parte en una ilusión doctrinal; estaba plagado de incoherencias intelectuales. De hecho, creaba una subcultura, libre de las demandas de la sociedad en su conjunto, que no era parásita de ella, y, sobre todo, que disfrutaba de aquella clase de inmunidad frente a la «realidad» —fuera turca, británica o árabe— que permitía a sus miembros entregarse a sus sueños.^[23]

El beneficio principal y directo para la población autóctona fue la pérdida de su país; pero en general la argumentación de Elon es acertada: el Avoda Ivrit, y los otros mecanismos sionistas para enajenar la tierra de la población autóctona, no permitían a nadie decir que había una explotación *objetiva*. «Objetiva», en este contexto, adopta el más directo y cruel de los significados. Significa (y significaba) que el sionismo realizaría su labor preparatoria y ganaría sus primeras batallas objetivamente en su propio campo, y no *contra* alguien, definiendo a ese «alguien» en este caso (y en adelante) como no judío. Se ha de tener

en cuenta que ni siquiera Elon es capaz de ver la distinción moral entre la «realidad» británica y árabe en Palestina. Ni se le ocurre que, en virtud de su existencia ininterrumpida en Palestina durante siglos, la presencia autóctona tenía y sigue teniendo una autoridad moral incomparablemente mayor que la de la potencia imperial europea. Y tampoco se les ocurrió siempre a los sionistas, que desde 1948 hicieron todo lo posible por eliminar objetivamente a los árabes palestinos. Una visión representativa de lo ocurrido es la observación de Weizmann de que «fue una milagrosa limpieza de la tierra; la milagrosa simplificación de la tarea

de Israel». [24]

Así pues, todos los llamamientos en nombre del sionismo fueron por fuerza llamamientos internacionales. El escenario de la lucha sionista fue sólo parcialmente Palestina; la mayor parte del tiempo hasta 1948, y aun después — y la propia labor de Weizmann es el mejor ejemplo de ello—, la lucha se tuvo que librar, avivar y alimentar en las grandes capitales de Occidente. Por una parte, la resistencia autóctona a los sionistas fue minimizada o ignorada en Occidente; por otra, los sionistas se quejaron de que Gran Bretaña bloqueaba su cada vez mayor penetración en Palestina. Entre 1922 y

1947, la gran cuestión que presencié el mundo en Palestina no fue, como le gustaría imaginar a un palestino, la lucha entre autóctonos y nuevos colonos, sino una lucha que se presentaba como una disputa entre Gran Bretaña y los sionistas. La gran ironía de esta notable hazaña epistemológica —y utilizo aquí el término filosófico porque no hay otro más adecuado para expresar semejante capacidad de borrar de la conciencia la existencia de casi un millón de habitantes autóctonos— se hace aún mayor cuando recordamos que en 1948, en el momento en que Israel se declaró un Estado, legalmente poseía poco más del 6 por ciento del territorio de

Palestina, y su población de judíos consistía en sólo una fracción de la población palestina total. La coherencia de esta actitud con el Avoda Ivrit es casi absoluta: basta dirigirse al mundo como agraviado, con Gran Bretaña (una potencia colonial) como enemigo; ignorar a la población autóctona, y no decir ni una palabra sobre ella, durante tanto tiempo, *objetivamente*, que nadie pueda considerar que se la está explotando abiertamente.

La difusión del sionismo en Occidente, y su posterior reavivamiento por parte de Occidente, contó obviamente con el liderazgo de las propias comunidades judías de

Occidente. La esencia de la campaña sionista en defensa de la conquista de Palestina fue, y sigue siendo hoy, un llamamiento lo bastante específico, pero lo bastante lleno de justificación general, como para hacer que cualquier oposición a él resulte a la vez extremadamente generalizada y generalmente inadmisibles. Ello tuvo el efecto de poner de su lado a la mayor parte del Occidente liberal e ilustrado. Permítanme poner algunos ejemplos de a qué me refiero. Tal como lo concibiera inicialmente Herzl a finales del siglo XIX, el sionismo era un movimiento destinado a liberar a los judíos y a solucionar el problema del

antisemitismo en Occidente; más tarde, las elaboraciones posteriores de esa idea adoptaron Palestina como el lugar donde esa concepción había de materializarse (después de haber considerado y descartado diversos emplazamientos en Sudamérica y África oriental). Además de ser el lugar donde existía ya un vínculo espiritual en forma de una alianza entre Dios y los judíos, Palestina tenía la ventaja añadida de ser una provincia atrasada de un imperio todavía más atrasado. En consecuencia, desde un primer momento el esfuerzo de toda la apologética sionista consistió en reivindicar Palestina como un territorio atrasado y en gran parte deshabitado, y,

a la vez, como un lugar donde los judíos, disfrutando de un privilegio histórico único, podrían reconstituir el territorio para convertirlo en una patria judía.

De ese modo, oponerse a tal idea en Occidente equivalía de inmediato a alinearse con el antisemitismo. Y apoyarla, por su parte, equivalía a hacer una serie de cosas mucho más interesantes y aceptables que simplemente desplazar o ignorar a un puñado de residentes autóctonos básicamente desprovistos de interés. Se trataba, una vez más, de resolver un problema concreto con una solución concreta, una perspectiva —como veremos— que llevaba aparejada no

sólo la ideología de una aventura colonial constructiva, sino también la actitud *científica* y disciplinada de una solución social positiva a una cuestión social e intelectual positiva. Además, la idea de un Estado judío en (o un movimiento judío en favor de) Palestina adquirió una notable aureola de prestigio moral, más aún desde el advenimiento del fascismo en Europa. He ahí un pueblo identificado desde tiempos antiguos con la tierra de Israel; identificado también con una prodigiosa historia de sufrimiento, de grandeza moral e intelectual, y, por encima de todo, con la dispersión. Palestina era la más específica y, al parecer, la más

liberal de todas las respuestas a sus necesidades.

Oponerse a este plan, como he dicho antes, equivalía a no encontrar apoyo alguno en ninguna parte de Occidente. Esto sigue siendo más o menos cierto aún hoy. El sionismo siempre ha buscado respuestas concretas: inmigración, hospitales y, más tarde, armas para su defensa, dinero... Estas respuestas atraen apoyos, dado que su negación parece ser principalmente solo eso, una negación, y encima una negación abstracta y general. Incluso el gran libro de George Antonius basaba su argumentación en el despertar *árabe* (no en la presencia palestina), que había que

entender —afirmaba— en términos de la arabización e islamización de todo Oriente Próximo.^[25] Cualquiera que albergara dudas, entonces y ahora, sobre las conquistas sionistas en Palestina inevitablemente tendría que enfrentarse al «hecho» de que aquello a lo que apoyaba era, como resultado, un bloque árabe e islámico generalizado. Y ese bloque, tanto en su amorfa naturaleza como en su oscura abstracción, hacía todavía más elegante y atractiva la imagen de un puñado de judíos europeos forjando una civilización fresca y luminosa en el oscuro mar islámico (a una razonable distancia de Europa). Los sionistas ocupaban un lugar que hacía

posible interpretar Palestina y sus realidades en Occidente en términos que el propio Occidente pudiera entender y aceptar fácilmente, tanto de manera general como específica. Y a la inversa, la negativa a aceptar el argumento sionista dejaba a cualquiera en Occidente con la más pobre de las alternativas: ser simplemente negativo, antisemita, o apologista del islam y los árabes. En cualquiera de esos casos, la alternativa al sionismo resulta, como he dicho antes, demasiado general o demasiado vergonzosa; a modo de contraste, el sionismo ofrecía la pulcritud de una solución (o respuesta) concreta a un problema concreto. Al fin

y al cabo, ¿quién podía saber qué querían, cómo eran o *a favor de qué* estaban los árabes o el islam? Incluso el mero hecho de plantear tal pregunta hizo posible entonces (y también ahora, por desgracia) argumentar que «los árabes» eran una masa amorfa de sujetos generalmente desagradables, que cuando lograban presentarse eran objeto de una acogida glacial y temerosa. El hecho es que los «árabes» siempre eran *representados*, y nunca podían hablar por sí mismos; esto, sumado — paradójicamente— a su visibilidad política cada vez más evidente, explica por qué se les ha negado de manera tan abrumadora un lugar decente en la

realidad, a pesar de estar asentados en la tierra. Hoy, por ejemplo, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) es reconocida por más de cien naciones, y, obviamente, por *todos* los palestinos, como la única representante legítima del pueblo palestino, y, sin embargo, ni Estados Unidos ni Israel aceptan que la OLP represente a los palestinos. Por el contrario, Camp David arrojó expresamente el derecho de representación palestina a Estados Unidos, Israel y Egipto.

Para hacer atractivo el sionismo — es decir, para hacer que atrajera un apoyo genuino en el sentido más

profundo—, sus líderes no sólo ignoraron al árabe; cuando fue necesario tratar con él, lo hicieron inteligible, lo representaron ante Occidente como algo que podía entenderse y manejarse de formas concretas. Entre el sionismo y Occidente había, y sigue habiendo, una comunidad de lengua y de ideología; pero en cuanto al árabe, este no formaba parte de esa comunidad. En muy gran medida, dicha comunidad depende fuertemente de una notable tradición en Occidente de enemistad con Oriente en general y con el islam en particular. En otro lugar he documentado detalladamente esta tradición, y remito al lector a mi estudio sobre lo que he

denominado el orientalismo para más detalles y para una descripción de una historia larga y coherente que culmina hoy en el hecho, por ejemplo, de que prácticamente el *único* grupo étnico con el que en Occidente se toleran, y aún alientan, agravios raciales son los árabes.^[26] Los árabes y el islam *representan* la maldad, la venalidad, el vicio degenerado, la lascivia y la estupidez en el discurso tanto popular como académico. De esta representación colectiva de los árabes y el islam se aprovechó el sionismo, al igual que sus parientes ideológicos occidentales. *Cómo* se aprovechó y *dónde* se posicionó cuando lo hizo son cuestiones

que merecen aquí nuestra atención, puesto que se trata de un perfecto ejemplo de cómo la propaganda, la erudición politizada y la información ideológica tienen poder, ponen en práctica políticas concretas y, al mismo tiempo, pueden aparecer como la «verdad objetiva».

Ante todo, los sionistas se atrevieron, como un pueblo parcialmente «oriental» que se había emancipado de los peores excesos orientales, a «explicar» los árabes orientales a Occidente, a asumir la responsabilidad de expresar cómo y qué eran realmente los árabes, y a no dejar nunca a los árabes aparecer en pie de igualdad con

ellos como existentes en Palestina. Este método permitió siempre al sionismo parecer a la vez implicado y superior a las realidades autóctonas de la existencia en Oriente Próximo. Como ejemplo, veamos esta carta, extraordinariamente reveladora, de Weizmann a Balfour, escrita el 30 de mayo de 1918:

Un gran sentido de la responsabilidad me lleva a escribirle para tratar de hablarle de la situación aquí y de los problemas que afronta la Comisión Sionista. [...]

Los árabes, que son superficialmente inteligentes y de ingenio rápido, adoran una cosa y sólo una: el poder y el éxito. De ahí que, aunque sería erróneo decir que el prestigio británico ha sufrido por el

impasse militar, desde luego este no se ha incrementado. [...] Las Autoridades británicas [...] conociendo como conocen la naturaleza traidora del árabe, tienen que vigilar atenta y constantemente que no ocurra nada que pueda dar a los árabes el más ligero sentimiento de agravio o motivo de queja. En otras palabras, hay que «cuidar» a los árabes para que no apuñalen al ejército por la espalda. El árabe, rápido como es para calibrar una situación, intenta aprovecharla al máximo. Grita todo lo que puede y chantajea todo lo que puede.

El primer grito se oyó cuando se anunció su Declaración. Se atribuyeron a la declaración toda clase de tergiversaciones y malentendidos. Los ingleses, dijeron, van a entregar a los árabes pobres a los judíos ricos, que están todos aguardando tras el ejército del

general Allenby, listos para precipitarse como buitres sobre una presa fácil y expulsar a todo el mundo del territorio. [...]

A la cabeza de la Administración vemos a funcionarios ingleses cultos y honestos, pero el resto de la maquinaria administrativa se ha dejado intacta, y todos los puestos se han cubierto con empleados árabes y sirios. [...] Nosotros vemos a esos funcionarios corruptos e ineficaces, lamentando los viejos tiempos en que la gratificación era el único medio por el que podían resolverse los asuntos administrativos. [...] Cuanto más justo intenta ser el régimen inglés, más arrogante se vuelve el árabe. También hay que tener en cuenta que el funcionario árabe conoce la lengua, los hábitos y costumbres del país [lo que quizá no resulte tan insólito, dado que es *del* país,

que al fin y al cabo es árabe; obsérvese cómo Weizmann hace que parezca que los árabes poseen una ventaja injusta simplemente por estar allí], es un libertino y, por lo tanto, tiene una gran ventaja sobre el funcionario inglés, justo y de mente limpia, que no está versado en las sutilezas de la mente oriental. De manera que los ingleses están «controlados» por los árabes.

Esta forma de administración es claramente hostil a los judíos [...] el inglés que dirige los asuntos es justo y equitativo, y al tratar de regular las relaciones entre los dos principales sectores de la comunidad [árabes y judíos: llamarlos «principales» más o menos igualmente resulta algo exagerado, pero Weizmann lo hace de todos modos] es meticulosamente cuidadoso para mantener el equilibrio. Pero su única guía en esta

difícil situación es el principio democrático, que cuenta con la fuerza numérica relativa, y los crudos números actúan contra nosotros, puesto que hay cinco árabes por cada judío. [...]

El actual estado de cosas necesariamente tendería hacia la creación de una Palestina árabe si hubiera un pueblo árabe en Palestina [aquí Weizmann usa criterios para definir lo que es un «pueblo» especialmente diseñados en el siglo XIX para privar a los negros africanos y a los indígenas latinoamericanos del derecho a resistirse a los colonialistas blancos, que esos sí que *eran* un pueblo]. En realidad no se producirá tal resultado porque el *felah* está al menos cuatro siglos atrasado, y el *efendi* (que, por cierto, es quien realmente sale ganando con el actual sistema) es deshonesto, inculto, avaro y

tan poco patriota como ineficaz.^[27]

La ingenuidad de Weizmann resulta instructiva. Su principal argumento retórico es el de identificarse con Balfour como un europeo que conoce la diferencia entre la mente oriental y la occidental. De esa distinción se siguen toda clase de conclusiones. Los árabes son orientales y, por lo tanto, menos humanos y valiosos que los europeos y los sionistas; son traicioneros, irredentos, etcétera. Sobre todo, no merecen tener un país, por más que su ventaja numérica parezca darles derecho a ello. Weizmann recapitula básicamente los argumentos de John Stuart Mill sobre

el gobierno representativo, por los que se negaba a los indígenas el derecho a gobernarse a sí mismos debido a que estaban varios siglos «por detrás» de los ingleses.^[28] Así, Weizmann establece fácilmente la identificación total del sionismo con los aspectos más reprensibles de la hegemonía blanca cultural y racial europea, como establece también la identificación, más útil, de sí mismo con el conocimiento experto de Oriente por lo general reservado a los orientalistas, los expertos orientales, los empleados de la Oficina Árabe y demás. El sionista se fusiona con el europeo blanco contra el oriental de color, cuya principal

reivindicación política parece ser sólo cuantitativa (sus números brutos) y por lo demás carece de calidad; y asimismo el sionista —puesto que «entiende la mente oriental desde dentro»— representa al árabe, habla en su nombre, lo «explica» al europeo. El sionista y el europeo comparten los ideales del juego limpio, la civilización y el progreso, ninguno de los cuales podría entender el oriental. Tal como lo explica Weizmann, el conflicto en Palestina es una lucha por arrebatarse el control de la tierra a los autóctonos; pero es una lucha dignificada por una *idea*, y la idea lo es todo.

En segundo lugar, se consideraba

que el conflicto del sionismo con los árabes en Palestina y en otras partes de la región ampliaba, perpetuaba y hasta realzaba (en beneficio de Occidente) el ancestral conflicto entre Occidente y Oriente, cuyo principal representante era el islam. Este no era sólo un asunto colonial, sino un tema de civilizaciones. Para los defensores occidentales del sionismo como Balfour se hizo perfectamente evidente que la colonización de Palestina había de convertirse en un objetivo para las potencias de Occidente desde los mismos comienzos de la planificación sionista: Herzl utilizó la idea, Weizmann la utilizó también, y desde entonces

todas las personalidades israelíes la han utilizado. Israel era un mecanismo para mantener a raya al islam, y más tarde a la Unión Soviética, o al comunismo. El sionismo e Israel se asociaron al liberalismo, a la libertad y la democracia, al conocimiento y la ilustración, con aquello que «nosotros» entendemos y por lo que luchamos. Por el contrario, los enemigos del sionismo eran simplemente una versión del siglo XX del espíritu, ajeno a nosotros, del despotismo, la sensualidad y la ignorancia orientales, y otras formas similares de atraso. Si «ellos» no entendían la gloriosa empresa que representaba el sionismo, era porque

«ellos» estaban sin esperanza fuera del alcance de «nuestros» valores. No parecía importar que el atrasado musulmán tuviera sus propias formas de vida, a las que tenía derecho como ser humano, o que su apego a la tierra en la que vivía era tan grande —y quizá aún mayor, en virtud de los siglos que llevaba habitándola de hecho— como el del judío que suspiraba por Sión en su exilio. Lo único que realmente importaba eran unos ideales etnocéntricos, apropiados por el sionismo, que avalaban la superioridad del hombre blanco y un derecho sobre el territorio que se creía en consonancia con dichos ideales.

Cuántas de estas nociones se han convertido en ideas aceptadas en el discurso común de la democracia liberal ilustrada estadounidense es algo que debe documentarse de forma inmediata y decidida. Cada uno de los ejemplos que citaré argumenta en favor del sionismo y de Israel de dos maneras relacionadas. Una es que el sionismo, por derecho propio, es una cosa maravillosa y admirable que no debe responder ante nadie ni nada principalmente porque se corresponde por completo con las ideas occidentales sobre la sociedad y el hombre. La otra es que los obstáculos al sionismo y/o a Israel son infames, estúpidos o moralmente indecentes, y —

esto resulta crucial— no deben escucharse directamente. Sólo el sionismo puede hablar en su nombre. Tomemos a Reinhold Niebuhr como un primer ejemplo. Por lo que sé, para empezar tenía muy poco que ver con el mundo árabe o el islam, excepto por el hecho de apropiarse incondicionalmente de determinadas ideas culturales sobre ellos. Junto con otros seis notables, Niebuhr firmó una larga carta al *New York Times* el 21 de noviembre de 1947 apoyando la idea de dividir Palestina. He aquí el núcleo de su argumentación:

Políticamente, nos gustaría ver a los territorios de Oriente Próximo practicar la democracia como hacemos aquí. Social

y económicamente, quisiéramos que esos territorios se desarrollaran de un modo que mejorara las condiciones de vida locales y abriera tanto los recursos como los mercados de la región. En otras palabras, se mire como se mire, los intereses estadounidenses, contemplados con una visión de largo alcance, dictan una rápida modernización de Oriente Próximo en todas las esferas del esfuerzo humano.

Quienquiera que observe Oriente Próximo con un mínimo de objetividad tendrá que admitir que hasta ahora sólo hay una vanguardia de progreso y modernización en Oriente Próximo [obsérvese aquí la apropiación de un lenguaje cuasimarxista para promover un esquema fundamentalmente colonialista], y esa es la Palestina judía. Un segundo factor de progreso es el Líbano cristiano, que en este momento está artificialmente

sometido por los panarabistas y los panislamistas de la Liga Árabe en contra de la voluntad y los sentimientos de la mayoría cristiana del Líbano. Pero para estas dos islas de civilización occidental, la Palestina judía y el Líbano cristiano, el Oriente Próximo árabe-musulmán representa un panorama sin esperanza desde el punto de vista estadounidense.

La autoridad intelectual de Niebuhr ha sido muy grande en la vida cultural estadounidense. Lo que dice aquí, pues, cuenta con la fuerza de tal autoridad. Pero para el árabe palestino, en la medida en que él es el objeto de dicha fuerza, los comentarios de Niebuhr resultan nada menos que violentos. Para estas tierras —pobladas por millones de

árabes musulmanes cuando Niebuhr habló de ellas—, las fórmulas «nos gustaría ver» y «quisiéramos» sugieren que lo que quieren y desean tiene muy poco interés. Nuestros deseos *deben* anular a los suyos. Nuestros deseos establecen por un irreducible mandato que «hay sólo una vanguardia de progreso», constituida por dos diminutas minorías, una importada y la otra autóctona. En ningún momento pareció ocurrírseles a los firmantes de la carta que los deseos de la inmensa mayoría de la población de Oriente Próximo eran «naturales», y que la «artificialidad» de la que hablaban Niebuhr y sus amigos podía atribuirse más propiamente a los

sionistas y a los maronitas (aparte de profetizar sin saberlo los posteriores problemas de la región, esto es, los problemas de Israel y de un Líbano desgarrado por la guerra civil). Esas «islas» —de haber sido menos hipócrita, Niebuhr tendría que haberlas llamado «colonias»— mitigan el panorama por lo demás «desesperado» presentado por el mundo musulmán. Pero ¿desesperado para quién y para qué? Niebuhr no considera necesario decir lo que debería resultar evidente para cualquier occidental civilizado. El islam es el enemigo del judaísmo y el cristianismo y, en consecuencia, «nuestra» política debe ser la de apoyar

una Palestina judía y un Líbano cristiano. Que pueda haber personas viviendo en la región de la que Niebuhr habla tan imperiosamente es una posibilidad en la que no se piensa en absoluto. La pantalla ideológica literalmente la borra del mapa, permitiéndoles a él y sus amigos hablar como lo hacen. El sionismo es progreso y modernidad; el islam y los árabes son todo lo contrario. Sólo Niebuhr puede hablar por todas las partes; no debemos dejar de ver cierta condescendencia incluso en su sesgo parcial en favor de los judíos palestinos y los cristianos libaneses.

Un año antes, Niebuhr había escrito

un artículo titulado «A New View of Palestine» para *The Spectator*. Sus inflexiones resultaban aquí algo más conciliadoras, considerando que «el consejo o la crítica de un estadounidense sobre la cuestión palestina difícilmente serán bien acogidos en Gran Bretaña en el momento actual»; el momento en cuestión era una crisis en torno al interminable problema de limitar la inmigración judía a Palestina. Aun así, Niebuhr se siente obligado a ofrecer, si no consejo, sí una nueva visión, o al menos una opinión que sea de ayuda para los británicos. A diferencia de la carta del *New York Times*, aquí se dirige

directamente a una autoridad imperial, como hablando de un organismo imperial a otro.

Sé que en Estados Unidos no se consideran suficientemente los derechos árabes o la situación embarazosa de Gran Bretaña a la hora de tratar con el mundo árabe. Me resulta incomprensible, por otra parte, que el ciudadano medio hable aquí de una «opinión» árabe sin sugerir que tal opinión está limitada a un pequeño círculo de señores feudales, que no hay clase media en ese mundo y que las masas miserables se hallan en una pobreza tan abyecta que una opinión representa un lujo imposible para ellas. Una dificultad del problema árabe es que la civilización técnica y dinámica que los judíos podrían haber ayudado a introducir, que debería

tener el apoyo del capital estadounidense, y que incluiría el desarrollo fluvial, la conservación del suelo y el empleo de energía autóctona, no resultaría aceptable para los caciques árabes por más que beneficiara a las masas árabes. Esta, por lo tanto, habría de imponerse provisionalmente, pero tendría una posibilidad de ser aceptada en última instancia por las masas (*The Spectator*, 6 de agosto de 1946, p. 162).

Ni antes ni después de que se escribiera este texto se podía acusar a Niebuhr de mencionar, y mucho menos de apoyar, los «derechos árabes». Simplemente nunca lo hizo. Su primera frase, pues, es poco más que una estratagema retórica para plantear su

principal argumento, el de que la opinión árabe no cuenta (por las falsas razones sociológicas que da, como si las masas no necesitaran también un pedazo de tierra en el que llevar su vida de ignorancia, atraso y decadencia). Pero ni siquiera esa es su *verdadera* intención, que no es otra que decir que, tengan o no tengan opinión, no se debería permitir a los árabes obstruir «la civilización técnica y dinámica» llevada a Palestina por los judíos europeos. Podría haber sido más fácil defender su argumentación si, por ejemplo, pudiera afirmar sin rodeos: *a)* que los árabes eran peculiarmente inferiores, y *b)* que eran simplemente las criaturas, sin

voluntad u opinión, de una pequeña y desesperadamente decadente clase feudal de «señores» que manipulaban a las «masas» como marionetas. En cambio, Niebuhr escoge la forma más culturalmente válida de afirmación, y sostiene que su argumentación en realidad no se hace sólo en nombre «de la civilización técnica y dinámica» llevada allí por el sionismo, sino que también piensa en las masas árabes.

Dejemos aparte el hecho de que Niebuhr podría haber encontrado muchos casos en la reciente historia árabe palestina de levantamientos de masas puramente espontáneos contra el sionismo, o que podría haber encontrado

casos de campesinos árabes que acudían en vano a los colonos sionistas en busca de ayuda contra terratenientes absentistas árabes. Lo que él no ve — como no lo vio Marx cien años antes, cuando escribió sobre los ingleses en la India— es que había un derecho *nacional* que estaba siendo violado por «una civilización técnica y dinámica» cuando esta hacía incursiones coloniales entre «las masas miserables». Además, y en opinión de un famoso teólogo cristiano, uno habría esperado (y en años posteriores, ha esperado infructuosamente) cierta apreciación del hecho de que por cada inmigrante judío que llegaba a Palestina probablemente

habría uno o más árabes desplazados, y sus derechos humanos consecuentemente serían suprimidos. Por último, habríamos esperado que Niebuhr hubiera hecho algún esfuerzo por escuchar a «las masas miserables» y sus deseos, o que al menos hubiera supuesto que entre sus deseos más o menos naturales habría estado el de no ser desplazadas o tan violentamente «beneficiadas» por una civilización superior.

Si Niebuhr hubiera hablado de la situación en Sudáfrica o Sudamérica, no se habría tolerado tal condescendencia ni tales implicaciones raciales, situación que puede apreciarse mejor cuando uno

es consciente, como ya he dicho antes, de que Niebuhr cree que está expresando una opinión avanzada, o progresista, o liberal. Entonces, nos preguntamos, ¿es posible que Niebuhr no supiera lo que pasaba en Palestina, o bien (como creo que es el caso) que en realidad pensara que el sionismo era culturalmente superior a la «decadencia» árabe?

Esto me lleva a mi segundo ejemplo, que ilustrará el grado en el que el apoyo al sionismo, en todos sus aspectos positivos y afirmativos, entrañaba no sólo la aceptación a regañadientes de cualquier realidad árabe en Palestina, sino también un sentimiento afirmativo y

positivo de que el sionismo había hecho bien en destruir la Palestina árabe. Aparte de portavoz y figura de prestigio cultural no menor al de Niebuhr, Edmund Wilson era asimismo un crítico notablemente brillante y católico, de la literatura, la sociedad, la historia y la moral. Mucho más que Niebuhr, ejemplificaba el proyecto vital de distinguir entre aquellos elementos de la cultura occidental (y mundial) que enriquecen la vida (la expresión resulta algo sensiblera, pero la uso sinceramente) y aquellos que la empobrecen. Aparte de lo que pudiera haber sido, Wilson *nunca* se identificó con el Estado, o con nada que tuviera el

más mínimo tinte chovinista, o siquiera institucional. Cualquiera de sus lectores —y fue el hombre de letras más leído que dio su país— lo sabe. Wilson estaba particularmente interesado en los judíos, los hebreos y el Antiguo Testamento; cuando cumplió sesenta años, escribió en un ensayo sobre los judíos que «no hay ningún otro pueblo [como el inglés, y luego como los puritanos estadounidenses] cuya cultura parece haber sido tan profundamente influenciada por ellas [las frases y visiones de la Biblia hebrea]»;^[29] y su estudio del hebreo, así como su libro sobre los Manuscritos del Mar Muerto, dan testimonio de su especial interés por

los judíos y el judaísmo. Obviamente, tal actitud no tiene por qué representar un problema, excepto cuando Israel entra en juego.

Su obra *Black, Red, Blond and Olive* incluye un largo y confuso apartado derivado de la visita de Wilson a Israel. El texto es episódico y está escrito en forma de diario como una muestra arbitraria de sus impresiones en dicho país, la mayor parte de ellas suscitadas por su lectura de literatura hebrea y su interés en el judaísmo. En cierto momento habla del terrorismo que dio existencia al Estado, y de cómo todo el asunto podría tener algo de reprehensible. Considera que el terrorismo

«fue el resultado de las persecuciones nazis y de la política de los británicos», pero agrega con desaprobación que en Israel «se ha establecido el hábito terrorista» y, con él, un «elemento de fanatismo moral». Sin embargo, Wilson lleva el asunto lo bastante lejos como para comentar «que los israelíes, en relación con los árabes, han mostrado ciertos signos de volver a la cruel intolerancia de los israelitas en relación con el pueblo al que desposeyeron». Sobre el hecho de la desposesión, Wilson no parece adoptar ninguna postura concreta, excepto la de que, como en la Biblia, *ocurrió*. Ello podría sugerir cierta neutralidad histórica por

su parte en relación con las diversas desposesiones producidas aquí y allá en el mundo, aunque no podamos dejar de recordar que, mientras escribe, Wilson está en un lugar donde la desposesión y la intolerancia están sucediendo realmente. Nos damos cuenta de que no está hablando de la Biblia cuando, al cabo de una frase o dos, hace la siguiente descripción:

Así la posición de los árabes en Israel —especialmente tal como uno los ve en el país— se asemeja más bien a la de un pueblo feroz pero aun así pintoresco y patéticamente atrasado, que está aislado de la comunidad principal pero que presenta un problema recurrente. En una gran ciudad árabe como Acre, la miseria

de las bulliciosas calles inspira en un israelí la misma aversión que al visitante occidental. Para el judío, que se toma tan en serio las relaciones familiares y que, en Israel, ha trabajado tan cuidadosamente con los huérfanos de Polonia y Alemania, y con los hijos de los iletrados yemeníes, el espectáculo de las bandadas de pilluelos, sucios, faltos de instrucción, enfermos, gritando y chillando y pidiendo en las estrechas y sucias calles, inspira incluso horror moral. Si las restricciones impuestas al matrimonio por la antigua ley rabínica son consideradas por muchos demasiado rígidas, la facilidad del divorcio entre los árabes, la cual, junto con sus hábitos nómadas, alienta al padre de una familia simplemente a abandonar a su descendencia y trasladarse a tomar una mujer en otra parte, debe percibirse como un mal mucho peor. No es que cierto

desprecio por los árabes no sea natural para cualquiera educado en Occidente, ni que cualquier crueldad de Israel no se vea igualada por la obstinación más bien estúpida de los refugiados árabes en Jordania, que han rechazado las ofertas de la UNRWA de acomodarlos en otros lugares y siguen insistiendo en volver a sus pueblos y granjas en Israel. Aquí me interesa únicamente destacar el funcionamiento en Israel de cierta tendencia judía a la exclusividad —más adelante trataré del opuesto de esta, los elementos vivificantes de la tradición judía— como una influencia limitadora y a veces destructiva.^[30]

A juzgar por los árabes que Wilson describe aquí, la exclusividad judía no parece demasiado mala. En su breve

retrato de ellos, se ve a los árabes como totalmente repugnantes y carentes de todo atractivo; la razón de su pobreza parece menos importante que su aspecto, aunque a Wilson no le habría resultado difícil obtener los datos sobre los árabes en Israel. En cuanto a sus comentarios sobre el árabe y su sentido de la familia, sólo pueden interpretarse como cabe interpretar los comentarios con respecto a que los «orientales» no tienen el mismo respeto por la vida humana que nosotros. En otras palabras, los árabes no cuidan de sus hijos, no sienten amor o ira, son simplemente animales que se reproducen con rapidez. Ese «cierto desprecio» por los árabes se

extiende hasta considerar al árabe palestino «estúpido» por su obstinación al no aceptar ser acomodado en otra parte; pero donde se revela la más exasperante deshonestidad es en el uso que hace Wilson del término «exclusividad» para hablar del trato de los sionistas a los árabes que no se marcharon hasta 1948. En la época en la que estuvo en Israel, las leyes aplicadas a los árabes eran las Regulaciones de Defensa de Urgencia inicialmente diseñadas e implementadas en Palestina por los británicos para ser utilizadas contra judíos y árabes. Esas leyes resultaron abiertamente racistas en tanto que *nunca* se usaron en Israel contra los

judíos. Cuando Israel decidió mantenerlas después de 1948 a fin de emplearlas para controlar a la minoría árabe, estas vetaban a los árabes el derecho de movimiento, el derecho a comprar tierras, el derecho de asentamiento, etcétera. Bajo el Mandato Británico, las regulaciones habían sido habitualmente denunciadas por los judíos como coloniales y racistas. Pero en cuanto Israel se convirtió en un Estado, aquellas mismas leyes pasaron a utilizarse contra los árabes. Wilson, sin embargo, no tiene nada que decir al respecto. Una vez más, caben pocas excusas para tal omisión, dado que, como uno puede averiguar fácilmente en

la obra de Sabri Jiryis *The Arabs in Israel*,^[31] había numerosos textos *sionistas* posteriores a 1948 en los que se denunciaban los abusos de las antiguas reglas coloniales aplicadas por los israelíes para reprimir y manipular a los árabes.

Además de todo lo explícito en el texto de Wilson, está la verdad implícita (o así parece) de que cualquiera, sobre todo un liberal humanista ilustrado, puede escribir, tener una opinión experta o tratar de la situación en Oriente Próximo. Creo que esto es muy importante, ya que si en el siglo XIX se acudía al erudito orientalista experto en busca de conocimientos sobre Oriente,

la situación cambió drásticamente en el XX. Hoy, el occidental busca sus evidencias y sus conocimientos sobre Oriente (y los orientales) en el sionista. Lo que Wilson ve —y, para el caso, lo que ve el occidental en general— de Oriente Próximo es algo que se ve desde la perspectiva sionista. Israel es la norma, los israelíes son la presencia, y sus ideas e instituciones las verdaderamente autóctonas; los árabes son una molestia, los palestinos una realidad cuasimítica (sobre todo, prosigue esta argumentación, una realidad propagandística), etcétera. Se olvidan los orígenes israelíes: Israel es una democracia occidental, hoy atacada,

bastante gratuitamente, por los árabes antisemitas. La inversión de la realidad es completa. Este es el mayor éxito de lo que antes he denominado la práctica sionista de difusión de la «verdad». En otras palabras, los comentarios de Wilson sobre los árabes no son inexactos; por el contrario, son bastante exactos como copia más o menos textual de lo que los israelíes (como colonialistas occidentales que viven en una zona atrasada) piensan de los árabes, de sus hábitos «nómadas», etcétera. Pero la elipsis es tan completa que uno se olvida de que la relación entre israelíes y árabes no es un hecho natural, sino el resultado de un proceso

concreto y constante de desposesión, de desplazamiento y de *apartheid* colonial *de facto*. Y también tiende a olvidar que los sionistas *llegaron* a Palestina procedentes de Europa.

III. La cuestión de la representación

Lo que he tratado de argumentar es que un texto como el de Wilson puede tomarse como el símbolo perfecto de una realidad política integrada en lo que he estado llamando el discurso común de la democracia liberal ilustrada estadounidense. Es la completa fusión hegemónica entre la visión liberal occidental de las cosas y la visión israelí-sionista. Uso aquí la palabra *hegemónica* a sabiendas, con todas sus resonancias en Antonio Gramsci, el gran

marxista italiano que analizó la importancia de la cultura y de los intelectuales en la política. Y ello porque, en la elaboración de uno de sus significados, Gramsci asignó a la *hegemonía* la noción de consentimiento; en otras palabras, hay hegemonía no por una mera dominación, sino por consentimiento, por aquiescencia. A mediados del siglo XX, como muestran los ejemplos de Niebuhr y Wilson, existía una identificación deliberada entre el discurso liberal occidental y el sionismo. Las razones de dicha identificación son complejas (quizá incluso tengan una justificación aceptable), pero para el árabe palestino

el significado concreto de esa relación hegemónica resultó desastroso. No hay vuelta de hoja. La identificación del sionismo y el liberalismo en Occidente significó que, en la medida en que había sido desplazado y desposeído en Palestina, el árabe había dejado de ser persona, tanto porque el propio sionista se había convertido en la *única* persona en Palestina como porque la personalidad negativa del árabe (oriental, decadente, inferior) se había intensificado. En el sionismo, el Occidente liberal veía el triunfo de la razón y el idealismo, y sólo eso (porque eso es lo que el liberalismo desea ver principalmente); y en el liberalismo, el

sionismo se veía a sí mismo tal como deseaba verse. En ambos casos, el árabe era eliminado, excepto como problema, como negación, como valores «malos». Este es seguramente un caso único en el que la ideología anula a la simple economía. Y ello porque, hasta el día de hoy, en términos puramente económicos (y considerando la inmensa cantidad de ayuda que se ha dado a Israel y al sionismo), Israel es un desastre, por más que su triunfo al promover la razón justifique cada vez más ayuda, cada vez más afirmación, al tiempo que la base de dicha afirmación se va reduciendo poco a poco.

Niebuhr y Edmund escribían en los

años cuarenta y cincuenta, respectivamente. En la década que siguió a la guerra de junio de 1967, las fronteras de Israel se ampliaron enormemente; y como resultado se acumuló una gran población de alrededor de un millón de árabes. Nadie, y aún menos los israelíes, podía eludir el problema de esta nueva realidad palestina. La palabra *árabe* ya no servía para describir a cualquiera que no fuera judío. Estaban los «viejos» árabes de Israel, el nuevo grupo de Gaza y Cisjordania, los militantes que combatían por la liberación (más tarde la OLP), y las diversas comunidades dispersas en el Líbano, Jordania, Siria y

el golfo Pérsico. Durante más de diez años, Israel ha estado ejerciendo la ocupación militar de territorios y personas reales. Es verdad que a Cisjordania se la designa como «Judea y Samaria», pero a la población que allí habita no va a ser tan fácil disolverla, o al menos no todavía. En consecuencia, el nuevo obstáculo para el sionismo-liberalismo es el problema de la ocupación. Israel insiste en que la ocupación militar en realidad significa «convivencia», un concepto que resulta lo bastante adecuado al *New York Times* como para garantizar de vez en cuando una aprobación generalizada. El 2 de mayo de 1976, el principal editorial del

periódico denunciaba a los «propagandistas árabes» por toda clase de abominaciones (la principal, atacar la ocupación de territorio árabe), y luego —haciéndose eco de la línea oficial israelí— proclamaba que la ocupación militar de Gaza y Cisjordania era «un modelo para la futura cooperación» entre árabes y judíos en la antigua Palestina. En ningún otro contexto podría hacerse una declaración así. Una ocupación militar se consideraba representativa de las buenas relaciones entre la gente, la base sobre la que construir un futuro común, y justamente la «autonomía» que se suponía que *realmente* querían «los

árabes de Eretz Israel».

Pero eso no era todo. Lo que hay que ver aquí de nuevo es lo que implica la *representación*, un tema siempre latente en la cuestión palestina. He dicho antes que el sionismo siempre habla en nombre de Palestina y los palestinos; ello ha entrañado una operación de bloqueo, por la que al palestino no se le puede escuchar (o representar) directamente en la escena mundial. Tal como el experto orientalista creía que sólo él podía hablar (paternalmente, por así decirlo) en nombre de los «nativos» y las sociedades primitivas que había estudiado —de modo que la *presencia* de él comportaba la *ausencia* de estos

—, así también los sionistas hablaban al mundo en nombre de los palestinos. Esto no ha sido posible en todas partes ni en todo momento, como han aprendido para su provecho todos los movimientos insurgentes desde la Segunda Guerra Mundial. En una era de masas y de una comunicación a veces instantánea, las hazañas sensacionalitas guerrilleras o terroristas pueden «hablar» directamente, pueden representar directamente a una presencia por lo demás bloqueada. Con el tiempo, esta presencia reprimida aflora, más aún cuando se la niega, como ocurre con la mayor parte de los israelíes. A fin de cuentas, esta última negación de los

palestinos ha resultado ser el mayor (aunque el más inevitable) error cometido por el sionismo desde sus comienzos. Pero eso es algo de lo que hablaré en el capítulo siguiente; aquí detallaré algunos casos recientes de la unión hegemónica liberal-sionista para completar la serie de ejemplos que he iniciado con Niebuhr y Wilson.

Creo que hasta la fecha puede afirmarse en términos generales que un indicador casi infalible de la aceptabilidad y la legitimidad política en Estados Unidos es el de quién habla en favor de qué. Una de las razones de la poderosa (aunque muy selectiva) legitimidad del Frente Nacional de

Liberación (FNL) en este país fue el amplio espectro de figuras, muy bien situadas, sumamente visibles y por lo demás prominentes, que clamaron contra la intervención estadounidense en Vietnam. Cuando el doctor Spock, Jane Fonda, Noam Chomsky y el senador McGovern condenan todos ellos lo mismo, se puede considerar que validan lo contrario de lo que condenan. Y a la inversa en el caso de Israel: cuando hablar calurosamente por y a favor de Israel se considera de rigor para *cualquiera* en la vida pública o intelectual, la mera imposibilidad de encontrar un espacio en el que hablar en favor de los palestinos es enorme; de

hecho, cada declaración en nombre de Israel intensifica y concentra la presión sobre el palestino para quedarse callado y aceptar la represión. Así, es legítimo y aceptable estar *a favor* de Israel y *en contra* de los palestinos. El principio más activo que emana de este axioma es que muy a menudo se encuentran artículos de israelíes sobre Israel, pero muy raras veces artículos de árabes sobre ellos mismos. Esto no constituye sólo una gran desproporción numérica (que tiene mucho que ver con la diferencia en tamaño y, ciertamente, en calidad entre las comunidades árabes y judías residentes en Estados Unidos), sino también cualitativa. Durante la

guerra de 1973, por ejemplo, el *New York Times Sunday Magazine* publicó, una determinada semana, un ensayo de un prominente abogado israelí sobre lo que él opinaba de estar en guerra; a la semana siguiente apareció un artículo supuestamente simétrico, pero este lo escribió un antiguo embajador estadounidense en Siria. Cuando se escucha una voz árabe, se selecciona de modo que cause la menor impresión posible, o, como ya he dicho antes, cuando se plantea una visión representativa árabe, o bien lo hace un experto occidental, o bien se trata de una «declaración» árabe cuasioficial. Cantidad y calidad se consideran

equivalentes.

Durante la década posterior a 1967, muchas personalidades conocidas visitaron Israel y, en el caso de los escritores que hubo entre ellas, estos dejaron constancia escrita de sus impresiones. El ejemplo más reciente es el de Saul Bellow; otros incluyen a Stephen Spender, Francine Du Plessix Gray, Renata Adler y Gary Wills. Después de 1967 —a diferencia del período sobre el que escribiera Edmund Wilson—, ya no era posible evitar o ignorar los territorios ocupados o a los árabes que allí vivían. En consecuencia, todos los relatos de visitas a Israel incluyen algo sobre los palestinos. En

todos los casos se trata con los árabes a través de un experto árabe israelí, por lo general un funcionario colonial con mucho mundo, y a veces una figura académica con un pasado en la inteligencia militar. En este aspecto, Bellow y Spender actuaron exactamente igual.^[32] Su humanitarismo liberal, su preocupación por la «posible» violación de la democracia israelí por la ocupación militar, se demostraron por medio de una conversación con un experto que representó ante ellos la «realidad» árabe, alivió su preocupación por los valores humanos, y les tranquilizó con respecto a la democracia israelí. A su vez, esta visión

del árabe palestino dentro de los territorios ocupados pasó a significar lo que el árabe palestino era, lo que quería y cómo se sentía. Sería exactamente como enviar a un funcionario blanco de «asuntos negros» a explicarle a un intelectual occidental de visita en Sudáfrica lo que la mayoría negra sudafricana *realmente* era, realmente quería y realmente sentía. Sólo que, obviamente, tal tergiversación sería rechazada por increíble. La obra de Bellow *Jerusalén, ida y vuelta* obtiene su fuerza precisamente de esta clase de representación, aceptada y legitimada.

No es que no hubiera ninguna evidencia sobre lo que en realidad

estaba pasando en Israel. Muchos israelíes que han visitado Estados Unidos han señalado que la principal diferencia entre un israelí y un prosionista estadounidense es que este último se muestra mucho menos franco y abierto con respecto a Israel y su «problema» árabe que el primero.^[33] Y ello porque en Estados Unidos (en Europa esto resulta hoy menos cierto) la causa de Israel y el sionismo es prácticamente sacrosanta; de la fundación de Israel en 1948 se habla con la misma reverencia y en el mismo alto nivel que del Plan Marshall. Sectores enteros de las comunidades intelectual y académica —por no hablar de toda la

industria de los medios de comunicación — observan una serie de rituales con respecto a Israel y lo que representa que no tienen comparación con ninguna otra causa. Con cualquier pretexto, en 1974 y 1975, grandes figuras de las artes, de la vida pública y de la política firmaron declaraciones protestando contra la «expulsión» de Israel, como se llamó entonces, de la Unesco y la condena del sionismo por parte de las Naciones Unidas como una forma de racismo. Sólo de vez en cuando había alguien — por lo que he podido determinar, Noam Chomsky fue la única voz— que decía algo sobre lo que el sionismo e Israel habían hecho y seguían haciendo a los

árabes palestinos, dado que las diversas prácticas discriminatorias contra los «no judíos» en Israel resultaban indistinguibles de otras formas de opresión racial en otros lugares. En cambio, se podía ver a Daniel Patrick Moynihan atacando la vileza y defendiendo la libertad en el vacío moral e intelectual reservado a Israel y al sionismo.^[34]

La sociología de lo que normalmente define una «causa», o quizá de lo que una cuestión debe ser para convertirse en una causa, se viene abajo completamente en el caso del Israel actual, al menos en la medida en que Israel es objeto de discusión o debate

público. A ningún progresista se le haría callar por defender la causa de los derechos humanos en la Unión Soviética, o en Chile, o en África. Pero cuando se trata de asuntos similares en Israel, hay un silencio casi total. El tema del gobierno militar, los abusos que lo acompañan y las violaciones de los derechos humanos en Israel se resisten con tenacidad a cualquier tentativa de hacer de ello una «causa», lo cual resulta particularmente asombroso en casos en que las fuentes citadas por los propios —y escasos— críticos de Israel son fuentes *israelíes*. Durante años, la Liga Israelí de Derechos Humanos ha estado difundiendo información sobre

asuntos tales como la demolición de casas árabes, la expropiación de tierras árabes, el trato dado a los trabajadores árabes, la tortura y la detención ilegal de árabes, todos ellos casos documentados principalmente por traducciones de artículos en periódicos y revistas israelíes. Ninguno de estos artículos llega a ver nunca la luz en Estados Unidos, y no porque no se envíen a directores de publicaciones, periodistas de la televisión, progresistas prominentes (y por lo general) sin pelos en la lengua, etcétera. Hay literalmente decenas de agencias de prensa, boletines de noticias progresistas y publicaciones trimestrales progresistas israelíes que

tratan regularmente de temas relacionados con los árabes palestinos tanto en el Israel anterior a 1967 como en los Territorios Ocupados —por no hablar de los informes de las Naciones Unidas, los textos escritos por los antiguos funcionarios de la ONU encargados de la supervisión de las fronteras y del armisticio, los informes de agencias internacionales como Amnistía Internacional y la Cruz Roja, o las decenas de estudios árabes y árabe-americanos—, ninguno de los cuales se publica nunca para su amplia distribución y difusión en Estados Unidos. El más reciente, y en muchos aspectos el más extravagante, de tales

actos deliberados de omisión es el relacionado con un informe sobre la tortura en Israel publicado en el londinense *Sunday Times* el 19 de junio de 1977. Empleando una exhaustiva serie de técnicas de investigación, el *Times* revelaba que la tortura de árabes es un mecanismo regular, metódico y oficialmente aprobado en Israel; que centenares de árabes son detenidos y torturados; que existen evidencias totalmente convincentes de que el Estado tolera la práctica como un modo de intimidar, controlar y aterrorizar a la población «nativa» en los Territorios Ocupados. Con sólo una excepción conocida (el *Boston Globe*), ni un solo

gran periódico estadounidense (o revista, semanario de noticias o informativo de televisión) reprodujo el informe, la mayor parte de ellos apenas lo mencionaron siquiera, y ninguno aludió a los diversos informes derivados de ello y elaborados por Amnistía Internacional, la Cruz Roja y otros. Sobre esta escandalosa negligencia informativa, Nicholas von Hoffman señalaba acertadamente:

Como mínimo, las autoridades israelíes deberían estudiar la acusación formulada contra ellas [por el informe del *Sunday Times* sobre la tortura por parte de las autoridades israelíes] y ofrecer algo más convincente que la declaración

emitida por su embajada en Londres, que simplemente decía: «En los últimos años se han hecho repetidamente acusaciones de esta naturaleza por fuentes de la propaganda árabe, y han demostrado ser totalmente infundadas a la luz de investigaciones detalladas y documentadas». La descalificación y la confianza en las investigaciones aducidas por Israel para su propia exoneración no harán. [...] La grotesca ironía de utilizar el gas como instrumento de tortura debería haber sido demasiado hasta para los funcionarios israelíes que creen que tratar así a seres humanos promueve la causa de la democracia.

La mayoría de los estadounidenses nunca sabrán nada de esto. Por [ahora] sólo un periódico (el *Boston Globe*) ha juzgado adecuado publicar el informe. La indiferencia no se debe a las dudas sobre

la talla de los periodistas. El equipo del *Sunday Times* que hizo el reportaje es mundialmente respetado en la profesión.

La falta de interés en esta ocasión puede explicarse por el hecho de que el *New York Times* informara sobre la investigación de la tortura en un artículo de 86 palabras publicado en la página 13. En cierta medida, todas las noticias en Estados Unidos son las que el *New York Times* considera tales, pero aún más en el caso de las noticias extranjeras. [...] ¡Tan pocos son los jefes de redacción de la prensa impresa, o de la radio y la televisión, capaces de formular juicios independientes sobre las noticias! Simplemente carecen del carácter y la talla necesarios para tener su propia opinión, y prefieren la seguridad de dejar que el más prestigioso de los periódicos nacionales tome las decisiones por ellos.

Esto resulta particularmente fácil con una cuestión como la de Israel, donde cualquier publicidad adversa probablemente le valdrá a un jefe de redacción los ruidosos improperios del *lobby* mejor organizado de la nación. Pero no ocurre igual en el extranjero, donde los medios de comunicación de masas dan a la opinión pública de las otras democracias reportajes mucho menos sesgados.^[35]

En el caso de que un reportaje o columna ocasional, como la de Von Hoffman, se publique o consiga una cierta atención, su rareza y aislamiento —que proviene de la ausencia de un contexto o tradición donde insertarse— la despojan de cualquier efectividad. El poder de un consenso generalizado, de

una tradición, de un discurso coherente como el que existe entre Israel y la opinión progresista estadounidense, es que su mera presencia institucional disipa cualquier evidencia en sentido contrario, la aparta de un plumazo como irrelevante. Es más: puede convertir lo que uno esperaría que fueran devastadores desafíos en *apoyos*. Tomemos como ejemplo más reciente la elección de Menahem Begin. Durante años y años, Begin ha sido conocido como terrorista, y él no ha hecho el menor esfuerzo por ocultar ese hecho. Su libro *La rebelión* puede encontrarse en cualquier universidad o biblioteca pública de tamaño medio como parte de

la habitual colección sobre Oriente Próximo. En este libro, Begin describe su actividad terrorista —incluida la matanza a gran escala de mujeres y niños inocentes— en franca (y glacial) profusión. Admite ser responsable de la matanza, en abril de 1948, de 250 mujeres y niños en el pueblo árabe de Deir Yassin. Y, sin embargo, unas semanas después de su elección, en mayo de 1977, salió en la prensa con su terrorismo olvidado, como un «estadista» al que se comparaba implícitamente con Charles de Gaulle. No puede decirse que las evidencias de la actividad terrorista de Begin se hubieran eliminado. Estaban ahí,

siempre han estado ahí ante cualquiera que estudiara el Israel moderno, y se han mencionado regularmente (por ejemplo, para distinguir entre Begin y, pongamos por caso, David Ben Gurión o Golda Meir, que se suponía eran ejemplos de estadistas). Pero es tan generalizado el consenso que decreta que los líderes de Israel son democráticos, occidentales, incapaces de males normalmente asociados a los árabes y a los nazis (a quienes, al fin y al cabo, se supone que Israel ha negado con su existencia), que hasta un personaje tan incómodo como Begin se ha transmutado simplemente en otro estadista israelí más (además de ser nombrado doctor *honoris causa* por la

Universidad Northwestern de Chicago en 1978 y, para colmo, compartir el Premio Nobel de la Paz ese mismo año). Precisamente los mismos progresistas que descubren causas y agravios en todas partes resulta que no tienen nada que decir sobre Begin, sobre la tortura en Israel o sobre la literalmente imparable política anexionista del Estado israelí.

Algo muy parecido sucede con los palestinos como refugiados. Existe cierto debate en torno a cuántos palestinos se vieron obligados a abandonar su país y sus tierras en 1948 (las cifras oscilan entre los 500 000 y los 800 000; hasta las fuentes israelíes

discuten la cifra, aunque no el éxodo en sí), pero el caso es que hay un acuerdo total con respecto a que dichos refugiados existen. Casi treinta años de existencia lejos de su territorio, así como la ausencia del derecho de autodeterminación para ellos, «demuestran» (el término resulta poco afortunado cuando se entiende su significado humano en este contexto) la existencia de un mayor o menor grado de injusticia hacia ellos. Pero cuando uno pregunta quién o qué les ha convertido en refugiados, cuando se plantea la cuestión del agente, no sólo se considera a Israel exento de culpa o responsabilidad (empezando por el

presidente Carter, que de manera similar absolvió a Estados Unidos de cualquier responsabilidad por la devastación de Indochina), sino que encima se *elogia* a Israel (como a Estados Unidos) por su humanitarismo. Se nos dice que los palestinos fueron un «intercambio» por los judíos que abandonaron los países árabes para trasladarse a Israel; que se marcharon pese a que la Haganah les instaba a no hacerlo; que a los que se quedaron les va mejor que a sus hermanos de los países árabes circundantes; que sólo hay un refugio para los judíos y veintitantos para los árabes, y que por qué los árabes no pueden ser como los judíos y acoger a

sus propios refugiados; que la ocupación de más territorio palestino en 1967 produjo de hecho una existencia «binacional» entre árabes y judíos; que la ocupación de Cisjordania representa el cumplimiento de profecías bíblicas; que hay una Palestina, y está en Transjordania; que otros refugiados (de la India musulmana, de la Alemania nazi) se han reasentado en otras partes, y por qué los palestinos no lo entienden; que los palestinos no son más que un peón o una pelota política utilizada por los regímenes árabes y, en consecuencia, en realidad no plantean ningún problema una vez que se hace ver a dichos regímenes que dicha táctica no puede

darles resultado indefinidamente. Todo esto, por supuesto, no hace sino dar vueltas en torno a la cuestión, que parece haberse convertido en una poderosa evidencia de la moralidad y las elevadas pautas de conducta del sionismo.

IV. Derechos palestinos

Pero aquí, como con la mayoría de los otros temas que conforman la cuestión palestina, tenemos que unir unas cosas con otras, y ver que no se trata de que estén *ocultas* (ninguna de las evidencias que cito aquí y en otras partes resulta arcana u oscura: la mayoría de ellas se encuentran en documentos fácilmente accesibles), sino de que son ignoradas o negadas. El contexto apropiado para tratar el problema de los refugiados es muy simple: los refugiados palestinos,

¿quieren ser repatriados, o compensados, o reasentados en otras partes? Y en segundo lugar, ¿existe un consenso internacional y moral en torno a las respuestas teóricas, así como prácticas, a esas cuestiones? En tercer lugar, ¿qué mecanismo existe en Israel para convertir a los judíos europeos y americanos en inmigrantes, y luego en ciudadanos, y cómo ese mecanismo *impide* beneficiarse a los refugiados árabes palestinos? Las respuestas a todas esas preguntas son morales, desde luego, pero resultan interesantes e importantes debido a su realidad política; en otras palabras, no se trata de cuestiones académicas, sino de

preguntas que afectan directamente a las vidas de millones de personas, a los estados y al orden internacional. Repasemos a continuación esas preguntas de manera desapasionada.

Antes de 1948, la mayor parte del territorio llamado Palestina estaba habitado, sin ningún género de dudas, por una mayoría de árabes, que después del nacimiento de Israel fueron o bien dispersados (se marcharon, o se les obligó a marcharse), o bien rodeados por el Estado como una minoría no judía. A partir de 1967, Israel ocupó más territorio árabe palestino. Como resultado de todo ello, actualmente hay tres clases de árabes palestinos: los que

habitan en el Israel anterior a 1967, los que habitan en los Territorios Ocupados, y los que habitan en otras partes fuera de la antigua Palestina. Jamás se ha realizado un plebiscito entre los palestinos para conocer sus deseos. Hay razones obvias para ello: el mero hecho de su enormemente complicada y dispersa presencia, repartida en varias jurisdicciones; la imposibilidad política de realizar dicho plebiscito, sobre todo en países bajo cuyos auspicios tampoco se celebran elecciones de todos modos... la lista de motivos puede ser muy amplia, y todos ellos se añaden a la dificultad actualmente insuperable de realizar tal plebiscito. Sin embargo, esto

no equivale a decir que no haya otros medios por los que, aun en su dispersión y su exilio, los palestinos podrían haberse expresado. A juzgar por el gran atractivo y legitimidad populares de la Organización para la Liberación de Palestina; por la constante resistencia y rechazo al dominio militar israelí en los Territorios Ocupados; por las manifestaciones, huelgas y gestos políticos de resistencia diarios allí y entre los árabes del Israel anterior a 1967; por todas las organizaciones de masas y privadas creadas por y para palestinos, existen numerosas evidencias que muestran que, tomado globalmente como el conjunto de miembros de una

comunidad cuya experiencia común es la desposesión, el exilio y la ausencia de cualquier patria territorial, *el pueblo palestino no se ha conformado con su actual destino*. Lejos de ello, los palestinos han insistido repetidamente en su derecho de retorno, su deseo de ejercer la autodeterminación y su tenaz oposición al sionismo tal como este les ha afectado.

Esta insistencia palestina no es una aberración única y descontextualizada; está plenamente respaldada por todos los convenios internacionales legales y morales conocidos del mundo moderno. El artículo 13 de la Declaración Universal de Derechos Humanos (1948)

estipula:

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.
2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país.

El Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos (1966) afirma también estos derechos fundamentales de las personas, y desde 1976 ha sido aceptado como portador de la fuerza única que le otorga el voto unánime (con sólo cinco abstenciones) de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Su

artículo 12 reza:

2. Toda persona tendrá derecho a salir libremente de cualquier país, incluso del propio...

3. Nadie podrá ser arbitrariamente privado del derecho a entrar en su propio país.

Además, la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas asevera:

a) Todo el mundo tiene derecho, sin ninguna clase de distinción de raza, color, sexo, lengua, religión, opinión política u otra, origen nacional o social, propiedad, nacimiento, matrimonio u otro estatus, a volver a su país.

- b) Nadie será privado arbitrariamente de su nacionalidad u obligado a renunciar a su nacionalidad como medio de despojarle del derecho a volver a su país.
- c) Nadie será privado arbitrariamente del derecho a entrar en su propio país.
- d) A nadie se le negará el derecho a volver a su propio país por no tener pasaporte u otro documento de viaje.^[36]

La mayor parte de los razonamientos que intentan refutar estas claras determinaciones, al menos para los palestinos, se han concentrado en un conjunto limitado de argumentos. Si los palestinos se fueron en 1948 —se nos dice—, lo hicieron porque los estados

árabes les instaron a ello a fin de que, tras una alardeada victoria, pudieran regresar triunfalmente. Mi propia experiencia y todas las evidencias sugieren que la razón concluyente del éxodo árabe palestino de 1948 fue otra distinta. Pero en lo que se refiere al verdadero argumento en torno al derecho de retorno palestino, la razón de la huida de los palestinos resulta en última instancia irrelevante. *Lo que importa es que tienen derecho a volver*, como estipula la legislación internacional, como afirman numerosas resoluciones de las Naciones Unidas (votadas por Estados Unidos), y como ellos mismos desean. (La primera

resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas —la número 194— que afirmaba el derecho de los palestinos a volver a sus casas y propiedades se aprobó el 11 de diciembre de 1948; desde aquella primera fecha se ha renovado *nada menos que veintiocho veces*). Mientras que el derecho moral y político de una persona a volver a su lugar de residencia ininterrumpida es reconocido en todas partes, Israel ha negado la posibilidad del retorno, en primer lugar mediante una serie de leyes que declaran que las tierras palestinas de propiedad árabes son de propietarios absentistas y, en consecuencia, susceptibles de

expropiación por parte del Fondo Nacional Judío (que legalmente posee la tierra en Israel «en nombre de todo el pueblo judío», una fórmula sin parangón en ningún otro Estado o cuasi-Estado) y, en segundo lugar, por la Ley de Retorno, por cuyas disposiciones cualquier judío nacido en cualquier parte tiene derecho a reclamar la inmediata ciudadanía y residencia israelí (algo que ningún árabe puede, por más que demuestre su residencia y la de su familia en Palestina durante numerosas generaciones). Estas dos categorías exclusivistas hacen imposible sistemática y jurídicamente, en base a razón alguna, que un árabe palestino pueda volver, ser compensado

por sus propiedades, o vivir en Israel como un ciudadano igual ante la ley que un judío israelí.

Otro argumento es que si se permitiera volver a tantos palestinos básicamente hostiles, lo que le ocurriría a Israel sería, de hecho, un suicidio político. Además, Israel es un Estado para judíos, y estos siempre deben tener la opción infinitamente abierta de un potencial «regreso» a Sión. Ambos argumentos poseen la fuerza, y de hecho la convicción y la intensidad, de la auténtica pasión. Resulta inútil para un árabe palestino negárselas, del mismo modo que es inútil imaginar que los judíos israelíes probablemente querrán

volver alguna vez a sus lugares de origen. Gran parte de la desesperación y el pesimismo que uno siente ante todo el conjunto del conflicto palestino-sionista reside en la incapacidad de ambas partes de considerar el poder y la presencia existencial de *otro* pueblo en su tierra, su desafortunada historia de sufrimiento y su inversión emocional y política en dicha tierra, y, lo que es peor, en pretender que el Otro es una molestia temporal que, con tiempo y esfuerzo (y violencia punitiva de vez en cuando), acabará por desaparecer. La realidad es que las vidas y los destinos políticos de los palestinos y los judíos israelíes están hoy plenamente

imbricados, quizá no de un modo definitivo —tema que no es de fácil discernimiento en un debate racional—, pero sí en este momento y en un futuro previsible. Aun así, hay que ser capaces de discriminar entre la presencia política que invade, desposee y desplaza, y la presencia que resulta invadida, desplazada y desposeída. No son ambas iguales, ni en última instancia una va a prevalecer siempre y a dominar definitivamente a la otra. Así pues, el hecho de que el sionismo perpetúe un sistema político, jurídico y epistemológico cuyo objetivo inmediato, constantemente renovado, e incluso a largo plazo es excluir a Palestina y los

palestinos, creo que es algo a lo que hay que oponerse y que debe someterse a un riguroso análisis.

¿Cuál es el sentido y la forma de tal oposición? Debido a las circunstancias políticas y epistemológicas que antes he descrito, oponerse a cualquier cosa relacionada con Israel y el sionismo parece equivaler, en el mejor de los casos, a abogar en favor del antisemitismo, y en favor del genocidio en el peor. Obviamente, extraer tales conclusiones de lo que yo espero mostrar que constituye una plataforma de oposición moderada y basada en principios resulta tan dañino como destructivo; y, sin embargo, es algo que

se hace de todos modos y, por desgracia, se seguirá haciendo durante los próximos años. Pero lo importante del debate racional, en el que yo creo firmemente, es intentar cambiar los términos y las perspectivas desde los que se interpretan los problemas que parecen irresolubles; y los israelíes y palestinos juntos constituyen uno de esos problemas, y también requieren juntos ese cambio racional.

Hubo una oportunidad perfecta para el cambio al alcance de la mano cuando la Unión Soviética y Estados Unidos publicaron su declaración conjunta del 1 de octubre de 1977. Lo más notable de dicha declaración consistía en que esta

hablaba de derechos palestinos (y no simplemente intereses) como objeto de discusión en cualquier solución pacífica definitiva del problema de Oriente Próximo. El coro de insultos y de histerismo que acogió aquella declaración por parte de la opinión organizada judía resultó desalentador. La reacción interna judeoamericana no sólo resultó abusiva, sino que se enorgulleció de ello, ya que los líderes judíos alardearon de haber inundado la Casa Blanca con miles de cartas y llamadas telefónicas. La pretendida lección era la de que cualquier cosa que se percibiera como una amenaza a Israel (y cualquier cosa que se percibiera

como una desviación de lo que se esperaba que fuera la línea de actuación del gobierno estadounidense, de aceptación incondicional de todo lo que hiciera Israel) movilizaría completamente a todos y cada uno de los judíos y a todos y cada uno de los partidarios de Israel contra la administración. El sentido de tal intimidación era mantener Oriente Próximo como una cuestión interna estadounidense, y no meramente como un asunto de política exterior. El otro sentido, sin embargo, es que el miedo constituye la vía más fácil para movilizar a la gente.

Uno se pregunta, no obstante, si el

miedo, la represión y el descarado terrorismo intelectual están justificados, o bien sirven a un interés casi increíblemente corto de vista y, en última instancia, nada inteligente. ¿Acaso las únicas alternativas a hablar de los palestinos son la amenaza de lo que equivale a una guerra civil entre la comunidad judía y la administración estadounidense, y lo que con frecuencia se ha descrito en la prensa por parte de funcionarios israelíes y estadounidenses como una potencial guerra de aniquilación librada por Israel contra los árabes? (véase, por ejemplo, Jim Hoagland en el *Washington Post* del 26 de octubre de 1977). ¿Qué es eso tan

temible que provoca una reacción tan violenta?, y, lo que es más importante, ¿puede hacerse desaparecer o bien mediante amenazas de guerra, o bien por la propia guerra?

Hablar de los palestinos racionalmente es, creo, dejar de hablar de guerra o genocidio y empezar a tratar seriamente de la realidad política. *Hay* un pueblo palestino, *hay* una ocupación israelí de tierras palestinas, *hay* palestinos viviendo bajo la ocupación militar israelí, *hay* palestinos —650 000 de ellos— que son ciudadanos israelíes y que constituyen el 15 por ciento de la población de Israel, y *hay* una gran población palestina en el exilio: estas

son las realidades que Estados Unidos y la mayor parte del mundo han reconocido directa o indirectamente, y que Israel también ha reconocido, aunque sólo sea en forma de negación, rechazo, amenazas de guerra y castigo. La historia de los últimos cuarenta años ha mostrado que, lejos de reducirse, los palestinos han crecido políticamente bajo la influencia de toda clase de represiones y dificultades; y la historia de los judíos ha mostrado también que el tiempo sólo aumenta el apego a la tierra, históricamente saturada, de Palestina. Salvo que sean destruidos por completo, los palestinos seguirán existiendo y seguirán teniendo sus propias ideas

sobre quién los representa, dónde quieren establecerse, y qué quieren hacer con su futuro nacional y político.

Criticar hoy el sionismo, pues, es criticar no tanto una idea o una teoría como más bien un muro de negaciones. Es decir firmemente que no se puede esperar que millones de árabes palestinos se vayan, o se conformen con la ocupación, o se contenten con un designio israelí, o egipcio, o estadounidense, con respecto a su destino, su «autonomía» o su emplazamiento físico. Es decir también que ha llegado el momento en que los palestinos y los judíos israelíes se sienten y hablen de todas las cuestiones

pendientes entre ellos: los derechos de inmigración, la compensación por la pérdida de propiedades, etcétera, todo ello en el contexto de una discusión general de la paz futura, y todo ello también en el contexto intelectual de una aceptación *sionista* del hecho de que la liberación nacional judía (como a veces se la llama) se edificó sobre las ruinas de *otra* existencia nacional, y no en el vacío. Y, finalmente, es reconocer que la cuestión palestina no es sólo un debate hermético entre sionistas con respecto a cómo deben comportarse en teoría el sionismo e Israel en la tierra que antaño fue Palestina, sino un tema político vital que implica a árabes y judíos, residentes

en un territorio comúnmente significativo.

En toda esta discusión, sin embargo, hay que recordar que las diversas cuestiones se perciben y formulan no estrictamente como cuestiones locales entre la población de Oriente Próximo, sino —tal como he tratado de mostrar— como cuestiones que implican a dos comunidades que se consideran a sí mismas en el exilio, comunidades cuya disputa ha implicado a todo el mundo en el ámbito internacional. Las partes son, por un lado, el sionismo, la alianza judía y la historia judía, supervivientes del más trágico destino impuesto a cualquier pueblo, y, por otro, una población del

Tercer Mundo antiimperialista y anticolonialista cuya base para la acción incluye su propia desposesión como pueblo, así como su oposición a la discriminación racial, la expropiación territorial y la ocupación militar. Estos temas universales implican al mundo entero en uno u otro aspecto de la lucha, y aunque siempre se corre el peligro de que las pequeñas disputas magnificadas se vuelvan irresolubles, también es cierto que esta magnificación nos da una idea de todo el conjunto de problemas e ideas que animan una disputa.

Pero hay que reducir la escala de esta disputa, quizá demasiado imponderable. Mi opinión es que tanto

los palestinos como los judíos de Palestina tienen mucho que ganar —y, obviamente, también algo que perder— si se adopta una visión de su situación común basada en los derechos humanos, en lugar de una perspectiva estrictamente *nacional*. Con demasiada frecuencia se olvida que el Oriente Próximo moderno ha heredado casi de manera incondicional un legado político terriblemente disgregador del colonialismo decimonónico. El Imperio otomano, así como aquellas partes de él que pasaron a estar bajo protectorado occidental, estaba gobernado en principio por minorías cuyos intereses locales las hacían aliadas de la potencia

colonial. Actualmente hay gobiernos minoritarios en el Líbano, Jordania, Siria, Israel, Kuwait y Arabia Saudí: la mayoría regional es islamita sunní, aunque cada uno de estos países está gobernado por un grupo no sunní o por una familia y/o una oligarquía regional no abiertas al conjunto de la población. Como resultado, los gobiernos centrales de los estados de la zona son en esencia represivos con respecto a la mayoría de la población, y ello resulta manifiestamente cierto no sólo en los estados árabes, sino también en Israel. Esa mentalidad minoritaria, junto con una admiración acrítica hacia el Estado por sí mismo, han hecho que la suerte

del ciudadano concreto resulte precaria. En Israel, por ejemplo, el Estado se divide entre judíos y no judíos, y, de forma aún más discriminatoria, entre judíos europeos y judíos orientales. En otras partes de la región, los derechos del ciudadano dependen no sólo de la garantía de la ley, sino también de la discreción de un poder estatal central celosamente guardado. En consecuencia, un paso con el fin de lograr cierta equidad en, así como alguna solución para, el conflicto palestino-israelí consistiría en reconsiderar el problema entre los dos grupos, reformularlo como una disputa que implica a personas que esperan que llegue un momento en el que

se garanticen los derechos para todos los habitantes propiamente dichos (pasados y presentes) del territorio. Llegado ese momento, Israel ya no podría ser el Estado de todo el pueblo judío, resida allí *o no*, sino el Estado de sus *actuales* ciudadanos, judíos y no judíos; y lo mismo con respecto a los demás estados de la región.

Pero hasta un paso tan básico resulta prácticamente imposible en este momento. Las relaciones entre israelíes y palestinos están tan inflamadas que cualquier cosa que suene a equidad y a resolución resulta impensable. Pero sólo por el momento. El objetivo a largo plazo es, creo, el mismo que para todos

los seres humanos: que políticamente se les permita vivir libres de temor, inseguridad, terror y opresión, y libres también de la posibilidad de ejercer una dominación desigual o injusta sobre otros. Este objetivo a largo plazo tiene significados distintos para los árabes palestinos y los judíos israelíes. Para estos últimos, significa liberarse de la terrible presión histórica del antisemitismo, cuya culminación fue el genocidio nazi; liberarse del miedo a los árabes, y liberarse asimismo de la ceguera del sionismo programático en su práctica contra los no judíos. Para los primeros, por su parte, el objetivo a largo plazo implica liberarse del exilio

y la desposesión; liberarse de los estragos culturales y psicológicos de la marginalidad histórica, y liberarse también de las actitudes y prácticas inhumanas hacia el opresor israelí. ¿Cómo se pueden evaluar los actuales obstáculos a esos objetivos de largo alcance?

El primer paso, quizá muy pequeño, consiste en intentar entender. Ya he dicho antes que el sionismo ha sido estudiado y examinado como si concerniera sólo a los judíos, mientras que en realidad han sido los palestinos quienes han pagado su extraordinario coste humano, un coste tan importante como no reconocido. En consecuencia,

hoy conviene tratar de aceptar el sionismo como teoría, ideología y programa de acción histórico-política con consecuencias concretas para los árabes palestinos, así como para los israelíes y otros judíos. Una vez admitida esa realidad en el debate y en la comprensión racional, podemos empezar a entender también qué anima la vida *árabe*. En otras palabras, mi objetivo aquí será abrir la discusión de la cuestión palestina a una realidad tan negada como reprimida: la de los árabes palestinos, a quienes yo mismo pertenezco.

Estos primeros pasos quizá no resulten tan modestos y académicos

como en principio podría parecer. La premisa de mi discusión será que, tanto en Palestina propiamente dicha como en el debate en torno a Palestina, no se ha prestado atención realmente en serio a la plena realidad humana del árabe palestino como un ciudadano con derechos humanos, alguien que no es un mero símbolo del refugiado intratable, antisemita y terrorista. Providencialmente, sin embargo, no ha habido ninguna ocasión anterior en que tal discusión pudiera haber sido fructífera, y no digamos ya posible. Pero, dado que de manera intermitente parece prevalecer un talante conciliador —aunque hoy sea igualmente real la

existencia de más guerra y de más conversaciones insensatas en torno a un «proceso de paz»—, la necesidad de una amplia comprensión de estos temas parece imperativa. En las páginas que siguen propongo una tentativa de comprensión dividida en dos partes: primero, en el capítulo 2, una consideración del sionismo tal como ha afectado al árabe palestino, que no era su beneficiario, sino su víctima; luego, en el capítulo 3, un análisis descriptivo de la moderna experiencia palestina, incluida la realidad contemporánea de la vida corporativa, la cultura y las instituciones políticas y sociales palestinas. El capítulo 4 concluirá con

una discusión de la política presente y pasada de Estados Unidos con respecto a Oriente Próximo, además de considerar los problemas que habrá que afrontar si los procesos de paz finalmente se inician en serio para los palestinos.

2

El sionismo desde el punto de vista de sus víctimas

I. El sionismo y las actitudes del colonialismo europeo

Toda idea o sistema de ideas existen *en algún sitio*, están mezclados con circunstancias históricas, forman parte de lo que, de una manera muy simple, puede llamarse «realidad». Sin embargo, uno de los atributos permanentes del idealismo interesado es la noción de que las ideas son sólo ideas, y que existen únicamente en el reino de las ideas. La tendencia a considerar que las ideas pertenecen sólo

a un mundo de abstracciones aumenta entre la gente para la que una idea es en esencia perfecta, buena, incontaminada por el deseo o la voluntad humana. Este mismo punto de vista se aplica también cuando las ideas se consideran malas, absolutamente perfectas en su mal, etcétera. Cuando una idea se ha vuelto efectiva —es decir, cuando su valor se ha visto probado en la realidad por su aceptación generalizada—, obviamente parece necesario revisarla en mayor o menor medida, puesto que hay que considerar que dicha idea ha adoptado algunas de las características de la realidad bruta. Así, se argumenta con frecuencia que una idea como la del

sionismo, pese a todas sus tribulaciones políticas y las luchas emprendidas en su nombre, es en el fondo una idea *inmutable* que expresa el anhelo de poder materializar la autodeterminación política y religiosa judía —la individualidad nacional judía— en la tierra prometida. Dado que el sionismo parece haber culminado en la creación del Estado de Israel, se afirma también que la realización histórica de la idea confirma su esencia inalterable, así como —no menos importante— el medio empleado para su materialización. Se dice muy poco sobre lo que el sionismo implicó para los no judíos que tuvieron la mala fortuna de

tropezarse con él; y si a eso vamos, nada se dice tampoco acerca de dónde (aparte de la historia judía) se produjo y de dónde extrajo su fuerza el sionismo en el contexto histórico de la Europa del siglo XIX. Para los palestinos, para quienes el sionismo fue una idea ajena importada a Palestina y que tuvieron que pagar y sufrir de manera muy concreta, todas esas cosas que se olvidan sobre el sionismo son precisamente las que resultan más fundamentalmente importantes.

En resumen, pues, las ideas políticas efectivas como el sionismo deben ser examinadas históricamente de dos modos: 1) *genealógicamente*, para

poder demostrar su procedencia, su linaje y ascendencia, su afiliación tanto a otras ideas como a instituciones políticas; 2) como sistemas prácticos de *acumulación* (de poder, tierras, legitimidad ideológica) y *desplazamiento* (de personas, de otras ideas, de legitimidades previas). Las actuales realidades políticas y culturales hacen que dicho examen resulte extraordinariamente difícil, tanto porque en el Occidente postindustrial el sionismo ha adquirido por sí mismo una hegemonía casi incontestada en el discurso del *establishment* liberal, como porque, en sintonía con una de sus principales características ideológicas,

el sionismo ha ocultado, o ha hecho desaparecer, literalmente el terreno histórico en el que se ha desarrollado, su coste político para los habitantes autóctonos de Palestina y sus discriminaciones militantemente opresoras entre judíos y no judíos.

Veamos, como un asombroso ejemplo de lo que quiero decir, el simbolismo que entraña el hecho de que a Menahem Begin, antiguo jefe de la organización terrorista Irgún, en cuyo pasado existen numerosos (y con frecuencia admitidos) asesinatos a sangre fría, se le honrara como primer ministro israelí en la Universidad Northwestern de Chicago, en mayo de

1978, con un doctorado en derecho *honoris causa*; a un líder cuyo ejército, apenas un mes antes, había creado 300 000 nuevos refugiados en el sur del Líbano, y que hablaba constantemente de «Judea y Samaria» como partes «legítimas» del Estado judío (una reivindicación basada en el Antiguo Testamento y sin hacer referencia alguna a los habitantes actuales del territorio); y todo ello sin que la prensa o la comunidad intelectual mostraran el menor indicio de comprender que la destacada posición de Menahem Begin había sido posible literalmente a expensas del silencio árabe palestino en el «mercado de ideas» occidental; que

la duración histórica de un Estado judío en Palestina antes de 1948 había sido en total un período de sesenta años hace dos milenios, y que la dispersión de los palestinos no era un hecho natural, sino el resultado de fuerzas y estrategias concretas. Así, actualmente la ocultación por parte del sionismo de su propia historia ha pasado a ser un hecho institucionalizado, y no sólo en Israel. Sacar a la luz esa historia tal como en cierto sentido les fue arrancada a Palestina y los palestinos, esas víctimas de cuya represión han dependido el sionismo e Israel, constituye, pues, una tarea intelectual/política concreta en el actual contexto de la discusión en torno

a «una paz global» en Oriente Próximo.

El lugar especial —hasta podría calificarse de privilegiado— que ocupa esta discusión en Estados Unidos resulta impresionante, y ello por toda una serie de razones. En ningún otro país, excepto Israel, se venera el sionismo como un bien incuestionable; y en ningún otro país existe una coyuntura tan fuerte de poderosas instituciones e intereses —la prensa, la intelectualidad progresista, el complejo industrial-militar, la comunidad académica, los sindicatos— para los que, como ya he dicho en el capítulo 1, el apoyo acrítico a Israel y al sionismo tiene el efecto de aumentar su prestigio tanto a nivel nacional como

internacional. Aunque recientemente ha habido cierta moderación en este notable consenso —debido a la influencia del petróleo árabe, el contrapeso representado por la emergencia de ciertos estados conservadores aliados de Estados Unidos (como Arabia Saudí o Egipto), y la imponente visibilidad política y militar del pueblo palestino y sus representantes de la OLP—, persiste la tendencia predominante proisraelí. Y no sólo porque esta tiene profundas raíces culturales en Occidente en general y en Estados Unidos en particular, sino también debido a lo sistemático de su carácter *negativo* y *prohibitivo* con

respecto al *conjunto* de la realidad histórica.

Sin embargo, uno no puede por menos de reconocer la formidable realidad histórica de que, al tratar de abordar todo lo que el sionismo ha reprimido con respecto al pueblo palestino, hay que tocar también el problema absolutamente desastroso del antisemitismo, por una parte, y, por la otra, la compleja interrelación entre los palestinos y los estados árabes. Cualquiera que viera la presentación que en la primavera de 1978 hizo la NBC de su serie *Holocausto* pudo ser consciente de que al menos parte del programa se concibió como una

justificación del sionismo; y ello a pesar de que casi al mismo tiempo las tropas israelíes causaban en el Líbano devastación, miles de víctimas civiles y un sufrimiento tan inenarrable que algunos audaces reporteros lo compararon con la devastación estadounidense de Vietnam (véase, por ejemplo, H. D. S. Greenway, «Vietnam-style Raids Gut South Lebanon: Israel Leaves a Path of Destruction», *Washington Post*, 25 de marzo de 1978). Del mismo modo, el furor creado por el acuerdo global establecido a comienzos de 1978 como consecuencia del cual se vendieron aviones de combate estadounidenses a Israel, Egipto y

Arabia Saudí hizo que el vínculo entre el problema de la liberación árabe y los regímenes árabes de derechas se hiciera aún más intenso. Pero la tarea de la crítica, o, dicho de otro modo, el papel de la conciencia crítica en tales casos consiste en ser capaz de establecer distinciones, de producir diferencias allí donde en ese momento no las hay. Por lo tanto, escribir críticamente sobre el sionismo en Palestina no ha supuesto nunca, ni supone hoy, ser antisemita; y a la inversa, la lucha en favor de los derechos y la autodeterminación palestinos no implica apoyar a la familia real saudí, ni a las anticuadas y opresivas estructuras estatales de la

mayoría de las naciones árabes.

Hay que admitir, sin embargo, que todos los progresistas, y aún los más «radicales», han sido incapaces de superar el hábito sionista de equiparar antisionismo y antisemitismo. Así, cualquier persona bienintencionada puede oponerse al racismo sudafricano o estadounidense y, al mismo tiempo, apoyar tácitamente la discriminación racial sionista de los no judíos en Palestina. La ausencia casi total de cualquier conocimiento histórico fácilmente accesible procedente de fuentes no sionistas; la difusión por parte de los medios de comunicación de simplificaciones maliciosas (como, por

ejemplo, «judíos contra árabes»); el cínico oportunismo de varios grupos de presión sionistas; la tendencia endémica de los intelectuales de los medios universitarios a repetir acríticamente frases sesgadas y clichés políticos (ese es el papel que Gramsci asignaba a los intelectuales tradicionales: el de ser «expertos en legitimación»); el miedo a tocar el tema, sumamente delicado, de lo que los judíos hicieron *a sus* víctimas en un época de exterminio genocida de judíos, todo ello contribuye a la imposición regulada y entorpecedora de un apoyo casi unánime a Israel. Sin embargo, como ha destacado recientemente I. F. Stone, esa

unanimidad supera incluso al sionismo de la mayoría de los israelíes.^[37]

Por otra parte, sería totalmente injusto olvidar el poder del sionismo como idea para los judíos, o minimizar los complejos debates internos que caracterizan al sionismo, su verdadero significado, su destino mesiánico, etcétera. El mero hecho de hablar de este tema, y no digamos ya intentar «definir» el sionismo, es una cuestión bastante difícil para un árabe; pero debe intentarse honestamente. Permítanme ponerme a mí mismo como ejemplo. La mayor parte de mi educación, y desde luego toda mi formación intelectual básica, es occidental; en lo que he leído,

en aquello sobre lo que escribo y hasta en lo que hago en mi posición política, me hallo profundamente influenciado por las actitudes occidentales establecidas con respecto a la historia de los judíos, el antisemitismo y la aniquilación del pueblo judío europeo. A diferencia de casi todos los demás intelectuales árabes, la mayoría de los cuales, obviamente, no han tenido un historial como el mío, yo he estado expuesto directamente a aquellos aspectos de la historia y la experiencia judías que más han importado en la lectura y el pensamiento sobre la historia judía por parte tanto de los judíos como de los occidentales no

judíos. Sé, tan bien como puede saber cualquier occidental no judío culto, lo que el antisemitismo ha significado para los judíos, sobre todo en este siglo. Por consiguiente, puedo entender la mezcla de terror y exultación que ha alimentado el sionismo, y creo que al menos puedo captar el significado de Israel para los judíos, e incluso para los progresistas occidentales cultos. Sin embargo, dado que soy un árabe palestino, también puedo ver y sentir otras cosas; y son esas cosas las que complican considerablemente el asunto, puesto que me llevan a tener también en cuenta *otros* aspectos del sionismo. Creo que merece la pena describir el resultado de

ello, no porque lo que yo pienso resulte especialmente crucial, sino porque es útil ver el mismo fenómeno de dos maneras complementarias que por lo general no se suelen relacionar la una con la otra.

Podemos empezar con un ejemplo literario, la última novela de George Eliot, *Daniel Deronda* (1876). Lo insólito del libro es que su tema central es el sionismo, aunque en la novela haya otros temas principales que resultan fácilmente reconocibles para cualquiera que haya leído la narrativa anterior de Eliot. Visto en el contexto del interés general de la autora por el idealismo y el anhelo espiritual, para ella el

sionismo formaba parte de una serie de proyectos mundanos de la mentalidad decimonónica comprometida todavía con la esperanza de una comunidad religiosa secular. En sus libros anteriores, Eliot había estudiado una serie de entusiastas afanes, todos ellos reemplazos de la religión organizada, y todos ellos atractivos para personas que habrían sido como santa Teresa de haber vivido durante un período de fe coherente. La referencia a santa Teresa la hizo originariamente la propia Eliot en *Middlemarch*, una novela anterior; al utilizarla para describir a la heroína de la novela, Dorothea Brooke, Eliot había querido elogiar su propia energía

visionaria y moral, sostenida pese a la ausencia en el mundo moderno de certidumbres que sustenten la fe y el conocimiento. Dorothea aparece al final de *Middlemarch* como una mujer escarmentada, obligada a ceder a sus grandiosas visiones de una vida «realizada» a cambio de un éxito doméstico relativamente modesto como esposa y madre. Es esta visión limitada de las cosas la que *Daniel Deronda*, y el sionismo en particular, pretenden revisar al alza, para un proyecto sociorreligioso genuinamente esperanzador en el que las energías individuales puedan fusionarse e identificarse con una visión nacional colectiva, la cual emana íntegramente

del judaísmo.

La trama de la novela alterna entre la presentación de una amarga comedia de costumbres que implica a un segmento sorprendentemente desarraigado de la alta burguesía británica, y la gradual revelación a Daniel Deronda —un joven exótico cuya ascendencia se desconoce, pero que es el pupilo de *sir* Hugo Mallinger, un aristócrata británico— de su identidad judía, y, cuando se convierte en el discípulo espiritual de Mordecai Ezra Cohen, de su destino judío. Al final de la novela, Daniel se casa con Mirah, la hermana de Mordecai, y se compromete a realizar las esperanzas de este con

respecto al futuro de los judíos. Mordecai muere cuando la joven pareja se casa, aunque queda claro que sus ideas sionistas se habían transmitido a Daniel ya mucho antes de su muerte, hasta tal punto que entre los «espléndidos regalos de boda» de los recién casados se cuenta «un equipo de viaje completo» proporcionado por *sir* Hugo y *lady* Mallinger. Y ello porque Daniel y su esposa van a viajar a Palestina, presumiblemente para poner en marcha el gran plan sionista.

El aspecto crucial del modo en que se presenta el sionismo en la novela consiste en que su telón de fondo es una situación apátrida generalizada. No sólo

los judíos, sino incluso los hombres y las mujeres ingleses de buena cuna de la novela, aparecen retratados como seres vagabundos y alienados. Si los ingleses más pobres de la novela (como, por ejemplo, la señora Davilow y sus hijas) parecen estar siempre mudándose de una casa alquilada a otra, tampoco los aristócratas ricos se ven menos alejados de una residencia permanente. Así, Eliot utiliza la penosa situación de los judíos para hacer una declaración universal sobre la necesidad decimonónica de un hogar, dado el desarraigo espiritual y psicológico reflejado en la desazón física casi ontológica de sus personajes. Cabe remontar, pues, su interés en el

sionismo a su reflexión, realizada en un momento anterior de la novela, de que

[...] creo que una vida humana debería estar bien arraigada en algún punto de una tierra natal, donde pueda obtener el amor de una tierna afinidad por la faz de la tierra, por los trabajos que emprenden los hombres, por los sonidos y acentos que la frecuentan, por todo lo que dote a ese temprano hogar de una diferencia familiar, inequívoca, en medio de la futura difusión del conocimiento.^[38]

Encontrar ese «temprano hogar» significa encontrar el lugar donde originariamente uno se hallaba *en casa*; una tarea que debe ser emprendida, de manera más o menos intercambiable, por

los individuos y por el «pueblo». Resulta, pues, históricamente apropiado que los individuos y el «pueblo» que mejor se adaptan a la tarea sean los judíos. Sólo los judíos como pueblo (y, por consiguiente, como individuos) han conservado tanto el sentido de su hogar original en Sión como un marcado, y siempre contemporáneo, sentimiento de pérdida. Pese al predominio del antisemitismo en todas partes, los judíos son un reproche a los gentiles que desde hace mucho han abandonado la «observancia» de cualquier creencia comunitaria civilizadora. Así, Mordecai plantea positivamente esos sentimientos como un programa definido para los

judíos de hoy:

Ellos [los gentiles] desprecian la observancia ignorante de nuestro pueblo; pero la ignorancia más execrable es la que carece de observancia alguna, sumida en la astuta avaricia del zorro, para la que toda la ley no es más que una trampa o el grito del sabueso que le acosa. Hay una degradación muy por debajo de la memoria que ha decaído en superstición. En las multitudes de ignorantes que en tres continentes observan nuestros ritos y realizan la confesión de la Unidad divina, el alma del judaísmo no está muerta. Revive el centro orgánico: que la unidad de Israel que ha hecho crecer y ha dado forma a su religión sea una realidad externa. Al dirigir la vista hacia una tierra y una unidad política, nuestro pueblo disperso en todos los rincones de la tierra

puede compartir la dignidad de una vida nacional que tenga una voz entre los pueblos de Oriente y Occidente; que sembrará la sabiduría y la habilidad de nuestra raza para que esta pueda ser, como antaño, un medio de transmisión y conocimiento. Que tal cosa suceda, y el calor viviente se extenderá a los extremos débiles de Israel, y la superstición se desvanecerá, no en la anarquía del renegado, sino en la iluminación de los grandes hechos que ensanchan el sentimiento, y vivifican todo el conocimiento como la joven progenie de amados recuerdos.^[39]

«La iluminación de los grandes hechos que ensanchan el sentimiento» es una frase característica de Eliot, y no cabe duda de que su aprobación hacia

los sionistas se deriva de su creencia de que estos constituían un grupo que expresaba casi exactamente sus propias ideas grandiosas sobre una vida dilatada en sentimientos. Pero si existe una realidad sentida en torno a «los pueblos de Occidente», tal realidad no existe, en cambio, con respecto a «los pueblos de Oriente». Se les nombra, es verdad, pero no tienen más trascendencia que una frase. Las pocas referencias a Oriente que aparecen en *Daniel Deronda* son siempre a las colonias indias de Inglaterra, por cuyo pueblo — como personas que tienen deseos, valores, aspiraciones— Eliot expresa la completa indiferencia del silencio

absoluto. Del hecho de que Sión se «siembre» en Oriente, Eliot no da demasiadas explicaciones; es como si la expresión «los pueblos de Oriente y Occidente» abarcara lo que, territorialmente al menos, será una realidad inaugural neutral. A su vez, dicha realidad será sustituida por un logro permanente cuando el recién fundado Estado se convierta en el «medio de transmisión y conocimiento». ¿Cómo podía concebir siquiera Eliot que los pueblos orientales se opusieran a tan magníficos beneficios para todos?

Hay, sin embargo, una inquietante insistencia en estos temas cuando Mordecai prosigue su discurso. Para él,

el sionismo significa que «nuestra raza adopta de nuevo el carácter de una nacionalidad [...] una labor que será el merecido fruto de la larga angustia por la que nuestros padres mantuvieron su alejamiento, rechazando la facilidad de la mentira». El sionismo debe ser una dramática lección para la humanidad. Pero lo que debería captar la atención del lector en relación con el modo en que Mordecai ilustra su tesis es su descripción de la tierra:

[Los judíos] tienen bastante riqueza *para redimir el suelo de conquistadores depravados y empobrecidos*; poseen la habilidad del estadista para idear, la lengua del orador para persuadir. ¿Y no hay

ningún profeta o poeta entre nosotros que haga zumbiar de vergüenza los oídos de la Europa cristiana ante el horrible oprobio del conflicto cristiano *que el turco observa atentamente* [la referencia alude a la larga historia de disputas europeas en torno a Tierra Santa] *como una lucha de bestias a las que él ha prestado la arena?* Hay sabiduría de sobra entre nosotros *para fundar una nueva unidad política judía, grandiosa, simple, igual que la de antaño; una república donde haya igualdad de protección, una igualdad que brillaba como una estrella en la frente de nuestra antigua comunidad, y que le dio algo más que el resplandor de la libertad occidental entre los despotismos de Oriente.* Entonces nuestra raza tendrá un centro orgánico, un corazón y un cerebro para observar y guiar y ejecutar; *el judío ultrajado tendrá una*

defensa en el tribunal de las naciones, igual que el inglés o el americano ultrajado. Y el mundo ganará en la medida en que Israel gane. Puesto que habrá una comunidad a la vanguardia de Oriente que lleve en su seno la cultura y las simpatías de toda gran nación; *habrá una tierra establecida como lugar de cese de enemistades, un terreno neutral para Oriente como lo es Bélgica para Occidente.* ¿Dificultades? Sé que hay dificultades. Pero que el espíritu de la sublime hazaña se asiente entre los grandes de nuestro pueblo, y se iniciará la labor. (Las cursivas son mías.)^[40]

La propia tierra se caracteriza de dos formas distintas. Por un lado, se asocia a conquistadores depravados y empobrecidos, a una «arena» prestada

por el turco a unas bestias que combaten entre sí, a una parte del Oriente despótico; por el otro, al «resplandor de la libertad occidental», a naciones como Inglaterra y Estados Unidos, a la idea de la neutralidad (Bélgica). En resumen, pues, a un Oriente degradado e indigno, y un Occidente noble y culto. El puente entre los representantes enfrentados de Oriente y Occidente será el sionismo.

Curiosamente, Eliot no puede sustentar su admiración por el sionismo si no es viéndolo como un método para transformar Oriente en Occidente. Ello no equivale a decir que la autora no simpatice con el sionismo y con los propios judíos; es evidente que lo hace.

Pero existe toda una zona de la experiencia judía, que reside en algún punto situado entre el anhelo de una patria (que todo el mundo siente, incluidos los gentiles) y el hecho de conseguirla realmente, sobre la que se muestra difusa. Por lo demás, es bastante capaz de ver que el sionismo puede adaptarse fácilmente a diversas variedades del pensamiento occidental (a diferencia del oriental), la principal de las cuales es la idea de que Oriente está degradado, que necesita una reconstrucción en base a las nociones occidentales ilustradas sobre la política, y que cualquier parte de Oriente reconstruida puede hacerse, con

pequeñas reservas, «tan inglesa como Inglaterra» para sus nuevos habitantes. Lo que subyace en todo esto, sin embargo, es la ausencia total de cualquier pensamiento sobre los habitantes reales de Oriente en general, y de Palestina en particular. Estos resultan irrelevantes en *Daniel Deronda* tanto para los sionistas como para los personajes ingleses. La claridad, la libertad y la redención —todos ellos temas clave para Eliot— deben restringirse a los europeos y los judíos, estos últimos prototipos europeos en lo que a la colonización de Oriente se refiere. Existe una notable carencia cuando se trata de tener en cuenta

cualquier cosa no europea, aunque curiosamente todas las descripciones de judíos que hace Eliot acentúan sus aspectos exóticos, «orientales». Al parecer, la humanidad y la compasión son dotes exclusivas de la mentalidad occidental; buscarlas en el despótico Oriente, y no digamos ya encontrarlas, es una pérdida de tiempo.

Conviene aclarar dos puntos de inmediato. Uno es que Eliot no es distinta de otros apóstoles europeos de la compasión, la humanidad y el entendimiento para quienes los sentimientos nobles o bien se quedaron olvidados en Europa, o bien se hicieron programáticamente inaplicables fuera de

ella. Ahí están los aleccionadores ejemplos de John Stuart Mill y Karl Marx (de quienes ya he hablado en mi libro *Orientalismo*),^[41] dos pensadores conocidos doctrinalmente por oponerse a la injusticia y la opresión; y, sin embargo, ambos parecían creer que ideas tales como la libertad, el gobierno representativo y la felicidad individual no debían aplicarse a Oriente por razones que hoy calificaríamos de racistas. El hecho es que la cultura de la Europa decimonónica era racista, con mayor o menor grado de virulencia en función del individuo: el escritor francés Ernest Renan, por ejemplo, era un rotundo antisemita, mientras que a Eliot

le eran indiferentes las razas que no podían asimilarse a las ideas europeas.

Aquí llegamos al segundo punto. La descripción que hace Eliot del sionismo en *Daniel Deronda* está concebida como una especie de respuesta gentil de aprobación a las corrientes judeo-sionistas predominantes; por lo tanto, la novela sirve como un indicativo de cuánto había en el sionismo de legitimado y, de hecho, valorizado por el pensamiento gentil europeo. En una cuestión importante existía un acuerdo completo entre las versiones gentil y judía del sionismo: su visión de Tierra Santa como un lugar básicamente desprovisto de habitantes, no porque no

los hubiera —los había, y se les describía con frecuencia en numerosos relatos de viajes, en novelas como *Tancred* de Benjamin Disraeli, y hasta en las diversas guías de viaje del siglo XIX—, sino porque se les negaba sistemáticamente su estatus de habitantes soberanos y humanos. Aunque en este punto se podría diferenciar entre los sionistas judíos y gentiles (dado que unos y otros ignoraban a los habitantes árabes por razones distintas), el hecho es que al árabe palestino se le ignoraba de todos modos. Esto es lo que hay que subrayar: hasta qué punto las raíces del sionismo judío y gentil se hallan en la cultura del temprano liberal-

capitalismo, y en qué medida la labor de sus liberales de vanguardia como George Eliot vino a reforzar, y quizá incluso a completar, las tendencias menos atractivas de esa cultura.

Nada de lo que he dicho hasta ahora se aplica adecuadamente a lo que el sionismo significó para los judíos o a lo que representó como idea avanzada para los no judíos entusiastas; se aplica exclusivamente a aquellos seres menos afortunados que resultaba que vivían en aquel territorio, personas a las que se ignoró. Lo que se ha olvidado durante demasiado tiempo es que, mientras una serie de importantes pensadores europeos reflexionaban sobre el destino

deseable, y más tarde probable, de Palestina, sus tierras se labraban y se construían pueblos y ciudades que eran habitados por miles de autóctonos que creían que esa era *su* patria. Pero, mientras tanto, su existencia física real se ignoraba; y más tarde se convertiría en un detalle molesto. Sorprendentemente, pues, Eliot suena muy parecida a Moses Hess, uno de los primeros idealistas sionistas, que en su obra *Roma y Jerusalén* (1862) emplea el mismo lenguaje teórico puesto en boca de Mordecai:

Lo que tenemos que hacer en este momento para la regeneración de la nación judía es, primero, mantener viva la

esperanza del renacimiento político de nuestro pueblo, y, luego, despertar de nuevo esa esperanza allí donde esté adormilada. Cuando las condiciones políticas en Oriente se configuren de modo que permitan la organización de un principio de la restauración del Estado judío, este principio se expresará en la fundación de colonias judías en la tierra de sus ancestros, empresa a la que Francia indudablemente echará una mano. Francia, amada amiga, es la salvadora que devolverá a nuestro pueblo su lugar en la historia universal. Igual que una vez buscamos en Occidente un camino hacia la India, y casualmente descubrimos un nuevo mundo, así también nuestra patria perdida será redescubierta en el camino a la India y China que hoy se construye en Oriente.

Hess prosigue su panegírico de Francia (todo sionista veía en una u otra de las potencias imperiales su patrocinadora) citando con cierta extensión la obra de Ernest Laharanne *La nueva cuestión oriental*, de la que Hess extrae el siguiente pasaje para su perorata:

«Una gran vocación está reservada a los judíos: ser un canal de comunicación viviente entre tres continentes. Seréis los portadores de la civilización a los pueblos que todavía son inexpertos y sus maestros en las ciencias europeas, a las que vuestra raza tanto ha contribuido. Seréis los mediadores entre Europa y la lejana Asia, abriendo los caminos que llevan a la India y China, aquellas regiones desconocidas

que en última instancia deben abrirse de par en par a la civilización. ¡Vendréis a la tierra de vuestros padres adornados con la corona del multiseccular martirio, y allí, finalmente, seréis completamente sanados de todos vuestros males! Vuestro capital volverá a someter a cultivo extensas franjas de tierra yerma; vuestro trabajo e industria convertirán de nuevo el antiguo suelo en fructíferos valles, ganados a las invasoras arenas del desierto, y el mundo rendirá de nuevo su homenaje al más antiguo de los pueblos».^[43]

Hess y Eliot coinciden en que el sionismo debe ser materializado por los judíos con la ayuda de las grandes potencias europeas; que el sionismo restaurará «una patria perdida», y al hacerlo mediará entre las distintas

civilizaciones; que la Palestina actual estaba necesitada de cultivo, de civilización y de reconstitución; que el sionismo finalmente traería ilustración y progreso allí donde en ese momento no había ni lo uno ni lo otro. Las tres ideas que dependen mutuamente unas de otras en Hess y Eliot —y más tarde en casi todos los pensadores o ideólogos sionistas— son: *a)* la inexistencia de habitantes árabes; *b)* la postura complementaria judeo-occidental con respecto a un territorio «vacío», y *c)* el proyecto sionista restaurador, que repetiría reconstruyéndolo un Estado judío desaparecido y lo combinaría con elementos modernos como colonias

disciplinadas e independientes, un organismo especial para la adquisición de tierras, etcétera. Obviamente, ninguna de esas ideas tendría fuerza alguna de no ser por el hecho adicional de ser abordadas, configuradas y surgidas de un contexto *internacional* (esto es, no oriental y, por ende, europeo). Este contexto era la realidad, no sólo debido al razonamiento etnocéntrico que gobernaba todo el proyecto, sino también a causa de los aplastantes hechos de las realidades de la diáspora y la hegemonía imperialista sobre todo el espectro de la cultura europea. Hay que señalar, no obstante, que el sionismo (como la visión de Norteamérica como

una tierra vacía sostenida por los puritanos) constituía una visión colonial distinta de las de la mayor parte de las otras potencias europeas decimonónicas, para las que los habitantes autóctonos de los territorios remotos estaban *incluidos* en su redentora *misión civilizadora*.

Desde las primeras fases de su moderna evolución hasta que culminó en la creación de Israel, el sionismo apeló a una ciudadanía europea para la que la clasificación de los territorios y habitantes de ultramar en varias clases desiguales era canónica y «natural». De ahí que, por ejemplo, actualmente todos y cada uno de los estados o movimientos de los territorios de África y Asia

colonizados en el pasado se identifiquen, apoyen totalmente y entiendan la lucha palestina. En muchos casos —como espero demostrar aquí—, se da una inequívoca coincidencia entre las experiencias de los árabes palestinos a manos del sionismo y las experiencias de aquellas gentes de piel negra, amarilla o morena descritas como inferiores e inhumanas por los imperialistas del siglo XIX. Y ello porque, si bien coincidió con una era del más virulento antisemitismo occidental, el sionismo coincidió asimismo con un período de adquisición territorial europea sin parangón en África y Asia; y fue en el contexto de ese movimiento

generalizado de adquisición y ocupación en el que Theodor Herzl dio su impulso inicial al sionismo. Durante la última fase del mayor período de expansión colonial europea, el sionismo también dio sus primeros y cruciales pasos en el camino hacia la obtención de lo que hoy se ha convertido en un importante territorio asiático. Y es importante recordar que, al unirse al general entusiasmo occidental por la adquisición territorial en ultramar, el sionismo *nunca* se refirió a sí mismo de manera inequívoca como un movimiento de liberación judío, sino más bien como un movimiento judío de asentamiento colonial en Oriente. Para las víctimas

palestinas a las que el sionismo desplazó, *no puede tener valor alguno en cuanto causa suficiente* el hecho de que los judíos fueran víctimas del antisemitismo europeo; y, dada la continua opresión de los palestinos por parte de Israel, pocos palestinos son capaces de ver más allá de su realidad, esto es, que en Israel los judíos occidentales, antaño víctimas ellos mismos, se han convertido en opresores (de los árabes palestinos y los judíos orientales).

Estas no pretenden ser observaciones históricas retrógradas, puesto que de una manera muy vital explican y hasta determinan gran parte

de lo que ahora ocurre en Oriente Próximo. El hecho de que ningún sector importante de la población israelí haya sido capaz aún de afrontar la terrible injusticia social y política infligida a los palestinos autóctonos constituye un indicativo de lo profundamente arraigadas que están las (por ahora) anómalas perspectivas imperialistas básicas del sionismo, su visión del mundo, y su percepción de un «otro» nativo inferior. Asimismo, el hecho de que ningún palestino, con independencia de sus ideas políticas, haya sido capaz de reconciliarse con el sionismo sugiere hasta qué punto, para el palestino, el sionismo ha resultado ser una práctica

inflexiblemente exclusivista,
discriminatoria y colonialista. Tan
poderosa ha sido, y tan a rajatabla se ha
acatado, la radical distinción sionista
entre los judíos privilegiados y los no
judíos no privilegiados en Palestina, que
no ha podido surgir nada más, y ninguna
posible percepción de una existencia
humana sufriente ha escapado a los dos
bandos así creados.^[44] Como resultado,
ha sido imposible para los judíos
entender la tragedia humana causada a
los árabes palestinos por el sionismo; y
ha sido imposible para los árabes
palestinos ver en el sionismo otra cosa
que una ideología y una práctica que les
mantiene a ellos, y mantiene a los judíos

israelíes, encarcelados. Pero para romper ese círculo de hierro de inhumanidad hemos de ver cómo se forjó, y en ello son las propias ideas y la propia cultura las que desempeñan el papel principal.

Veamos el caso de Herzl. Si el caso Dreyfus fue el primero que despertó su conciencia judía, más o menos al mismo tiempo le acudió a la mente la idea de un asentamiento colonial en ultramar para los judíos como un antídoto contra el antisemitismo. La propia idea era corriente a finales del siglo XIX, incluso para los judíos. El primer contacto significativo de Herzl fue el barón Maurice de Hirsch, un rico filántropo

que durante algún tiempo había estado detrás de la Asociación de Colonización Judía destinada a ayudar a los judíos orientales a emigrar a Argentina y Brasil. Más tarde, Herzl pensó en Sudamérica en general, y luego en África, como lugares para establecer una colonia judía. Ambas áreas resultaban ampliamente aceptables como destinos del colonialismo europeo, y seguramente es comprensible que la mente de Herzl siguiera la línea imperialista ortodoxa de su época. Lo impresionante, sin embargo, es el grado en el que Herzl había asimilado e interiorizado la perspectiva imperialista sobre los «nativos» y su «territorio».^[45]

No podía haber duda alguna en la mente de Herzl de que a finales del siglo XIX Palestina estaba poblada. Es verdad que se hallaba bajo la administración otomana (y, por lo tanto, era ya una colonia), pero había sido objeto de numerosos relatos de viajes, la mayoría de ellos célebres, de Lamartine, Chateaubriand, Flaubert y otros. Y aun en el caso de que no hubiese leído a esos autores, Herzl, como periodista, seguramente debió de consultar una guía de viajes y averiguar que Palestina estaba de hecho habitada (en la década de 1880) por 650 000 personas, en su mayoría árabes. Pero eso no le impidió considerar su

presencia como un hecho controlable con métodos que en su diario explicó detalladamente con una presciencia bastante escalofriante de lo que más tarde ocurriría. La masa de autóctonos pobres había de ser expropiada, y, añadió, «tanto el proceso de expropiación como el de eliminación de los pobres deben realizarse de manera discreta y circunspecta». Ello debía llevarse a cabo «[haciendo] desaparecer a la población indigente a través de la frontera buscándole empleo en los países de tránsito, al tiempo que le negamos cualquier empleo en nuestro propio país». Con un cinismo extrañamente preciso, Herzl predijo que

se podría «tener, por un precio», una pequeña clase de grandes terratenientes, como en efecto sucedería. El proyecto para desplazar a la población autóctona de Palestina excedía con mucho cualquiera de los planes entonces en boga para apoderarse de grandes extensiones de África. Como afirma acertadamente Desmond Stewart:

Herzl parece haber previsto que, al ir más lejos de lo que hasta entonces había ido ningún colonialista en África, provocaría temporalmente el rechazo de la opinión civilizada. «Al principio incidentalmente —escribe en las páginas en las que describe la “expropiación involuntaria”—, la gente nos evitará. Olemos mal. Para cuando se haya

completado la reforma de la opinión mundial en favor nuestro, estaremos firmemente establecidos en nuestro país, sin temor ya a la afluencia de extranjeros, y recibiendo a nuestros visitantes con aristocrática benevolencia y orgullosa amabilidad».

No era esta una perspectiva que pudiera encantar a un peón en Argentina o a un *felah* en Palestina. Pero Herzl no tenía intención de que su diario se publicara de inmediato.^[46]

No hace falta aceptar plenamente el tono de complicidad de estos comentarios (los de Herzl o los de Stewart) para convenir en que la opinión mundial no se ha mostrado —hasta las décadas de 1960 y 1970, cuando los

palestinos impusieron a la fuerza su presencia en la política mundial—demasiado preocupada por la expropiación de Palestina. Ya he dicho antes que en este sentido la principal hazaña sionista fue la de conseguir la legitimación internacional de sus propios logros, haciendo de ese modo que el coste palestino de dichos logros pareciera irrelevante. Pero parece claro a partir del pensamiento de Herzl que tal cosa no podría haberse logrado de no haber existido una tendencia europea previa a ver a los autóctonos como irrelevantes *ya de entrada*. Es decir, que los autóctonos encajaban ya en una cuadrícula clasificatoria más o menos

aceptable, que les hacía inferiores *sui generis* a los hombres occidentales o blancos; y es de esa cuadrícula de la que se apropiaron los sionistas como Herzl, adaptándola de la cultura general de su época a las necesidades peculiares de un nacionalismo judío en desarrollo. Hay que repetir que lo que en el sionismo sirvió a los fines, sin duda justificados, de la tradición judía, salvando a los judíos como pueblo de su condición apátrida y del antisemitismo, y devolviéndoles una nacionalidad, también colaboró en aquellos aspectos de la cultura occidental dominante (en la que el sionismo vivía institucionalmente) que posibilitaban a

los europeos ver a los no europeos como inferiores, marginales e irrelevantes. Para el árabe palestino, pues, ha sido esa colaboración la que ha contado, y no, en absoluto, el bien hecho a los judíos. El árabe ha sido el destinatario último, no del sionismo benigno —que se ha limitado a los judíos—, sino de una cultura esencialmente discriminatoria y poderosa de la que, en Palestina, el sionismo ha sido un mero agente.

Debo hacer aquí una digresión para decir que la gran dificultad actual de escribir sobre lo que le ha ocurrido al árabe palestino como consecuencia del sionismo es que este último ha tenido un

gran número de éxitos. Pienso sin duda, por ejemplo, en que la mayoría de los judíos realmente consideran el sionismo e Israel como hechos de vital importancia para la vida judía, en particular debido a lo que les ha ocurrido a los judíos en este siglo. Por otra parte, Israel también tiene algunos logros políticos y culturales notables en su haber, aparte de sus espectaculares éxitos militares hasta fecha reciente. Y lo más importante, Israel representa un tema sobre el que, en general, se pueden albergar sentimientos positivos con menos reservas que los experimentados al pensar en los árabes, que al fin y al cabo son orientales extraños y hostiles;

seguramente, esto es un hecho obvio para cualquiera que viva en Occidente. En conjunto, estos éxitos del sionismo han generado una visión predominante de la cuestión palestina que casi favorece totalmente al vencedor y que apenas tiene en cuenta a la víctima.

Pero ¿qué sintió esa víctima cuando vio llegar a los sionistas a Palestina? ¿Qué piensa cuando ve cómo se describe hoy el sionismo? ¿Dónde busca en la historia del sionismo para encontrar sus raíces y los orígenes de sus prácticas hacia él? Estas son las preguntas que nunca se formulan; y son precisamente las que estoy intentando plantear, y también contestar, aquí, en

este examen de los vínculos entre el sionismo y el imperialismo europeo. Mi interés estriba en tratar de dejar constancia de los efectos del sionismo en sus víctimas, y dichos efectos sólo pueden estudiarse genealógicamente en el marco proporcionado por el imperialismo, incluso en el siglo XIX, cuando el sionismo era todavía una idea y no un Estado llamado Israel. Para el palestino que hoy escribe críticamente a fin de ver lo que ha significado su historia, y que intenta —como yo intento ahora— ver lo que ha sido el sionismo para los palestinos, resulta relevante la observación de Antonio Gramsci de que «la conciencia de lo que uno realmente

es... es “conocer a ti mismo” como un producto del proceso histórico hasta la fecha, que ha depositado en ti una infinidad de rastros, sin dejar un inventario». La tarea de producir ese inventario es una necesidad vital, prosigue Gramsci, y también debe serlo ahora, cuando el «inventario» de lo que han soportado las víctimas del sionismo (*no* sus beneficiarios) raramente se expone a la luz pública.^[47]

Por más que nos hayamos acostumbrado a hacer fastidiosas distinciones entre ideología (o teoría) y práctica, seremos más exactos históricamente si no lo hacemos con tanta facilidad en el caso del

imperialismo europeo que de hecho se anexionó la mayor parte del mundo en el siglo XIX. El imperialismo fue y sigue siendo una filosofía política cuyo objetivo y razón de ser es la expansión territorial y su legitimación. Sería, no obstante, subestimar seriamente el imperialismo considerar el territorio de un modo demasiado literal. Obtener y mantener un *imperio* significa obtener y mantener un dominio, lo que incluye una serie de operaciones, entre ellas establecer un área, aumentar sus habitantes, y tener poder sobre sus ideas, su gente y, por supuesto, su tierra, convirtiendo a la gente, la tierra y las ideas a los objetivos y al uso de un

diseño imperial hegemónico; y todo ello como consecuencia de la capacidad de tratar la realidad de forma «apropiativa». Así, la distinción entre una idea que se *siente* como propia y un pedazo de tierra cuyo derecho de propiedad se reclama (pese a la presencia en dicha tierra de habitantes autóctonos que la trabajan) en realidad no existe, al menos en el mundo de la cultura decimonónica de la que surgió el imperialismo. Reivindicar una idea y reivindicar un territorio —dada la idea extraordinariamente corriente de que el mundo no europeo estaba ahí para ser reclamado, ocupado y gobernado por Europa— se consideraban distintas

caras de una misma actividad esencialmente constitutiva, que contaba con la fuerza, el prestigio y la autoridad de la *ciencia*. Además, dado que en campos tales como la biología, la filología y la geología la conciencia científica constituía principalmente una actividad de reconstitución, restauración y transformación que convertía en nuevos los viejos ámbitos, el vínculo entre una actitud imperialista rotunda con respecto a territorios distantes de Oriente y una actitud científica con respecto a las «desigualdades» de raza consistía en que ambas actitudes dependían de la *voluntad* europea, de la fuerza determinante necesaria para

cambiar realidades confusas o inútiles en un conjunto ordenado y disciplinado de nuevas clasificaciones útiles a Europa. Así, en los trabajos de Carlos Linneo, Georges Buffon y Georges Cuvier las razas blancas se hacían científicamente distintas de las cobrizas, amarillas, negras y aceitunadas, y, en consecuencia, los territorios ocupados por dichas razas acababan de quedar vacantes, abiertos a las colonias, desarrollos, plantaciones y colonos occidentales. Asimismo, se daba utilidad a las razas menos iguales convirtiéndolas en aquello que la raza blanca estudiaba y llegaba a entender como parte de su hegemonía cultural y

racial (como en Joseph de Gobineau y Oswald Spengler); o bien, siguiendo el impulso del colonialismo categórico, se daba a esas razas inferiores un uso directo en el imperio. Cuando en 1918 Georges Clemenceau declaraba que creía tener un «derecho ilimitado a reclutar tropas negras para ayudar a la defensa del territorio francés en Europa si Francia era atacada en el futuro por Alemania», estaba diciendo que, por algún derecho científico, Francia tenía el conocimiento y el poder para convertir a los negros en lo que Raymond Poincaré denominaba una forma económica de «carne de cañón» para el francés blanco.^[48] Obviamente,

no puede culparse a la ciencia del imperialismo; pero lo que hay que ver es la relativa facilidad con que esta podía deformarse para convertirla en una racionalización de la dominación imperial.

Un elemento que sustentaba la taxonomía de una historia natural deformada en una antropología social cuyo verdadero objetivo era el control social, era la taxonomía lingüística. Con el descubrimiento de la existencia de una afinidad estructural entre grupos o familias de lenguas por parte de lingüistas como Franz Bopp, William Jones y Friedrich von Schlegel, se inició también la injustificada extensión de la

idea sobre las familias de lenguas a una serie de teorías sobre la determinación de tipos humanos en función de características etnoculturales y raciales. En 1808, por ejemplo, Schlegel distinguía una clara división entre las lenguas indogermánicas, por una parte, y, por otra, las lenguas semítico-africanas. Las primeras, afirmaba, eran creativas, regeneradoras, vivas y estéticamente agradables; las segundas eran mecánicas en su funcionamiento, estáticas y pasivas. A partir de esta clase de distinción, Schlegel, y más tarde Renan, pasaron a generalizar sobre la gran distancia que separaba la mente, la cultura y la sociedad arias,

superiores, de las no arias, inferiores.

Probablemente, la deformación o traducción más eficaz de la ciencia en algo más parecido propiamente a la administración política se produjo en el ámbito amorfo que aunaba la jurisprudencia, la filosofía social y la teoría política. Para empezar, una tradición bastante influyente del empirismo filosófico (recientemente estudiado por Harry Bracken)^[49] abogaba sin ambages por un tipo de distinción racial que dividía el género humano en razas inferiores y superiores de hombres. Los problemas reales (principalmente en Inglaterra) de tratar con un imperio indio con trescientos

años de existencia, así como los numerosos viajes de descubrimiento, hicieron posible mostrar «científicamente» que algunas culturas eran avanzadas y civilizadas, y otras atrasadas e incivilizadas; estas ideas, más el duradero significado social conferido al hecho del color (y, por ende, de la raza) por filósofos como John Locke y David Hume, convirtieron en axioma a mediados del siglo XIX la idea de que los europeos debían gobernar siempre a los no europeos.

Esta doctrina fue reforzada de otras maneras, algunas de las cuales tuvieron una influencia directa, creo, en la práctica y la visión sionista en Palestina.

Entre las supuestas distinciones jurídicas entre pueblos civilizados y no civilizados se contaba una actitud hacia la tierra, casi una doxología de la tierra, de la que supuestamente carecía la gente no civilizada. Se creía que un hombre civilizado podía cultivar la tierra porque esta significaba algo para él; por ella, consecuentemente, producía artes y oficios útiles, creaba, realizaba y construía. En cambio, en el caso de la gente incivilizada la tierra o bien se cultivaba mal (esto es, de una manera ineficaz según los estándares occidentales), o bien se la dejaba pudrirse. De esta serie de ideas, por las cuales a sociedades autóctonas enteras

que llevaban viviendo durante siglos en territorios americanos, africanos y asiáticos de repente se les negaba el derecho a vivir en dichas tierras, surgieron los grandes movimientos de desposesión del moderno colonialismo europeo, y, con ellos, todos los planes para redimir la tierra, reasentar a los «nativos», civilizarlos, domesticar sus costumbres salvajes y convertirlos en seres útiles conforme a la norma europea. La tierra de Asia, África y América estaba ahí para su explotación europea, puesto que Europa entendía el valor de la tierra de una forma que resultaba imposible para la población autóctona. A finales de siglo, Joseph

Conrad dramatizó esta filosofía en *El corazón de las tinieblas*, y la encarnó poderosamente en la figura de Kurtz, un hombre cuyos sueños coloniales para los «lugares tenebrosos» de la tierra estaban hechos de «toda Europa». Pero aquello en lo que Conrad se inspiró, como de hecho se inspiraron también los sionistas, era la clase de filosofía expuesta por Robert Knox en su obra *The Races of Man*,^[50] donde los hombres se dividían en blancos y avanzados (productores), por una parte, e inferiores, oscuros y ociosos, por la otra. Del mismo modo, pensadores como John Westlake y, antes que él, Emer de Vattel dividieron los territorios del

mundo en vacíos (aunque habitados por nómadas y una clase inferior de sociedad) y civilizados; y los primeros fueron luego «revisados», pasando a considerarlos disponibles para su adquisición en base a un derecho superior y más civilizado a ellos.

Esto simplificó, sobremanera la futura transformación por la que millones de hectáreas fuera de la Europa metropolitana se declararon, así, vacías, al tiempo que se decretaba que su población y sus sociedades representaban un obstáculo al progreso y el desarrollo, y con la misma rotundidad se declaraba su espacio abierto a los colonos europeos blancos y su

explotación civilizadora. En la década de 1870, en particular, se multiplicaron las nuevas sociedades geográficas europeas, en un signo de que la geografía se había convertido, según lord Curzon, en «la más cosmopolita de todas las ciencias».^[51] Por algo, en *El corazón de las tinieblas* Marlow admite su

pasión por los mapas. Podía pasar horas enteras observando Sudamérica, África o Australia, y perderme en las glorias de la exploración. En aquella época había en la tierra muchos espacios en blanco [es decir, poblados por «nativos»], y cuando veía uno en un mapa que me resultaba especialmente atractivo (aunque todos lo parecían), solía poner el dedo encima y

decir: Cuando crezca iré aquí.^[52]

La geografía y la pasión por los mapas dieron lugar a una materia organizada dedicada principalmente a la adquisición de vastos territorios en ultramar. Y también en palabras de Conrad:

[esta] conquista de la tierra, que por lo general consiste en arrebatársela a quienes tienen una tez distinta o narices ligeramente más chatas que las nuestras, no es nada agradable cuando se observa con atención. Lo único que la redime es la idea. Una idea que la respalda: no un pretexto sentimental, sino una idea; algo que se puede enarbolar, ante lo que uno puede postrarse y ofrecerse en sacrificio.

^[53]

Creo que Conrad plantea el argumento mejor que nadie. El poder de conquistar territorio es sólo en parte una cuestión de fuerza física: hay un fuerte componente moral e intelectual que hace que la propia conquista remita a una idea, la cual dignifica (y, de hecho, precipita) la fuerza bruta con argumentos extraídos de la ciencia, la moral, la ética y una filosofía general. Todo lo que había en la cultura occidental potencialmente capaz de dignificar la adquisición de nuevos dominios —tal como una nueva ciencia, por ejemplo, adquiere nuevo territorio intelectual para sí misma— *podía* ponerse al servicio de las aventuras coloniales. Y,

de hecho, *se puso*, con la «idea» informando siempre la conquista, haciéndola absolutamente digerible. Un ejemplo de tal idea, mencionada sin rodeos como una justificación bastante normal a lo que hoy se calificaría de agresión colonial, puede encontrarse en estos pasajes de Paul Leroy-Beaulieu, un destacado geógrafo francés de la década de 1870:

Una sociedad coloniza cuando, habiendo alcanzado un alto grado de madurez y de fuerza, procrea, protege, coloca en buenas condiciones de desarrollo y aporta virilidad a una nueva sociedad a la que ha dado origen. La colonización es uno de los fenómenos más complejos y delicados de la

fisiología social.

No hay ninguna necesidad de consultar a los habitantes autóctonos del territorio donde se va a dar origen a esa nueva sociedad. Lo que cuenta es que una sociedad europea moderna tiene suficiente vitalidad e intelecto para ser «magnificada por este su raudal de actividad exuberante en el exterior». Dicha actividad debe de ser buena puesto que se cree en ella, y puesto que también lleva en sí la saludable corriente de toda una civilización avanzada. Por lo tanto, Leroy-Beaulieu añade:

La colonización es la fuerza expansiva

de un pueblo; es su poder de reproducción; es su engrandecimiento y su multiplicación en el espacio; es la subyugación del universo o de una vasta parte de él a la lengua, las costumbres, las ideas y las leyes de dicho pueblo.^[54]

El imperialismo era la teoría; el colonialismo, la práctica de transformar los territorios inútilmente desocupados del mundo en útiles y nuevas versiones de la sociedad metropolitana europea. Todo lo que hubiera en dichos territorios que sugiriera desperdicio, desorden, recursos incontables, debía convertirse en productividad, en orden, en riqueza gravable y potencialmente desarrollada. Basta con deshacerse de la mayor parte

de la plaga humana y animal que causa problemas —ya sea porque simplemente se propaga sin orden ni concierto por todas partes o porque deambula de un lado a otro improductiva y desenfrenadamente— y confinar el resto a reservas, recintos o bantustanes donde se pueda contar, gravar y utilizar de manera rentable, y luego podrá construirse una nueva sociedad en el espacio desocupado. Así se reconstituyó Europa en el extranjero, y se proyectó y gestionó con éxito su «multiplicación en el espacio». El resultado fue un grupo ampliamente variado de «pequeñas Europas» dispersas por toda Asia, África y América, cada una de las

cuales reflejaba las circunstancias y peculiaridades específicas de la cultura madre, sus pioneros y su vanguardia de colonos.^[55] Pero todas ellas eran similares en otro importante aspecto — pese a sus diferencias, que eran considerables—, y era el hecho de que su vida transcurría con cierto aire de *normalidad*. Las más grotescas reproducciones de Europa (Sudáfrica, Rodesia, etc.) se consideraron apropiadas; la peor discriminación y las peores exclusiones de los «nativos» se juzgaron normales por ser «científicamente» legítimas; la mera contradicción de vivir una vida extranjera en un enclave situado a

muchos kilómetros físicos y culturales de Europa, en medio de unos «nativos» hostiles que no entendían nada, dio origen a un sentido de la historia, a una pertinaz especie de lógica, a un Estado social y político que decretaba que la vigente aventura colonial era *normal*, justificada y buena.

Con referencia específica a Palestina, lo que había de convertirse en las actitudes institucionales sionistas para con los árabes palestinos autóctonos y sus supuestas pretensiones de una existencia «normal», estaba ya más que prefigurado en las actitudes y prácticas de los eruditos, administradores y expertos británicos

que participaron oficialmente en la explotación y el gobierno de Palestina desde mediados del siglo XIX. A modo de ejemplo, veamos lo que el obispo de Salisbury les decía en 1903 a los miembros del Fondo de Exploración de Palestina:

Creo que nada de lo que ha sido descubierto nos hace sentir el menor pesar por la supresión de la civilización cananita [un eufemismo para referirse a los árabes palestinos autóctonos] por parte de la civilización israelita. [Las excavaciones muestran que] la Biblia no ha tergiversado en absoluto la abominación de la cultura cananita que fue desbancada por la cultura israelita.

Miriam Rosen, una joven estudiosa estadounidense, ha recopilado una inquietante muestra de actitudes británicas hacia los palestinos; unas actitudes que, de manera extraordinaria, prefiguran la visión *oficial* sionista, desde Weizmann hasta Begin, sobre el palestino autóctono. A continuación, se reproducen algunas citas del importante trabajo de la señora Rosen.

Tyrwhitt Drake escribía sobre Palestina occidental:

El temor de los *fellahin* a que tengamos planes secretos para reconquistar el país es una fecunda fuente de dificultades. Superado este, permanece

la extrema estupidez que no puede dar una respuesta directa a una pregunta sencilla, cuyo objeto exacto no entiende; ya que ¿por qué un franco querría saber el nombre de un uadi o una colina insignificante de su tierra?

Los *fellahin* pertenecen todos a la peor clase de humanidad con la que me he tropezado en Oriente. [...] El *fellah* carece totalmente del menor sentido moral. [...]

El deán de Westminster, hablando de los «obstáculos» que habían de afrontar los trabajos de inspección del Fondo de Exploración de Palestina, decía:

Y esos trabajos hubieron de realizarse, no con la ayuda de quienes allí estaban, sino a pesar de los absurdos obstáculos

planteados a dicha labor por aquella singular combinación de astucia, ignorancia y estupidez que sólo puede encontrarse en los orientales.

Afirmaba el militar y político lord Kitchener, hablando concretamente de la inspección de Galilea:

Esperamos rescatar de manos de ese despiadado destructor, el árabe inculto, una de las ruinas más interesantes de Palestina, consagrada por las huellas de nuestro Señor. Me refiero a la sinagoga de Cafarnaum, que está desapareciendo con rapidez debido a que sus piedras se queman para obtener cal.

Un tal C. R. Conder declaraba en un artículo titulado «La situación actual de

Palestina»:

Vale la pena dedicar unas palabras a describir al campesinado autóctono. Son brutalmente ignorantes, fanáticos y, sobre todo, mentirosos empedernidos; pero tienen cualidades que, si se desarrollaran, les convertirían en una población útil [más adelante cita su inteligencia, energía, resistencia al dolor y al calor, etc.].

El egiptólogo *sir* Flinders Petrie afirmaba:

El árabe está rodeado de un enorme halo de romanticismo absolutamente injustificado. Resulta asquerosamente incapaz, como la mayoría de los demás salvajes, y no es más digno de romanticismo que los pieles rojas o los maoríes. Estaré encantado de volver con

los relativamente listos y sensibles egipcios.

He aquí las reflexiones del orientalista francés Charles Clermont-Ganneau en su artículo «Los árabes en Palestina»:

La civilización árabe es un mero engaño: lo único que existe son los horrores de la conquista árabe. No es más que el último destello de la civilización griega y romana que gradualmente se extingue en las impotentes pero respetuosas manos del islam.

Esta es la opinión del escritor Stanley Cook sobre el país:

[...] rápido deterioro, que (parecería)

sólo fue temporalmente detenido por los enérgicos cruzados. Los viajeros modernos a menudo han observado la debilidad inherente al carácter de los habitantes, y, como Robinson, han comprendido que, para que vuelva la prosperidad, «no hace falta sino la mano del hombre que cultive la tierra».

Por último, he aquí lo que opinaba el arqueólogo irlandés R. A. S. Macalister:

No es ninguna exageración decir que en todos estos largos siglos los habitantes autóctonos de Palestina no parecen haber hecho una sola contribución de ninguna clase a la civilización material. Quizá era este el país más subdesarrollado sobre la faz de la tierra. Toda su cultura se derivaba [...]^[56]

Estos son, pues, algunos de los aspectos que deben tenerse en cuenta por lo que respecta al origen del sionismo en las actitudes imperialistas o colonialistas europeas. Y ello porque, hiciera lo que hiciese por los judíos, el sionismo esencialmente veía a Palestina igual que el imperialista europeo, como un territorio vacío paradójicamente «lleno» de innobles y quizá hasta prescindibles «nativos»; este se alió — como Chaim Weizmann señalaría con bastante claridad tras la Primera Guerra Mundial— con las potencias imperiales en la realización de sus planes para establecer un nuevo Estado judío en Palestina, y no pensó salvo en términos

negativos en los «nativos», que se suponía que aceptarían con pasividad los planes ideados para su tierra; tal como han demostrado empíricamente incluso historiadores sionistas como Yehoshua Porath y Neville Mandel, las ideas de los colonizadores judíos de Palestina (mucho antes de la Primera Guerra Mundial) siempre se tropezaron con una inequívoca resistencia local, no porque la población autóctona pensara que los judíos eran malos, sino porque la mayoría de ella no acogía bien la idea de tener a colonos extranjeros en su territorio;^[57] además, al formular el concepto de una nación judía que «reclamaba» su propio territorio, el

sionismo no sólo aceptó los conceptos raciales genéricos de la cultura europea, sino que también se apoyó en la circunstancia de que Palestina estaba poblada de hecho, no por un pueblo avanzado, sino atrasado, al que *debía* dominar. Así, esa *asunción* implícita de dominación condujo expresamente en el caso del sionismo a la práctica de ignorar a los habitantes autóctonos en su mayoría como no merecedores de una consideración seria.^[58] El sionismo se desarrolló, pues, con una peculiar conciencia de sí mismo, dejando muy poco o nada a la desafortunada población autóctona. El historiador Maxime Rodinson acierta plenamente al

decir que la indiferencia sionista con respecto a los palestinos autóctonos era

una indiferencia vinculada a la supremacía europea, que benefició incluso a los proletarios y las minorías oprimidas de Europa. De hecho, no cabe duda de que, si la patria ancestral había sido ocupada por una de las consolidadas naciones industrializadas que entonces gobernaban el mundo, una que se había establecido plenamente en un territorio al que había infundido una potente conciencia nacional, entonces el problema de desplazar a habitantes alemanes, franceses o ingleses e introducir un nuevo elemento nacionalmente coherente en medio de su patria habría sido prioritario en la conciencia de hasta los más ignorantes e indigentes sionistas.^[59]

En resumen, pues, todas las energías constitutivas del sionismo se basaban en la presencia excluida, esto es, la ausencia funcional de «población nativa» en Palestina: así, se construyeron deliberadamente instituciones cerradas a los autóctonos; cuando surgió Israel se promulgaron leyes que aseguraban que los autóctonos permanecerían en su «no lugar», los judíos en el suyo, etcétera. No resulta sorprendente que hoy día la única cuestión que electriza a Israel como sociedad sea el problema de los palestinos, cuya negación es el hilo conductor más consistente que atraviesa el sionismo. Y es quizá este

desafortunado aspecto del sionismo el que lo vincula ineluctablemente al imperialismo, al menos en lo que a los palestinos se refiere. Citando de nuevo a Rodinson:

El elemento que hizo posible conectar esas aspiraciones de los comerciantes, vendedores, artesanos e intelectuales judíos en Rusia y en otras partes con la órbita conceptual del imperialismo fue un pequeño detalle que parecía no tener ninguna importancia: Palestina estaba habitada por otro pueblo.^[60]

II. Población sionista, despoblación palestina

He hablado de la extraordinaria desigualdad en el sionismo entre el cuidado hacia los judíos y una indiferencia casi total hacia los no judíos o la población árabe autóctona en términos conceptuales. El sionismo y el imperialismo europeos son epistemológicamente y, por ende, histórica y políticamente coincidentes en su visión de los residentes autóctonos; pero es el modo en que esta irreducible

visión imperialista funcionó en el mundo de la política y en las vidas de las personas para las que dicha epistemología era irrelevante el que justifica detenerse a examinar precisamente esa epistemología. En ese mundo y en esas vidas, entre ellas las de varios millones de palestinos, pueden detallarse los resultados, no como meras visiones teóricas, sino como el producto de una eficacia sionista inmensamente traumática. Creo que puede verse bien plasmada una reacción generalizada de los árabes palestinos frente al sionismo en la siguiente frase, escrita en 1922 en la respuesta de las delegaciones árabes al Libro Blanco de Winston Churchill:

«La intención de crear el Hogar Nacional Judío es causar la desaparición o la subordinación de la población, la cultura y la lengua árabes».^[61] Lo que varias generaciones de árabes palestinos vieron, pues, era la materialización de un diseño cuyas raíces más profundas en la historia y en la terrible experiencia judías se veían necesariamente oscurecidas por lo que estaba ocurriendo ante sus ojos, así como a los de los habitantes de Palestina. Los árabes vieron ahí encarnada

una doctrina despiadada, que exigía una autodisciplina monástica y un frío desapego del entorno. Los judíos que se

vanagloriaban de representar al obrero socialista interpretaron la hermandad en un sentido estrictamente nacionalista, o racial, puesto que esta significaba una hermandad con judíos, no con árabes. Al insistir en trabajar la tierra con sus propias manos, dado que consideraban anatema la explotación de otros, excluyeron a los árabes de su régimen. [...] Creían en la igualdad, pero para ellos. Vivían del pan judío, cultivado en suelo judío que estaba defendido por un rifle judío.^[62]

El «inventario» de la experiencia palestina que intento hacer aquí se basa en la sencilla verdad de que a los exultantes o (más tarde) aterrorizados judíos que llegaron a Palestina se les vio básicamente como extranjeros cuyo

destino declarado era crear un Estado para los judíos. ¿Y qué pasaba con los árabes que estaban allí?, era la pregunta que hoy debemos seguir formulándonos. Lo que descubriremos es que todo lo positivo desde el punto de vista del sionista se veía como absolutamente negativo desde la perspectiva de los árabes palestinos autóctonos.

Y ello porque estos jamás podían encajar en aquella grandiosa visión. No es que dicha «visión» fuera simplemente una cuestión teórica; lo era, pero, en la medida en que posteriormente iba a determinar el carácter y hasta los detalles de la política de gobierno israelí con respecto a los árabes

palestinos autóctonos, la «visión» representaba asimismo el modo en que los líderes sionistas veían a los árabes para más tarde (y, desde luego, también en aquel momento) tratar con ellos. Así, como he dicho antes, tengo en mente toda la dialéctica entre la teoría y la efectividad real cotidiana. Mi premisa es que Israel se desarrolló como unidad político-social a partir de la tesis sionista de que la colonización de Palestina había de realizarse a la vez por y para los judíos, y mediante el desplazamiento de los palestinos; y también que, en sus ideas conscientes y declaradas sobre Palestina, el sionismo intentó primero minimizar, luego

eliminar, y después, al fallar todo lo demás, finalmente subyugar a los autóctonos como una manera de garantizar que Israel no fuera simplemente el Estado de sus ciudadanos (entre los que, obviamente, se incluía a los árabes), sino el Estado «de todo el pueblo judío», dotado de una clase de soberanía sobre la tierra y sobre las personas que ningún otro Estado poseía ni posee. Es esta una anomalía frente a la que los árabes palestinos han estado intentando oponerse desde entonces y, a la vez, proporcionar una alternativa.

Se puede aprender mucho de las declaraciones realizadas por una serie

de líderes sionistas estratégicamente importantes cuya labor fue, a partir de Herzl, traducir el designio en acción. De inmediato viene a la memoria Chaim Weizmann, tanto por su extraordinaria personalidad como por sus brillantes éxitos a la hora de convertir el sionismo de una idea en una victoriosa institución política. Su tesis sobre la tierra de Palestina revela hasta qué punto repite a Herzl:

Parece que Dios haya cubierto el suelo de Palestina de rocas y marismas y arena, de modo que su belleza sólo pueda ser revelada por quienes la aman y van a dedicar su vida a curar sus heridas.^[63]

El contexto de esta observación, sin embargo, es una venta hecha a los sionistas por un rico propietario absentista (la familia libanesa Sursuk) de una marisma poco prometedora. Weizmann admite que esta venta particular era de *alguna* —en ningún caso mucha— tierra palestina, por más que la impresión que da es la de *todo* un territorio esencialmente no aprovechado, no valorado e incomprensido (si es que puede emplearse tal término en este contexto). Pese a la gente que allí vivía, Palestina debía, pues, *hacerse* útil, valorada y comprensible. Curiosamente, se creía que sus habitantes autóctonos estaban al

margen de la historia, de lo que parecía derivarse que en realidad no estaban presentes. En el siguiente pasaje, redactado por Weizmann para describir Palestina cuando la visitó por primera vez en 1907, puede observarse cómo el contraste entre la negligencia y el abandono del pasado y «el tono y espíritu progresivo» del presente (escribía en 1941) pretende justificar la introducción de colonias y asentamientos extranjeros.

En general era un país lastimoso, uno de los rincones más descuidados del ya miserablemente descuidado Imperio turco [aquí, Weizmann emplea *descuidado* para describir a los habitantes autóctonos de

Palestina, cuya residencia no es razón suficiente para definir Palestina como otra cosa que un territorio esencialmente vacío y pasivo, que aguarda a gentes que muestren un cuidado apropiado por él]. Su población total estaba algo por encima de los seiscientos mil, de los cuales aproximadamente ochenta mil eran judíos. Estos últimos vivían sobre todo en las ciudades. [...] Pero ni las colonias ni los asentamientos urbanos se parecían en modo alguno, por lo que a vigor, tono y espíritu progresista se refiere, a las colonias y asentamientos de hoy día.^[64]

Una ventaja a corto plazo era que el sionismo «aumentó el valor de la [...] tierra», y los árabes podían beneficiarse de ello aunque políticamente les estuvieran arrebatando esa tierra.

Contra la negligencia y decrepitud autóctonas, Weizmann predicaba la necesidad de la energía, la voluntad y la organización judías para recuperar, para «redimir», la tierra. Su lenguaje rozaba la retórica del voluntarismo, con una ideología de voluntad y sangre nueva que se apropiaba para el sionismo de gran parte del lenguaje (y, más tarde, de las políticas) de los colonialistas europeos que trataban de enfrentarse al atraso autóctono: «Había que llevar sangre nueva al país; había que introducir un nuevo espíritu de empresa». Los judíos habían de ser los importadores de colonias y colonos, cuyo papel no debía ser simplemente el

de apoderarse de un territorio, sino también el de ser las escuelas de un autorrenacimiento nacional judío. Así, si en Palestina «había grandes posibilidades», la cuestión pasaba a ser cómo hacer algo con respecto al hecho de que «faltaba la voluntad. ¿Cómo había de despertarse esta? ¿Cómo poner en movimiento un proceso acumulativo?». Según Weizmann, los sionistas se salvaron del desaliento definitivo sólo gracias a «nuestro sentimiento de que una gran fuente de energía aguardaba a ser explotada; el impulso nacional de un pueblo mantenido temporalmente en jaque por una interpretación errónea del método

histórico».^[65] El «método» al que se aludía era la tendencia mostrada hasta entonces por el sionismo a depender de grandes benefactores extranjeros como los Rothschild y a «descuidar» el desarrollo de instituciones coloniales autónomas en el propio territorio.

Para hacer eso, era necesario pensar y luego poner en práctica un plan para crear una red de realidades —un lenguaje, una trama de colonias, una serie de organizaciones— para convertir Palestina de su actual estado de «abandono» en un Estado judío. Más que atacar las «realidades» existentes, dicha red las ignoraría, crecería paralela a ellas, y finalmente las taparía

tal como un bosque de grandes árboles tapa a un pequeño grupo de hierbajos. Una importante necesidad ideológica de tal programa era adquirir la legitimidad necesaria para ello, dotándola de una arqueología y una teleología que rodeara por completo y, en cierto modo, hiciera obsoleta la cultura autóctona que seguía firmemente arraigada en Palestina. Una de las razones por las que Weizmann modificó la concepción de la Declaración Balfour, pasando de favorecer el establecimiento de un Hogar Nacional Judío a favorecer su «restablecimiento», era precisamente la de circundar el territorio con las «realidades» más antiguas y de mayor

alcance posibles. La colonización de Palestina procedió siempre como un hecho de repetición: los judíos no suplantaban, destruían ni rompían una sociedad autóctona. Dicha sociedad constituía ella misma el hecho insólito que había roto una pauta de sesenta años de soberanía judía sobre Palestina, perdida hacía dos milenios. En el corazón de los judíos, sin embargo, Israel siempre había estado allí; una realidad difícil de percibir para la población autóctona. El sionismo, pues, reclamaba, redimía, repetía, replantaba y realizaba Palestina, así como la hegemonía judía sobre ella. Israel representaba un retorno a un estado de

cosas anterior, por más que los nuevos hechos mostraran una semejanza mucho mayor con los métodos y los éxitos del colonialismo europeo del siglo XIX que con aquellos misteriosos antepasados del siglo I.

Aquí es necesario dejar una cuestión muy clara. En todos y cada uno de los proyectos para «restablecer» la soberanía judía sobre Palestina hubo siempre dos componentes fundamentales. Uno era la cuidadosa determinación de implementar la propia mejora de los judíos. De esto, obviamente, el mundo se enteró de sobra. Se dieron grandes pasos para proporcionar a los judíos un nuevo

sentimiento de identidad, para defender y darles derechos como ciudadanos, para revivir una lengua nacional «patriótica» (gracias a los trabajos de Eliezer Ben Yehuda), para dar a todo el mundo judío un sentido vital de crecimiento y destino histórico. Así, «había un instrumento [en el sionismo] al que recurrir, un instrumento que podía asimilarlos a la nueva vida».^[66] Para los judíos, el sionismo era una escuela; y su filosofía pedagógica era siempre clara, dramática e inteligente. Pero el otro componente dialécticamente opuesto del sionismo, existente en su interior donde nunca se *veía* (aun cuando se experimentara directamente por parte de

los palestinos), era la frontera asimismo firme e inteligente entre sus beneficios para los judíos y nada (y más tarde, un castigo) para los no judíos de Palestina.

Las consecuencias de la bifurcación del programa sionista para Palestina han sido inmensas, sobre todo para los árabes que han intentado seriamente tratar con Israel. Tan efectivas han sido las ideas sionistas sobre Palestina para los judíos —en el sentido de cuidar de los judíos e ignorar a los no judíos— que lo que dichas ideas han expresado para la población árabe ha sido *sólo* un rechazo de los árabes. Así, el propio Israel ha tendido a aparecer como una entidad completamente negativa, algo

construido para «nosotros» con el único fin de excluir o subyugar a los árabes. La solidez interna y la cohesión de Israel, de los israelíes como pueblo y como sociedad, han escapado en gran medida a la comprensión de los árabes en general. Así, a las murallas construidas por el sionismo se han añadido otras construidas por un tipo de arabismo dogmático, casi teológico. Israel ha dado esencialmente la impresión de ser un instrumento retórico proporcionado por Occidente para hostigar a los árabes. Y lo que ha entrañado esta percepción para los estados árabes ha sido una política de represión y una especie de control

mental. Durante años estuvo prohibido incluso aludir a Israel en letra impresa; esta especie de censura condujo de manera bastante natural a la consolidación de estados policiales, la ausencia de libertad de expresión y toda una serie de violaciones de los derechos humanos, todas ellas supuestamente justificadas en aras de «combatir la agresión sionista», lo que significaba que cualquier forma de opresión interna resultaba aceptable, puesto que servía a la «sagrada causa» de la «seguridad nacional».

Para Israel y para los sionistas de todas partes, los resultados del *apartheid* sionista han sido igualmente

desastrosos. A los árabes se les veía como sinónimos de todo lo degradado, temible, irracional y brutal. Instituciones cuya inspiración humanista y social (y hasta socialista) era patente para los judíos —el kibutz, la Ley de Retorno, los diversos proyectos de aculturación de inmigrantes— resultaron, de forma precisa y concreta, inhumanas para los árabes. En su cuerpo y su alma, y en las supuestas emociones y psicología que se le asignaban, el árabe expresaba todo lo que por definición quedaba *fuera, más allá* del sionismo.

Creo que la negación de Israel por parte de los árabes era algo mucho menos sofisticado y complejo que la

negación, y, más tarde, la minimización, de los árabes por parte de Israel. El sionismo no sólo fue una reproducción del colonialismo europeo del siglo XIX, pese a toda la comunidad de ideas que compartía con dicho colonialismo. El sionismo aspiraba a crear una sociedad que no podía ser otra cosa que «nativa» (con los mínimos vínculos con un centro metropolitano) al mismo tiempo que decidía no entenderse con los propios «nativos» a los que estaba reemplazando por otros nuevos (aunque estos en esencia europeos). Tal sustitución tenía que ser absolutamente económica: no debía haber ninguna merma en el paso de la sociedad árabe palestina a la

israelí, y los árabes pasarían a ser, si no huían, meros objetos dóciles y serviles. Y todo lo que permaneció desafiando a Israel pasó a verse, no como algo que estaba *allí*, sino como un signo de algo *externo* a Israel y al sionismo que tendía a su destrucción, desde fuera. Aquí el sionismo asumió literalmente la tipología empleada por la cultura europea sobre un Oriente temible enfrentado a Occidente, salvo por el hecho de que el sionismo, como movimiento de vanguardia, redentor y occidental, enfrentaba a Oriente *con* Oriente. Observar lo que el sionismo «realizado» tenía que decir sobre los árabes en general, y los palestinos en

particular, equivale a ver algo parecido al siguiente pasaje, extraído de un artículo publicado en el periódico israelí *Ma'ariv* el 7 de octubre de 1955. Su autor era un tal doctor A. Carlebach, que resultaba ser un ciudadano distinguido y no un burdo demagogo. Su argumento es que el *islam* se opone al sionismo, aunque de hecho encuentre también espacio en su razonamiento para los palestinos:

Estos países árabes islámicos no sufren de pobreza, o de enfermedad, o de analfabetismo, o de explotación; sólo sufren de la peor de todas las plagas: el islam. Allí donde rige la psicología islámica se da el dominio inevitable del

despotismo y la agresión criminal. El peligro reside en la psicología islámica, que no puede integrarse en el mundo de eficacia y progreso, que vive en un mundo ilusorio, perturbada por ataques de complejos de inferioridad y megalomanía, perdida en los sueños de la espada sagrada. El peligro se deriva de la concepción totalitaria del mundo, la pasión por el asesinato profundamente arraigada en su sangre, de la falta de lógica, los cerebros fácilmente inflamados, la jactancia, y, sobre todo, la blasfema indiferencia hacia todo lo que es sagrado para el mundo civilizado [...] sus reacciones —ante cualquier cosa— no tienen nada que ver con la sensatez. Son absolutamente emocionales, desequilibrados, instantáneos, insensatos. Es siempre el loco el que habla por su boca. Se puede hablar de «negocios» con cualquiera, e

incluso con el diablo. Pero no con Alá. [...] Eso es lo que grita cada centímetro de este país. Hubo aquí muchas grandes culturas, e invasores de toda clase. Todos ellos —hasta los cruzados— dejaron signos de cultura y florecimiento. Pero en la senda del islam hasta los árboles han muerto. [Todo esto encaja perfectamente con las observaciones de Weizmann sobre el «abandono» de Palestina; cabe suponer que, de haber escrito más tarde, Weizmann habría dicho cosas similares a las de Carlebach.]

Añadimos el pecado al delito cuando distorsionamos la imagen y reducimos la discusión a un conflicto fronterizo entre Israel y sus vecinos. Ante todo, esa no es la verdad. El núcleo del conflicto no es la cuestión de las fronteras: es la cuestión de la psicología musulmana. [...] Además, presentar el problema como un conflicto

entre dos partes similares es dar a los árabes el arma de una reivindicación que no es la suya. Si la discusión con ellos es realmente política, en ese caso se puede ver desde ambas partes. Entonces aparecemos como los que vinimos a un país que era completamente árabe, y conquistamos y nos implantamos como un cuerpo extraño entre ellos, y los cargamos de refugiados y constituimos un peligro militar para ellos, etcétera, etcétera. [...] se puede justificar uno u otro bando —y tal presentación del problema, sofisticada y política, resulta comprensible para las mentes europeas— a costa nuestra. Los árabes plantean reivindicaciones que tienen el sentido para el entendimiento occidental de un simple litigio. Pero en realidad, ¿quién sabe mejor que nosotros que esa no es la fuente de su actitud hostil? Todos esos conceptos políticos y

sociales no han sido nunca los suyos. La ocupación por la fuerza de las armas, a sus propios ojos, a los ojos del islam, no se asocia en absoluto a la injusticia. Por el contrario, constituye un certificado y una demostración de auténtica propiedad. La aflicción por los refugiados, por los hermanos expropiados, no tiene sitio en su pensamiento. Alá los expulsó, Alá proveerá. Jamás un político musulmán se ha conmovido por tales cosas (a no ser que, de hecho, la catástrofe pusiera en peligro su propio estatus personal). Si no hubiera refugiados ni conquista, se opondrían a nosotros exactamente igual. Al discutir con ellos a partir de conceptos occidentales, estamos vistiéndolos a unos salvajes con el hábito de una justicia europea.

Los estudios israelíes sobre las

«actitudes árabes» —como la obra canónica del general Harkabi—^[67] prescinden de análisis como este, que resulta más mágico y racista que cualquiera que uno pueda encontrar escrito por un palestino. Pero la deshumanización del árabe, que se inició con la visión de que los palestinos no estaban allí, o eran salvajes, o ambas cosas, lo impregna todo en la sociedad israelí. Así, durante la guerra de 1973 no se consideró demasiado insólito que el ejército publicara un folleto (con un prefacio del general Yona Efrati, del mando central) escrito por el rabino del mando central, Abraham Avidan, que contenía el

siguiente pasaje clave:

Cuando nuestras fuerzas encuentran a civiles durante la guerra o en el curso de una persecución o una incursión, se puede, e incluso según las reglas de la Halajá se debe, matar a los civiles encontrados, siempre que no pueda determinarse con certeza que son incapaces de volverse contra nosotros. En ningún caso se debe confiar en un árabe, por más que dé la impresión de ser civilizado.^[68]

La literatura infantil está plagada de valientes judíos que siempre terminan matando a árabes viles y traicioneros, con nombres como Mastoul («chiflado»), Bandura («tomate») o Bukra («mañana»). Como decía un

colaborador del periódico israelí *Haaretz* (el 20 de septiembre de 1974), los libros infantiles «abordan nuestro tema: el árabe que asesina a judíos por placer, y el muchacho puro judío que derrota al “cerdo cobarde”». Pero tan entusiastas ideas tampoco se limitan a autores individuales que producen libros para el consumo de masas; como mostraré más adelante, esas ideas emanan más o menos lógicamente de las propias instituciones del Estado, a cuya otra cara —la benevolente— corresponde la tarea de regular de manera humanística la vida judía.

Hay ilustraciones perfectas de esta dualidad en Weizmann, para quien esos

temas se traducían de manera inmediata en políticas, acciones y resultados detallados. Weizmann admira a Samuel Pevsner, al que considera como «un hombre de gran capacidad, enérgico, práctico, ingenioso y, como su esposa, sumamente culto». Nadie puede tener la menor objeción a eso. Pero luego viene inmediatamente lo siguiente, sin solución de continuidad: «Para esta gente, ir a Palestina era de hecho ir a un páramo social; que es algo que deben recordar quienes, cuando van a Palestina hoy, encuentran en ella recursos intelectuales, culturales y sociales no inferiores a los del mundo occidental».

[69] El sionismo ocupaba absolutamente

el primer plano; todo lo demás representaba el fondo, y tenía que ser sometido, suprimido y reducido para que los logros culturales del primer plano pudieran aparecer como una «pionera labor civilizadora».^[70] Sobre todo, había que ver al árabe autóctono como un irremediable opuesto, algo parecido a una mezcla de salvaje y sobrehumano, y en todo caso un ser con el que resulta imposible (e inútil) tratar de entenderse.

El árabe es un discutiador y polemista muy sutil —mucho más que el europeo culto medio—, y hasta que uno no ha adquirido la técnica se halla en franca desventaja. En particular, el árabe tiene un

inmenso talento para expresar opiniones diametralmente opuestas a las nuestras con tal exquisita e indirecta cortesía que uno cree que está en completo acuerdo con él y a punto de estrecharle la mano de inmediato. La conversación y las negociaciones con los árabes no difieren mucho de perseguir espejismos en el desierto: llenos de promesas y agradables de contemplar pero que probablemente le llevarán a uno a morir de sed.

Una pregunta directa resulta peligrosa: provoca en el árabe una hábil retirada y un completo cambio de tema. El problema debe enfocarse por caminos tortuosos, y se necesita un tiempo interminable para llegar al meollo del asunto.^[71]

En otra ocasión, relata una experiencia que en realidad fue el

germen de Tel Aviv, cuya importancia como centro judío se deriva en gran medida del hecho de haber neutralizado a la ciudad árabe adyacente (y mucho más antigua) de Jaffa. En lo que Weizmann le dice al lector, sin embargo, sólo se hace una ligerísima alusión al hecho de que ya había vida árabe en dicha localidad, que más tarde pasaría a integrarse en el municipio de Tel-Aviv. Lo que importa es la producción de una presencia judía, cuyo valor parece ser más o menos evidente.

Yo estaba en Jaffa cuando Ruppín vino a verme y me llevó a dar un paseo por las dunas del norte de la ciudad. Cuando nos habíamos adentrado ya bastante en la arena

—recuerdo que nos llegaba a los tobillos — se detuvo y me dijo, en tono muy solemne: «¡Aquí crearemos una ciudad judía!». Lo miré con cierta consternación. ¿Por qué la gente iba a venir a vivir a este páramo donde no podría crecer nada? Empecé a acosarle con preguntas técnicas, y él me contestó de manera minuciosa y exacta. Técnicamente, me dijo, todo es posible. Aunque en los primeros años las comunicaciones con el nuevo asentamiento serían difíciles, pronto sus habitantes serían autosuficientes e independientes. Los judíos de Jaffa se trasladarían a la nueva ciudad moderna, y las colonias judías de la vecindad tendrían un mercado central para sus productos. El instituto se levantaría en el centro y atraería a numerosos estudiantes de otras partes de Palestina y a judíos del extranjero, que querrían que sus niños se

educaran en una institución judía en una ciudad judía.

Así, fue Ruppin quien tuvo la primera visión de Tel Aviv, que estaba destinada a exceder, en tamaño y en importancia económica, a la antigua ciudad de Jaffa, y a convertirse en uno de los centros metropolitanos del Mediterráneo oriental.

[...] ^[72]

Con el tiempo, obviamente, la preeminencia de Tel Aviv se vio reforzada por la toma militar de Jaffa. El visionario proyecto se convirtió en el primer paso de una conquista militar; la idea de una colonia se transformó en la aparición real de una colonia, con sus colonizadores y sus colonizados.

Es cierto que Weizmann y Ruppin

hablaban y actuaban con el apasionado idealismo de los pioneros; y también hablaban y actuaban con la autoridad de unos occidentales que inspeccionaban un territorio y a una población autóctona no occidentales fundamentalmente atrasados, planeando el futuro *para ellos*. El propio Weizmann no sólo pensaba que, como europeo, estaba más preparado para decidir por la población autóctona qué era lo que mejor redundaba en interés de esta (por ejemplo, que Jaffa *debía ser* superada por una moderna ciudad judía), sino que también creía que «entendía» al árabe *tal como realmente era*. Al afirmar que el «inmenso talento» del árabe era, «de

hecho», el de no decir nunca la verdad, estaba repitiendo lo que habían observado otros europeos sobre los autóctonos no europeos de otras partes, para quienes, como los sionistas, el problema consistía en controlar a una gran mayoría autóctona con un puñado relativamente reducido de intrépidos pioneros:

Cabe preguntarse muy bien cómo es que somos capaces de controlar, con unas fuerzas absurdamente insuficientes, a razas tan viriles y capaces, con tales dotes físicas y mentales. La respuesta es, creo, que pueden encontrarse dos defectos: la dotación mental y moral del africano medio. [...] Digo que la falta de honestidad intrínseca es el primer gran

defecto. [...] Relativamente pocas veces puede un africano fiarse de que otro mantenga su palabra. [...] Salvo en muy raros casos, es un hecho deplorable que este defecto aumente en lugar de disminuir por el contacto con la civilización europea. El segundo es la falta de iniciativa mental. [...] A no ser que se vea obligado desde fuera, el nativo raras veces se sale del camino establecido, y este letargo mental es característico de su mente.^[73]

Esto es lo que afirma C. L. Temple en *Native Races and Their Rulers* (1918); el autor era asesor de Frederick Lugard en el gobierno de Nigeria, y, como Weizmann, su punto de vista no era tanto el de un racista protonazi como

el de un liberal fabiano.

Tanto para Temple como para Weizmann, la realidad era que los autóctonos pertenecían a una cultura inmóvil y estancada. Incapaces, por tanto, de apreciar la tierra en la que vivían, tenían que ser estimulados, y quizá hasta trastornados, por las iniciativas de una cultura europea avanzada. Ahora bien, seguramente Weizmann se apoyaba en las racionalizaciones adicionales de reconstituir un Estado judío, salvar a los judíos del antisemitismo, etcétera. Pero en lo que se refería a la población autóctona, inicialmente poco podía importarle a esta que los europeos a los

que se enfrentaba en la colonia fueran ingleses o judíos. Y del mismo modo, por lo que se refería a los sionistas en Palestina o a los británicos en África, Weizmann era realista, veía hechos y trataba de hechos, y conocía el valor de la verdad. Sin embargo, pese al «hecho» de su larga residencia en un territorio autóctono, el no europeo eludía siempre la verdad. La visión europea entrañaba la capacidad de considerar no sólo lo que había allí, sino lo que *podía* haber: de ahí la conversación entre Weizmann y Ruppin sobre Jaffa y Tel Aviv. La tentación concreta del sionista en Palestina era la de creer —y planificar— la posibilidad de que los árabes

autóctonos no estuvieran *realmente* ahí, una eventualidad que sin duda demostró su eficacia *a)* cuando los autóctonos no reconocieron la soberanía judía sobre Palestina, y *b)* cuando a partir de 1948 se convirtieron legalmente en extranjeros en su propia tierra.

Pero el éxito del sionismo no se derivaba exclusivamente de su audaz diseño de un Estado futuro, o de su capacidad para ver a los autóctonos en función de la insignificante cantidad que representaban o que podrían llegar a representar. Lejos de ello, creo que la eficacia del sionismo a la hora de abrirse camino frente a la resistencia árabe palestina residía en el hecho de

constituir *una política detallada*, y no una mera visión general colonial. Así, Palestina no era sólo la Tierra Prometida, un concepto de los más difusos y abstractos con los que uno se podía tropezar. Era sobre todo un territorio concreto con características concretas, que fue inspeccionado hasta el último milímetro, escogido, planificado, construido, etcétera, *de forma detallada*. Desde el principio de la colonización sionista, esto fue algo para lo que los árabes no tuvieron respuesta, algo frente a lo que carecieron de una contrapropuesta igualmente detallada. Supusieron, quizá correctamente, que puesto que ellos

vivían en la tierra y la poseían legalmente, en consecuencia esta era suya. No entendieron que se tropezaban con una disciplina del detalle —de hecho, más propiamente una cultura de la disciplina por el detalle—, por la que podía construirse en Palestina un reino hasta entonces imaginario, centímetro a centímetro y paso a paso, «acre a acre, y cabra a cabra», como diría en cierta ocasión Weizmann. A ello los árabes palestinos opusieron siempre una política *general* basada en principios generales: el sionismo, decían, era colonialismo extranjero (algo que, en sentido estricto, ciertamente era, tal como admitieron los primeros

sionistas); era injusto para la población autóctona (cosa que también admitieron algunos de los primeros sionistas, como Ahad Ha'am), y estaba condenado a morir a causa de sus diversas debilidades teóricas. Aún hoy, la postura política palestina en general se agrupa en torno a esos aspectos negativos, y todavía no trata suficientemente de encarar la empresa sionista detalle a detalle; actualmente existen, por ejemplo, 77 colonias sionistas «ilegales» en Cisjordania, e Israel ha confiscado alrededor del 27 por ciento de las tierras árabes de Cisjordania y, sin embargo, los palestinos parecen mostrarse casi

físicamente impotentes para detener el crecimiento o «engrosamiento» de esta nueva colonización israelí.

Los palestinos no han entendido que el sionismo ha sido mucho más que un amo colonialista injusto contra el que uno podía apelar ante toda clase de altos tribunales, siempre en vano. No han entendido el desafío sionista como una política de detalle, de instituciones, de organización, por la que una serie de personas (hasta hoy) entran ilegalmente en el territorio, construyen casas en él, se establecen, y se atribuyen la tierra como propia, mientras el mundo entero les condena. Puede vislumbrarse la fuerza de ese impulso orientado a

establecer, y en cierto sentido a *producir*, una tierra judía en un documento que, en palabras de Weizmann, «parecía anticipar la forma que tomarían los acontecimientos» que luego sucedieron. Se titulaba «Esbozo de un programa para el reasentamiento judío en Palestina según las aspiraciones del movimiento sionista»; apareció a comienzos de 1917, y vale la pena citarlo:

El Gobierno del Protectorado [es decir, cualquier gobierno, aliado o no, a cargo del territorio] sancionará la formación de una compañía judía para la colonización de Palestina por judíos. Dicha Compañía estará bajo la protección

directa del Gobierno del Protectorado [es decir, que todo lo que pasara en Palestina debería ser legitimado, no por la población autóctona, sino por alguna fuerza exterior]. Los objetivos de la Compañía serán: *a)* apoyar y fomentar el asentamiento judío existente en Palestina de todas las maneras posibles, y *b)* ayudar, apoyar y animar a los judíos de otros países que deseen y sean aptos para asentarse en Palestina organizando la inmigración, proporcionando información, y mediante cualquier otra forma de ayuda material y moral. Los poderes de la Compañía serán tales que le permitan desarrollar el país en todos los aspectos, agrícola, cultural, comercial e industrial, e incluirán plenos poderes para comprar y aprovechar tierras, y funciones especiales para la adquisición de las tierras de la Corona, la constitución de

derechos de carreteras, puertos y ferrocarriles, la capacidad de crear compañías navieras para el transporte de bienes y pasajeros a y desde Palestina, y cualquier otra capacidad necesaria para la apertura del país.^[74]

Lo que subyace en este extraordinario pasaje es la visión de una matriz de organizaciones cuyo funcionamiento reproduce el de un ejército. Y ello porque es un ejército el que «abre» un país al asentamiento, el que organiza asentamientos en territorio extranjero, el que ayuda y desarrolla «de todas las maneras posibles» asuntos tales como la inmigración, el transporte y el abastecimiento; el que, sobre todo,

convierte a meros ciudadanos en agentes «aptos» y disciplinados cuyo trabajo consiste en estar en la tierra e invertir en sus estructuras, organización e instituciones.^[75] Tal como un ejército integra a los ciudadanos normales y corrientes para sus fines —vistiéndolos de uniforme, ejercitándolos en las tácticas y maniobras, disciplinando a todo el mundo para sus propósitos—, así también el sionismo «vistió» a los colonos judíos con el sistema de trabajo judío y tierra judía, cuyo uniforme requería que sólo los judíos fueran aceptables. El poder del ejército sionista no residió en sus líderes, ni en las armas que reunió para sus conquistas

y su defensa, sino más bien en el funcionamiento de todo un sistema, de una serie de posturas adoptadas y sostenidas —como diría Weizmann— en la agricultura, la cultura, el comercio y la industria. En breve, pues, la «compañía» del sionismo era la traducción de una teoría y una visión en un conjunto de instrumentos para sostener y desarrollar un territorio colonial judío justo en medio de un territorio árabe inspeccionado y desarrollado con indiferencia.

No podemos detenernos aquí mucho más en la fascinante historia del aparato colonial sionista y de su «compañía»; pero al menos conviene señalar algunos

aspectos de su funcionamiento. El II Congreso Sionista, celebrado en Basilea en agosto de 1898, creó el Banco Colonial Judío; más tarde, en 1903, se fundó una subsidiaria en Jaffa, la Compañía Anglo-Palestina. Así nació un organismo cuyo papel en la transformación de Palestina resultaría extraordinariamente crucial. Del Banco Colonial surgió en 1901 el Fondo Nacional Judío (FNJ), autorizado a comprar tierra y conservarla en fideicomiso para «el pueblo judío»; la redacción de la propuesta original decía que el FNJ sería «un fondo para el pueblo judío, el cual. [...] puede utilizarse exclusivamente para la compra

de tierras en Palestina y Siria». El FNIJ estaría siempre bajo el control de la Organización Sionista Mundial, y en 1905 se hicieron las primeras compras de tierras.

Desde sus comienzos como un organismo operativo, el FNIJ existió para explotar, comprar o arrendar tierras, sólo para judíos. Como muestra convincentemente Walter Lehn (en una importante investigación sobre el FNIJ, en la que me he basado para los detalles que aquí menciono),^[76] el objetivo sionista era adquirir tierras para asentar a colonos en ellas; así, en 1920, después de la fundación de la Compañía de Aprovechamiento de Tierras en

Palestina en el seno del FNJ, se creó un Fondo para la Fundación de Palestina destinado a organizar la inmigración y la colonización. Al mismo tiempo, se hizo un especial énfasis institucional en la adquisición y el mantenimiento de tierras para «el pueblo judío». Esta designación dejaba claro que el Estado sionista sería distinto de cualquier otro en el hecho de que no iba a ser el Estado de sus ciudadanos, sino más bien el Estado de un pueblo entero la mayor parte del cual estaba en la diáspora. Aparte de convertir a las personas no judías de dicho Estado en ciudadanos de segunda clase, esto hizo que las organizaciones sionistas, y más tarde el

Estado sionista, conservaran un gran poder extraterritorial, además de las vitales posesiones territoriales sobre las que el Estado había de tener soberanía. Incluso las tierras adquiridas por el FNIJ —como diría John Hope Simpson en 1930— fueron «extraterritorializadas. Dejan de ser unas tierras de las que el árabe puede obtener algún beneficio ni ahora ni en ningún momento futuro». No hubo ningún esfuerzo equivalente por parte de los árabes para institucionalizar la propiedad de tierras árabes en Palestina, ni se pensó que pudiera ser necesario crear una organización destinada a la posesión de tierras «a perpetuidad» por parte del «pueblo

árabe», ni, sobre todo, se hizo ninguna labor para informar, recaudar dinero o ejercer presión, como hicieron los sionistas en Europa y Estados Unidos para expandir el territorio «judío» y, paradójicamente, dotarlo también de una presencia judía y de un estatus internacional casi metafísico. Los árabes, equivocadamente, pensaron que bastaba con poseer la tierra y estar en ella.

Pese a todo este sofisticado y previsor esfuerzo, el FNJ adquirió sólo 936 000 dunams[*] de tierra en su casi medio siglo de existencia antes de que Israel surgiera como Estado, mientras que el área de tierra total del mandato

de Palestina era de 26 323 000 dunams. Junto con la pequeña cantidad de tierras que pertenecían a propietarios privados judíos, la posesión de tierras sionista en Palestina a finales de 1947 era de 1 734 000 dunams, es decir, el 6,59 por ciento del área total. A partir de 1940, cuando la autoridad mandataria restringió la propiedad de tierras judías a determinadas zonas concretas de Palestina, siguió habiendo compra (y venta) ilegal en el 65 por ciento del área total restringida a los árabes. Así, cuando en 1947 se anunció el plan de partición, este incluyó las tierras poseídas ilegalmente por judíos, que se incorporaron como un hecho consumado

dentro de las fronteras del Estado judío. Y cuando Israel anunció su fundación como Estado, un impresionante conjunto de leyes vinieron a asimilar legalmente enormes extensiones de tierra árabe (cuyos propietarios se habían convertido en refugiados y fueron declarados «propietarios absentistas» para poder expropiar sus tierras y evitar su regreso bajo ninguna circunstancia) al FNI. El proceso de enajenación de tierras (desde la perspectiva árabe) se había completado.

El significado ideológico, profundamente político, de los logros territoriales de la «compañía» ilustra la controversia posterior a 1967 sobre el

destino de la tierra árabe ocupada por Israel. Un importante sector de la población israelí parece creer que la tierra árabe puede convertirse en tierra judía *a*) porque dicha tierra había sido ya judía hace dos milenios (una parte de Eretz Israel), y *b*) porque en el FNI existe un método para metamorfosear legalmente la tierra «descuidada» en propiedad del pueblo judío.^[77] Una vez que se han construido y poblado asentamientos judíos, y una vez que estos se conectan a la red estatal, se convierten en propiedad extraterritorial, en categóricamente judíos, y no árabes. A esta nueva tierra se le agrega también un razonamiento estratégico: que es

necesaria para la seguridad israelí. Pero si estas cosas fueran simplemente un asunto de interés interno israelí, y si con esos sofisticados argumentos se pretendiera apelar sólo a una opinión pública israelí, se podrían analizar desapasionadamente como poco más que una mera curiosidad. El hecho es, sin embargo, que estos afectan —como siempre— a los residentes árabes de los territorios, y para ellos presentan una cara distinta. Tanto en la teoría como en la práctica, su eficacia reside en cómo judaízan el territorio al tiempo que lo desarabizan.

Creo que existe una evidencia privilegiada de este hecho en las

palabras de Yosef Weitz. Desde 1932, Weitz fue director del Departamento de Tierras del Fondo Nacional Judío; en 1965 se publicaron en Israel sus diarios y papeles con el título de *My Diary, and Letters to the Children*. El 19 de diciembre de 1940 escribía:

[...] tras la [Segunda] Guerra [Mundial], la cuestión de la tierra de Israel y la cuestión de los judíos se plantearían más allá del marco del «desarrollo»; entre nosotros. *Debe quedar claro que no hay lugar para los dos pueblos en este país.* Ningún «desarrollo» nos acercará más a nuestro objetivo, ser un pueblo independiente en este pequeño país. Si los árabes dejan el país, este será ancho y abierto de par en par para nosotros. Y si

los árabes se quedan, el país seguirá siendo estrecho y miserable. Cuando termine la guerra y hayan ganado los ingleses, y cuando los jueces se sienten en el trono de la Ley, nuestro pueblo debe llevar sus peticiones y su reclamación ante ellos; y la única solución es Eretz Israel, o al menos Eretz Israel occidental, *sin árabes*. *¡Sobre este punto no hay lugar para el compromiso!* Hasta ahora, la empresa sionista, en lo que respecta a preparar el terreno y allanar el camino para la creación del Estado hebreo en la tierra de Israel, cumplió perfectamente en su momento, y pudo realizar la «compra de tierras»; pero eso no traerá el Estado de Israel; este debe venir de una vez, en la forma de una Salvación (este es el secreto de la idea mesiánica); y no hay otra opción que transferir a los árabes de aquí a los países vecinos, *transferirlos a todos*; a

excepción tal vez de Belén, Nazaret y la Ciudad Vieja de Jerusalén, *no debemos dejar un solo pueblo, ni una sola tribu*. Y la transferencia debe dirigirse a Irak, a Siria e incluso a Transjordania. Para tal fin encontraremos dinero, y mucho. Y sólo con dicha transferencia el país será capaz de absorber a millones de nuestros hermanos, y la cuestión judía quedará solucionada de una vez por todas. No hay otra salida. (Las cursivas son mías.)^[78]

Estos no son sólo comentarios proféticos sobre lo que iba a ocurrir; son también declaraciones políticas, en las que Weitz hablaba con la voz del consenso general sionista. Hubo literalmente cientos de declaraciones como estas hechas por sionistas,

empezando por Herzl, y cuando llegó la «salvación», fue con esas ideas en mente como se realizó la conquista de Palestina y el desahucio de sus árabes. Se ha escrito mucho sobre la confusión que reinó en Palestina desde que terminó la Segunda Guerra Mundial hasta finales de 1948. Pese a las complejidades de lo que puede o no haber ocurrido, los pensamientos de Weitz arrojan un rayo de luz sobre tales acontecimientos, apuntando a un Estado judío, con la mayor parte de sus originarios habitantes árabes convertidos en refugiados. Es cierto que acontecimientos tan importantes como el nacimiento de un nuevo Estado, que se

produjo como resultado de una lucha casi inimaginablemente compleja y con muchos bandos, y una guerra a gran escala, no pueden reducirse a una sencilla formulación. No tengo el menor deseo de hacer tal cosa, pero tampoco quiero eludir el resultado de esa lucha, o los elementos determinantes que intervinieron en ella, o siquiera las políticas llevadas a cabo en Israel desde entonces. Lo que importa para los palestinos —y para los sionistas— es que un territorio antaño lleno de árabes surgió de una guerra *a)* esencialmente vaciado de sus residentes originales, y *b)* que hacía imposible el regreso de los palestinos. Tanto los preparativos

ideológicos y organizativos del esfuerzo sionista para conseguir Palestina, como la estrategia militar adoptada, preveían apoderarse del territorio y llenarlo de nuevos habitantes. Así, el Plan Dalet, tal como lo describirían los historiadores sionistas Jon y David Kimche, consistía en «tomar cotas estratégicas que dominaran las líneas más probables de avance de los ejércitos árabes invasores, y llenar el vacío dejado por las fuerzas británicas en retirada de tal modo que permitiera crear un área contigua de dominio judío que se extendiera de norte a sur».^[79] En lugares como Galilea, el área costera desde Jaffa hasta Acre, partes de Jerusalén, las

ciudades de Lod y Ramlah, por no hablar de las partes árabes de Haifa, los sionistas no sólo se apoderaban de las posiciones británicas, sino que también ocupaban el espacio donde vivían los residentes árabes que estaban, en palabras de Weitz, siendo «transferidos».

Contra las proposiciones frecuentemente mencionadas —que los palestinos se marcharon porque se lo ordenaron sus líderes, que los ejércitos árabes invasores fueron una respuesta injustificada a la declaración de independencia de Israel en mayo de 1948— debo afirmar categóricamente que *nadie ha producido la menor*

evidencia de que hubiera tales órdenes suficientes para producir tan vasto y definitivo éxodo.^[80] En otras palabras, si queremos entender por qué en 1948 se fueron 780 000 palestinos, debemos cambiar de perspectiva para tener en cuenta algo más que los acontecimientos inmediatos de 1948; lejos de ello, debemos ver el éxodo como resultado de una relativa falta de respuesta política y organizativa palestina a la eficacia sionista, y, junto con ello, un talante psicológico de fracaso y terror. No cabe duda de que atrocidades como la matanza en Deir Yassin de 250 civiles árabes por parte de Menahem Begin y sus terroristas del Irgún, en abril de

1948, tuvieron su efecto. Pero pese a todo su horror, Deir Yassin no fue más que una entre muchas de esas matanzas, iniciadas en el período inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial, y que produjeron un consciente equivalente sionista al exterminio de los indios americanos.^[81] Lo que probablemente ha influido más ha sido la maquinaria empleada para mantener a distancia a los palestinos civiles desarmados, una vez que estos se desplazaron (en la mayor parte de los casos) para evitar las brutalidades de la guerra. Tanto antes como después de que se marcharan hubo instrumentos sionistas concretos para, de hecho,

borrar su presencia. Ya he citado a Weitz en 1940. Este es un texto suyo del 18 de mayo de 1948, donde narra una conversación con Moshé Shertok (luego Sharett), del Ministerio de Asuntos Exteriores:

Transferencia *post factum*; ¿deberíamos hacer algo para transformar el éxodo de los árabes del país en un hecho, para que no vuelvan más? [...] Su respuesta [de Shertok]: bendice cualquier iniciativa en ese sentido. Su opinión es también que debemos actuar de tal modo que nos permita transformar el éxodo de los árabes en un hecho establecido.^[82]

Más tarde, aquel mismo año, Weitz visitó un pueblo árabe evacuado,

haciendo la siguiente reflexión:

Fui a visitar el pueblo de Muar. Tres tractores están completando su destrucción. Me sorprendí: nada en mí se conmovió al ver la destrucción. Ni pesar ni odio, como si ese fuera el modo en que funciona el mundo. Pues queremos sentirnos bien en este mundo, y no en algún mundo venidero. Simplemente queremos vivir, y los habitantes de esas casas de barro no querían que nosotros existiéramos aquí. Ellos no sólo aspiran a dominarnos, sino que también querían exterminarnos. Y lo interesante es que esa es la opinión de todos nuestros muchachos, de un extremo a otro.^[83]

Está describiendo algo que ocurrió en toda Palestina, pero parece

completamente incapaz de tener en cuenta el hecho de que las vidas humanas que albergaba aquella devastada aldea —por más modestas y humildes que fueran— significaban algo para las gentes que las vivían. Weitz no intenta negar la realidad de los aldeanos; simplemente admite que su destrucción significaba sólo que ahora «nosotros» podemos vivir allí. Se muestra completamente indiferente a la idea de que para los palestinos autóctonos él, Weitz, es sólo un extranjero que ha venido a desplazarles, o que resulta del todo natural oponerse a tal perspectiva. Lejos de ello, Weitz y «los muchachos» adoptan la tesis de que

los palestinos quisieron «exterminarles» a ellos, y, en consecuencia, aprueban la destrucción de casas y pueblos. Tras varias décadas de tratar a los árabes como si no estuvieran allí en absoluto, el sionismo hizo valer plenamente su fuerza destruyendo activamente cualquier rastro árabe posible. De una inexistencia teórica a una inexistencia legalmente fáctica, el árabe palestino vivió la terrible modulación de una situación lamentable a otra, plenamente capaz de atestiguar, aunque en la práctica no de comunicar, su propia extinción civil en Palestina.

Primero fue un «nativo» inconsecuente; luego pasó a ser

absentista; y después, en el Israel posterior a 1948, adquirió el estatus jurídico de una persona menos real que cualquier individuo perteneciente al «pueblo judío», tanto si este último estaba presente en Israel como si no. Quienes abandonaron el país aterrorizados se convirtieron en «refugiados», una abstracción fielmente reproducida en las resoluciones anuales de las Naciones Unidas que pedían a Israel que —como este había prometido— aceptara su regreso, o bien los compensara por sus pérdidas. La lista de indignidades humanas, y, desde cualquier punto de vista imparcial, el historial de subyugación inmoral

practicado por Israel contra los árabes palestinos que se quedaron, resultan espeluznantes, en particular si se contraponen dicho historial al coro de alabanzas a la democracia israelí. Como si castigara a aquellos 120 000 desdichados (hoy alrededor de 650 000) por su temeridad al quedarse en el lugar al que pertenecían, Israel adoptó las Regulaciones de Defensa de Urgencia, utilizadas por los británicos para manejar a judíos y árabes durante el mandato, desde 1922 hasta 1948. Dichas regulaciones habían representado, con razón, uno de los principales blancos de la agitación política sionista, pero a partir de 1948 pasaron a utilizarse, *sin*

modificación alguna, por parte de Israel contra los árabes.

Por ejemplo, en aquellas partes de Israel que todavía conservan una mayoría árabe sigue aplicándose a buen ritmo una anacrónica —aunque no por ello menos eficaz y detallada— política de «judaización». Así pues, al igual que en otro tiempo Ruppin y Weizmann previeron una Tel Aviv que «superaría» a la Jaffa árabe, el actual gobierno israelí crea una nueva Nazaret judía para que supere a la antigua ciudad árabe. He aquí el proyecto, descrito por un israelí en 1975:

La Alta Nazaret, que se fundó hace

unos quince años, «para crear un contrapeso a la Nazaret árabe», constituye una piedra angular de la política de «judaización de Galilea». La Alta Nazaret se erigió en las colinas que rodean a Nazaret como un cordón de seguridad que la rodeaba casi por todas partes. Se construyó sobre miles de hectáreas de tierras que fueron expropiadas arbitrariamente, pura y simplemente por la fuerza, de asentamientos árabes, en particular Nazaret y Rana. La propia elección del nombre de «alta» Nazaret, que implica un énfasis en lo de *alta*, constituye un indicativo de la actitud de las autoridades, que otorgan a la nueva ciudad privilegios especiales de acuerdo con su política de discriminación y de falta de atención para con la ciudad de Nazaret, la cual, a sus ojos, se halla en el extremo inferior de la jerarquía. El

visitante de Nazaret puede reconocer con sus propios ojos el abandono y la falta de desarrollo de la ciudad, y si desde allí «sube» a la alta Nazaret, verá las nuevas construcciones, las calles anchas, el alumbrado público, las escaleras, los edificios de muchos pisos, las empresas industriales y artesanas, y podrá percibir el contraste: desarrollo arriba y falta de atención abajo; constante construcción pública arriba y ninguna construcción en absoluto abajo. Desde 1966, el Ministerio de Vivienda [israelí] no ha construido ni una sola residencia en la antigua Nazaret (Yosef Elgazi, en *Zo Hadareh*, 30 de julio de 1975).

El espectáculo de la minoría dirigente se representa vívidamente en Nazaret. Con todas sus ventajas, la Alta

Nazaret —es decir, la judía— alberga a 16 000 residentes; abajo, la ciudad árabe tiene una población de 45 000 personas. La ciudad judía se beneficia claramente de la red de recursos para los judíos, mientras que los no judíos son quirúrgicamente excluidos. El sionismo utiliza la brecha entre ellos y los judíos para significar un estado de diferencia absoluta entre los dos grupos, no meramente cuantitativa. Si cualquier judío de Israel representa a «todo el pueblo judío» —una población formada no sólo por los judíos de Israel, sino también por las generaciones de judíos que existieron en el pasado (de las que los actuales israelíes son el remanente)

y los que existirán en el futuro, además de los que viven en otros lugares—, el no judío en Israel representa una prohibición permanente con respecto no sólo a *sus* posibles beneficios pasados, presentes y futuros en Palestina, sino también con respecto a cualesquiera *otros*. El no judío vive una existencia pobre en pueblos sin bibliotecas, centros juveniles, teatros, centros culturales... la mayoría de los pueblos árabes, según el alcalde árabe de Nazaret —que habla con la autoridad única de un no judío en Israel—, carecen de electricidad, comunicaciones telefónicas y centros médicos; ninguno tiene alcantarillado, excepto la propia

Nazaret, que sólo dispone de él de manera parcial; ninguno cuenta con carreteras o calles pavimentadas. Y ello porque, mientras que el judío tiene derecho al máximo, al no judío apenas se le da el mínimo. De una población activa total de 80 000 trabajadores árabes, 60 000 trabajan en empresas judías. «Esos trabajadores consideran su ciudad y sus pueblos como meros lugares de residencia. Su única “industria” próspera es la creación y el suministro de mano de obra.»^[84] Una mano de obra sin importancia política, sin base territorial, sin continuidad cultural; al no judío de Israel, si se atrevió a permanecer allí tras el

surgimiento del Estado judío en 1948, sólo le ha quedado la miserable subsistencia de estar *ahí*, impotente para casi todo salvo para reproducirse él mismo y reproducir su miseria más o menos ininterrumpidamente.

Hasta 1966, los ciudadanos árabes de Israel estuvieron regidos por un gobierno militar que existía exclusivamente para controlar, doblegar, manipular, aterrorizar y sabotear cada faceta de la vida árabe prácticamente desde el nacimiento hasta la muerte. Desde 1966, la situación apenas ha mejorado, como testimonian una serie interminable de disturbios y manifestaciones populares; las

Regulaciones de Defensa de Urgencia se utilizaron para expropiar miles de hectáreas de tierras árabes, o bien declarando que la propiedad árabe se hallaba en una zona de seguridad, o bien declarando que las tierras eran de propietarios absentistas (por más que, en muchos casos, tales «absentistas» estuvieran presentes; una ficción legal de sutileza kafkiana). Cualquier palestino conoce perfectamente el significado de la Ley de Propiedades Absentistas de 1950, la Ley de Adquisición de Tierras de 1953, la Ley de Requisamiento de Propiedades en Tiempos de Emergencia de 1949, o la Ley de Prescripción de 1958. Además, a

los árabes se les prohibía y se les sigue prohibiendo viajar con libertad, o tomar en arriendo tierras de judíos, o siquiera hablar, hacer campaña o recibir educación libremente. Hubo casos en que se impusieron de repente toques de queda en determinados pueblos, y luego, pese a que resultaba manifiestamente imposible que la gente que estaba trabajando se hubiera enterado del toque de queda, los campesinos «culpables» fueron sumariamente fusilados; el episodio más gratuito y brutal ocurrió en Kafr Qasim en octubre de 1956, cuando la guardia fronteriza —una sección particularmente eficiente del ejército israelí— fusiló a 49 campesinos

desarmados. Después de que el hecho produjera cierto escándalo, el oficial responsable de la operación fue procesado, declarado culpable y luego castigado con una multa de una piastra (menos de un céntimo de euro).

Desde la ocupación de Gaza y Cisjordania en 1967, Israel ha pasado a tener aproximadamente un millón más de habitantes árabes. Su historial no ha mejorado, pero eso no debe sorprendernos.^[85] De hecho, la mejor introducción a lo que ha estado ocurriendo en los Territorios Ocupados es el testimonio de los árabes israelíes que sufrieron la brutalidad legal de Israel antes de 1967. Véase, por

ejemplo, la obra de Sabri Jiryis *The Arabs in Israel*; la de Fouzi El-Asmar *To Be an Arab in Israel*, o la de Elia T. Zwayk *The Palestinians in Israel: A Study in Internal Colonialism*. El objetivo político israelí ha sido el de mantener a los árabes pacificados, constantemente incapaces de evitar su continua dominación por parte de Israel. Cada vez que un líder nacionalista adquiere cierta talla política, es deportado, o encarcelado (sin juicio), o «desaparece»; el ejército hace saltar por los aires las casas árabes (aproximadamente 17 000) para imponer castigos ejemplares a los transgresores nacionalistas; prevalece la censura

sobre todo lo escrito por o sobre árabes, y todo árabe es directamente sometido a regulaciones militares. Para encubrir la represión e impedir que esta perturbe la tranquilidad de la conciencia israelí, se ha desarrollado un cuerpo de «expertos árabes», es decir, judíos israelíes que supuestamente entienden la «mentalidad» árabe. Uno de ellos, Amnon Lin, escribía en 1968 que «la gente confió en nosotros y nos dio una libertad de acción de la que no ha disfrutado ningún otro grupo en el país, en ningún ámbito». Por consiguiente,

con el tiempo hemos alcanzado una posición única en el Estado como expertos, y nadie osa cuestionar nuestras

opiniones o nuestras acciones. Estamos representados en todos los departamentos del gobierno, en la Histadrut y en los partidos políticos; todo departamento y oficina tiene a sus «arabistas», que sólo ejercen su cargo entre los árabes.^[86]

Este cuasigobierno interpreta y dirige a los árabes tras su fachada de privilegiada pericia. Como ya he señalado en el capítulo 1, cuando los progresistas que están de visita desean averiguar algo sobre «los árabes», estos les proporcionan una descripción convenientemente edulcorada.^[87] Al mismo tiempo, obviamente, se multiplican los asentamientos israelíes en territorios ocupados (más de noventa

de ellos desde 1967); la lógica de la colonización después de 1967 sigue la misma pauta, dando como resultado los mismos desplazamientos de árabes que antes de 1948.^[88]

Hay un sionismo y un Israel para judíos, y un sionismo y un Israel para no judíos. El sionismo ha dibujado una clara línea de separación entre judíos y no judíos; Israel construyó todo un sistema para mantenerlos separados, incluyendo los tan admirados *kibutzim* (que no dejan de ser una forma de *apartheid*), de los que jamás ha formado parte ningún árabe. En la práctica, los árabes están regidos por un gobierno aparte basado en la imposibilidad de

una isonomía que valga a la vez para judíos y no judíos. A partir de esta noción radical resultó un hecho natural que el gulag árabe desarrollara su propia vida y creara sus propias precisiones, su propio detalle. Uri Avneri lo expresaba así en la Knesset:

Un gobierno completo [...] se creó en el sector árabe, un gobierno secreto, no sancionado por la ley [...] cuyos miembros y métodos no los conoce [...] nadie. Sus agentes están dispersos por los ministerios del gobierno, desde la Administración de Tierras de Israel hasta el Ministerio de Educación y el Ministerio de Religiones. Toma fatídicas decisiones que afectan a vidas [árabes] en lugares desconocidos sin documentos y

las comunica en conversaciones secretas o por teléfono. Así se toman decisiones sobre quién va al seminario de profesores, o quién obtendrá un tractor, o quién será nombrado para un cargo de gobierno, o quién recibirá subvenciones financieras, o quién será elegido para la Knesset, o quién será elegido para el consejo local —caso de haberlo—, y así sucesivamente para mil y una razones.^[89]

Pero de vez en cuando se han filtrado pistas inadvertidas sobre este gobierno para árabes en Israel que no han escapado a los observadores más atentos. El ejemplo más imprudente fue un informe secreto redactado por Israel Koenig, comisionado del ministerio para el distrito norte (Galilea), destinado al

entonces primer ministro Isaac Rabin, y que trataba sobre «el manejo de los árabes en Israel» (posteriormente se filtró el texto completo al periódico *Al-Hamishmar*, que lo publicó el 7 de septiembre de 1976). Su contenido resulta escalofriante, pero cumple perfectamente los presupuestos del sionismo hacia sus víctimas, los no judíos. Koenig admite con franqueza que los árabes representan un problema demográfico, dado que, a diferencia de los judíos, cuyo incremento natural es del 1,5 por ciento anual, la población árabe aumenta a un ritmo anual del 5,9 por ciento. Además, asume que la política nacional para con los árabes es

la de mantenerlos en situación de inferioridad, por más que puedan ser naturalmente susceptibles de agitación nacionalista. El asunto principal, sin embargo, es el de cómo asegurarse de que en áreas como Galilea la densidad de la población árabe, y, por consiguiente, su potencial para causar problemas, se vea reducida, contenida y debilitada. Por lo tanto, sugería que consideraba necesario

ampliar y profundizar el asentamiento judío en áreas donde la contigüidad de la población árabe sea prominente, y donde esta supere considerablemente en número a la población judía; examinar la posibilidad de diluir las actuales

concentraciones de población árabe. Debe prestarse especial atención a las zonas fronterizas del noroeste del país y a la región de Nazaret. El enfoque y la exigencia de rendimiento tienen que desviarse de la rutina que se ha adoptado hasta ahora. Simultáneamente, se ha de aplicar la ley estatal para limitar que los asentamientos árabes «se abran camino» en varias áreas del país.

La estrategia cuasimilitar de estas sugerencias resulta bastante patente. Lo que también debemos señalar es la adhesión incondicional de Koenig a los imperativos sionistas que trata de poner en práctica. Nada en su informe insinúa el menor escrúpulo con respecto a la finalidad claramente racial que

promueven sus sugerencias; tampoco duda de que lo que dice resulta del todo coherente con la historia de las políticas sionistas hacia aquellos no judíos que han tenido la mala suerte de estar en territorio judío, aunque fuera en un número inquietantemente grande. Luego pasa a argumentar —de forma completamente lógica— que cualesquiera líderes árabes que parezcan causar problemas deberían ser sustituidos, que el gobierno debería empezar a «crear» (el término tiene un tono casi teológico, muy en sintonía con la política judía hacia los árabes) «nuevas figuras [árabes] de alto nivel intelectual, figuras que sean equitativas

y carismáticas», y completamente aceptables para los gobernantes israelíes. Además, a la hora de «disipar» a los líderes nacionalistas inquietos, cuyo principal pecado parece ser que animan a otros autóctonos a sentirse irritados por su forzada inferioridad, el gobierno debería formar «un equipo especial [...] para examinar los hábitos personales de los [...] líderes y otras personas negativas, y esa información debería ponerse a disposición del electorado».

No contento con «diluir» y manipular a los ciudadanos árabes de Israel, Koenig pasa a sugerir formas de «neutralizarlos» y «entorpecerlos»

económicamente. Muy poco de esto podía ser eficaz, sin embargo, a no ser que hubiera algún método de mantener a raya de algún modo a «la gran población de intelectuales frustrados forzados por una necesidad mental de buscar alivio [cuyas] expresiones se dirigen contra el *establishment* del Estado israelí». Koenig parecía creer que resultaba bastante natural mantener esa frustración de los árabes, ya que en la lectura de sus sugerencias hay poco que nos recuerde que los árabes son un pueblo, o que el suyo no era un informe escrito sobre los judíos por un nazi durante la Segunda Guerra Mundial, sino escrito en 1976 por un judío sobre sus conciudadanos

árabes. El golpe maestro del plan de Koenig viene cuando trata de la ingeniería social necesaria para utilizar el atrasado «carácter mediterráneo oriental» del árabe contra sí mismo. Dado que los árabes en Israel son una comunidad desfavorecida, hay que potenciar esa realidad del siguiente modo:

- a) Los criterios de ingreso para los estudiantes universitarios árabes deberían ser los mismos que para los estudiantes judíos, y ello debe aplicarse también a la concesión de becas.

Una meticulosa implementación de estas normas producirá una

selección natural [la terminología darwiniana resulta elocuente por sí misma] y reducirá considerablemente el número de estudiantes árabes. En consecuencia, el número de graduados de bajo nivel también disminuirá, un hecho que facilitará su asimilación al trabajo tras los estudios [el plan consiste aquí en asegurarse de que los jóvenes árabes fueran asimilados fácilmente a empleos de baja categoría, garantizando así su emasculación intelectual].

- b) Alentar la canalización de estudiantes hacia profesiones técnicas, las ciencias físicas y naturales. Estos estudios dejan menos tiempo para veleidades nacionalistas y el índice de abandonos es superior [las ideas

de Koenig sobre la incompatibilidad entre ciencia y valores humanos superan a las de C. P. Snow; seguramente es este un siniestro ejemplo del uso de la ciencia como castigo político, algo nuevo hasta en la historia del colonialismo].

- c) Hacer más fáciles los viajes de estudios al extranjero, al tiempo que se dificulta el regreso y el empleo; esta política es apropiada para alentar su emigración.
- d) Adoptar medidas severas en todos los niveles contra los diversos agitadores entre los estudiantes superiores y universitarios.
- e) Preparar por adelantado posibilidades de asimilación para la mayor parte de los graduados en función de sus

calificaciones. Esta política puede implementarse gracias al tiempo disponible (una serie de años) con el que las autoridades pueden planear sus pasos.

De haber sido tales ideas formuladas por estalinistas o socialistas orwellianos, o incluso nacionalistas árabes, el clamor progresista habría resultado ensordecedor. Sin embargo, las sugerencias de Koenig parecen universalmente justificadas por la lógica de unos acontecimientos que enfrentan a una pequeña y valiente población occidental de judíos contra una inmensa y amorfa, metastásica y extraordinariamente ignorante población

árabe. Nada en el informe de Koenig está en desacuerdo con la dicotomía básica del sionismo; esto es: benevolencia hacia los judíos y una hostilidad esencial pero paternalista hacia los árabes. El propio Koenig escribe desde el punto de vista de un ideólogo o teórico, además de hacerlo desde una posición de autoridad y de poder en la sociedad israelí. Como gobernante de árabes en Israel, Koenig expresa tanto una atención oficial al bienestar de los judíos, cuyos intereses mantiene y protege, como un dominio paternalista y directivo sobre los «nativos» inferiores. Su postura, pues, está consagrada por las propias

instituciones del Estado judío; autorizado por estas, piensa en términos de un futuro máximo para los judíos y mínimo para los no judíos. Todas estas nociones se expresan perfectamente en el párrafo siguiente de su informe:

La aplicación de la ley en un país con una sociedad en desarrollo como la de Israel es un problema que debe solucionarse con flexibilidad, cuidado y mucha prudencia. Al mismo tiempo, no obstante, la autoridad administrativa y ejecutiva en el sector árabe debe ser consciente de la existencia de la ley y su aplicación para evitar la erosión.^[90]

Entre Weizmann y Koenig existe una distancia temporal de varias décadas.

Lo que era una proyección visionaria para el primero se convirtió para el segundo en un contexto jurídico real. Entre la época de Weizmann y la de Koenig, el sionismo, para los árabes autóctonos de Palestina, pasó de ser una naciente intrusión en sus vidas a convertirse en una realidad consolidada —un Estado-nación— que les rodeaba por todas partes. Para los judíos, a partir de 1948 Israel no sólo supuso la realización de sus esperanzas políticas y espirituales, sino que siguió representando el faro de una nueva oportunidad que guiaba a aquellos que todavía vivían en la diáspora, al tiempo que mantenía a los que vivían en la

antigua Palestina en la vanguardia del desarrollo y la autorrealización judíos. Para los árabes palestinos, en cambio, Israel representó un hecho básicamente hostil con varios corolarios desagradables. A partir de 1948, todos los palestinos desaparecieron tanto a nivel nacional como legal. Luego algunos palestinos reaparecieron jurídicamente como «no judíos» en Israel; los que se quedaron se convirtieron en «refugiados», y más tarde algunos de ellos adquirieron nuevas identidades árabes, europeas o americanas. Pese a ello, ningún palestino perdió su «antigua» identidad palestina. Sin embargo, el palestino

finalmente ha resurgido de ficciones legales tales como la inexistencia palestina en Israel y en otras partes; y lo ha hecho con una considerable atención por parte de la opinión pública internacional, dispuesta por fin a tomar nota crítica de la teoría y la praxis sionistas.

El clamor producido en Occidente cuando en 1975 se aprobó la resolución de las Naciones Unidas afirmando que «el sionismo es racismo» fue, sin duda, genuino. Los logros judíos de Israel —o mejor dicho, sus logros en representación de los judíos europeos, y no tanto de la mayoría judía sefardí (oriental)— son visibles para el mundo

occidental; son logros considerables desde casi todos los puntos de vista, y es correcto no empañarlos a la ligera con la aplastante denuncia retórica asociada al «racismo». Para el árabe palestino que ha vivido y que luego ha estudiado los procedimientos del sionismo hacia él y hacia su tierra, el dilema es complicado pero, en última instancia, nada confuso. Sabe que la Ley de Retorno permite a un judío la entrada inmediata en Israel exactamente tal como le impide a él volver a su hogar; también sabe que las incursiones israelíes han matado a miles de civiles, todo ello con el aceptable pretexto de combatir el terrorismo,^[91] pero en

realidad debido a que los palestinos como raza se han convertido en sinónimo de un terrorismo irredento y básicamente inmotivado; entiende, aunque quizá no sea capaz de dominar, el proceso intelectual por el que su violada humanidad se ha visto transmutada, de manera inaudita e invisible, en alabanza a la ideología que casi le destruye. El de *racismo* es un término demasiado vago: el sionismo es el sionismo. Para el árabe palestino, esta tautología tiene un sentido que resulta perfectamente congruente con — aunque exactamente opuesto a— lo que significa para los judíos.

Agobiado por un presupuesto militar

que se lleva el 35 por ciento de su producto nacional bruto; aislado, excepto por sus escasos, y cada vez más críticos, amigos atlánticos; acosado por problemas sociales, políticos e ideológicos que sólo puede abordar alejándose completamente de ellos, Israel afronta hoy un futuro sombrío. La misión de paz del presidente Sadat ha ocasionado al fin una apariencia de oposición a la fosilizada locura teológica de Begin; pero es dudoso que, en ausencia de un aparato conceptual, y no digamos institucional, para asimilar humanamente las realidades palestinas, pueda venir por ese lado cualquier cambio decisivo. La poderosamente

influyente comunidad judía estadounidense sigue imponiendo su dinero y su visión reduccionista de las cosas sobre la voluntad israelí. Por otra parte, tampoco hay que pasar por alto el —todavía más temible— estamento de la defensa estadounidense, muy conveniente para saciar el hambre del sector industrial por los mercados árabes cargados de petróleo, mientras sigue entregando montones de armas avanzadas a un Israel y luego a un Egipto dispuestos cada día a combatir el «radicalismo», a la Unión Soviética o a cualesquiera otras de las pesadillas geopolíticas de Estados Unidos. El efecto neto en el desenfrenado

militarismo israelí se manifiesta de forma precisa en un artículo publicado en el periódico *Haaretz* el 24 de marzo de 1978, en el que se celebra la aventura libanesa en los siguientes términos:

Lo que ha ocurrido esta semana pasada ha mostrado a todo el que tenga ojos en la cara que la fuerza de defensa israelí es hoy un ejército estadounidense tanto en la cantidad como en la calidad de su equipamiento: los rifles, los transportes de tropas, los F-15, y hasta los aviones Kfir con sus motores norteamericanos, constituyen un testimonio que convencerá a todo el mundo.

Pero ni siquiera este panegírico a lo que su autor califica como «desbordante

equipamiento militar» de Israel se ve igualado en su perniciosa influencia por los intelectuales occidentales e israelíes que han estado celebrando a Israel y al sionismo sin pestañear durante treinta años. Estos han desempeñado perfectamente el papel gramsciano de «expertos en legitimación», deshonestos e irracionales pese a sus protestas en nombre de la sabiduría y la humanidad. Basta repasar su vergonzoso historial para ver que apenas hay un puñado de ellos —como Noam Chomsky, Israel Shahak, I. F. Stone, Elmer Berger o Judah Magnes— que han intentado ver lo que el sionismo ha hecho a los palestinos, no sólo una vez, en 1948,

sino a lo largo de los años. Este silencio casi total con respecto a las doctrinas y el trato del sionismo hacia los palestinos autóctonos constituye uno de los episodios culturales más terribles del siglo. Hoy cualquier intelectual que se respete está dispuesto a decir algo sobre las violaciones de los derechos humanos en Argentina, Chile o Sudáfrica; pero cuando se presentan evidencias irrefutables sobre detenciones preventivas, torturas, transferencias de población y deportaciones de árabes palestinos en Israel, no se dice literalmente nada. Las simples promesas de que en Israel se respeta la democracia bastan para dar la impresión

a Daniel Moynihan o a Saul Bellow, por ejemplo, de que todo es correcto en el frente moral. Pero quizá el verdadero alcance de esta estatolatría sólo pueda apreciarse si se examina el texto sobre la reunión celebrada en 1962 entre Martin Buber y Avraham Aderet, publicado en el número de diciembre de 1974 de *Petahim*, una revista trimestral religiosa israelí. Aderet alaba el ejército como una experiencia que imprime carácter a los jóvenes, y utiliza como ejemplo un episodio acaecido durante la guerra de 1956 con Egipto, cuando un oficial pidió un grupo de soldados simplemente para matar a «todos los prisioneros de guerra

egipcios [...] que estaban en nuestras manos». Varios voluntarios dieron un paso al frente, y los prisioneros fueron debidamente fusilados, aunque uno de los voluntarios afirmara que «cuando disparó cerró los ojos». En este punto dice Aderet: «No cabe duda de que esta prueba puede causar confusión en cualquier hombre con conciencia y con experiencia de la vida, y aún más a los muchachos que están empezando a vivir. Lo malo no fue la confusión que experimentaron aquellos jóvenes en el momento de los hechos, sino la que les minó por dentro después». Ante esta edificante interpretación, Buber — filósofo moral, pensador humanista,

antiguo partidario de la solución de los dos estados— sólo es capaz de responder: «Es una magnífica y verdadera historia: debería usted escribirla». Ni una palabra sobre el horror de la historia, o sobre la situación que la hace posible.

Pero al igual que en los últimos cien años no ha habido ningún judío que no se viera influenciado por el sionismo, del mismo modo tampoco ningún palestino ha dejado de verse afectado por él. Sin embargo, no hay que olvidar que la realidad del palestino no ha estado simplemente en función del sionismo. Su vida, su cultura y su política tienen su propia dinámica y, en

última instancia, su propia autenticidad, sobre la que debemos centrarnos a continuación.

3

Hacia la autodeterminación palestina

I. Los que se quedaron, los exiliados, los que están bajo ocupación

Actualmente hay entre 3,5 y 4 millones de árabes palestinos dispersos por todo el mundo. Aproximadamente 650 000 de ellos son los llamados árabes israelíes, un millón viven en Gaza y Cisjordania bajo la ocupación militar israelí, otro millón más o menos viven en Jordania, alrededor de 450 000 viven en el Líbano, y el resto están dispersos por

los estados del golfo Pérsico, Siria, Egipto, Libia, Irak, y, en mucho menor número, en Europa, Norteamérica y Sudamérica. Estoy seguro de que cualquiera de esas personas diría que está en el exilio, aunque resulta manifiesto que las condiciones y el tipo de exilio varían enormemente. En cualquier caso, detrás de cada palestino hay un importante hecho general: que anteriormente —y no hace tanto tiempo— vivía en su propia tierra, llamada Palestina, la cual ya no es su patria. No hace falta connotación alguna para que un palestino haga tal declaración, que parece admitir muy pocas condiciones o salvedades. Sin embargo, tal como

afirmaba Tolstói de las familias que las felices eran todas iguales y las infelices eran todas distintas en su infelicidad, el trauma individual palestino parece ser una entre 3,5 millones de variaciones sobre el mismo tema. He aquí una de tales variaciones, expresada en relación con los acontecimientos producidos en una pequeña aldea árabe de Galilea occidental que cayó ante las fuerzas sionistas en la primavera de 1948. Quien habla es una anciana campesina que en la actualidad vive en un campo de refugiados en el Líbano; su historia se publicó en inglés en 1973:

Aquella noche dormimos en los

huertos del pueblo. A la mañana siguiente, Umm Husein y yo fuimos al pueblo. Los pollos estaban en la calle, y Umm Husein me sugirió que fuera a buscar un poco de agua. De camino a la plaza del pueblo vi a Umm Taha. Ella me dijo a gritos: «¡Más vale que vayas a ver a tu marido muerto!». Lo encontré. Le habían pegado un tiro en la nuca. Lo arrastré hasta la sombra y fui a buscar a Umm Husein para que me ayudara a enterrarlo. Yo no sabía qué hacer. No podía cavar una tumba para él. Lo llevamos sobre un trozo de madera al cementerio y lo enterramos junto a la tumba de su madre. [...] Hasta hoy me inquieto y rezo por que lo haya enterrado de la forma correcta, en la posición apropiada. Me quedé en Kabri [su pueblo] seis días sin comer nada. [Luego] Decidí marcharme y unirme a mi hermana, que había escapado antes con su familia a Siria. Le pedí a Abu

Ismail Arkeh, un hombre anciano, que me acompañara a Tarshiha, y él lo hizo. Dejamos a los demás en el pueblo. No sé qué les ocurrió. Abu Ismail se quedó con su hijo en Tarshiha, y yo seguí hasta Siria.

[92]

Antes de mediados o finales de la década de 1960 habría sido imposible encontrar un relato así publicado en inglés. Durante los veinte años siguientes a la aparición de Israel, el mundo supo sólo de una manera vaga y general de la existencia de «refugiados palestinos», y lo más normal es que oyera hablar únicamente de «refugiados árabes». Uno de los textos clásicos de la sociología estadounidense sobre Oriente

Próximo escritos en los años cincuenta, *Social Forces in the Middle East*, editado por Sydney N. Fisher (Cornell University Press, Ithaca [NY], 1955), dedicaba a los palestinos un capítulo entero, pero no daba ninguna indicación al lector de la existencia de este pueblo salvo como un impedimento menor al «progreso» en la región, o como un dato estadístico en el marco de la agenda de las Naciones Unidas para los refugiados en general. (Una carencia académica y de «inteligencia» similar se dio en torno a la oposición iraní al *sha*, que cuando estalló en 1979 cogió a todo el mundo por sorpresa: no porque dicha oposición no existiera, ¡sino porque nadie la

consideraba un desafío a la estabilidad del *sha!*).

Otro problema, que en cierto modo aislaba al palestino de sí mismo y del mundo exterior, era la división existente desde hacía veinte años en la comunidad: estaban los palestinos que vivían manifiestamente en el exilio y los que vivían un exilio interior en Israel. Los primeros tendían a verse a sí mismos en función de la política árabe, o a tratar de asimilarse a sus nuevos lugares de residencia; los segundos estaban aislados del mundo árabe, al tiempo que trataban de configurar sus vidas en la medida de lo posible dentro del pequeño espacio que la dominación

de Israel les proporcionaba. En ambos casos, el elemento que faltó durante largo tiempo fue una fuerza política aglutinante suficiente para hacer de la experiencia palestina algo más que una pesadilla pasiva situada en algún punto de una historia irrecuperable.

Sin duda, lo primero que faltaba era un país, que hasta el momento en que Palestina fue suplantada por Israel había sido de carácter predominantemente árabe (musulmán y cristiano). Precisamente, la actitud sionista y occidental frente a este hecho es lo que he intentado describir en los dos primeros capítulos de este libro; pero para cualquier palestino no cabía duda

de que su país poseía su propio carácter y su propia identidad. Es cierto que Palestina había formado parte del Imperio otomano hasta el final de la Primera Guerra Mundial, y también lo es que no había sido independiente en ningún sentido aceptable. Sin embargo, sus habitantes se referían a sí mismos como palestinos, a la par que hacían importantes distinciones entre ellos, los sirios, los libaneses y los transjordanos. Gran parte de lo que se puede calificar como autoafirmación palestina se articuló en respuesta a la afluencia de inmigrantes judíos a Palestina desde la década de 1880, así como a las declaraciones ideológicas sobre

Palestina realizadas por organizaciones sionistas. Bajo la sensación constantemente percibida de una invasión extranjera, durante el período de entreguerras los árabes palestinos fueron uniéndose cada vez más como comunidad. Todo lo que hasta entonces se había dado por sentado —la estructura de la sociedad, la identidad local y familiar, las costumbres, la cocina, el folclore, el dialecto, los hábitos distintivos y la historia— se adujo como evidencia, por palestinos y para palestinos, de que aún como colonia el territorio había sido siempre su patria, y de que ellos formaban un pueblo. El 60 por ciento de la población

se dedicaba a la agricultura; el resto se dividía entre habitantes urbanos y un grupo nómada relativamente reducido. Todos ellos se consideraban pertenecientes a una tierra llamada Palestina, a pesar de su sentimiento de formar parte también de una gran nación árabe; y durante todo el siglo XX se refirieron a su país como Filastinuna («Nuestra Palestina»).

El tópico que se esgrime actualmente es que, dado que los palestinos forman parte del núcleo de la «crisis de Oriente Próximo», deben implicarse también en la resolución de dicha crisis. Aunque la argumentación de este libro obviamente apoya ese tópico, en realidad intenta

hacer algo más que limitarse a defenderlo de manera convincente. Mi argumento es que, precisamente porque existe una amplia aceptación *general* (y reciente) de la identidad política palestina, existen también una serie de riesgos de que una solución general pudiera pasar por alto, y de hecho *destruir*, la realidad *específica* y concreta de los palestinos. Por lo tanto, en este ensayo he intentado insistir en la riqueza de «la cuestión palestina», una riqueza a menudo oscurecida, ignorada o voluntariamente tergiversada. He dado por supuesto que los grupos de seres humanos —en particular los directamente implicados en la lucha

palestino-sionista— actúan en función de una convicción apasionada, o cuando menos comprometida. Esto vale tanto para lo que los judíos sienten con respecto al sionismo e Israel como para lo que sienten los palestinos. Sin embargo, la asimetría entre la interpretación común del sionismo y de los palestinos ha suprimido en general los valores y la historia de los problemas que han espoleado a los palestinos durante todo este siglo, ya que la mayoría de los estadounidenses parecen no ser conscientes de que los palestinos en realidad vivían en Palestina antes de que existiera Israel. Pero sólo si se tienen en cuenta tales

valores y tal historia podremos empezar a ver las bases del compromiso, del acuerdo y, finalmente, de la paz. Mi tarea consiste en presentar la historia palestina; la sionista es ya mucho más conocida y apreciada.

No creo que sea una exageración decir que, pese a la repentina atención que hoy se les presta, los palestinos todavía son percibidos —de vez en cuando hasta por ellos mismos— como un conjunto de atributos básicamente negativos. Debido a ello, el proceso hacia la plena autodeterminación palestina resulta extraordinariamente difícil, puesto que la autodeterminación sólo es posible, por definición, cuando

existe claramente un sujeto por autodeterminar. El exilio y la dispersión ponen de manifiesto de inmediato el problema. Durante la mayor parte de este siglo, los palestinos han hecho sus históricas apariciones en la escena mundial en gran parte en forma de rechazos y negativas. Se les ha vinculado a la oposición al sionismo, se les ha considerado el «corazón» del problema de Oriente Próximo, terroristas, intransigentes... la lista es larga y poco halagüeña. Han tenido la extraordinaria mala suerte de tener fundamentos sólidos para resistirse a la invasión colonial de su patria, pero, a la vez, en lo que a la escena internacional y

moral se refiere, también el más complejo moralmente de todos los adversarios, los judíos, con una larga historia de persecución y terror tras de sí. El mal absoluto del colonialismo resulta en extremo diluido, y quizá hasta disipado, cuando dicho colonialismo utiliza la supervivencia judía, en la que se cree fervientemente, para plantear su propio destino. No dudo de que todo palestino inteligente, o cuando menos aquellos, como yo mismo, cuyas pruebas se han visto amortiguadas por la buena fortuna y el privilegio, sabe de un modo u otro que todos los paralelismos reales entre Israel y Sudáfrica perturban con fuerza su conciencia cuando reflexiona

con seriedad sobre la diferencia entre los colonos blancos en África y los judíos que huyeron del antisemitismo europeo. Pero las heridas y cicatrices de las víctimas de África y Palestina se producen en gran parte del mismo modo, por más que los verdugos sean distintos. El vínculo entre los pueblos oprimidos no europeos, sin embargo, ha provocado el distanciamiento de los judíos que han optado sin reservas por Occidente y sus métodos en Palestina.

Hasta ahora, la batería de dificultades resulta formidable; pero, curiosamente, su propia existencia ha proporcionado a Palestina parte de su durabilidad y de su capacidad de

supervivencia; y ello pese al hecho de que la mayor parte de esas dificultades han sido manipuladas por fuerzas ansiosas por ver desaparecer a los palestinos. Más curiosa todavía ha sido la total ignorancia de la psicología humana básica por parte de los sionistas y de otros (también muchos árabes) que han tenido que tratar con los palestinos. Aquí la ceguera de la política y la tosquedad del poder opresivo aparecen casi en forma de manual. Tanto en un nivel teórico como práctico, los colonizadores judeo-sionistas de Palestina quizá esperaban que los árabes se marcharían o que no les molestaría si *ellos*, los palestinos, eran ignorados,

abandonados y marginados. Más tarde creyeron que castigar a los palestinos con violencia y terrorismo les predispondría a aceptar el sionismo. A partir de 1948, el Estado de Israel utilizó a la población árabe autóctona para borrar sus propios rastros de humanidad, intentando reducirla a una especie de objetos estúpidos, casi inmóviles y obedientes. Desde 1967 se actuó con más ferocidad hacia los árabes de las tierras ocupadas de Cisjordania, los Altos del Golán, el Sinaí y la Franja de Gaza. No se reparó en medidas contra los árabes, desde la tortura hasta campos de concentración, deportaciones, pueblos arrasados,

campos defoliados (por ejemplo, diezmando los campos de trigo con sustancias químicas arrojadas desde un avión Piper Cub el 28 de abril de 1972, en la aldea cisjordana de Aqraba, tal como informó *Le Nouvel Observateur* el 3 de julio del mismo año), casas destruidas, tierras confiscadas, poblaciones «transferidas» con un total de miles de personas... Aun así, los palestinos no han desaparecido, aunque a los ojos del mundo se hayan convertido sólo en una expresión —«la cuestión palestina»— que simboliza, se nos dice, la definitiva e insalvable brecha entre Israel y los estados árabes.

La forma de supervivencia palestina

es lo que aquí me ocupa. Tomemos primero las principales dificultades: una comunidad dividida y dispersa sin su propia soberanía territorial, que afronta constantemente la opresión sionista y la indiferencia mundial, a la que se ha adjudicado (sin habérselo consultado) el rol de interlocutor ausente o absolutamente negativo, desempeñando un papel involuntario en la dinámica interárabe, la competencia entre las grandes potencias y las diversas luchas ideológicas por el poder regional. Por todas partes, la subordinación y la represión amenazan a los palestinos, pese a que en las desafortunadas circunstancias actuales no puede haber

—salvo a través de la retórica, los actos de voluntad o desesperación individuales y casi siempre inconexos, o la deliberada y en última instancia arriesgada confrontación abierta con uno u otro país de acogida— una autoafirmación palestina completamente unificada. No existe, excepto para la calamidad histórica colectiva que he mencionado hace un momento, una situación palestina global como tal, aunque yo crea que se puede hablar desde una postura colectiva palestina. En el Líbano, por ejemplo, hay una gran presencia armada palestina, simbolizada por la autoridad en dicho país de la Organización para la Liberación de

Palestina (OLP); pero en realidad el Líbano está controlado (y puesto en jaque) por Siria, de modo que en cierto sentido la situación de la OLP en el Líbano está mediada por Siria. Los palestinos de Jordania tienen derecho a la ciudadanía jordana, pero también allí la necesaria mediación de Jordania (que ejerce la prerrogativa de los estados soberanos sobre sus poblaciones residentes) resulta problemática para la conciencia palestina en virtud de la guerra antipalestina de Jordania en 1970-1971. Los palestinos de Irak y los estados del golfo Pérsico, por muy prominente que pueda ser la posición de muchos de ellos, están sujetos a las

mismas leyes que hacen que la plena libertad civil resulte imposible incluso para los ciudadanos autóctonos. Los árabes de Cisjordania y Gaza, y los denominados árabes israelíes, viven en medio de una maraña de leyes y de dominación que hace su situación colectiva difícil de comparar con la de sus hermanos palestinos de Jordania o el Líbano.

Cada comunidad palestina debe luchar por mantener su identidad al menos en dos niveles: primero, como palestina con respecto al encuentro histórico con el sionismo y la pérdida precipitada de una patria; y segundo, como palestina en el entorno existencial

de la vida cotidiana, respondiendo a las presiones del Estado de residencia. Ningún palestino tiene Estado como palestino por más que sea «de», sin pertenecer a, un Estado en el que actualmente reside. Hay palestinos libaneses y palestinos estadounidenses, igual que los hay jordanos, sirios y cisjordanos; su número se incrementa proporcionalmente más que el de judíos israelíes u otros árabes, como si la multiplicación de las complicaciones se extendiera incluso a la multiplicación de los cuerpos. Hoy nacen niños palestinos en lugares tales como Nueva York o Ammán, pero siguen identificándose como procedentes «de» Shefa-'Amr, o

de Jerusalén, o de Tiberíades. Estas afirmaciones resultan casi un sinsentido salvo porque añaden una genealogía a una paradójica presencia palestina que se establece contra la lógica de la historia y la geografía. Y ello porque los palestinos tienen una percepción del detalle y de la realidad que utiliza la pauta de una fusión extremadamente concreta del espacio-tiempo. Dicha pauta se inicia en Palestina con un pedazo de tierra, una casa, una región, un pueblo, o quizá sólo un patrono, reales, pero en parte mitificados; después pasa a abarcar la desaparición de una identidad nacional colectiva (aunque uno permanezca dentro de la

antigua Palestina), el nacimiento de un exilio concreto, absolutamente siempre una colisión frontal (luego más sutil) con las leyes diseñadas expresamente para los palestinos, y, por último, cierto sentido reciente de esperanza revivida y de orgullo por los logros palestinos. Y la hostilidad está por todas partes. Un niño nacido después de 1948, en consecuencia, afirma la conexión original con la Palestina perdida como una evidencia simbólica de que los palestinos han continuado a pesar de todo: de no haber sido por 1948, él o ella *habrían* nacido allí. Ese es el aspecto sentimental. El otro es que un niño posterior a 1948 lleva grabadas

todas las andanzas y tribulaciones de sus padres, y aun así sigue siendo un individuo capaz de expresar tanto nuestro avance hacia el futuro como su propio modo de *ser* ese futuro.

Los palestinos del siglo XX no pueden compararse con otros pueblos desposeídos de la historia excepto en unos pocos aspectos obvios. No es una cuestión de quién ha sufrido más, o de quién ha perdido más: tales comparaciones resultan fundamentalmente indecentes. Lo que quiero decir es que ningún otro pueblo —para bien o para mal— está tan cargado de un significado múltiple, a la vez que inalcanzable o inasimilable,

como los palestinos. Su relación con el sionismo y, en última instancia, con el judaísmo político y hasta espiritual supone para ellos una carga formidable como interlocutores de los judíos. Luego sus relaciones con el islam, el nacionalismo árabe, la lucha anticolonialista y antiimperialista del Tercer Mundo, el mundo cristiano (con su vinculación histórica y cultural única con Palestina), los marxistas, el mundo socialista: todo esto representa también para el palestino una carga de interpretaciones y una multiplicidad de personalidades que prácticamente no tiene parangón en la moderna historia política o cultural; un hecho que resulta

más impresionantemente oneroso debido a que pasa por un filtro de negaciones y salvedades. Está claro que nosotros los palestinos luchamos por nuestra autodeterminación, salvo por el hecho de que no tenemos ningún lugar, ningún terreno convenido y físicamente disponible en el que realizar nuestra lucha. Está claro que somos anticolonialistas y antirracistas en nuestra lucha, salvo por el hecho de que nuestros adversarios son las mayores víctimas del racismo en toda la historia, y probablemente nuestra lucha se libra en un incómodo período poscolonial de la historia moderna del mundo. Está claro que luchamos por un futuro mejor,

salvo por el hecho de que el Estado que nos impide tener nuestro propio futuro ya le ha proporcionado un futuro a su propio y desafortunado pueblo. Somos árabes, pero no sólo árabes. Somos exiliados, pero sólo huéspedes tolerados en algunos países de nuestro exilio. Podemos hablar en las Naciones Unidas de nuestros propios problemas, pero sólo como observadores. De ningún otro pueblo tan claramente desposeído podría decir con cautela un presidente estadounidense (en esta época de interés en los derechos humanos y autodeterminación wilsoniana) que *deberíamos participar en la determinación de nuestro futuro* (tanto

rodeo para evitar el término *autodeterminación* resulta grotesco), al mismo tiempo que casi con certeza dicho presidente nunca se ha reunido ni ha hablado con un verdadero palestino vivo, o que su gobierno ha aplicado políticas que entrañan impedir que puedan oírse directamente las voces de los palestinos sobre la cuestión de la autodeterminación palestina. De ningún otro grupo nacional puede decirse que su opresor ha hablado tanto y tan alto en torno a su inexistencia política y cultural, pese a que mientras tanto ese «no pueblo» muestra, proclama y combate a su opresor diariamente. Para el palestino, las categorías de

«demasiado», «nada en absoluto» y «casi, salvo por...» se funden unas con otras de manera imperceptible, siempre a sus expensas.

Estas no son dificultades primordialmente *psicológicas*. Tienen consecuencias psicológicas, pero aquí estoy hablando de verdaderas dificultades *históricas*, materiales. Eso es lo que hace tan insólita la suerte del palestino oprimido. Su historia y su contemporaneidad son cubistas, con planos que se superponen abruptamente penetrando en uno u otro ámbito, cultura, esfera política, formación ideológica, régimen nacional... Cada uno adquiere su propia identidad problemática; y

todos ellos son reales, requieren atención, e imploran y exigen responsabilidades. Hoy, esta desordenadamente múltiple realidad palestina incluye una agenda máxima cuyos temas individuales quizá tengan sentido, pero cuya totalidad es la pesadilla de un politólogo. Dejando aparte por el momento los incipientes pero distintos problemas de los palestinos de Gaza y Cisjordania, y de los de Israel, hay decisiones cotidianas que tomar sobre las relaciones de la OLP con Arabia Saudí, China y la Unión Soviética; hay decisiones que tomar sobre las relaciones con todos los países árabes, Siria y Egipto entre ellos,

donde están en juego considerables intereses políticos palestinos; está la cuestión de los asuntos de la OLP en las Naciones Unidas, y sus organizaciones subsidiarias; cada día en el Líbano, por ejemplo, hay que alimentar, enseñar, armar, entrenar e informar a muchos miles de personas, y ello implica roces con el ejército sirio, con la derecha libanesa, con los aliados locales; asimismo, de un modo u otro las diversas comunidades palestinas, cada una con sus propias prioridades definidas, deben mantenerse en contacto mutuo, reduciendo o eliminando las relaciones tensas y fomentando las alianzas. Y, por encima de todo eso, está

siempre el objetivo de mantener las presiones sobre Israel, cuyas fronteras parecen lejanas y difíciles de alcanzar para los exiliados palestinos. Así, sean cuales fueren los problemas psicológicos que podamos querer descubrir en la psique palestina —un nuevo objeto de examen entre los palestinos y otros «expertos» en el análisis del carácter nacional—, creo que parecerán relativamente efímeros en comparación con esta serie de imperativos materiales para la acción.

De un modo muy literal, el dilema palestino desde 1948 es el de que ser palestino ha significado absolutamente vivir en una utopía, en una especie de *no*

lugar. En consecuencia, y de un modo igualmente literal, la lucha palestina es hoy profundamente *tópica*, y eso ilustra lo que diré más adelante sobre el cambio en la política palestina de la fantasía a la eficacia. Un rasgo favorable de la forma cubista de la vida palestina es que esta se centra en el objetivo de conseguir un lugar, un territorio, en el que localizarse como nación. El mero hecho retrospectivo de haber estado antaño en ese mismo lugar, o el mero hecho contemporáneo de ser hoy «no personas» en ese mismo lugar, ya no proporciona a los palestinos la razón o la ira suficientes para seguir luchando. La guerra de 1967, e

irónicamente la adquisición adicional de territorio palestino por parte del sionismo, pusieron a los palestinos exiliados y dispersos en contacto con su *lugar*. Partiendo de una política esotérica de tratar con los palestinos como si no estuvieran ahí, como seres utópicos cuya presencia bruta se podía distribuir y hacer desaparecer en un laberinto de regulaciones que prohibieran su presencia nacional, el sionismo israelí pasó a manifestarse abiertamente en 1967. He ahí que había muchos cientos de miles de palestinos, y allí, explícitamente, por encima de ellos, gobernándolos militarmente ante un mundo que de inmediato comprendió el

significado de la ocupación militar, estaba Israel. La búsqueda de paz palestina adoptó un significado concreto, que era el de conseguir que se pusiera fin a la ocupación israelí de aquel lugar. Dentro del marco de soluciones posibles para todo el embrollo regional, la autodeterminación palestina ha desembocado en general en la necesidad de un Estado independiente en una parte liberada del territorio original de Palestina.

De haber sido esa la cuestión palestina hoy, sin embargo, habría resultado un tema mucho más manejable. Pero Palestina tiene una dimensión de mayor envergadura, interárabe e

internacional (por no mencionar la interpalestina), como consigna. Nadie que haya dedicado sus energías a ser un partisano ha dudado nunca de que la palabra «Palestina» ha desatado también un gran número de asuntos de otra índole. El término se ha convertido en símbolo de la lucha contra la injusticia social: durante las manifestaciones estudiantiles egipcias de comienzos de la década de 1970, un eslogan frecuente era: «Todos somos palestinos». Los manifestantes iraníes contra el *sha* en 1978 se identificaban con los palestinos. En el mundo no blanco existe la conciencia de que la tendencia de la política moderna a gobernar sobre las

masas populares como poblaciones transferibles, silenciosas y políticamente neutrales tiene una ilustración concreta en lo que les ha ocurrido a los palestinos, y lo que, de formas distintas, les ocurre a los ciudadanos de los antiguos territorios coloniales recientemente independientes, gobernados por regímenes militares antidemocráticos.^[93] La idea de la resistencia obtiene su contenido y su fuerza de Palestina; y más útilmente, la resistencia obtiene de Palestina un enfoque detallado y positivamente nuevo de la microfísica de la opresión. Si pensamos que Palestina tiene la función tanto de un lugar *al que volver* como de

un lugar *completamente nuevo*, una visión parcial de un pasado restaurado y de un nuevo futuro, quizá hasta un desastre histórico transformado en esperanza en un futuro diferente, entenderemos mejor el significado de la palabra.

Para los propios palestinos, la oscilación en su lucha política entre el retorno (a su tierra, a un contacto con su patrimonio, su historia, su cultura, a la realidad política) y la novedad (el nacimiento de una nueva sociedad pluralista y democrática; el fin de la discriminación religiosa y/o racial como base del gobierno; la adquisición no sólo de una genuina independencia

política, sino también de un gobierno representativo y responsable) responde perfectamente a la pauta básica de sus actuales emplazamientos geográficos. Los palestinos que están en un exilio manifiesto quieren volver; los que están en el exilio interior (en Israel o bajo ocupación militar) quieren independencia, libertad y autonomía donde ya están. Un refugiado de Galilea o Jaffa que ahora viva en el Líbano o en Kuwait piensa principalmente en términos de lo que perdió cuando se marchó en 1948 o más tarde; quiere que se le permita volver, o lucha para volver, a Palestina. Desea el retorno. Inversamente, el actual residente

palestino de Gaza, Nazaret o Nablus se enfrenta o, de algún modo, se tropieza a diario con un poder ocupante, sus símbolos de autoridad y su dominación básicamente descontrolada sobre él; quiere ver ese poder eliminado, o, en el caso del ciudadano árabe israelí, ya no desea ser conocido y tratado negativamente como un «no judío». Desea la novedad. Un palestino quiere trasladarse; el otro, quedarse donde está: ambos quieren un cambio bastante radical. Pero ¿acaso estos deseos, que arraigan en circunstancias urgentemente materiales, se complementan mutuamente? ¿Hay un concierto implícito en las aspiraciones políticas

palestinas?

Un rápido «sí» sería una respuesta demasiado retórica, demasiado general. Las huellas de la historia vivida —cuyo inventario he intentado hacer— han dividido muy profundamente a la comunidad palestina. Tomemos sólo algunos sencillos aspectos básicos de la historia palestina en esta última generación, y veremos aparecer diferencias asombrosas entre los exiliados y los que se quedaron. Aun si empezamos por conceder que 1948 significó lo mismo para todos, hay aquí detalles que debemos considerar. En el Israel posterior a 1948, el horizonte del palestino lo proporcionaba la legalidad

sionista. Este se definía como mejor podía en el contexto de partidos políticos israelíes como el Mapai, en los debates de la Knesset, en los tribunales, en tierras cuyo derecho de propiedad estaba casi en continua disputa, pero cuya presencia y solidez identificables nunca existían para él. Las oportunidades educativas en Israel eran (y siguen siendo) pobres en comparación con las de los judíos. De hecho, el Estado no vela por el cumplimiento de la enseñanza obligatoria para los alumnos árabes y el índice de abandono escolar es alto. Existe una dramática escasez de profesores, y los que trabajan están casi

todos poco cualificados; hasta 1956, el Estado no abrió una escuela de magisterio en Jaffa, pero aun así tampoco se han abordado en serio los problemas para elevar el nivel de la enseñanza árabe. Quizá esta política de benigno abandono pueda parecer justificable, ya que Israel es un Estado para judíos, y no para no judíos; pero el daño positivamente causado a los árabes en Israel ha tenido el efecto político verificable de aislar y deprimir a los ciudadanos árabes israelíes.

Dentro de Israel, tradicionalmente se ha visto al árabe como alguien que hay que evitar que llegue a adquirir una conciencia nacional. El currículo

escolar se cambia de repente, las escuelas e instalaciones escolares árabes están en unas condiciones sensiblemente malas, y se enseña al árabe de todas las formas posibles a aceptar su inferioridad y su abyecta dependencia del Estado. A principios de la década de 1970 todavía había sólo 500 graduados universitarios entre los más de 400 000 árabes que vivían en Israel. A esta cifra debe añadirse el hecho de que el número de estudiantes universitarios palestinos *fuera* de Israel en la misma época era de 11 por cada 1000 refugiados. Los graduados en formación profesional eran más numerosos, pero también aquí, como

señala Sabri Jiryis, se mantiene a propósito la desproporción entre judíos y no judíos: «19 escuelas de formación profesional con una asistencia de 1048 alumnos en el sector árabe, y 250 escuelas y 53 847 alumnos en el sector judío». En todo el sistema escolar y universitario se favorece el estudio del hebreo sobre el del árabe, se presta mucha más atención a la historia judía que a la árabe («32 horas, de un total de 416 horas reservadas durante el programa de cuatro años de la rama de letras [de la universidad] se dedican a la historia de los árabes, sin mencionar la España musulmana, [mientras que] la historia judía se enseña extensamente en

cada etapa»), y cuando se enseñan temas árabes, siempre se presentan desde una perspectiva que hace hincapié en la decadencia, la corrupción o la violencia árabes; una reciente revisión de preguntas de exámenes revelaba que no se preguntaba nada sobre Mahoma, Harun al-Rashid o Saladino. Jiryis da más detalles acerca de cómo las políticas de educación del gobierno israelí para con los árabes aspiran a generar «lealtad al Estado» y una conciencia «que subraya el aislamiento de los árabes en Israel», tal como señalaba una comisión gubernamental a fin de modificar el currículo para los árabes en un artículo publicado en

Haaretz el 19 de marzo de 1971. Dice Jiryis:

Hay amplios temas políticos entremezclados, especialmente en la historia árabe y hebrea y los programas de lengua. Incluso un examen superficial del programa de historia muestra que este se ha diseñado para celebrar la historia de los judíos y presentarla de la manera más positiva posible, mientras que la visión de la historia árabe se deforma hasta un punto que roza la falsedad. La historia árabe se representa como una serie de revoluciones, matanzas y continuas disputas, de modo que todos los logros árabes quedan oscurecidos. Asimismo, el tiempo dedicado al estudio de la historia árabe es escaso. En quinto curso, por ejemplo, los niños de diez años dedican diez horas (o períodos) al estudio de los

«hebreos» y sólo cinco al de la «península arábica». Y hasta cuando estudian la península arábica, la atención se centra en las comunidades judías de allí, tal como estipula el programa. En sexto curso, treinta de un total de sesenta y cuatro períodos de historia se dedican a «Historia islámica», desde sus inicios hasta finales del siglo XIII, incluyendo el estudio de Moisés Maimónides y del poeta judeo-español Ibn Gabirol. En séptimo curso no hay mención alguna a la historia árabe, pero una sexta parte de los períodos de historia se dedican a estudiar las relaciones entre los judíos de la diáspora e Israel. En octavo curso hay treinta horas para estudiar «el Estado de Israel» y sólo diez para la historia de los árabes desde el siglo XIX hasta hoy. Esto deja un vacío de cinco siglos en la historia de los árabes. Entre los temas cubiertos

en octavo curso están las crisis religiosas de Siria y el Líbano, y la disputa entre drusos y maronitas en 1860.^[94]

Esta política ha servido hasta hace poco no sólo para aislar a los ciudadanos árabes israelíes de otros árabes y palestinos; también ha hecho mucho más difícil para otros árabes y palestinos entenderse con los árabes palestinos de Israel. Un sorprendente resultado político ha sido la sensación de incertidumbre producida en ambos sentidos. Los ciudadanos árabes israelíes llevan pasaportes de Israel, razón por la cual les ha resultado muy difícil visitar el mundo árabe, y cuando ha habido reuniones entre exiliados y los

llamados árabes israelíes, ha existido siempre un considerable recelo mutuo que ha habido que vencer antes de que la confianza pudiera convertirse en la base de un intercambio. Inevitablemente, un exiliado alimentado por la nostalgia de su patria junto con una fuerte dosis de ideología nacionalista árabe se preguntará si su compatriota de Nazaret no se habrá convertido en agente israelí; por su parte, su colega de Israel habrá tenido que recurrir en soledad a la lectura de la literatura hebrea o el derecho israelí, y percibirá el genuino distanciamiento que le separa de los acontecimientos producidos en la cultura árabe autóctona.

En tales circunstancias, pues, los caminos abiertos a los palestinos de Israel para la mejora personal y, más tarde, para la lucha contra su maltrato por parte del Estado siempre se han visto restringidos por la legalidad israelí, que resulta fuertemente desfavorable a los no judíos. Dado que Israel no tiene Constitución (la base jurídica de la autoridad del Estado es un conjunto de «leyes básicas»), la oposición palestina dentro de Israel ha dependido, en primer lugar, de las valerosas iniciativas adoptadas por el Partido Comunista (que cuenta con miembros judíos y árabes) y, en segundo lugar, de grupos nacionalistas cuyos

horizontes se han enmarcado en la legalidad israelí. Desde mediados hasta finales de la década de 1950, surgieron en Israel grupos como el Frente Popular para defenderse de los abusos más inaceptables cometidos por el Estado contra los palestinos. Pero quizá la fuerza política palestina nacionalista más significativa que apareció fue la Usrat al-Ard. Fue fundada por un grupo de jóvenes nacionalistas palestinos en 1958, y aunque su historia fue breve, catalizó el descontento de la comunidad autóctona dentro de Israel. (Aquí debemos tener presente cuál fue la respuesta política de la comunidad exiliada a su suerte: la Organización

para la Liberación de Palestina). Usrat al-Ard significa «familia de la tierra» en árabe, un nombre que captaba perfectamente los intereses de la comunidad de los que se quedaron. La razón de ser del grupo era el derecho de los palestinos a estar en Palestina; desde un primer momento trató de realizar su labor, no insistiendo en la liberación, sino intentando desarrollar una presencia política árabe palestina independiente *en el marco* de la hegemonía israelí. Su principal logro fue, en mi opinión, de carácter negativo. La Usrat al-Ard demostró la imposibilidad de la igualdad para los no judíos en Israel: a comienzos de la

década de 1960, y a pesar de que siempre había procurado realizar su labor legalmente, había caído víctima de leyes que prohibían la publicación de sus periódicos, el funcionamiento de sus imprentas, o hasta el hecho de poder registrarse como partido político legal. La Usrat al-Ard fue el primer grupo político árabe palestino que reclamó la existencia de un Estado palestino independiente.

Más adelante volveré a la evolución de los palestinos en Israel. Lo que deseo acentuar ahora es la especial estructura de su identidad, en el sentido de que dicha identidad funciona políticamente a favor de la independencia y la

liberación de la opresión. La realidad irreductible de estos palestinos era su precaria presencia en la tierra dentro de un Estado que los consideraba una molestia inoportuna aunque temporalmente inevitable. La estabilidad fundamental de sus vidas provenía de la tierra o, paradójicamente, de la ausencia de cualquier legitimidad viable de su vinculación a la tierra como no judíos en Israel. (En una considerable medida, existe una identidad similar para los palestinos que viven en los territorios ocupados por Israel en 1967, aunque dichos palestinos han tenido una larga historia de conexión con el mundo exterior árabe). Uno de los poemas más

llamativos escritos por un miembro de la comunidad de los que se quedaron es «Baqun» («Permaneceremos»), de Tawfiq Zayyad, cuyo diáfano lenguaje de tenacidad elemental aspira a recordar a los israelíes que los palestinos son como «el cristal y el cactus / en vuestras gargantas». La conciencia palestina se expresa en cierto nivel como un conjunto de «veinte imposibilidades»; en otro, Zayyad ve sus propias humillaciones (lavar platos en hoteles, servir «bebidas a los amos») como ennoblecedoras, puesto que...

*Aquí tenemos un pasado
un presente*

*y un futuro.
Nuestras raíces se afianzan
profundamente en la tierra.
Como veinte imposibilidades
permaneceremos.* [95]

Los palestinos en el exilio sienten exactamente lo contrario. Sus vidas se han hecho insoportables porque donde están ahora no tienen raíces *de ningún tipo*. Su horizonte lo forman organismos internacionales como la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo (UNRWA), los campos de refugiados en uno u otro país árabe, y sus circunstancias inmediatas (y

ampliamente diferenciadas). Describir o definir con brevedad a la comunidad exiliada —la *ghurba*, como se la denomina— resulta casi imposible debido a que, en conjunto, esta ha reflejado y ha contribuido a la conciencia sociopolítica —en todas sus variantes— de la moderna vida árabe.

[96] Actualmente hay palestinos residentes en campos, intelectuales, ingenieros, trabajadores o campesinos sin tierra en la mayoría de los países árabes; sus divisiones de clase siguen las principales estructuras de los países de acogida, pero inevitablemente también se han subordinado (en especial desde 1967) a una u otra concepción

primordial de una personalidad política palestina. Creo que se puede hablar legítimamente de palestinos nasseristas, palestinos baazistas, palestinos marxistas, de una burguesía palestina... cada uno de ellos, a su propia y en ocasiones peculiar manera, ha formulado una teoría, si no siempre un plan práctico de retorno. Más adelante volveré a estas ideas y partidos políticos.

El funcionamiento cotidiano de la vida palestina en el exilio, a diferencia de la del interior de Israel, obviamente se ha distribuido de manera desigual entre el país de acogida, el aparato internacional encargado de las

operaciones con refugiados y los propios palestinos. El año 1967 representó un punto de inflexión. Simbolizó el fracaso del sistema árabe convencional; y, en cierta medida, el origen de la afirmación palestina para asumir su propia capacidad de ayuda, responsabilidad e identidad, en forma de organizaciones políticas de consenso, puede situarse en 1967. Hasta entonces, todos los países árabes apoyaban a los palestinos de un modo congruente no tanto con las aspiraciones palestinas como con la razón de Estado, y —hay que añadir también— con vistas a satisfacer el sentimiento sinceramente popular de implicación nacionalista en

la tragedia palestina. Se habían establecido organismos internacionales como la UNRWA para que ayudaran en el problema concreto de los refugiados palestinos en sus principales lugares de exilio, aunque el principal objetivo ha sido siempre la supervivencia de los palestinos sin llegar nunca a la independencia política; las políticas de la UNRWA han estado en sintonía con la resolución anual de la Asamblea General de las Naciones Unidas instando a Israel a dejar volver a los refugiados, pero el llamamiento se ha hecho siempre en base a razones humanitarias más o menos neutrales, de nuevo sin llegar nunca a reconocer que

los palestinos y los israelíes se enfrentan mutuamente por razones nacionales y políticas.

La ambivalencia del sentimiento palestino hacia la UNRWA constituye un tema complejo en sí mismo, y no pretendo estudiarlo aquí. Lo que sí me preocupa, no obstante, es la insatisfacción constantemente latente ante el papel de dicho organismo. Hay que recordar ante todo que los refugiados no tardaron mucho en convertirse (y así han permanecido) en un grupo sumamente politizado. Como si pretendiera evitar la formación de una conciencia nacional explícita en sus tutelados palestinos, la UNRWA actuaba

en función de un paternalismo apolítico representado por el reparto de alimentos y de ropa, además de instalaciones médicas y educativas. El interés benéfico de la UNRWA por el desastre político de los palestinos parecía reducirse a cifras estériles: cuántas bocas por alimentar, cuántos cuerpos por vestir y tratar, etcétera. Creo que es correcto decir que el palestino que vivía en el capullo político que se suponía que le proporcionaba la UNRWA no podía determinar si alguna vez llegaría a romperlo para pasar a una genuina autodeterminación. Dado que la visión de la UNRWA era que los refugiados se hallaban en una fase de transición entre

el desalojo previo y el reasentamiento en algún sitio y en algún momento futuros, la temporalidad de su existencia, junto con el temor obvio a que la transición condujera a alternativas peores, hicieron inevitable la inquietud palestina con respecto a la UNRWA. Por otra parte, dado que el personal de las escuelas de la UNRWA era palestino, surgieron otra serie de tensiones a raíz de lo que se enseñaba en dichas escuelas sobre el sionismo y Palestina. En la medida en que cada vez más niños acudían a esas escuelas, estos podían ver con disgusto la disparidad que existía entre su historia y su realidad actual; pese a sus esfuerzos, la UNRWA

asimiló ese disgusto, y hasta esa hostilidad.

Algunos miembros del personal de la UNRWA eran funcionarios internacionales, muchos de los cuales eran palestinos. Aunque nadie ha estudiado este fenómeno, es probable que los palestinos que trabajaban en la UNRWA tuvieran un importante papel en el cambio producido en el Líbano y Jordania, países con la mayor concentración de campos de refugiados. En ambos países, los palestinos fueron asumiendo de manera gradual la responsabilidad de los servicios sociales, una transición que se completó oficialmente en el ámbito político

(aunque la UNRWA continuara con su trabajo) con el surgimiento de la OLP, una organización programáticamente *nacional* que asumió una supervisión cuasigubernamental de los palestinos tanto dentro como fuera de los campos. En cualquier caso, el reemplazo parcial de la UNRWA por la OLP no puede separarse de otro fenómeno: la relación cada vez más áspera de los palestinos con sus países de acogida, de nuevo principalmente Jordania y el Líbano.

Ya he dicho antes que la guerra de 1967 fue un acontecimiento trascendental. No sólo desacreditó el enfoque árabe convencional de la cuestión de Israel; también dejó claro a

la mayoría de los palestinos que su conflicto con el sionismo no podía resolverse en su nombre por ejércitos y estados mediadores. El hecho crucial del gran número de palestinos en el Líbano y Jordania se debe a que casi todos ellos eran refugiados del Israel anterior a 1967. En cuanto Israel ocupó Gaza y Cisjordania, el esfuerzo por poner fin a la ocupación israelí asumió como parte de su objetivo unos territorios sobre los que los palestinos jordanos y libaneses no tenían especiales reivindicaciones. Estos no podían pedir ser repatriados a territorios de los que no procedían originariamente; de ahí que los llamados

«negacionistas» entre ellos se opusieran a la idea de un Estado palestino en Cisjordania. Además, su difícil situación, en dos países inmediatamente adyacentes a Israel, cristalizó el problema de la dispersión palestina y la necesidad de una u otra fórmula de regreso a Palestina, ya fuera a un Estado en Cisjordania o a todo el territorio palestino. En la medida en que se recibió un apoyo cada vez mayor de las comunidades de exiliados de otros países, la presencia palestina en Jordania y el Líbano pareció cuestionar la autoridad de los regímenes de cada uno de dichos países, especialmente cuando el surgimiento de una fuerza

palestina creíble y armada vino a llenar el vacío dejado por los derrotados ejércitos árabes. Desde finales de la década de 1960, los palestinos se encontraron con el triple problema planteado por su dispersión: su aspiración a la autodeterminación, la ausencia de una base territorial segura y factible, y la necesidad de establecer una autoridad palestina que, de ser posible, no se implicara en disputas con la autoridad local. Cabe situar en estos tres retos el origen de todas y cada una de las dificultades palestinas desde 1967 hasta el presente.

Y una gran parte de lo que parecería haber de excéntrico en torno a la

Organización para la Liberación de Palestina puede explicarse también si se tienen presentes los tres. Sin duda es cierto que originariamente la OLP fue fundada por la Liga Árabe en 1964 como una forma de institucionalizar (y quizá hasta de contener) las energías palestinas. Creo, sin embargo, que sería un error decir que los palestinos no tuvieron ni voz ni voto en el asunto. Desde luego que tuvieron, pero al principio la organización no era tanto un aparato político como retórico, de modo que atrajo a los funcionarios antes que a los responsables políticos. Con el tiempo, y como intentaré demostrar un poco más adelante, la OLP pasó a atraer

también a militantes a quienes pareció que una organización como aquella (a diferencia de la UNRWA) podía llegar a hacerse genuinamente nacional, responsable y gubernamental. Sin embargo, a diferencia de otras organizaciones de liberación nacional, o gobiernos provisionales, la OLP no tenía ningún territorio autóctono en el que operar; este era quizá el defecto trágico en su estructura de movimiento de liberación de exiliados, y no principalmente de autóctonos que luchan contra sus opresores *in situ*. En cierto modo, la OLP era una agrupación internacional-nacional. Pronto logró una legitimidad nacional *internacional*, a

pesar de que sobre el terreno encontró problemas con los gobiernos soberanos. Hasta hoy no ha resuelto la cuestión de si es realmente un movimiento de independencia nacional o de liberación nacional. Pero el caso es que logró crear servicios sociales bastante avanzados para sus beneficiarios, organizó y movilizó a los exiliados palestinos con un éxito espectacular, y con los años se ha ganado el compromiso de una aplastante mayoría de los palestinos, exiliados, sometidos a ocupación, o residentes en Israel.

Una de las aportaciones más importantes a la OLP ha sido la de la fuerte tradición nacionalista que se ha

mantenido viva en el exilio. En 1956 se habían formado una serie de pequeños grupos palestinos para atacar a los israelíes después de que estos ocuparan Gaza. En 1960 o 1961 había probablemente unas cuarenta organizaciones palestinas en el exilio, todas ellas consagradas a la idea del retorno y la hostilidad a Israel. Asimismo, casi desde el momento en que el primer refugiado dejó Palestina empezó a aparecer una enorme cantidad de literatura: poemas, panfletos políticos, historia, periodismo... Gran parte de esta producción fue alentada por los estados árabes, pero una parte sustancial se debió a la iniciativa

palestina. El mundo árabe pasaba por un importante período de autoafirmación nacional, al que los exiliados palestinos aportaron su peculiar talento, además de su testimonio único. Si los años cincuenta y sesenta estuvieron dominados por la figura de Gamal Abdel Nasser, hay que recordar que las ideas de este sobre la unidad árabe, el antiimperialismo y la lucha revolucionaria tenían una gran deuda con sus experiencias palestinas.

En la adversidad y en el exilio, los grupos nacionales en germen se transforman en grupos nacionales de hecho. Las circunstancias de la dispersión en tantos países distintos

impidieron a los palestinos convertirse en un pueblo socialmente homogéneo. Incluso los residentes en campos fueron integrándose poco a poco en las sociedades que les rodeaban; los más afortunados estudiaron en universidades, montaron negocios o se hicieron profesionales. Pero el hecho de la pérdida —pese a estar normalmente reprimido— creó una auténtica comunidad separada de la sociedad de acogida. Mis propias experiencias fueron características de algunos exiliados en tanto que durante largo tiempo mi historia concreta estuvo cubierta —al parecer adecuadamente— por el paraguas del mundo árabe en

general; pero llegó un momento en que yo, como cada vez más y más palestinos, empezamos a considerar nuestras vidas y nuestras actuales circunstancias independientemente del resto del mundo árabe. Lo que todos los palestinos califican hoy como la Revolución palestina no es la distinción negativa de ser diferentes de los demás, sino una percepción positiva de toda la experiencia palestina como un desastre que hay que remediar, y de la identidad palestina como algo comprensible no sólo en términos de lo que perdimos, sino también como algo que estábamos forjando: una liberación de la inexistencia, la opresión y el exilio.

Como la principal organización de expatriados, históricamente la OLP se ha interesado en el retorno como el resultado y beneficio más importante de la liberación. Aquí el contraste con los objetivos de la comunidad palestina de Israel es importante. Normalmente, los que se quedaron se identificaron con el lenguaje y las tácticas propuestas por la organización Usrat al-Ard (como ya se ha dicho, la «familia de la tierra»); en Israel, su línea de acción se configuró en virtud del imperativo de permanecer en la tierra, reforzar la cohesión de la comunidad y adaptarse al régimen israelí, aunque, no obstante, luchando por la igualdad de derechos en el seno

de este. En otras palabras, los palestinos se sintieron poseedores de su propia identidad nacional, la cual, en virtud de lo que era obviamente un hecho material, tenían que redefinir para dar cabida a Israel. Aun así, la contradicción de ser un no judío en un Estado judío no se abordó de frente, como tampoco se abordaron las políticas específicamente exclusivistas surgidas del sionismo. Por otra parte, los exiliados —quizá con algo del idealismo romántico propio del expatriado— expresaron sus políticas en términos holísticos: ellos eran exiliados, no de partes concretas de Palestina, sino de toda ella, y, por lo tanto, era la

totalidad de Palestina la que había de ser liberada. A causa de lo que había hecho y seguía haciendo a los árabes palestinos autóctonos, el sionismo no era ni justificable como movimiento ni moralmente aceptable como sociedad. Lo que los exiliados no explicaron o tuvieron suficientemente en cuenta fue el apoyo que Israel había obtenido de sus ciudadanos judíos y de una parte de la comunidad mundial; más crucial fue el hecho de que los palestinos ignoraran cómo, para sus escogidos ciudadanos, Israel había adquirido una legitimidad y una coherencia que lo habían convertido en un Estado (por más que para sus ciudadanos no judíos, y sus exiliados,

fuera un Estado malvado).

En este punto podemos apreciar adecuadamente la importancia para la lucha palestina de su último elemento, el tercer sector de la población: los que de repente se encontraron bajo la ocupación israelí en 1967. Hasta aquel momento, Jordania consideraba a los habitantes de Cisjordania ciudadanos jordanos; los de Gaza estaban bajo la administración egipcia; y obviamente, los dos habían sido separados unos de otros. Ambos (aunque más los de Gaza) pasaron a adquirir una carga común en la forma del gobierno militar israelí.^[97] A excepción de los residentes de Jerusalén Este (que es árabe), que se

encontraron con su ciudad anexionada en la práctica por Israel, los demás palestinos empezaron a revivir las experiencias de los árabes del interior de Israel y a experimentar asimismo algunas de las dificultades del exilio. Cualquier palestino de Nablus o de Ramallah podía ser deportado, y muchos lo fueron; miles de familias vieron destruidas sus casas por una serie de «supuestos» delitos (sobre todo de la clase que cualquier población ocupada se siente con derecho a emprender contra los ocupantes); miles de personas fueron «transferidas» de un lugar a otro (esto fue dolorosamente cierto para unos 20 000 beduinos de Gaza, y también

para muchos otros de otras partes); y, sobre todo, a los residentes palestinos de los territorios ocupados se les negó cualquiera de los privilegios de la ciudadanía en su propia tierra. Ellos no eran ni jordanos ni israelíes; en cierto modo, se convirtieron en refugiados. Pero, a diferencia de los primeros 780 000, *ellos se quedaron* en el territorio; y a diferencia de los refugiados anteriores, estos palestinos vivían sus vidas ante una opinión pública mundial que podía ver perfectamente a los soldados israelíes patrullando en *jeeps* por pueblos y ciudades árabes desarmados, de vez en cuando matando y habitualmente

golpeando a los árabes. Y todo esto mientras el mundo en general condenaba la ocupación, además de decenas de asentamientos israelíes ilegales cuya justificación era un anacrónico argumento bíblico.

La conquista militar también ha tenido un marcado efecto en la sociedad, un hecho que no ha pasado desapercibido a los palestinos. Israel pasó a ser una potencia ocupante, y ya no simplemente un Estado judío. Algunos israelíes afrontaron por primera vez el problema palestino como fundamental para cualquier acuerdo que Israel tuviera que hacer en serio con toda la región, y, desde luego, a nivel

mundial. El renovado contacto entre los árabes israelíes y los habitantes de Gaza y Cisjordania estimuló un repentino aumento de la conciencia política, del mismo modo en que estos dos sectores de palestinos empezaron a mirar al tercero, el de los exiliados, como un grupo organizativamente vinculado a ellos, pese a la distancia y las barreras impuestas por Israel. Además, la política israelí sobre Gaza y Cisjordania era estúpidamente miope. Como hicieron los administradores coloniales en todas partes de Asia y África, los israelíes creyeron que era posible sofocar hasta el menor signo de resistencia «nativa» al gobierno militar; cualquier palestino que

pareciera ser siquiera un líder potencial del nacionalismo palestino era deportado o encarcelado. La «agitación» o la colaboración con los supuestos enemigos de Israel se castigaban con la detención administrativa para los palestinos. Por primera vez en su historia, Israel produjo, fabricó literalmente, una clase nueva de persona, y esta no fue tanto el «árabe» (que desde 1948 había quedado atrapado en una red legal creada por Israel para sus ciudadanos «no judíos», pero al que nunca se consideró aparte de una legalidad reservada exclusivamente para árabes) como el «terrorista».

Para este «terrorista», Israel parecía

tener sólo una definición muy restringida y particularmente falta de imaginación —se suponía que era un enemigo de la seguridad del Estado—, pero lo importante de él era que se convertía indefectiblemente en un patriota nacionalista. Una diferencia entre los árabes que vivían bajo la ley israelí antes de 1967 y los sometidos a la ocupación israelí después de ese año es que el sionismo ya se ocupó epistemológicamente de los primeros mucho antes de que Israel se convirtiera en un Estado; pero no se podía acomodar a los nuevos árabes en el viejo régimen y, por lo tanto, a estos no se les podía hacer desaparecer

limpiamente bajo un laberinto de bien diseñadas regulaciones para no judíos (o «no personas»). Cada medida *ad hoc* adoptada por Israel para administrar los nuevos territorios parecía improvisada, torpe y hasta contraproducente, dado que la oleada popular de sentimiento nacionalista palestino aumentó extraordinariamente. Y cuanto más identificaba Israel a la OLP con el «terrorismo» en los Territorios Ocupados, más consideraban los palestinos a dicha organización su única esperanza política. Antes de 1948, parecía que colonizar Palestina y someter a los autóctonos era una empresa legítima; pero la tesis de que a

partir de 1967 la tarea podía ampliarse más allá de las fronteras internacionales convenidas de Israel se convirtió en una idea expansionista, ajena a la labor de civilizar o incluso redimir la tierra. En el plazo de una generación, los israelíes habían pasado de estar oprimidos a ser los amos y señores. Y para variar, ahora apareció el palestino, esta vez como palestino.

No creo que, salvo un pequeño porcentaje de la población, los israelíes hayan sido capaces de aceptar la idea del palestino como una realidad política *sui generis*, pero al menos se ha ganado el estatus de realidad *demográfica*. La línea oficial israelí sobre los palestinos

se manifiesta suficientemente en las frases empleadas para describirlos por los recientes primeros ministros. En 1969, Golda Meir dijo que no había palestinos (mientras sus departamentos de información, así como sus arabistas académicos, insistían en esa misma línea diciendo que en realidad los palestinos eran «sirios meridionales»); Isaac Rabin se refirió siempre a ellos como los «llamados» palestinos (al tiempo que sus autoridades de ocupación aconsejaban abrir las fronteras con Jordania y una política que hiciera realmente del palestino un jordano); Menahem Begin alude a ellos como los árabes de Eretz Israel, los «propios»

negros de Israel (y les ofrece la autonomía, bajo la protección militar israelí). Los tres se han mostrado resueltos a destruir políticamente a los palestinos; los tres han sancionado un terrorismo de Estado a gran escala contra civiles palestinos fuera de Israel, y una indiferencia absoluta ante la historia israelí de desposesión de la población autóctona de Palestina. El aspecto más desalentador de la política israelí hacia los palestinos en todas partes es el triunfo oficial casi total de la ideología sobre la razón y hasta sobre el sentido común. Negar la existencia de los palestinos tiene sentido epistemológicamente si uno cree que

Palestina sigue siendo un desierto vacío que espera a ser curado de su abandono. Creer en semejante tontería cuando lo contrario resulta manifiestamente evidente es negar a la razón un papel en la propia política; además, la idea de que Israel tiene derecho a poseer un territorio por motivos bíblicos y de seguridad (aun después de que ese mismo territorio se revelara especialmente vulnerable en la guerra) desafía la credulidad de hasta los más fervientes aliados de Israel.

Cabe buscar el origen de los imponentes éxitos internacionales de la OLP, y del continuado éxito de la organización en toda la comunidad

palestina, en los aspectos negativos de la política israelí y la convergencia de la voluntad popular palestina en torno a diversas alternativas a las posturas israelíes. Los palestinos fueron la primera comunidad árabe que abordó el problema de una población multiétnica. Ningún otro grupo adoptó una posición tan avanzada como la de proponer un Estado laico y democrático para musulmanes, cristianos y judíos en Palestina. Ninguna otra organización política de la región, árabe o judía, se mostró tan sensible a las realidades dramáticamente alteradas de la época posterior a 1967. En primer lugar, la OLP se propuso conscientemente ser

responsable de todos los palestinos: los que estaban en el exilio, los sometidos a ocupación y los que estaban en Israel. Era la primera tentativa jamás realizada por unos líderes palestinos de tratar a una población casi increíblemente fragmentada en el marco de una visión integradora, lo que al menos en teoría aseguraba una importante presencia (sociedad, electorado, régimen...) judía. En concreto, la OLP asumió la educación, el armamento, la protección, la alimentación y el abastecimiento en general de los palestinos, fuera donde fuese. En segundo lugar, la OLP utilizó su autoridad internacional para *interpretar* la realidad palestina, que

había pasado desapercibida al mundo durante casi un siglo; al mundo y, lo que es más importante, a los propios palestinos. Surgió una identidad diplomática palestina independiente, así como un impresionante aparato informativo y de investigación, incluidos centros de estudio, institutos de investigación y editoriales. Este conjunto de organismos de interpretación finalmente puso a los palestinos colectivamente en contacto con otros pueblos colonizados de África, Asia y América, y en cierta medida el sionismo perdió (para los palestinos y otros árabes) su desconcertante fuerza hermética. El

colono sionista de Palestina pasó retrospectiva y realmente de ser un amo y señor implacablemente silencioso a convertirse en un equivalente a los colonos blancos de África; las actitudes hacia él pronto se transformaron en una fuerza movilizable. En tercer lugar, la OLP, como organización política, se abrió decisivamente de par en par para admitir a toda la comunidad en sus filas. De hecho, no resulta exagerado decir que la OLP hizo que ser palestino no sólo fuera posible (dada la catastrófica fragmentación de la comunidad), sino también valioso para todos los palestinos, con independencia de cuál fuera su lugar de residencia y cuál fuera

su compromiso ideológico definitivo. La genialidad de la OLP ha convertido al palestino de un ser pasivo en un activo participante político; pero también ha representado una fuente de incoherencia acaso peligrosa, tal como veremos más adelante.

Creo que la mejor descripción de cómo pueden considerarse conjuntamente todas estas partes dispares de la historia y la evolución de los palestinos se encuentra en un reciente análisis de Ibrahim Abu-Lughod, que es uno de los pensadores palestinos más lúcidos. Inmediatamente después de 1948, los palestinos exiliados y los que se quedaron en Israel

adoptaron, nos dice, «una política de adaptación»; aunque despolitizados, los primeros pudieron participar en la política *árabe* (no palestina), en gran parte porque no había ninguna alternativa y porque, a diferencia del sionismo, el arabismo no era exclusivista; los que se quedaron se sometieron al régimen israelí y mantuvieron las formas tradicionales palestinas de hacer política en el marco que les imponía el sionismo. En los años cincuenta, «los exiliados y los que se quedaron participaron en lo que se podría denominar una política de rechazo», que en Israel adoptó la forma de la *Usrat al-Ard*, y para los exiliados

la de un rechazo a la despolitización combinado con la crítica a las políticas «fraternales» árabes con respecto a «la liberación de Palestina».

Hizo falta la conmoción de la guerra de junio de 1967 para abrir las puertas a una política de revolución y esperanza. Para los exiliados, significó comprometerse con la resistencia, dejar de participar en la política árabe, y asumir una afirmación palestina más abierta encarnada a la larga en la Organización para la Liberación de Palestina y su programa. Para los que se quedaron, significó una mayor militancia en el sistema y un mayor apoyo al Partido Comunista y su postura favorable a la existencia de dos estados en Palestina, afirmando al mismo tiempo la unidad del

pueblo palestino independientemente de su fragmentación. Ambos sectores afirmaron sus afinidades culturales con la «nación» árabe, pero minimizaron el programa político árabe de unificación. En cierta medida, hoy estamos presenciando una convergencia en los planteamientos de esos dos sectores [aunque personalmente creo que habría que añadir un tercer sector a los dos mencionados por Abu-Lughod: los palestinos de los Territorios Ocupados].^[98]

Sin embargo, la «política de revolución y esperanza» no ha estado exenta de angustia y de contratiempos. La densidad de este período contemporáneo, en cualquier caso, merece una especial atención, y a

continuación pasaré a hablar de ello. Me centraré, pues, en el desarrollo de una conciencia de la propia identidad política palestina genuinamente unificada, minuciosamente involucrada en la historia contemporánea y minuciosamente adaptada al lento progreso de la comunidad hacia la autodeterminación.

II. El surgimiento de una conciencia palestina

Apenas hace falta decir que, a la hora de tratar un tema tan sensible a la historia como la conciencia de la propia identidad nacional, habría que estar dispuesto a sacrificar la claridad abstracta en aras de la precisión concreta. Actualmente, la situación de los palestinos resulta tremendamente complicada, y cualquier nueva descripción que yo pudiera dar de lo que representa su percepción pasada y

futura de sí mismos, la percepción de su identidad histórica y política, debe tener también en cuenta, por una parte, lo que dicha percepción ha generado en su destino, y, por otra, lo que ha tenido que afrontar en realidad. Pero no es esta la única cuestión. Existe la complicación adicional de tener que tratar de la intrincada y problemática situación del pueblo palestino con un telón de fondo de extremada turbulencia y hasta confusión. La guerra libanesa de 1975-1977, por ejemplo, no fue simplemente una puesta en escena del drama libanés-sirio-palestino. De hecho, la guerra en sí representó un microcosmos de la política

internacional, los intereses de las grandes potencias, la historia de las minorías en el mundo árabe, la revolución sociopolítica, y todo el trágico legado del colonialismo occidental y el imperialismo en Oriente Próximo. Lo primero que hay que hacer ahora es proporcionar el esbozo más sencillo posible de estos temas como preludeo al asunto fundamental que pretendo abordar, los problemas de la supervivencia palestina y la articulación de la identidad nacional palestina en la época posterior a 1967.

Consideremos el Líbano en primer lugar. Un historiador sagaz del Oriente Próximo árabe señalaría de inmediato el

hecho de que lo que ocurrió en el Líbano, de no haber sido por los palestinos y los sirios que allí estaban, era una repetición de lo ocurrido ya en 1845 y 1860. Dos de las principales comunidades libanesas —los maronitas y los drusos— se encontraron enfrentados en acerba oposición. Entonces, como hoy, descubrimos la implicación de las grandes potencias, así como el conflicto social y político entre las dos comunidades, las cuales —hay que decirlo— no se definen hoy, ni se definían entonces, única y exclusivamente en términos religiosos. Pero creo que aquí termina esta útil analogía entre el siglo XIX y el XX.

Desde la Segunda Guerra Mundial se han producido una serie de cambios y adiciones cruciales, por no decir determinantes, en lo que un ciudadano de la zona ha percibido de sí mismo y de su sentimiento de pertenencia política. El primero de ellos es que ha habido un considerable incremento en los sentimientos de apego de la gente a su Estado-nación. Hay, obviamente, diversos grados de intensidad en este apego a un Estado-nación, igual que se generan diversos grados y tipos de emoción cuando la independencia o la entidad territorial de los estados-nación se ven amenazadas. Lo que es indudablemente cierto desde otro punto

de vista es que el Estado y el aparato del Estado han adquirido una impresionante autoridad desde la Segunda Guerra Mundial; una vez más, la clase de autoridad varía de un Estado a otro, pero hoy existe un tipo de autoridad totalmente distinta de la que, por ejemplo, se dotó en su día el Imperio otomano; esto es válido a todos los niveles.

El segundo gran cambio producido en el siglo XX es que, en lo que al pensamiento político se refiere, existe una probabilidad mucho mayor de que las cuestiones puramente locales sean comprendidas, abordadas, analizadas y discutidas en el marco de grandes

generalidades globales. Esto se aplica sin duda alguna al modo en que los sionistas libraron la lucha por Palestina. También ha sido frecuente, por ejemplo, que los fanáticos maronitas del siglo XX consideraran que su postura encarnaba la esencia de la civilización occidental protegiéndose contra las hordas bárbaras que llaman a su puerta. De modo similar, desde 1967 los palestinos han tendido a ver su lucha en el mismo marco que incluye Vietnam, Argelia, Cuba y el África negra. Este cambio de enfoque se debe en parte a una conciencia política mundial acrecentada, formada como resultado de una amplia difusión de ideas sobre la libertad y el

conocimiento, y también como resultado de la lucha universal contra el colonialismo y el imperialismo. Además, la influencia de los medios de comunicación de masas ha unido regiones del planeta ampliamente separadas y grupos de ideas aún más ampliamente separados, a veces de manera indiscriminada, y a veces justamente. Si a ello se añade la tendencia generalizada de los medios de comunicación y de la mente a simplificar y dramatizar, la reacción como consecuencia será una burda retórica política, exagerada y enfatizadora, y unos temas y acciones impregnados de teologización. Nadie ha

escapado a esto.

Probablemente siempre ha sido cierto que los seres humanos ven sus diferencias mutuas como cuestiones de interpretación. Decir que en el siglo XIX había una actitud característicamente francesa o británica con respecto a algo equivale a decir —aunque sea vagamente— que había una manera característicamente francesa o británica de abordar la realidad. Tal afirmación incluye también la percepción de que existía algo así como unos intereses materiales exclusivamente franceses o británicos en los que dichas actitudes se basaban. En las actuales circunstancias se hacen afirmaciones similares sobre

Oriente Próximo y sobre sus pueblos; pero debido a las dos realidades transformadas que antes he mencionado, tales afirmaciones han adquirido un nivel bastante peligroso de margen de interpretación. Cuando hoy hablamos de los árabes, o los libaneses, o los judíos, o los israelíes, parece que estemos hablando de entidades estables, mientras que en realidad hablamos de interpretaciones que resultan extremadamente inestables y aún más extremadamente especulativas. Es cierto que hay estados a los que se puede señalar con certeza, pero —y aquí el segundo gran cambio del siglo XX choca con el primero— dichos estados están

atrapados en un vocabulario político y habitan un ámbito político cuyos cimientos parecen estar cambiando constantemente. El efecto de este fenómeno en las transacciones y procesos políticos resulta inequívoco. ¿Cuál es, tras la invasión siria del Líbano en 1976, el significado de expresiones unificadoras tales como «los árabes»? ¿Cuál es el significado de expresiones como «estados árabes radicales»? ¿Cuál es el significado exacto de las preguntas —como las que han hecho Israel y Estados Unidos— formuladas a los árabes inquiriendo si «reconocerán» a Israel o no, especialmente teniendo en cuenta que no

está claro con respecto a qué Israel se está preguntando a los «árabes»: el Israel de 1948, el de 1967, o el Israel cuyos patrulleros han bloqueado o bombardeado la costa sur del Líbano (a veces en colaboración con barcos sirios)?

Me parece perfectamente posible argumentar que los problemas como estos han constituido un rasgo regular de la vida política, y que todo lo que hoy parece excéntrico en Oriente Próximo en realidad no lo es tanto. Mi respuesta es que precisamente debido a la gran importancia que recientemente se ha dado a la necesidad y la trascendencia de los estados y las estructuras estatales

en la zona, y precisamente también debido a que la propia definición de los estados se halla tan confusamente vinculada a generalidades de ambición casi cósmica, la excentricidad del moderno Oriente Próximo se ve aún más acentuada. Si añadiéramos a esta serie de problemas la posición estructural única en ellos de los palestinos, las anomalías se multiplican todavía más. Antes que ningún otro grupo autóctono de Oriente Próximo, los palestinos afrontaron la cuestión del nacionalismo árabe tanto en su forma amplia, general e interpretativa como en la forma, mucho más concreta, de la exigencia de un Estado. En el choque de los árabes

palestinos con la colonización de Palestina por parte del movimiento sionista, a estos se les planteó una doble exigencia: 1) la necesidad de identificar su resistencia con la lucha árabe postotomana por la independencia política y el Estado, y 2) la necesidad de afrontar la demanda de un Estado específicamente judío, que parecía — como más tarde hizo— excluirles a ellos como colectivo.

En cierta medida, los palestinos y la región a la que pertenecen comparten dilemas similares con otras partes del antiguo mundo colonial. Sin embargo, y como indicaba en el primer capítulo, un aspecto extraordinariamente importante

de la historia de Oriente Próximo ha sido la presencia de organismos de interpretación activos y bien articulados, por no decir beligerantes — normalmente encarnados en gobiernos minoritarios—, cada uno de los cuales no sólo se ha aventurado, sino que en un momento u otro también ha luchado (como Israel) por imponer su propia visión de las cosas en el mundo del que forma parte. Añadir este elemento a los cambios del siglo XX que ya he mencionado, junto con la tendencia natural de las minorías a contar con poderes externos que patrocinen sus esfuerzos, nos dará mucha mejor idea de lo que hoy ocurre en Oriente Próximo.

Esas minorías han conservado su peculiar conciencia de la propia identidad, que Albert Hourani ha descrito así:

En general, estos grupos formaron comunidades cerradas. Cada uno era un «mundo», suficiente para sus miembros, a los que exigía su lealtad definitiva. Los mundos se tocaban, pero no se mezclaban unos con otros; cada uno de ellos miraba al resto con recelo y hasta con odio. Casi todos eran anquilosados, inmutables y limitados; pero el mundo sunní, aunque desgarrado por toda clase de disensiones internas, tenía algo universal, una confianza en sí mismo y un sentido de responsabilidad de los que los demás carecían. Estos eran todos marginales, excluidos del poder y la decisión

histórica.^[99]

Las minorías de Oriente Próximo, ya pequeñas y numerosas, les parecen todavía más pequeñas a sus miembros, y además estos tienden a actuar de manera que las hacen aún más pequeñas. Las minorías se aíslan de su entorno humano, y casi siempre se subdividen internamente. Esto ha sido así en Israel, donde los judíos orientales y europeos (por no hablar de los árabes) subdividen de manera significativa el país. Los cristianos de Oriente Próximo (normalmente enmarcados en el cristianismo oriental), incluso en países como el Líbano donde no han sido en

absoluto un grupo desapercibido o invisible, parecen preocuparse especialmente por sus diferencias, oponiéndose unas sectas a otras con el mismo chovinismo y habilidad que en su gran desavenencia con el islam. La conflagración libanesa ha parecido enfrentar a «musulmanes» contra «cristianos», pero lo que ha pasado desapercibido es que fueron los maronitas, una variedad especial del cristianismo oriental, los que al principio de la guerra se opusieron a los musulmanes sunnís, que por su parte no formaban alianza con los populosos musulmanes shiíes; y la feroz lucha maronita no ha incluido en absoluto a las

comunidades ortodoxas griegas o protestantes o armenias o católicas griegas con casi tanta unanimidad como cabría esperar. Luego está también el activo papel israelí a la hora de incitar a los maronitas, a los que han proporcionado armas, provisiones y apoyo político. La política israelí en el Líbano ha estado regida en parte, no por sus simpatías hacia «los cristianos», sino por una minoritaria causa común con la ambición de la derecha cristiana de destruir a los palestinos. Ya antes de la Segunda Guerra Mundial (en el Congreso del Consejo Mundial del Poalei Zion, celebrado del 29 de julio al 7 de agosto de 1937), David Ben Gurión

hablaba de cómo «la vecindad del Líbano representa un tremendo apoyo político al Estado judío. El Líbano es el aliado natural del Eretz Israel judío. Los cristianos del Líbano afrontan un destino similar al de los judíos».

Creo que hay que decir también que las minorías militantes de Oriente Próximo casi siempre se han mostrado contrarias a lo que Hourani denominara la universalidad, la confianza en sí mismo y el sentido de responsabilidad del islam sunní, es decir, mayoritario. Tomemos, por ejemplo, la historia de las relaciones cristiano-musulmanas en la región, que Norman Daniel aborda en su libro *Islam and the West: The Making*

of an Image.^[100] Para un cristiano oriental contemporáneo, o para un arabista israelí que cree que el islam o la «mentalidad» árabe son sus enemigos, el libro de Daniel constituye con frecuencia un motivo de gran incomodidad. Lo que el libro muestra es que fueron los cristianos sirios, entre ellos san Juan Damasceno (c. 675-c. 749) y el filósofo del siglo IX al-Kindi, quienes primero proporcionaron al cristianismo europeo los materiales teológicos y doctrinales (y por lo general difamatorios) con los que atacar al islam y a Mahoma. Esos materiales posteriormente pasaron a integrarse en la corriente principal de la cultura

occidental, donde todavía se pueden encontrar. La mayoría de los estereotipos comunes sobre Mahoma como putero, como falso profeta o como sensualista hipócrita provienen de los cristianos sirios, los cuales, dado que sabían árabe y alguna que otra lengua eclesiástica, fueron capaces de propagar tales mitos ofensivos. Sus motivos resultan comprensibles: el islam era una religión proselitista y conquistadora, y, como baluartes cristianos, los sirios consideraban que era su deber encabezar un ataque contra el islam que les valiera el apoyo de poderosos aliados europeos. De este punto de partida, olvidado desde hace largo

tiempo, se derivan muchos de los rencores que hoy sienten los cristianos y musulmanes del Líbano. Y muchos sionistas se han adherido también a este legado tan poco edificante. Por otra parte, en Palestina, y entre los palestinos contemporáneos en general, dado que no se dio nunca la presencia de una comunidad cristiana dominante e invariable, y dado asimismo que desde 1880 hubo un enemigo común para los árabes en los primeros colonos sionistas europeos, tales mitos nunca formaron parte de la educación de nadie como cristiano.

Cuando la conciencia minoritaria se alía con el hábito de una ambiciosa

generalización política, y cuando ambos se ven inmersos a la fuerza en la soberanía única de la estructura del Estado, normalmente surgen problemas en la forma de un separatismo disgregador. Hoy, en la mayoría de los estados de Oriente Próximo, incluido Israel, existe un conflicto latente y pertinaz entre la tendencia al autoaislamiento político, por una parte, y, por la otra, la tendencia a la autogeneralización política. En Egipto, por ejemplo, el impulso hacia la unidad árabe está bloqueado en la lucha con la compleja versión ideológica de una identidad nacional específicamente *egipcia*, manifestada en su forma más

radical durante «la sagrada misión» del presidente Sadat. Lo que ha causado desunión ha sido la probabilidad más o menos natural de que el Estado se aliara con el exclusivismo, el separatismo y la falta de autoconfianza de la conciencia minoritaria, así como con las generalizaciones políticas indiscriminadas. Si se piensa en la dialéctica entre el nacionalismo árabe en Siria y los diversos retraimientos del nacionalismo árabe por razones de Estado —como en el Líbano en este preciso momento—, quedará clara mi argumentación. Espero que también quede claro que la dialéctica depende sobremanera de las interpretaciones

divergentes de las ideas de soberanía, unidad árabe y demás. Las ironías de este mundo de interpretaciones contrapuestas se hicieron más manifiestas cuando, en su discurso del 21 de julio de 1976, el presidente Hafez al-Asad de Siria justificaba su política libanesa y su ataque a la OLP afirmando que lo hacía en nombre del nacionalismo árabe y la revolución palestina. Y lo que resultaba aún más irónico era que aquella política siria se basara, no en intereses árabes, sino en razones de Estado.

El curioso destino de los árabes palestinos del siglo XX es que, a diferencia de todos los demás habitantes

autóctonos de la región, ellos no han tenido su propia *patria*, al menos desde el período de posguerra. Dicho destino se vio aún más acentuado por la concreción de su privación política y también por el hecho de que, desde los mismos comienzos de la lucha contra lo que para ellos era claramente una ocupación extranjera de su tierra, se opusieron al sionismo basándose en que, por lo que a la región se refería, este no sólo era extranjero, sino a la vez una cultura política minoritaria. Del mismo modo, vale la pena recordar que las primeras formas de vida judía en Palestina tomaron el camino del provincianismo minoritario con respecto

a la mayoría circundante. Esta tendencia ha continuado en el Estado israelí desde entonces. Quizá debido a que no tenía vínculos orgánicos con la mayoría árabe sunní de la región, el sionismo se convirtió en un mundo cerrado en sí mismo en mayor medida que otras comunidades minoritarias de la zona. Había, así, una simetría exacta (y preocupante) entre la forma concreta de Estado judeoisraelí y la forma concreta de identidad árabe palestina en el exilio, que pasó a basarse ideológicamente en el hecho de la privación.

Como he ido diciendo, pues, los principales postulados de la identidad palestina se basan hoy en la necesidad

de recuperar la tierra y de materializar el Estado palestino. El sionismo ha negado siempre no sólo la legitimidad de esas necesidades, sino también su realidad. Cuanto mayor ha sido la insistencia palestina, más profunda ha resultado ser la negación sionista y de forma más concreta se ha articulado la conciencia minoritaria de Israel, que sin duda aumenta en los períodos de conflicto. Aproximadamente un año antes de la guerra de 1967, una conocida figura militar y «arabista» israelí escribía:

Surge la pregunta: ¿qué tienen ellos [los árabes] que a nosotros nos resulte apropiado imitar? Eso no significa que no

haya excelentes características y manifestaciones entre los árabes, pero estas no constituyen una base para un programa político. En cuanto a forma de vida y organización, los árabes tienden a tratar de abandonar sus maneras tradicionales y mirar hacia Occidente, y sería absurdo que nosotros adoptáramos lo que ellos abandonan. Asimismo, en el aspecto cultural, no estoy seguro que las dos partes tengan mucho que ofrecerse mutuamente. Se supone vagamente que la cultura árabe, cuyos principales activos son de la Edad Media [*sic*], fascina al hombre del siglo XX, pero es dudoso que contenga algo que le guíe e inspire y que responda a sus preguntas más acuciantes. Para una generación que ha llegado a la Luna, es difícil sentirse impresionado por la poesía del desierto de los *Mu'allaqat* o el estilo de las *Maqamat*, o siquiera por

las meditaciones filosóficas de los grandes pensadores árabes como al-Ghazali, cuya espiritualidad es tan distinta de la de hoy. No creo que eso sea muy diferente en lo que concierne a nuestra cultura con respecto a la de los árabes. La cultura europea tiene mucho más que ofrecer.^[101]

Ampliado lógicamente, este argumento afirma que, dado que los estadounidenses han caminado sobre la Luna, Shakespeare ha quedado obsoleto. Pero lo que aquí más nos interesa es quizá que la respuesta sionista al agravio concreto palestino frente a Israel se expresa en términos de superioridad cultural minoritaria; en cambio, no se hace ningún comentario

sobre el acto concreto de la desposesión y exclusión palestina. Sólo existe la gran tesis general ofrecida, y esta no puede —o quizá no quiere— tener en cuenta la queja concreta dirigida por los palestinos al sionismo.

Hay algo más en este pasaje que debe mencionarse. Hemos de preguntarnos cómo una privación palestina dolorosamente real ha sido transmutada por un polemista israelí en una hostilidad «árabe» generalizada al sionismo. Para este experto, Israel se ha metamorfoseado, pasando de ser un Estado a convertirse en un símbolo de cultura europea progresista (al estilo de George Eliot), exactamente como los

palestinos han pasado de ser un campesinado empobrecido e inconsecuente a convertirse en el símbolo mismo de la inferioridad cultural *árabe*. No hace falta que señale de nuevo el origen común del sionismo y el colonialismo europeo, ni tampoco es necesario aludir a la facilidad con que los primeros colonos judíos de Palestina ignoraron a los árabes exactamente del mismo modo que los europeos blancos de África, Asia y América creyeron que los habitantes autóctonos de aquellos lugares eran inexistentes y sus tierras, deshabitadas, «descuidadas» y estériles. Lo que quiero acentuar ahora es la búsqueda *palestina* de un refugio

político e ideológico en la generalidad de la cultura árabe, y la consecuente explotación de esta búsqueda tanto por parte de Israel como de los otros árabes. ¿Cómo y por qué se produjo el cambio de la adaptación al rechazo, la revolución y la esperanza?

El dilema existencial palestino ha sido la sentida necesidad de supervivencia política combinada con las consecuencias tangibles de la enajenación territorial además de política. Incluso el sentimiento de comunidad entre el árabe palestino y sus compatriotas islámicos y/o árabes de otras partes de Oriente Próximo lleva la impronta distorsionadora de este dilema.

Para el palestino, los demás árabes son fraternales en un nivel, pero en otro hay una brecha insalvable que les separa de los palestinos. Esta paradójica relación se da, por así decirlo, en el presente, puesto que es un problema del presente, el problema de la contemporaneidad que une y separa al palestino de los otros árabes. Para el palestino, hay un pasado árabe y un futuro común a Oriente Próximo y los árabes; pero es hoy, en el presente, cuando se presentan la inestabilidad de la comunidad y los peligros de su disolución.

No puedo señalar un ejemplo más concreto y elocuente de esta difícil relación que la escena inicial de una

novela del escritor palestino Ghasan Kanafani, *Rijal fil Shams* (*Hombres al sol*). Kanafani permaneció en Israel hasta comienzos de la década de 1960; luego pasó al exilio, se hizo periodista y escritor militante, y en 1972 fue asesinado por los israelíes en Beirut. He aquí el pasaje:

Abu Qais apoyó el pecho en el suelo húmedo por el rocío. De inmediato la tierra empezó a palpitar: los latidos de un corazón cansado, desbordándose a través de los granos de arena, penetrando hasta lo más hondo de su ser [...] y siempre que apoyaba el pecho en el suelo sentía la misma palpitación, como si el corazón de la tierra no se hubiera parado desde aquella primera vez en que él se había

tendido en el suelo, en que había cruzado un difícil camino desde lo más profundo del infierno hacia una luz que se aproximaba, cuando una vez le había hablado de ello a su vecino, que compartía con él el cultivo de un campo, allí en la tierra que había dejado hacía diez años. Su respuesta había sido burlona: «Lo que oyes es el sonido de tu propio corazón aplastado contra la tierra».

¡Qué fastidiosa malicia! Y el olor, ¿cómo lo explicaba? Él lo había inhalado, mientras atravesaba sus sienes, y luego se desvanecía en sus venas. Cada vez que respiraba tendido boca abajo se imaginaba impregnándose del olor del cabello de su esposa cuando esta aparecía después de tomar un baño de agua fría. [...] Aquella evocadora fragancia del cabello de una mujer, lavado en agua fría, y todavía húmedo, extendido sobre su cara para

secarse [...] el mismo pulso: como si un pajarillo se refugiara entre tus palmas ahuecadas. [...]^[102]

La escena prosigue cuando Abu Qais va despertando poco a poco a la realidad de su entorno exacto, situado en algún sitio cerca del estuario de los ríos Tigris y Éufrates; está allí aguardando a que se hagan los arreglos pertinentes para hacerle entrar ilegalmente en Kuwait, donde confía en encontrar trabajo. Como en el pasaje citado, «entenderá» su posición, y la situación de la escena en el presente, mediante un recuerdo de su pasado: la voz de su profesor en una escuela rural palestina antes de 1948, entonando la lección de

geografía, una descripción del estuario. El propio presente de Abu Qais es, pues, una amalgama de recuerdos inconexos con la fuerza unificadora de su difícil situación actual; es un refugiado con una familia, obligado a buscar empleo en un país cuyo sol cegador representa la indiferencia universal a su destino. Descubriremos que la luz que se aproxima es una referencia proléptica al episodio final de la novela: junto con otros dos refugiados palestinos, Abu Qais es introducido clandestinamente en Kuwait en la cuba vacía de un camión cisterna. Pero dejan a los tres demasiado tiempo en el camión mientras se negocia con la

inspección de fronteras. Bajo el sol, los tres hombres mueren asfixiados, incapaces de dar siquiera señales de su presencia.

Este pasaje es una de las numerosas escenas en las que se divide la obra. En casi cada una de ellas, el presente, temporalmente hablando, es inestable y parece estar sujeto a los ecos del pasado, a la sinestesia, en la medida en que la vista cede al sonido o el olor y un sentido se entrelaza con el otro, a la combinación de una postura defensiva contra el duro presente y la protección de algún fragmento del pasado particularmente querido. Incluso en el propio estilo de Kanafani (que en esta

traducción puede parecer torpe, pero me ha parecido importante trasladar la compleja estructura de las frases lo más exactamente posible) uno ni siquiera está seguro de a qué momentos del tiempo alude el centro de la conciencia (uno de los tres hombres). En el pasaje citado, «siempre» se funde con «desde aquella primera vez», que también parece incluir, de manera confusa, «allí en la tierra que había dejado hacía diez años». Las tres cláusulas están dominadas figurativamente por la imagen de cruzar un camino desde la oscuridad hacia la luz. Más adelante, en la parte medular de la novela, hay que señalar que en buena medida la acción

transcurre en la calle polvorienta de una ciudad iraquí donde los tres hombres, independientemente unos de otros, piden, suplican y negocian con «especialistas» para que les hagan cruzar la frontera. El conflicto principal del libro gira en torno a esa lucha del presente: obligado por el exilio y la deslocalización, el palestino debe abrirse camino hacia la existencia, que para él no es en absoluto una realidad «dada» o estable, ni siquiera entre árabes fraternales. Como la tierra que dejó, su pasado parece haberse interrumpido justo antes del momento en que podía dar fruto; y, sin embargo, ese hombre tiene familia, responsabilidades

y la propia vida a las que dar respuesta en el presente. Y ello porque no sólo su futuro es incierto: hasta su situación presente se hace más difícil en la medida en que apenas logra mantener el equilibrio en el vertiginoso tráfico de la polvorienta calle. El día, el sol, el presente: todo está allí al mismo tiempo, hostil, aguijoneándole para que abandone la protección, a veces difusa y a veces dura, de la memoria y la fantasía. Cuando los hombres finalmente abandonan su desierto espiritual para dirigirse al presente, hacia el futuro, que ellos mismos eligen a regañadientes pero por necesidad, morirán; de forma invisible, anónima, muertos por el sol,

en el mismo presente que les ha llevado a salir de su pasado y se ha burlado de su impotencia e inactividad.

Así interpreta Kanafani las rudimentarias luchas que afrontan los palestinos en sus primeros días de desposesión. El palestino tiene que *crear* el presente, ya que el presente no es un lujo imaginario, sino una necesidad literal, existencial. Una escena que apenas se adapta a él y se convierte en una provocación: la paradoja de la contemporaneidad resulta para el palestino abrupta. Si el presente no puede ser algo simplemente «dado» (es decir, si el tiempo no le va a permitir o bien diferenciar con claridad entre su

pasado y su presente, o bien conectar ambos, debido a que el desastre de 1948 —no mencionado salvo como un episodio oculto entre episodios— impide la continuidad), sólo resulta inteligible como un logro. Sólo si los hombres son capaces de lograr salir del limbo para entrar en Kuwait, podrán *ser* en un sentido que trasciende el de la mera duración biológica, en el que la tierra y el cielo son una confirmación incierta de la vida en *general*. Puesto que tienen que vivir —para morir en última instancia—, el presente les urge a la acción, la que a su vez proporcionará a escritor y lector el material de la «ficción».

En relación con todo esto, debo mencionar otra obra de ficción palestina realmente de primer orden, la novela de Emile Habibi *Al Waqa' il Ghareeba Fi Ikhtifa' Said Abi Nahs Al-Mutasha'il* (*Los extraordinarios hechos que rodearon la desaparición de Said, padre de calamidades, el pesoptimista*). Habibi reside en Haifa, fue miembro de la Knesset durante más de veinte años, y es una de las principales voces palestinas en Israel. Su novela epistolar es única en la literatura árabe por su coherente ironía, en la que explota un enérgico estilo maravillosamente controlado para describir la condición peculiarmente «invisible» y

«excepcional» de los palestinos en Israel. Junto con la obra de Kanafani, la de Habibi esboza un exhaustivo panorama de la identidad palestina como no podría hacer ningún panfleto meramente político. Ambos autores dan constancia de la kafkiana alternancia que experimentan los palestinos entre estar y no estar *ahí*, ya sea en Israel o en el mundo árabe. (Puede verse un brillante repaso a una gran parte de la literatura palestina contemporánea en la obra de Hanan Ashrawi *Contemporary Palestinian Literature Under Occupation*, Birzeit University Publications, Birzeit, Cisjordania, 1976).

Me he detenido a hablar aquí en detalle de la literatura palestina porque creo que esta dramatiza de manera tan precisa como conmovedora la naturaleza exacta de la supervivencia palestina en el entorno árabe-islámico. Como símbolo de la derrota árabe en 1948 y 1967, el palestino representa una forma de memoria política que no es fácil ignorar. En su deambular, en su ubicua presencia, y sobre todo en su propia conciencia de que él y su escritura son el tema de una gran parte de la moderna cultura árabe, su figura representa una preocupante e impelente urgencia. Cuando se le puede acomodar a la prioridad de la independencia árabe, no

hay ningún problema. Pero cuando las cosas empiezan a ir mal se pasa a considerarlo una amenaza para la estabilidad —de estados, de partidos, de gobiernos o de sectas— existente a su alrededor, y ello pese a su extraterritorialidad apátrida. En los años transcurridos desde 1967, su participación en la empresa vigente del pluralismo retórico árabe-islámico siempre ha recordado a los otros árabes que dicho pluralismo no puede tener un significado real a no ser que él, el palestino, la víctima de un virulento exclusivismo, pueda ser reintegrado y se reencuentre con su tierra natal. Así, con el tiempo el palestino se ha convertido a

la vez en un representante árabe y un paria.

Desde 1967, la tensión irónica entre el palestino y los otros árabes ha aumentado, tal como se refleja en rarezas tales como el prestigio diplomático de la OLP, un tremendo «redescubrimiento» de los palestinos, y un relativo descenso del interés en el panorama general árabe. Del mismo modo, las instituciones palestinas contienen y de hecho tipifican la paradoja de la autonomía palestina, mientras que el apoyo estatal árabe a la causa palestina no parece verse reducido por las periódicas expulsiones de palestinos de uno u otro Estado

árabe. Y ello porque, a pesar de todo, el palestino no construye su vida fuera de Palestina; no puede liberarse del escándalo de su exilio total; todas sus instituciones repiten el hecho de su exilio. Esto es manifiestamente cierto también entre los árabes palestinos hoy sometidos en Gaza y Cisjordania a la dominación israelí y entre los que residen en Israel. Cada logro palestino adolece de esta paradójica verdad: la de que cualquier supervivencia fuera de Palestina se ve arruinada en cierto modo por su transitoriedad, su falta de fundamento, su carencia de una voluntad soberana específicamente palestina sobre el futuro del palestino, pese a los

extraordinarios éxitos simbólicos de la OLP. Cada logro, pues, se arriesga a la pérdida de su identidad, corre el peligro de ser engullido por la generalidad de la comunidad árabe, como de hecho la libertad de la OLP se ve influida continuamente por los estados árabes. Y a la inversa, cada logro palestino puede interpretarse como una crítica concreta de la comunidad árabe en general, que ha aprendido a vivir con las consecuencias de la derrota, salvo las *principales* consecuencias de la derrota, en este caso los palestinos.

Como resultado, mucho de lo que los palestinos hacen, y mucho de lo que piensan, concierne a la identidad

palestina. Soy renuente a calificarlo de introspección, ya que este no ha sido exclusivamente un tema de autoexploración, sino en gran medida una cuestión política desde el primer momento. Por otra parte, los afanes específicos y las dificultades concretas de ser palestino han ejercitado el talento de todos nuestros escritores, hasta el punto de que la literatura árabe (que no cuenta con una extensa tradición laica de escritura autobiográfica o íntima) hoy se enorgullece de un género de literatura palestina, denominada «de resistencia», que tiene el significado de una escritura de autoafirmación y de resistencia al anonimato, a la opresión política,

etcétera. Si hay algo escrito por un palestino que pueda calificarse de poema nacional, son los breves versos de Mahmud Darwish «Bitaqit Hawia» («Carnet de identidad»). La curiosa fuerza de este pequeño poema reside en que, cuando apareció, a finales de la década de 1960, no *representaba* tanto como *encarnaba* al palestino, cuya identidad política en el mundo se había visto prácticamente reducida a un nombre y un carnet de identidad. Darwish tomó este hecho y, en cierto modo, leyó ese carnet, lo amplificó, le dio voz, sin poder hacer mucho más que eso. Todo el poema está regido por el imperativo *Sajil* («Escribe»), que se

repite periódicamente como hablando a un funcionario de policía israelí al que uno solo pudiera dirigirse en el empobrecido marco proporcionado por un carnet de identidad, pero al que hay que recordar que el lenguaje de la tarjeta no hace plena justicia a la realidad que supuestamente contiene. La ironía es crucial en este poema de Darwish, que empieza así:

*Escribe
que soy árabe,
y el número de mi carnet es el
cincuenta mil;
que tengo ya ocho hijos,
y mediado el verano llegará el
novenos.*

¿Te enfadarás por ello?

Dos estrofas después, prosigue:

*Escribe
que soy árabe,
sin nombre, sin apodo,
paciente en un país
de gente airada.*

La parte media del poema la configura la genealogía privada del narrador, una letanía de desgracias y pérdidas; pero el poema termina con lo que se convertirá en el motivo habitual de una gran parte de la literatura de y

sobre palestinos de los años setenta: el surgimiento palestino.

Escribe, pues.

Escribe

*en el comienzo de la primera
página*

*que no aborrezco a nadie,
ni a nadie usurpo nada.*

*Más, que si tengo hambre,
devoraré la carne de quien a mí me
usurpe.*

¡Cuidado, pues!

*¡Cuidado con mi hambre
y con mi ira!*

En «Carnet de identidad», el surgimiento palestino se ve amenazado;

unos años después sería el acontecimiento de actualidad más constantemente reiterado en la vida política árabe, no ya como una amenaza, sino como una presencia, y casi siempre como una esperanza. De manera harto significativa, el principal novelista del mundo árabe, Naguib Mahfuz, cuyas novelas siempre habían sido profundamente egipcias en todos sus detalles, hizo del surgimiento palestino el clímax de su novela de 1973 sobre un Egipto que no estaba ni en guerra ni en paz: *Hub taht al Mattar* (*Amor bajo la lluvia*). La última escena nos presenta al guerrillero palestino Abul Nasr al-Kabir («Padre de la Gran Victoria»), cuya

opinión sobre la «iniciativa estadounidense» más reciente, que engaña y confunde a los nerviosos protagonistas egipcios, es que hay que adoptar una perspectiva a largo plazo de los acontecimientos que están sucediendo en este momento. Irónico impenitente, Mahfuz subrayaba dos cosas a la vez: cómo los palestinos armados habían asumido de repente el papel de portavoces revolucionarios de los árabes, y cómo las promesas y la retórica revolucionarias se habían convertido ya en una parodia de sí mismas. El padre de la gran victoria seguía siendo sólo un padre *in potens*, aunque Mahfuz no pretendía (ni sus

lectores podían) minimizar el hecho de que ahora cualquier cálculo político tendría que incluir a los palestinos.

Otra ironía de la novela de Mahfuz, no menos que del mundo árabe de principios de la década de 1970, es la de que, para todo el mundo, la identidad palestina parecía haber surgido firmemente *fuera de* Palestina. Abul Nasr, el guerrillero palestino de Mahfuz, vive en El Cairo, no en Nazaret o en Nablus. Y por lo que todo el mundo sabía, la existencia —reducida a un carnet de identidad— de Darwish en Israel resultaba tan insatisfactoria e infeliz como antes. Hasta 1975 o 1976, los árabes palestinos israelíes llevaron

las de perder frente al *glamour* de los exiliados. Y *su* surgimiento fue tan importante para la ironía esencial como para el historial de logros concretos de Palestina. Pasemos a considerar este aspecto.

III. El auge de la OLP

Por lo que yo sé, no hay ninguna explicación analítica completamente satisfactoria, ningún informe paso a paso del todo lógico acerca de cómo, de ser refugiados, los exiliados palestinos pasaron a convertirse en una fuerza política de estimable importancia. Pero lo mismo puede decirse de todos los movimientos populares que parecen ser mucho más que la suma matemática de sus elementos. Creo que la secuencia narrativa de esta transformación

palestina resulta engañosamente simple. Al-Fatah inició su existencia en 1965 con una pequeña incursión en Israel. Desde entonces, el número de organizaciones militantes palestinas ha aumentado, como lo ha hecho la serie de choques militarmente importantes con (y en) Israel. Hasta marzo de 1968, sin embargo, el esfuerzo palestino se encuadra mejor en el marco general del desarrollo nacional árabe (específicamente nasserista o baazista). En marzo de 1968, y más en concreto después de la guerra de junio de 1967, el movimiento palestino adquirió un nuevo aspecto que política y simbólicamente pasó a diferenciarlo del

entorno árabe. La importancia de la fecha estriba en que esta marcó la primera batalla de la época posterior a 1967 y posterior a 1948 entre fuerzas regulares israelíes, que habían cruzado el río Jordán para atacar una ciudad palestina llamada Karameh, enclavada en Jordania, y fuerzas irregulares palestinas. Más avanzado el combate, que se prolongó durante todo el día, los guerrilleros palestinos contaron con el apoyo de soldados regulares del ejército jordano, pero (según la versión palestina) el peso de la batalla recayó en los israelíes y los palestinos. Los defensores de Karameh no sólo resistieron el ataque, sino que

infligieron numerosos daños y causaron numerosas bajas entre las columnas blindadas israelíes, que hasta aquel momento estaban acostumbradas (por ejemplo, en la aldea cisjordana de as-Sammu) a pasearse impunemente a su antojo, destruir propiedades, matar árabes, y salir bastante indemnes.

Karameh marcó el principio de la fase de mayor crecimiento palestino; surgieron voluntarios de todas las partes del mundo árabe, y en el plazo de un año los fedayines palestinos constituían una fuerza con la que había que contar en Jordania. Pero durante ese período tomó forma también la que sería (como ya he mencionado antes) la gran vacilación

palestina —o, más correctamente, de la OLP— entre una dirección revolucionaria (liberación) y una que parecía transformar las estructuras de poder palestinas en las de un Estado árabe (independencia nacional). Ambas son resultado necesario de la paradójica «situación» palestina que he descrito en este libro. En teoría, estas dos posibilidades no tenían por qué ser opuestas, por más que en el marco global del problema de la *identidad* palestina estuvieran en conflicto entre sí. Ni siquiera cuando se tomó una opción clara se terminaron los problemas que planteaban las dos alternativas. Dado que adquirieron un gran número de

armas y empezaron rápidamente a organizarse en agrupaciones políticas y militares, y, obviamente, porque esto siempre ocurrió, no en Palestina, sino en un Estado fraternal árabe, los nuevos militantes palestinos parecieron representar un desafío a la autoridad estatal central. Aunque con el tiempo se hizo evidente que la autodeterminación palestina se había comprometido con el objetivo original de un Estado en *parte* de Palestina, mientras tanto la OLP controlaba un cuasi-Estado para palestinos dentro de un Estado árabe anfitrión. Y ese Estado, primero en Jordania y más tarde en el Líbano, entraba en colisión con el de acogida.

Por otra parte, la gran fuerza política e ideológica del movimiento palestino era, primero, su capacidad de atraer a casi todos los elementos de vanguardia de la región. En cierto sentido, «palestino» era sinónimo de novedad en el mejor sentido de la palabra.

Y también lo es de política. No creo que sea una exageración decir que *todo* movimiento político o corriente de ideas o de debate significativo surgido en el mundo árabe desde 1948 ha estado dominado de uno u otro modo por la cuestión palestina. De inmediato resulta evidente cuánto más cierto es esto en el caso del debate, la discusión o la organización palestinas. El resultado

neto es bastante fructífero. En los últimos años, la política palestina se ha llevado a cabo en términos de organizaciones —de las cuales las más prominentes han sido las agrupadas en torno a la OLP, a saber, al-Fatah, el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), el Frente Popular Democrático para la Liberación de Palestina (un vástago del FPLP), As-Saika (una agrupación patrocinada por Siria) y numerosas unidades bastante más pequeñas—, y en términos de filosofías, tendencias y lealtades pagadas que vinculan las cuestiones específicas palestinas a la política árabe, la política del Tercer Mundo y

otros diversos intereses. A veces, la política palestina resulta desconcertantemente incoherente —por motivos de los que hablaré en su momento—, a veces sangrienta, y otras veces muy clara. Aun así, existe siempre una sorprendente unanimidad en torno a la necesidad de la autodeterminación y la independencia palestinas, junto con —lo que resulta aún más notable— un historial absolutamente ininterrumpido de rechazo a la posibilidad de venderse, de abandonar la lucha, de aceptar la tutela o la ocupación sin protestar.

La mayor agrupación palestina es al-Fatah, dominada por Yasir Arafat y una serie de cuadros cuyas líneas de fuerza,

influencia y pensamiento político involucran, con mucho, al mayor número de palestinos en el exilio y en la región de Gaza y Cisjordania. Los modelos de al-Fatah (y, de hecho, de Arafat) son básicamente nasseristas, aunque, a diferencia de Nasser, al-Fatah y Arafat han adoptado como cuestión práctica la postura de no implicarse demasiado en la política local de ningún Estado árabe (siendo el Líbano y Jordania las dos costosas —por más que, en cierto modo, inevitables— excepciones). Con lo de política nasserista quiero decir no sólo que hay un símbolo de autoridad siempre visible —el *zaim* Arafat, también conocido como «el Viejo», cuya

mera presencia constante garantiza la existencia de la causa palestina—, sino que el movimiento se guía básicamente por una filosofía nacionalista centrista. Esto representa en cierto sentido una desventaja, puesto que ha significado que la organización política se mantenga en un mínimo excepto en lo relativo a combatir al sionismo, y así Arafat, y al-Fatah en general, pueden identificarse fácilmente sólo como árabes y palestinos. Pero en otro sentido es bueno, ya que ha significado: *a*) que al-Fatah alienta tácitamente una democracia real en su idea y estilo político, y *b*) que nadie ha podido nunca demostrar que, pese a las conexiones de

al-Fatah, pongamos, con Arabia Saudí, Libia, la Unión Soviética o la República Democrática Alemana, no sea independiente de dichos países, y, por lo tanto, palestina por encima de todo. Y lo más importante: al-Fatah representa el hecho primordial de ser un palestino oprimido, sin implicar necesariamente a todo palestino en una teoría de guerra popular o un análisis de clase.

Pero eso no es todo lo que al-Fatah representa. La organización tiene numerosos partidarios, una historia relativamente larga de lucha, un montón de recursos (miles de combatientes y agentes entrenados, etc.) y, sobre todo, una visión del mundo relativamente

optimista. Esta última afirmación puede parecer algo peculiar, pero define bastante bien la confianza, la natural familiaridad, la manera positiva en que al-Fatah interactúa políticamente con el mundo. Ello se debe en parte no sólo a que se ha insertado en la línea principal de la política nacionalista árabe establecida por Gamal Abdel Nasser, sino a que ha hecho bien poco por ocultar su espíritu *cultural* islámico sunní (en realidad muy progresista). Es, en resumen, un grupo mayoritario, y se considera a sí mismo (creo que acertadamente) representante de la Cuestión Palestina; de ahí, también, su predominio en el conjunto de la OLP.

Sin embargo, mucho de lo que al-Fatah es y significa se define, en cierto modo, negativamente: por lo que sus rivales políticos dicen de él y por lo que *estos* afirman que aporta al mundo de la política palestina. Aquí hay que señalar algunos puntos importantes.

Si es cierto que la historia de la política palestina se ha caracterizado por una frecuente negativa a participar en planes para Palestina diseñados en otras partes (desde la Declaración Balfour hasta Camp David, pasando por el Plan de Partición de 1947), entonces puede decirse que al-Fatah es un partido político menos «negacionista» (por repetir el término antes utilizado) que

cualquier otro. En otras palabras, dado que negocia desde una posición de creciente fuerza, al-Fatah es el grupo político palestino con más probabilidades de llegar a un acuerdo político responsable con sus enemigos. Al-Fatah en general, y Arafat en particular, son pragmáticos, lo que supuestamente significa que dedican mucho tiempo, atención y habilidad a la táctica y la maniobra, y mucho menos a la ideología y la estrategia disciplinada. Los rivales de al-Fatah, principalmente el Frente Popular y, más tarde, el impresionante Frente Popular Democrático, han tenido desde el primer momento una conciencia mucho más

problemática de la que parecía tener al-Fatah de las dificultades, el contexto y las cuestiones ideológicas que rodeaban a la cuestión palestina. El Frente Popular, por ejemplo, apelaba a una revolución árabe como forma de recuperar Palestina, y se ha mostrado categórico en su negativa a considerar cualquier tipo de acuerdo político (aunque no militar) con Israel, Estados Unidos o la «reacción árabe». El Frente Democrático (FDP), que ha formado el núcleo de lo que hoy es una de las principales agrupaciones marxistas-leninistas de la región, sostiene una línea política más sutil, y tradicionalmente ha representado la

vanguardia del cambio *progresista* en las posiciones colectivas palestinas desde su nacimiento en 1969. Fue el FDP el que primero articuló el programa de transición adoptado por la OLP en 1974 como un objetivo inmediato considerablemente alejado de la liberación de toda Palestina. El programa, perfeccionado en 1977, aceptaba la idea de una autoridad nacional palestina (ahora un Estado) que había de establecerse en alguna parte de Palestina evacuada por Israel.

Pero el verdadero desafío de los negacionistas (entre los que se incluyen pequeñas organizaciones financiadas por Libia e Irak) y el FDP (que no es un

grupo negacionista) estriba en que se muestran críticos con la política más o menos improvisada, y en algunos casos hasta de estilo familiar, de al-Fatah. Para ellos, dichas críticas son ideológicas, de organización, estratégicas. ¿Cuáles han de ser exactamente los supuestos vínculos entre la OLP y Arabia Saudí o Siria? ¿Cómo actuamos con respecto a Jordania, que demográficamente tiene una mayoría palestina? ¿Por qué y con qué fines específicos en mente se celebraron en el otoño de 1976 las reuniones entre miembros de la OLP y ciertas figuras públicas israelíes? ¿Por qué no se formuló allí una condena global a Sadat

tras el viaje de este a Jerusalén? ¿Cuál es la visión de al-Fatah de la futura sociedad palestina? ¿Por qué no hay una determinación clara de al-Fatah en torno a los problemas del imperialismo, una determinación que elimine de una vez por todas cualquier clase de devaneo con Estados Unidos y sus aliados? Y, sobre todo, ¿cuánto tiempo puede continuar la política palestina realizada por al-Fatah con un poquito de aquí y un poquito de allí, un líder diciendo *x* y otro diciendo *y*, la burocracia y los eslóganes haciendo el papel de la organización y concienciación revolucionarias, el clientelismo como sustituto del trabajo bien hecho, y el

seguidismo en lugar de una responsabilidad seria?

A veces estos debates consumen más energía que la lucha contra el sionismo. En ocasiones, una decisión crucial sobre algo de la máxima importancia para todo el pueblo palestino —pongamos por caso, la postura de la OLP sobre la Resolución 242 de las Naciones Unidas de finales de 1977— se formula en un par de frases rápidas, mientras que una cuestión que implica una disputa transitoria entre un negacionista en una oficina y un cuadro de al-Fatah en la oficina de al lado acaba llenando páginas y páginas de prosa detalladamente argumentada (y, por lo

general, opaca). La percepción de prioridades sesgadas, la incoherencia a la que me he referido antes, están en función no sólo de unas filosofías políticas mutuamente enfrentadas, sino también de la forma cubista de existencia palestina. Sin ningún territorio bajo los pies resulta manifiestamente difícil saber con certeza cuál es, en un sentido abstracto, el mejor rumbo a seguir. Luego está la amalgama a menudo desesperada de lealtades y afiliaciones políticas que, como una maraña de cordones umbilicales laxos, une a los palestinos entre sí y con los países en los que residen. Sólo en el mundo árabe cada Estado o régimen

considera necesario asegurarse alguna clase de influencia, de voz mediadora, o algún partido real que actúe en la política palestina; tan poderoso es el prestigio de legitimidad y autoridad que confiere a los políticos árabes una vinculación con la lucha palestina. Por ese motivo, casi todo palestino —a veces conscientemente, a veces no— realiza su política con una carga considerable de bagaje intelectual y material iraquí, egipcio, sirio, saudí (o lo que sea) sobre los hombros. Arafat ha sido en cierto modo un genio a la hora de contener todo esto, incluso utilizándolo en su provecho (como Nasser), aunque a veces se ha traducido

en sangrientas guerras intestinas, como, por ejemplo, el conflicto entre al-Fatah y los negacionistas patrocinados por Irak durante el primer semestre de 1978. Pero, en general —y esto quizá resulta algo paradójico—, la política palestina tiende a la adaptación antes que al conflicto. Esta es una forma de señalar el hecho de que, en comparación con los movimientos de liberación vietnamita y argelino, el movimiento palestino no se ha caracterizado por las luchas violentas entre facciones donde los rivales compiten entre sí e intentan liquidarse unos a otros. Algunos críticos creen que esto constituye un serio defecto del movimiento, sugiriendo que los

palestinos en general (y al-Fatah en particular) no creen que el poder venga del cañón de una pistola, sino de superar a los rivales en la argumentación. Otros reconocen esta verdad a fin de criticar a la OLP por depender de un mero militarismo sin la suficiente voluntad política y revolucionaria.

En mi opinión, a demasiados palestinos se les ha hecho creer erróneamente que la energía galvanizadora del movimiento era su filosofía de la lucha armada: se supone que ese es el nuevo concepto introducido por los grupos palestinos; ese, y la teoría general de la guerra popular. Y ello porque, sin duda, a

finales de la década de 1970 sólo el palestino se atrevía todavía a concebir la lucha árabe en términos antiimperialistas; a partir de 1967, en general, Nasser y los baazistas habían aceptado la inevitabilidad de la cosmovisión inspirada por la Resolución 242 de las Naciones Unidas, cuyo signo fue la aceptación del Plan Rogers en 1970. El verdadero significado de la lucha armada palestina resultaba complejo, pero al menos en un aspecto representaba también el final de la lucha de liberación y el principio de un esfuerzo nacionalista en el que se utilizarían las armas (y los ejércitos) para proteger una autoridad nacional

central. Esto es lo que la Resolución 242 de las Naciones Unidas hizo al nasserismo y al baazismo, puesto que convirtió el ejército de fuerza revolucionaria antiimperialista (en teoría) en defensor, necesariamente conservador, del *statu quo*. En esa medida, pues, las armas palestinas tenían menos probabilidades de ser revolucionarias de lo que serían las armas de un Estado en ciernes.

Así, en las batallas entre el ejército jordano y la OLP, las armas palestinas defendieron una identidad palestina independiente, por así decirlo. Las armas no podían hacer progresos revolucionarios porque en el contexto

del Estado jordano, las pistolas podían, como mucho, cuestionar el monopolio de la violencia ejercido por el Estado, basándose para ello en la protección de un interés palestino institucionalizado e independiente dentro del Estado. Sin embargo, lo que en un aspecto embarrancó a los palestinos en la ciénaga jordana, en otro les dio una extraordinaria libertad. Y ello porque, de haber sido la lucha armada y la filosofía de la guerra popular lo único que había en el movimiento palestino, la fuerza de dicho movimiento se habría terminado en Jordania. Algo que claramente no hizo, debido al hecho de que la visión palestina, lo que en otra

parte he denominado «la idea palestina», y los valores que esta implicaba han trascendido las disputas momentáneas interárabes así como la violencia sangrienta interárabe. Adoptada inicialmente por la OLP, la idea de un Estado laico y democrático en Palestina representaba la verdadera novedad y la fuerza revolucionaria del movimiento; y esta idea proponía los valores democráticos que ello implicaba para una región todavía encadenada por numerosas clases de reacción y opresión, y también prometía mucho más que la visión de un montón de armas blandidas, o incluso de una airada venganza restablecedora sobre la

historia.

Así, en el período inmediatamente posterior a Karameh el movimiento palestino alternó entre la visión revolucionaria y la maniobra nacionalista práctica. En general, y a pesar de una serie de reveses militares que culminaron en su expulsión de Jordania, la OLP resurgió como una organización mucho más poderosa que la suma aritmética del conjunto de sus mandos, cuadros, guerrilleros y simpatizantes. Una de las cosas que los analistas occidentales del movimiento han entendido mal casi siempre es el hecho de que la OLP no consiguió su popularidad, o sus partidarios, o

quiera los voluntarios que se unieron a ella, porque fuera un «mecanismo» inventado para aterrorizar al mundo.^[103]

Antes bien, lo que la organización representaba *era* el funcionamiento de un consenso palestino generalizado sensible a la historia y las aspiraciones palestinas. Si a veces la OLP parecía ser caótica en su actuación general, también eso se debía en parte a su genio peculiar para reclutar palestinos de muchas orientaciones a la vez. Sin duda, las diversas facciones políticas de la OLP —el Frente Popular, el Frente Democrático y los otros grupos— eran zarandeadas por, a la vez que zarandeaban, las corrientes de ideas

palestinas (y árabes en general); pero la profunda y duradera legitimidad de la OLP permaneció constante. De hecho, desde 1974 su base de apoyo se ha visto reforzada.

Una vez más, las razones no son en rigor reducibles a elementos simples. Yo mismo me siento enormemente impresionado por la generosa presencia en la OLP de valores, ideas, debate abierto, iniciativa revolucionaria... activos humanos intangibles, creo, cuyo papel ha excedido con mucho y ha inspirado más lealtad de la que podía tener la organización rutinaria de un partido militante. Incluso el desarrollo de una burocracia palestina en el seno

de la OLP ha estado acompañado de estos activos intangibles. Hay que tener en cuenta que en una fecha tan reciente como finales de la década de 1970, los palestinos todavía vivían su vida íntegramente dentro del marco político ofrecido por los estados árabes. En el plazo de una década surgieron una serie de organizaciones palestinas asombrosamente activas, todas ellas gestionadas en cierto sentido por una OLP sensible al consenso. Hay numerosas organizaciones estudiantiles, grupos de mujeres, sindicatos, escuelas, programas de bienestar y asistencia para veteranos de un nivel increíblemente sofisticado y humanitario, una vasta red

sanitaria y de abastecimiento... la lista es bastante extensa, y, lo que es más, se está perfeccionando constantemente en la medida en que se responde a un número cada vez mayor de necesidades palestinas. En suma, el papel de la OLP es el de representar a los palestinos como no puede hacerlo ninguna otra organización (y también aquí la OLP da cabida de inmediato a cualquier palestino de cualquier parte; este ha sido su logro más importante) y, asimismo, y a pesar de los defectos de sus políticas o de sus mandos, el de mantener viva la causa palestina, algo de mayor envergadura que unas organizaciones o políticas provisionales.

Hay que mencionar otros dos factores, ninguno de los cuales ha sido objeto de la atención que merece. El primero es la dirección y administración generalmente acertada de los recursos palestinos por parte de los principales líderes, sobre todo Yasir Arafat, un personaje político bastante incomprendido y difamado. Creo que no sería impertinente decir que Arafat es el primer líder palestino que hace dos cosas esenciales: 1) mantener un control realmente inteligente de todos los factores principales que afectan a los palestinos en todas partes (los problemas interpalestinos, los problemas árabes y regionales, las

corrientes internacionales), y 2) mantener un dominio igualmente asombroso de los *detalles* de la vida palestina. De ahí que haya ocupado un lugar tan central, con tanta habilidad y durante tan largo tiempo. En el período del Mandato Británico había existido una especie de liderazgo, pero este había tenido también una mentalidad oligárquica, y asimismo —lo que quizá resultaba más perjudicial para su eficacia— no podía asumir una *responsabilidad* central ni cuasigubernamental en sentido amplio de lo que hacía. Eso es precisamente lo que han hecho Arafat y al-Fatah, mediante su atención al detalle y su

sensibilidad al todo, sin que al mismo tiempo parecieran nunca ser despóticos o caprichosos. El segundo factor, que resulta mucho más difícil de tratar analíticamente, es el dinero. Permítanme describirlo con brevedad.

Los exiliados palestinos contribuyen con regularidad al Fondo Nacional Palestino. Como todos los organismos palestinos, incluida la propia OLP, el fondo responde directamente ante el Consejo Nacional Palestino, que realiza la función de un parlamento o poder legislativo. El consejo formula la política general, cuya responsabilidad de implementación recae en la OLP y sus diversos organismos. Con el tiempo,

el presupuesto palestino ha aumentado hasta el punto de que paga de hecho los servicios, el abastecimiento, la educación y el armamento de aproximadamente un millón de personas. Para complementar el dinero voluntariamente aportado por los palestinos existe una suma anual variable obtenida de diversos estados árabes, entre ellos Arabia Saudí, Kuwait y otros países ricos en petróleo. Además, Siria y Egipto han obtenido cierta influencia en virtud de sus contribuciones, que se han basado más en su prestigio que en su tamaño material. Lo importante de todo esto es que, al igual que el desarrollo educativo

palestino, contradice la situación política y territorialmente desfavorecida de la población. El análisis clásico de un movimiento popular del Tercer Mundo, que convierte la enajenación y pobreza continuadas en la principal constante del movimiento, se ve aquí quebrantado. Una parte sustancial de la población palestina es todavía indigente, pero hay una importante minoría culta que dispone de impresionantes recursos. Esta contradicción dramatiza agudamente ciertos problemas. Una cosa es el conflicto entre ideales sociales e instituciones por naturaleza más bien conservadoras, y otra la probabilidad de que las convenciones estatales árabes a

la hora de hacer negocios políticos choquen abiertamente con las corrientes progresistas que a menudo impulsan el desarrollo palestino. Por último, existe la peligrosa perspectiva de un aburguesamiento palestino. Obviamente, se podría argumentar que dicha perspectiva acentuará saludablemente, y luego causará explícitamente, una lucha de clases abierta entre los palestinos, hasta el punto de que tal conflicto terminará en una victoria de la clase obrera y, por lo tanto, beneficiará a la Revolución.

Pero tal argumento elude el tema absolutamente sustancial de lo que significa tener un conflicto interno *en el*

exilio. En la medida en que lo que busca Palestina es una autodeterminación nacional, todo lo que la desvíe de esa búsqueda probablemente resultará dañino antes que beneficioso. Por otra parte, la versión conservadora de dicha búsqueda palestina resulta tanto histórica como moralmente intolerable: la idea de que podamos volver todos a 1948, a nuestra propiedad, a un país árabe, presumiblemente gobernado por los tradicionales déspotas árabes. Tal búsqueda choca con la visión palestina que ha atraído a tantas víctimas de la injusticia de todas partes. Pero sí existe la desagradable verdad de que la acumulación de propiedad y éxitos en el

exilio alimenta una visión retrógrada del futuro. Así pues, el problema consiste en reconocer la utilidad (y, en este caso, la inevitabilidad) de un período de riqueza árabe incomparable, sin caer víctima de sus más que probables corrupciones.

En bastante medida, sin embargo, cualquier causa extrema que separara a los exiliados, polarizara a la comunidad y, en consecuencia, la paralizara, hasta ahora se ha visto neutralizada por los vínculos internos que mantienen unidos a los palestinos. Nunca se debe minimizar el efecto del exilio ni siquiera en la más próspera burguesía. Además, la historia concreta del período posterior a 1967 ha unificado con eficacia a la comunidad

del mismo modo que, espiritualmente al menos, se ha mantenido unida desde comienzos del siglo XX. Tras la catastrófica derrota de 1967, se hizo obvio que los estados árabes no podían solucionar militarmente su disputa con Israel. El nuevo orden del día era el acuerdo político, junto con un drástico resurgimiento de la influencia estadounidense en la región. Antes de morir en 1970, Gamal Abdel Nasser había experimentado un cambio ideológico, pasando de la unidad árabe y la lucha de liberación antiimperialista a la colaboración política con Estados Unidos, el respeto a la integridad de todos los estados de la zona, y unos

objetivos políticos limitados, todos los cuales implicaban la aceptación (donde antaño había habido negación) de Israel. Entre los efectos de este cambio en los palestinos se han incluido las crisis jordana y libanesa de 1970-1971 y 1975-1976, respectivamente.

No creo que sea una exageración decir, como he hecho antes, que estas dos crisis, con su terrible peaje de vidas humanas, eran inevitables, tal como ha sido inevitable que su paradójico resultado fuera un *incremento* de la autoridad nacionalista de la OLP. La decisión de la Conferencia de Rabat en 1974 de designar a la OLP como la única representante legítima del pueblo

palestino fue un resultado del choque jordano-palestino de 1970 y 1971. Por su parte, uno de los resultados de la conflagración libanesa fue el reagrupamiento casi absoluto de todos los sectores de la comunidad palestina (incluidos los de los Territorios Ocupados e Israel) en torno a la OLP. De manera previsible, pues, los palestinos fueron atacados por su presencia extraterritorial en Jordania y el Líbano —por diferentes que fueran las circunstancias concretas—, y se reafirmaron de formas diversas en sus restringidas aspiraciones nacionalistas. Una vez más vemos la presión en torno a la necesidad de una definición viable de

la identidad palestina, además de una respuesta palestina a dicha presión y a las realidades políticas rápidamente cambiantes.

Entre las dos grandes crisis de Jordania y el Líbano, la guerra de 1973 se interpuso como si pretendiera a su manera intensificar la idea de la adaptación política, aun después de que el Plan Rogers y la Misión Jarring hubieran fracasado tan estrepitosamente en los dos años anteriores. Lo que el presidente Sadat, y menos claramente los sirios y los jordanos, ofrecieron en 1971 fue lo mismo que el propio Sadat ofreció en 1973 y, de nuevo, lo que pareció ofrecer cuando fue a Jerusalén a

finales de 1977: la paz con Israel y un Estado palestino, partiendo de una completa e inequívoca retirada israelí de los Territorios Ocupados. La postura palestina se había movido bastante con aquella oferta. Después de la reunión del Consejo Nacional Palestino en 1974, y más rotundamente tras la reunión de 1977, los palestinos habían optado por un Estado, aunque había una postura minoritaria (con un gran atractivo emocional) que seguía propugnando la completa liberación. Creo que lo que finalmente decantó a la OLP fue una fuerte y nueva base de apoyo para su línea central nacionalista: los palestinos de Gaza y Cisjordania, quienes, en las

elecciones municipales de 1976, y después de casi una década de duro gobierno israelí, habían mostrado un firme respaldo a la OLP como su representante. Asimismo, los palestinos de Israel habían acogido a la OLP de modo similar; su medio de expresarlo (fieles a su historia de lucha) había sido el Día de la Tierra (Yom al-Ard), el 30 de marzo de 1976. Desde entonces ha habido literalmente decenas de manifestaciones, declaraciones y demostraciones de apoyo palestinas a la OLP. Nunca antes una organización política palestina ha respaldado y ha estado respaldada por su gente de una manera tan firme y fundamental como

hoy la OLP.

IV. Los palestinos todavía en cuestión

Sin embargo, la dificultad fundamental palestina persiste, y la historia ha consolidado y ha acumulado tristemente sus ironías en torno a dicha dificultad. Ya he dicho repetidamente que el palestino vive un curioso destino; y en ningún momento esto ha sido más dolorosamente cierto que ahora. Castigado por su presencia en Palestina en el momento del asentamiento colonial del sionismo en el territorio, luego ha sido castigado asimismo por su ausencia

de Palestina. Como paria, como un ser transnacional y extraterritorial, como una inexistencia oprimida en Israel, el palestino se ha visto confirmado como un elemento central en —o que configura el núcleo de— el problema de Oriente Próximo. En 1974, más de un centenar de países de las Naciones Unidas aceptaron a la OLP como la representante de los palestinos; pero los países más íntimamente relacionados con los palestinos cuestionaron la idea, así como la propia existencia de una identidad palestina. No obstante, pese a que se le niega el reconocimiento básico nacional y legítimo otorgado internacionalmente a toda sociedad, el

palestino vive en un nivel de visible prominencia, éxito y desarrollo mayor que en cualquier otro momento en su historia. Asimismo, nunca ha estado tan políticamente unido a sus compatriotas a través de la OLP como ahora; y, no obstante, su fragmentación geográfica y demográfica nunca ha representado un obstáculo tan sumamente difícil de vencer como ahora.

Pero las paradojas e ironías que lo *rodean* no son menos severas. Recordemos que desde las guerras de 1967 y 1973 el mundo árabe ha acabado aceptando la idea de la paz con Israel y, sin embargo, nunca ha habido tanta violencia interárabe. La causa palestina

es la que ocupa el lugar prioritario en la agenda de todo gobierno árabe, si bien el número de palestinos muertos a manos de gobiernos árabes es terriblemente alto. Se supone que en la región hay paridad de superpotencias, al menos en lo que conlleva la maquinaria de la paz; así, por ejemplo, Estados Unidos y la Unión Soviética son los copresidentes de la Conferencia de Paz de Ginebra, aunque este último país se vea limitado a un papel marginal como proveedor de armas, mientras que el primero domina la zona con impunidad. Hoy se ha extendido en todo el mundo la idea de que los palestinos deben involucrarse en el proceso de paz; pero

si hubiera que buscar a un palestino realmente involucrado en él no se encontraría a ninguno. En cambio, los líderes de Egipto, Israel, Estados Unidos y otros hablan en nombre del palestino, formulando por él sus objetivos y sus normas de conducta. Parece que todas las puertas estén abiertas al palestino en la teoría, pero ninguna en la realidad. Para ver un caso concreto de esta contradicción, consideremos la respuesta general y reciente de Estados Unidos a los palestinos y Oriente Próximo.

En los meses transcurridos desde los acuerdos del Sinaí de 1974 y 1975, la política estadounidense de Henry

Kissinger en la región acentuó el gradualismo y el bilateralismo; esto vino a desgastar las grandes y a menudo ilusorias estructuras de la unidad árabe, concentrándose con cierta estrechez de miras en conservar las barreras celosamente mantenidas *que separan* los estados de la zona. Pocos analistas han señalado que toda la tendencia del pensamiento estadounidense con respecto a la región, revelada en los Acuerdos Provisionales de 1975 entre Israel y Siria y Egipto, alentaba a pensar, no en el pasado ni en el futuro, sino sólo en el presente, esto es, en el (históricamente muy inestable) *statu quo*. La esencia de esta tendencia, cuyo

punto culminante fueron los Acuerdos de Camp David, ha sido la de reducir la unidad de atención e importancia política; en lugar de ver las cosas en su integridad dinámica, Estados Unidos alentó a los regímenes de la región a verlas congeladas en su concreción presente. La continuidad entre las cosas, y la coherencia de la vida humana, se ha visto bruscamente quebrantada como resultado. Las relaciones entre estados, entre comunidades que cohabitan, entre los problemas del presente y los del pasado y el futuro, todo ello parecía ser declarado anodino. Sólo parecía importar el encadenamiento de «acuerdos» por parte de un peripatético

alcahuete estadounidense, quizá otro Kissinger. Estados Unidos se arrogó la facultad de mediar entre los estados, los pueblos y las instituciones, haciendo que sus intereses —su propia visión, extremadamente comercializable, de las cosas— vinieran a sustituir la cooperación regional entre estados y comunidades.

Hoy, pues, en Oriente Próximo los intereses comunes han pasado a ser percibidos como parte, no de un panorama integrador de mayor envergadura, sino de un estrecho bilateralismo que alía a diversas minorías —gobiernos minoritarios y pequeñas comunidades minoritarias—

unas con otras para su propia preservación. El viejo sistema de las *millet* otomanas, y el pensamiento subyacente a él, están, pues, a la orden del día. Y, sin duda, la única comunidad transnacional, los palestinos, está aquí fuera de lugar. Así, se ha hecho pagar íntegramente a los palestinos una y otra vez el precio de su exilio, y el dilema irresoluble del Líbano es la encarnación concreta de ello. Dado que han sido dispersados y que carecen de su propio territorio, ahora todos los estados de la zona ven su supervivencia como la cuestión que afecta y agrava a todas las demás.

Pero el vocabulario conceptual para

situar al palestino y formular la cuestión de su supervivencia (y hasta las palabras utilizadas para describirlo) da testimonio de un eficiente y afásico sistema para esquematizar su presencia y hacer de sus necesidades, su historia, su cultura y su realidad política palabras impronunciables. En Occidente, los palestinos han sido relacionados de inmediato con el terrorismo, tal como Israel se ha encargado de que ocurra. Despojado de su contexto, un acto de desesperación palestina parece un asesinato gratuito; como de hecho yo he considerado que muchos aventurados actos individuales (el secuestro, el rapto, etcétera) *eran* actos de

destrucción desequilibrada y, en última instancia, inmoral e inútil. Pero hay que señalar que, al menos desde comienzos de la década de 1970, la OLP ha evitado y ha condenado el terror. Lo que a menudo se ignora y se silencia escandalosamente en Estados Unidos es que acontecimientos tales como el suceso de Ma'alot, en mayo de 1974 estuvieron precedidos por semanas de constantes bombardeos israelíes con napalm de campos de refugiados palestinos en el Líbano.^[104] Del mismo modo, la colocación de bombas en Israel, o en Gaza y Cisjordania, debe entenderse en el contexto de la coacción y la brutalidad cotidianas de una larga

ocupación militar. Además, no hay nada en la historia palestina, absolutamente nada, que rivalice con el historial de terror sionista contra los árabes, contra otros judíos, contra funcionarios de las Naciones Unidas o contra los británicos. Asimismo, la historia de injerencia sionista en los asuntos internos de diversos países árabes (el del Líbano es sólo el último y el menos oculto de tales casos), de opresión israelí de palestinos, de tortura sancionada por el Estado, de ilegalidad internacional (la negativa a cumplir con las resoluciones de las Naciones Unidas, las violaciones de las convenciones de Ginebra en el trato a las poblaciones civiles, la

renuencia a firmar el Tratado de No Proliferación Nuclear, el asesinato israelí de árabes en países europeos, por no hablar de las repetidas incursiones contra palestinos en Jordania y el Líbano), todo esto hace del «terror» palestino algo bastante tenue e incompetente. Pero yo no desearía que fuera de otro modo.

Para Israel, pues, el palestino es, o bien un «terrorista», o bien un ente esencialmente apolítico (por ser no judío) que sirve para cumplimentar las estadísticas israelíes, o bien un sujeto dócil y útil. Hoy, una mano de obra de entre 80 000 y 100 000 árabes de Gaza y Cisjordania llena las filas del mercado

laboral israelí, por más que todos estos árabes sean, por decirlo con una expresión bíblica, «leñadores y aguadores».^[105] En el lenguaje común israelí, el adjetivo «árabe» es sinónimo de sucio, estúpido e incompetente. Mientras que cualquier otra historia de explotación parecida —realizada a todos los efectos en virtud de la raza— habría sido mundialmente condenada en el Occidente democrático liberal, el historial de Israel no sólo es perdonado, sino incluso elogiado. ¿Y por qué? Pues porque Israel ha sabido cerrar sus propios ojos y los del mundo ante lo que se les ha hecho a los palestinos. Peor aún, toda una falange de intelectuales y

pensadores de Occidente (como, por ejemplo, los distinguidos personajes convocados por el bando israelí cuando se publicó la condena de la Unesco a las prácticas de Israel en Jerusalén) loan unos logros cuyo lado oscuro, en términos humanos y nacionales, ha arruinado la existencia de todo un pueblo.

La reciente aparición de diversos grupos de «palomas» israelíes,^[106] dispuestos a correr ciertos riesgos en nombre de la paz y el entendimiento, resulta alentadora; pero sigue siendo descorazonador que los viejos argumentos sobre la seguridad israelí y las amenazas árabes arrasen

regularmente todas las alternativas que se les ponen por delante. Tampoco es mucho mejor la situación para el palestino en los estados árabes, donde su existencia se ve como un satélite de los propios intereses de cada Estado. Ningún Estado árabe deja pasar la oportunidad de adoptar una postura sobre la cuestión palestina, muy a menudo como una abstracción cuyo «carácter sagrado» proporciona al régimen de turno un mínimo de respetabilidad adicional. Sin embargo, a nivel internacional esa respetabilidad no se ha percibido como tal; antes bien, la retórica propalestina se interpreta con demasiada frecuencia como

antisemitismo, y hasta las mejores intenciones políticas, que a menudo son religiosas además de culturales, pierden su credibilidad. ¿Quién puede estar seguro hoy de que Egipto, el Líbano, Jordania y Siria realmente desean la misma autodeterminación palestina que los propios palestinos? ¿Hasta qué punto se puede estar seguro de que la lucha en nombre de los derechos palestinos significa en realidad lo que los árabes han acordado con Israel?

Incluso este examen superficial de lo que impide el logro de la autodeterminación palestina nos da una clara idea del desalentador contexto político. No es el menor de los

obstáculos la relativamente escasa frecuencia de una afirmación palestina sostenida con respecto a cuál es el contenido *positivo* de la autodeterminación. Con ello quiero decir lo siguiente: puesto que los palestinos son un pueblo desposeído y políticamente alienado, y puesto que (como he dicho repetidamente) uno de los principales factores del éxito del sionismo israelí es su eficaz poder de autoafirmación, los palestinos exiliados, tanto como los que viven bajo el dominio israelí, a menudo se han limitado a negar su inexistencia. Y esta postura de negación, de resistencia, de oposición, cuenta en la actual cultura

política palestina con una fuerte tradición. El gran logro internacional del sionismo consiste en haber tomado Palestina desde dentro de Palestina y — lo que no es menos importante— haber hecho que sea la población autóctona palestina la que parezca forastera. Casi siempre, a partir de entonces, los palestinos se han encontrado en la situación de alguien que se asoma desde fuera y se encuentra con que el hecho del destierro constituye la principal característica definitoria de su existencia. Afirmar una pertenencia previa, una larga «patriación» histórica, ha implicado para nosotros una prolongada negación de aquello en lo

que nos hemos convertido ahora: forasteros desheredados. Y cuanto más lo negamos, más lo confirmamos, a no ser que dejemos de ser forasteros y podamos ejercer nuestra autodeterminación nacional. Entonces nos encontramos de inmediato con las dificultades que enumeraba hace un momento. ¿Cómo se alza uno por encima de las circunstancias limitadoras, por encima de la negatividad, pasando a una afirmación positiva de lo que somos y lo que queremos? No es sólo una cuestión de voluntad: es también una cuestión de encontrar la modalidad precisa, las combinaciones precisas de fuerzas por explotar, la retórica y los conceptos

precisos con los que movilizar a nuestro pueblo y a nuestros amigos, el objetivo preciso que afirmar, el pasado preciso del que desprenderse, y el futuro preciso por el que luchar.

Creo que estamos empezando a conseguir todas estas cosas, aunque, como ya he dicho antes, todavía no lo suficiente y con un poder lo bastante *eficaz* y sostenido. Las fuerzas desplegadas contra nosotros son todavía muy formidables, y nuestras relaciones con los diversos estados árabes, superpotencias y aliados amistosos, y a veces demasiado exigentes —por no hablar de las turbaciones de la historia contemporánea—, representan un

importante límite. Aun así, me parece que hay unas cuantas verdades esenciales que hoy forman parte de la realidad palestina, y en virtud de ellas estamos empezando a construir nuestro futuro. Creo que, a diferencia de los israelíes, la mayor parte de los palestinos son plenamente conscientes de que su Otro, el pueblo judeoisraelí, es una realidad política concreta con la que deben convivir en el futuro. No es menos importante ser consciente de que la cuestión de la autodeterminación palestina incluye *a todos* los palestinos, y no sólo a los de Gaza y Cisjordania. Este sentimiento de haber ganado una comunidad es, obviamente, el principal

logro de la OLP, y se deriva de los acontecimientos posteriores a las guerras de 1967 y 1973. Pero si hay un sentimiento holístico en torno a los palestinos, y si este se encarna concretamente en el funcionamiento y la composición de la OLP, existe también una interpretación bien definida del nuevo futuro para los palestinos. Al experimentar el cambio de un objetivo de liberación general a uno de liberación particular —es decir, de la esperanza de un Estado democrático laico en toda Palestina a la de un Estado palestino en Gaza y Cisjordania—, la comunidad palestina ha conservado su objetivo de la autodeterminación, así

como sus valores. Creo que para la mayoría de nosotros siempre permanecerá el sentimiento de una profunda y evocadora pérdida; que Jaffa, Haifa y Galilea no volverán a ser nunca como eran en 1948; que miles de nosotros hemos perdido lo que hemos perdido para siempre. Pero ganaríamos una especie de soberanía en pie de igualdad en Palestina, donde de hecho no teníamos ninguna; y aunque se llegue a una solución de compromiso en aras de un miniestado, un pasaporte, una bandera y una nacionalidad, no cabe duda de que el gran ideal —que los hombres y mujeres no deben ser ni definidos ni confinados por su raza o su

religión— seguirá ejerciendo su influencia.

Mi propia creencia —que argumentaré con mayor detalle en el último capítulo de este libro— es que en esta etapa se requiere un Estado palestino independiente y soberano para realizar nuestra historia como pueblo durante el último siglo. El inventario de lo que somos, de lo que hemos hecho y de lo que nos han hecho nunca podrá justificarse, o siquiera encarnarse, íntegramente en un Estado. Lo contrario de esta visión, que un Estado *puede* rectificar, defenderse y encarnar la memoria de una historia pasada de sufrimiento, les ha parecido a los

palestinos que explicaba la teorización israelí y la práctica sionista a la hora de crear un Estado aparte para los judíos. Tanto en Israel como en la diáspora, los judíos salen perdiendo cuando se aíslan de los problemas palestinos que han causado en gran parte. Seguramente han pasado por alto la posibilidad de participar con otro pueblo en la búsqueda común, en un territorio ahora común, de un futuro común (en lugar de uno exclusivista). Estoy muy lejos de ser el único que trabaja por una *patria* palestina porque creo que ese es el significado positivo de nuestra historia en este siglo. Pero tampoco soy el único que cree que dicha patria constituiría el

primer paso, y quizá el más importante, hacia la paz entre árabes palestinos y judíos israelíes. Y ello, porque la paz entre estados vecinos significará fronteras comunes, intercambios regulares y entendimiento mutuo. Con el tiempo, ¿quién no puede imaginar que las propias fronteras significarán mucho menos que el contacto humano que tendrá lugar entre personas para las que las diferencias alentarán un mayor intercambio antes que una mayor hostilidad?

Sin embargo, incluso el *tipo* de esas diferencias ha cambiado extraordinariamente y, con él, la *calidad* del progreso hacia la autodeterminación

palestina. En consecuencia, para nosotros se ha hecho evidente que Israel era y es la culminación de una política de cierta clase de eficacia. Esto vale igual hoy para el judío israelí que para el árabe palestino: uno como beneficiario inequívoco; el otro como perdedor. Para el palestino árabe, una cosa ha sido ver esto, y otra muy distinta *saberlo*. Puedo citar dos experiencias drásticamente distintas y opuestas de mi vida con respecto a lo que estas dos cosas han significado para los árabes. Cuando era niño, a mediados de la década de 1940 en Palestina, a menudo solía escuchar las discusiones políticas de los adultos. Me sentí particularmente

impresionado en cierta ocasión, que nunca he olvidado, en que un anciano amigo de la familia —un abogado que ocupaba un lugar prominente en la comunidad árabe de Jerusalén y que era perfectamente consciente de la cada vez más fuerte e institucionalizada presencia sionista en el país— se permitió hacer una observación optimista. Hasta entonces, el talante de la discusión había sido desalentador. «¡Ellos están tan bien organizados...!», decían todos a coro. «Ellos se entrenan, se arman hasta los dientes y, obviamente, tienen planes sobre nuestras propiedades», etcétera. Entonces habló él, como si viera las cosas desde arriba: «Cuando llegue el

momento de una batalla real entre nosotros y ellos, sacaremos a un grupo de *jalilis* [los residentes árabes de Hebrón, que eran conocidos por su fuerza algo irreflexiva, pero siempre beligerante] y ellos ahuyentarán a todos los sionistas con palos».

Durante años, aquella observación tan inocentemente estúpida sobre el sionismo en Palestina me acompañó como un paradigma de la respuesta palestina a la lucha por la tierra. Sin embargo, también puedo ver que mi actitud crítica hacia ella ha sido algo injusta. Las turbaciones, las presiones, los problemas contrapuestos que han afrontado los árabes palestinos en este

siglo han sido enormes, y muy poco en su historia o su sociedad les había preparado para tal calvario. La sociedad palestina se organizaba en torno a pautas feudales y tribales; esto no quiere decir, sin embargo, que no tuviera su propia coherencia. Ciertamente, la tenía; pero su integridad nacional no pudo afrontar con facilidad las tres potentes tensiones que se le impusieron principalmente después de la Primera Guerra Mundial: el Mandato Británico, el esfuerzo colonial sionista y el comienzo de la modernización.

Abordar satisfactoriamente una o quizá hasta dos de estas tensiones habría sido ya un logro para una sociedad que empezaba a

pensar en términos de su independencia después de cuatro siglos de gobierno otomano. Pero si hubo solidaridad nacional con respecto al sionismo, hubo en cambio cierta confusión ocasional (y ninguna ideología antiimperialista clara) rigiendo las políticas árabes con respecto al gobierno del Mandato Británico que controló Palestina hasta 1948. Además, las fisuras creadas en la sociedad entre un liderazgo tradicionalista de «notables», la oposición británica y sionista a este, la lealtad del campesinado y la clase obrera árabe a este, además de la alienación económica y social de este, todo ello impuso divisiones que se

reflejaron en una conciencia árabe desastrosamente imperfecta acerca de lo que se podía o se era capaz de hacer efectivamente para continuar como sociedad en Palestina.

Sin embargo, la idea de aquella sociedad, ya que no la sociedad como tal, ciertamente *ha* continuado. Esto es algo que apenas resulta sorprendente. Los palestinos no han renunciado al deseo del retorno; tampoco han considerado durante un período de tiempo significativo la alternativa de disolverse indiscriminadamente en el océano árabe circundante. Ninguna comunidad árabe, en un plazo de tiempo tan corto —poco menos de una

generación—, ha reflexionado tan profunda y seriamente *como comunidad* sobre el significado de su historia, sobre el significado de una sociedad pluralista, dada la triste suerte de las comunidades multiétnicas en el mundo, sobre el significado de la independencia nacional y la autodeterminación con el telón de fondo del exilio, la opresión imperialista y la desposesión colonialista. Pero lo que ha permitido todos estos indicadores de madurez colectiva palestina, y en lo que de hecho se han basado, es el enfoque palestino de la eficacia política, que constituye un fenómeno nuevo en la historia de este pueblo.

Lo cual me lleva a la segunda experiencia, que ilustra el conocimiento dramáticamente aprendido (a diferencia de un testimonio silencioso) de lo que significa esa eficacia política. En la primavera de 1977 participé como miembro en las deliberaciones del Consejo Nacional Palestino, que es el parlamento palestino en el exilio. El consejo, reunido en El Cairo, en el edificio de la Liga Árabe, agrupó a unos 290 delegados; unos 150 palestinos de Cisjordania no pudieron estar presentes porque, de haber asistido a la reunión, Israel no les habría dejado volver a sus casas. Pese a ello, el consejo era ampliamente representativo de toda la

comunidad palestina y de cada individuo palestino. Durante la semana de discusión abierta que tuvo lugar antes de que se formularan y debatieran las resoluciones, la pauta de discusión fue un repaso a los recientes acontecimientos relacionados con los palestinos; el tema de fondo era qué tal lo había hecho la OLP, dado que en este caso la OLP era el brazo ejecutivo del poder legislativo del consejo. Habían ocurrido muchos acontecimientos de considerable importancia desde la anterior reunión del consejo celebrada en 1974: se había producido la guerra libanesa, numerosos cambios diplomáticos y políticos, y un gran

número de cambios internos en las posturas palestinas, entre los cuales destacaban las decisiones de optar por un Estado junto al de Israel y de empezar a reunirse con las «palomas» israelíes (en este caso, sionistas) que habían expresado su apoyo a los derechos palestinos.

Desde entonces me ha sorprendido que, entre el enorme cuerpo de periodistas y representantes de los medios de comunicación, no hubiera ni uno solo que tuviera la perspicacia de ver que en El Cairo estaban pasando cosas trascendentales. Esta carencia se manifestó asimismo, en los meses que siguieron a la reunión del consejo, entre

el enorme cuerpo de «expertos» en Oriente Próximo de Europa y Estados Unidos. Por primera vez en la memoria reciente, había un organismo nacional ampliamente representativo en el mundo árabe debatiendo asuntos importantes de forma totalmente democrática. La OLP fue objeto de fuertes críticas; su comité ejecutivo, Yasir Arafat y el resto se sometieron a un minucioso y crítico examen. No hay ningún país árabe en el que ocurran estas cosas, en el que se pretenda que los líderes rindan cuentas y se examine, discuta, analice y juzgue abiertamente su responsabilidad de una forma ordenada. Hay que tener en cuenta que los hombres y las mujeres reunidos

en El Cairo eran exiliados, todos ellos sin un territorio propio, todos ellos residentes en uno u otro país en diversas, pero esencialmente limitadas, condiciones de libertad política. Sin embargo, el hilo conductor de las actividades del consejo, tal como yo las vi, y pese a la predecible insensatez de muchos discursos, fue la voluntad colectiva de entender con detalle todo lo que afectaba a la cuestión palestina. Dudo que nadie se entregara erróneamente a un optimismo accidental o siquiera a un estímulo momentáneo por el mero hecho de tener un Consejo Nacional Palestino, o una OLP con programas sociales, militares y

diplomáticos. Todos ellos eran importantes para una comunidad que veía negada su existencia por el mismo pueblo que la había expulsado de su patria, una comunidad tan compleja en su dispersión (allí había palestinos de Norteamérica y Sudamérica, Europa, Siria, Jordania, Arabia Saudí, Kuwait, Egipto, Libia... y ninguno de ellos residía de hecho en Palestina), una comunidad que todavía estaba muy lejos de haber alcanzado su objetivo mínimamente aceptable de que las tropas israelíes salieran del tercio menos poblado de su patria nacional originaria. Allí todo el mundo quería saber cómo podía continuar la lucha,

con todos los detalles posibles o disponibles. Además —y esto es lo más impresionante—, se hizo una tentativa de tratar con Israel y los judíos, no como un hecho político en última instancia inevitable por más que temporalmente evitable, sino como algo esencial para entender el destino político palestino. El movimiento sionista, que se había basado en una negación total de la presencia palestina, no podría haber tenido un reconocimiento más meticuloso de su realidad global como el que tuvo lugar en El Cairo.

La distancia política entre estas dos experiencias esencialmente palestinas es formidable. Pero la medida de dicha

distancia no tiene nada que ver con haberse vuelto «realista» en un sentido vulgar y quizá oportunista. En ambos casos, el de allá por los años cuarenta y el de ahora en los setenta, los palestinos hablaban desde el punto de vista de un pueblo que *perdía* sus derechos políticos y humanos. El palestino contemporáneo, sin embargo, recuperaba su percepción de lo que era probable y posible para él, y en ese aspecto era fundamental su marcada percepción de la eficacia, la conciencia de lo que uno era, de dónde estaba, de cómo realizaba su propia lucha en el presente, el cual se veía como producto del pasado y a la vez como productor de

un nuevo futuro. En gran medida, obviamente, la realidad actual del palestino está dominada por lo que ha sufrido a manos del sionismo. No hay evasión posible de esa historia y esa realidad, del mismo modo que no puede haber ningún futuro palestino sin trascenderla. Por lo tanto, una parte importante del debate de El Cairo se centró en la realidad concreta que es Israel, y en cómo dicha realidad ha afectado y, hasta cierto punto, ha configurado las respuestas palestinas.

Así, el principal paso *adelante*, por así decirlo, en la conciencia palestina ha sido una comprensión colectiva nacional y detallada, una crónica, una aceptación,

una visión de la eficacia cotidiana del sionismo y de Israel en su opresión de la población autóctona de Palestina. Visión y reconocimiento, en esta manera palestina, responden dialécticamente a la ceguera sionista. Juntos, estas visiones y reconocimientos en ciernes han permitido al palestino formular una crítica de y una alternativa al sionismo *como práctica* de asimilar a los judíos y discriminar a los no judíos. Tal alternativa no sería posible sin una meticulosa crítica basada en la experiencia histórica real. Y así, una de las principales plataformas del actual programa político palestino —y hablo aquí de un amplio consenso no

suficientemente representado (o, para el caso, representable) por uno u otro documento, o una u otra declaración pública concreta de uno u otro líder intelectual palestino— es que la realidad debe definirse ante todo históricamente como el efecto preciso del sionismo en sus víctimas, por más que se reconozcan también los éxitos del sionismo para sus escogidos beneficiarios. En tales términos, pues, la realidad política palestina ha cambiado, pasando de ser un programa de resistencia de curtidos aldeanos armados con palos a una resistencia cuyo punto de partida es una incorporación y revisión de la eficacia

sionista contra el árabe palestino autóctono. De ese modo surge poco a poco una eficacia *palestina*.

Bastante literalmente, el significado irreductible y funcional de ser palestino ha implicado experimentar el sionismo primero como un método para adquirir Palestina; segundo como un método para desposeer y exiliar a los palestinos, y tercero, como un método para mantener a Israel como un Estado en el que los palestinos son tratados como no judíos, y del que políticamente siguen siendo exiliados a pesar (en el caso de los 650 000 ciudadanos palestinos israelíes) de su continuada presencia en el territorio. En todos estos casos, el

sionismo se basaba en la premisa de evacuar de Palestina a la mayoría de sus habitantes autóctonos. Como ya he dicho antes, no cabe minimizar esta cruda verdad, y todos los líderes sionistas de renombre la han afrontado abiertamente. Fundar un Estado en Asia y poblarlo con una población en su mayoría inmigrante procedente inicialmente de Europa implica despoblar el territorio original. Este ha sido el sencillo *desideratum* del sionismo, con ramificaciones muy complejas. Pero para el árabe palestino autóctono y para el judío inmigrante que ocupó su lugar, el mero hecho de la sustitución nunca ha variado realmente. Y es por este hecho por donde debe

empezar la búsqueda de la paz en Oriente Próximo, por más que todavía no haya empezado siquiera a abordarse.

4

La cuestión palestina después de Camp David

I. Términos de referencia: Retórica y Poder

Cabría esperar que hoy las discusiones en torno a Oriente Próximo y el mundo árabe estuvieran dominadas o bien por preguntas ansiosas sobre lo que va a pasar o no va a pasar ahora — especialmente con relación al tratado de paz egipcio-israelí y los palestinos—, o bien por embelesados comentarios, positivos o negativos, sobre la nueva era iniciada en Camp David, o sobre el Irán posterior al *sha*. Ya desde los mismos

comienzos de la administración Carter, los acontecimientos de Oriente Próximo han resultado desorientadores en su dramática confusión, por más que las pautas que empiezan a surgir tras la revolución iraní con cada vez mayor claridad parezcan preparar el terreno para un cambio definitivo. Muchos analistas de Occidente argumentan que las energías profundamente percibidas, casi sublimes, del sentimiento antiimperialista y de liberación que alimenta la vida política árabe desde la Segunda Guerra Mundial parecen haberse debilitado.^[107] Como resultado, las viejas y respetadas delimitaciones, las devociones observadas y las

comunidades estables han perdido importancia. Y creo que es cierto que en el mundo árabe hay un nacionalismo más cerrado, menos generoso, que hasta se podría calificar de faccionalismo. En el sorprendente acercamiento y posterior paz con Israel del presidente Sadat, el mundo árabe presenció una acción teatral que, por una vez, superaba los gestos y la retórica teatrales. Hoy la influencia estadounidense se ha convertido, no sólo en una corriente, sino en una institución, garantizada por acuerdos internacionales firmados y sellados en Washington y en las colinas de Maryland, lo más lejos posible de los campos de batalla del Sinaí, los

naranjales y llanuras palestinas, y las cumbres sirias. El Líbano, antaño el centro intelectual del debate cultural y político árabe, hoy apenas tiene entidad, con sus ciudades y pueblos devastados, sus ciudadanos castigados más allá de los límites aceptables, y sus ideales convertidos en un puñado de memorias sarcásticas. Por todas partes donde uno mira, hay hechos de extraordinaria riqueza árabe, extraordinaria confusión árabe y extraordinaria represión árabe. Se sitúan unos junto a otros sin apenas solución de continuidad. No obstante, a pesar —y más allá— de la llamada muerte del arabismo, también puede verse el potencial colectivo de una gran

nación árabe que, aunque hoy parezca pasar por una fase de desunión, todavía puede movilizar los corazones y las mentes de su gente a condición de que su visión sea verdadera y auténtica. Esta es una realidad que no habría que subestimar.

Y, sin embargo, pese a la enorme atención prestada en los últimos meses a Oriente Próximo, dicha atención no ha tenido una especial calidad *analítica*. En Estados Unidos, la prensa, los expertos, la intelectualidad y, sobre todo, los propagandistas del gobierno han tratado Oriente Próximo como un espectáculo con el que se suponía que uno tenía que sentirse entusiasmado.

Estaban en juego intereses estadounidenses, ha habido frecuentes alusiones a la importancia estratégica y civilizadora de la región, ha habido frecuentes estallidos de titulares tan solemnes como dramáticos: un monarca depuesto aquí, una cumbre teatral allá, una flotilla de buques de guerra o de F-15 desarmados que aparecían de repente... Pero ¿cuál era el marco general de todo esto? ¿Cómo, con el conflicto constante todavía en pleno apogeo, se podía hablar racionalmente del problema palestino en los nuevos entornos proporcionados por el tratado egipcio-estadounidense-israelí, los acontecimientos iraníes, la cumbre de

Bagdad de noviembre de 1978, las situaciones en Afganistán, Etiopía, Yemen y Extremo Oriente, las conversaciones SALT, y lo que un periódico calificaba como «el nuevo (des)orden mundial»?^[108]

Se puede empezar diciendo que el mundo árabe oriental, a diferencia de China, a diferencia de Cuba, a diferencia de Vietnam e incluso a diferencia de Argelia, ocupa un lugar curiosamente intermedio, mixto, en la historia, la geografía y la cultura. El mundo árabe es a la vez igual y distinto que muchas regiones del Tercer Mundo. Así, hay muchas posibles analogías entre la resistencia argelina y la

palestina, pero en última instancia dichas analogías se rompen. Del mismo modo, mientras que en su trato a la población árabe autóctona es cierto que Israel es un Estado colonial y se parece a Sudáfrica, también resulta manifiesto, como ya he dicho antes, que cualquier similitud total entre judíos y afrikáneres es simplemente falsa. El mundo árabe no es como la India, China o Japón en su relativa capacidad para aislarse de Oriente o de Occidente, ni tampoco se parece a dichos países en la relativa autonomía de algunas de sus instituciones. Todas estas cosas dan como resultado la verdad, acaso confusa, de que el mundo árabe está a la

vez por delante y por detrás, que es a la vez igual y distinto, a la vez diferente y similar, que el resto del Tercer Mundo. Así, debido a las disyunciones, las rupturas, las discontinuidades de tiempo y espacio, cualquier gran idea —como, por ejemplo, las ideas del islam o del arabismo o de la liberación nacional— no puede aplicarse, ni se aplica, fácilmente. Para utilizar tales ideas hay que redefinirlas, no en términos de restaurar un pasado mitológico, sino en términos de vivir una realidad y un futuro posible. Este problema de redefinición y de aplicación política ha sido un gran problema asimismo en la moderna cultura árabe y en los análisis

occidentales de la región. Etiquetas ideológicas con un inmenso poder miasmático vienen a sustituir al análisis concreto, tanto en el calor del debate árabe como en la atmósfera supuestamente fría del análisis de las políticas estadounidenses, o académico.

Concretamente, ¿qué significa ver el mundo árabe con exactitud? Principalmente significa que, aunque uno pueda calificar la región árabe como una parte diferenciada del mundo, con su propia coherencia histórica y su propia identidad cultural, el mundo árabe sigue estando en el mundo, y forma parte de Asia y África y, en cierto modo, incluso de Europa. Sin embargo, si uno escucha

la mayor parte del debate ideológico árabe, u observa el reciente pensamiento sociocultural árabe, advierte que una gran parte de él trata de separar el mundo árabe de todo lo demás para reafirmar la singularidad árabe o islámica, un tipo peculiar árabe de virtud o de pecado, un destino peculiar. En estas irreales empresas no ha habido precisamente escasez de expertos *occidentales* dispuestos a insistir una y otra vez en quimeras tales como la «mentalidad» islámica o árabe, la personalidad asiática, o la vuelta al «islam» (como si todos estos fueran conceptos simples y monolíticos capaces de explicarlo todo). En

consecuencia, tanto los occidentales como los árabes a menudo se han encontrado en la posición de negarse a afrontar cualquier argumento o cualquier realidad que no se conforme a una idea reduccionista. Como resultado, los argumentos y pensamientos parecen a veces estar incluidos en paquetes herméticos. Pero la ironía es que dichos paquetes herméticos tienen menos sentido político, sustraen el análisis del mundo, y lo hacen menos independiente de lo que uno quisiera. Y ello porque, en vez de entender el modo preciso en que toda experiencia nacional o grupo cultural es diferente del resto del mundo y, sin embargo, se relaciona con él, el

modo en que cambian los tiempos y cambian las personas, con frecuencia Oriente Próximo en su conjunto ha resultado vulnerable o bien a generalizaciones (y políticas) fáciles que le hacen parecerse a otras culturas y naciones de maneras favorecedoras y fáciles de captar, o bien a meras expresiones de autocomplacencia que sugieren que uno puede tener la historia exclusivamente en sus propios términos.

Esto resulta especialmente cierto de la idea de liberación y, en relación con ella, las ideas de modernización, paz, independencia, desarrollo y progreso revolucionario. Es fácil argumentar que ha sido precisamente la incapacidad de

distinguir entre las ideas meramente prestadas y las genuinamente elaboradas sobre la liberación lo que ha llevado colectivamente a los árabes a su situación actual. Una de las finalidades de la iniciativa de Sadat, que ha culminado en la paz con Israel en los términos establecidos por Estados Unidos, era la de responder a la cuestión de si el discurso de la liberación, el redoble de los tambores de la liberación—junto con la represión en casa y la incapacidad o bien de dar un buen rendimiento en el campo de batalla, o bien de presentarse siquiera en el campo de batalla—, es mejor que confesar abiertamente la derrota y la incapacidad

de luchar, si, haciendo esto último, uno puede conseguir territorio ocupado de Israel, además de enormes cantidades de ayuda estadounidense. No obstante, sigue quedando la otra alternativa a lo que hizo Sadat, aunque parezca improbable que esta se adopte. Todo el mundo sabe lo que significa librar una guerra nacional: significa movilización plena, significa sacrificio, y significa líderes que sean auténticos líderes con visión y coraje. Actualmente hay muy pocos ejemplos de tales líderes y de tales luchas nacionales. Demasiado a menudo existen sólo en una retórica hermética, en un vocabulario inflado y —me ha parecido siempre—

melodramático.

El presente imprime al mundo árabe la necesidad de preguntarse *por qué clase de liberación* lucha (o incluso si es la liberación aquello por lo que lucha), además de qué van a hacer los árabes cuando sean «liberados». Una vez más, las respuestas importadas basadas en falsas analogías no servirán, aunque lo hagan durante un breve período (mientras despotricar y hacer pomposas amenazas se consideren respuestas a los actuales dilemas). En cualquier caso, y como ha argumentado Gérard Chaliand en su obra —bastante acerba— *Mythes révolutionnaires du Tiers-monde*,^[109] da mucho que pensar

el hecho de que la mayoría de las luchas de liberación del Tercer Mundo hayan producido regímenes mediocres, dominados por el culto al Estado, la burocracia improductiva y las fuerzas policiales represivas. Aun en el caso de que uno asuma que en este momento el mundo árabe se halla a una distancia considerable de alcanzar la liberación, sigue siendo ventajoso decidir ahora lo que hay que evitar en el futuro, así como lo que se desea. Sin embargo, cualquier reflexión en ese sentido llevará de inmediato a darse cuenta de que, bastante sorprendentemente, no ha habido la suficiente discusión en torno a la comunidad humana en la cultura

política y social árabe contemporánea. Ni tampoco se ha prestado una atención seria a la naturaleza del Estado poscolonial. Este fracaso puede verse de manera fehaciente yuxtaponiendo dos trabajos muy distintos: *Muqadimat li dirasit al mujtama' al'araby* (*Teoría del cambio distorsionado en la sociedad árabe*), de Hisham Sharaby, y el estudio de Murray Bookchin sobre el movimiento anarquista español entre 1868 y 1936.^[110] Permítaseme explicar lo que intento decir en función de estas dos obras diferentes.

El libro de Sharaby trata de diseccionar la sociedad árabe para mostrar que su principal defecto es su

estructura familiar desesperadamente patriarcal, autoritaria y atávica. Se esté de acuerdo o no con el diagnóstico de Sharaby, uno no puede por menos de preguntarse al final del libro qué propone el autor, un conocido y prestigioso intelectual árabe que ejerce la docencia en Estados Unidos, para reemplazar a esa familia. Y entonces uno se encuentra con un vacío casi total. Es cierto que se formulan vagas sugerencias sobre la libertad, la democracia y la modernidad que los árabes conseguirían si se destruyera la familia tradicional, pero no son más que sugerencias dispersas aquí y allá. ¿Y por qué? Por la sencilla razón de que Sharaby no ha

pensado en ello y, de hecho, nuestro propio pensamiento social moderno —al menos en su vertiente académica— parece haberle proporcionado insuficientes ideas concretas sobre la clase de comunidad humana por la que luchan los árabes. Y aquí es donde el emotivo estudio de Bookchin sobre el movimiento anarquista español desde la década de 1860 hasta 1936 me parece que proporciona una importante perspectiva. El anarquismo expresaba el deseo de millones de campesinos y trabajadores españoles en su mayoría pobres y atrasados de dotarse de comunidades libres de represión, burocracia centralizada y gobierno

autoritario. Ningún otro país de Europa tuvo un movimiento como este, por más que, obviamente, se relacionara con todos los movimientos producidos en Occidente bajo la influencia del utopismo y el marxismo. Lo primero que quiero resaltar aquí es que, con las dos excepciones del hoy casi olvidado intento palestino de hablar de una nueva forma de organización social y la tentativa del Movimiento Nacional Libanés surgido durante la guerra civil de 1975-1977 de provocar el debate sobre nuevas formas de sociedad libanesa, apenas ha habido formas sociales concretas por las cuales la gente, los intelectuales y las sociedades

del mundo árabe hayan luchado específicamente, salvo en declaraciones vagamente redactadas y herméticamente cerradas sobre la liberación y la nación árabe. Lo segundo que quiero resaltar es que, como resultado, uno mira alrededor infructuosamente buscando los términos en los que abrir esta clase de debate, ya sea sobre el Estado, la estructura de la sociedad o las formas reales de la vida árabe moderna.^[111] Sobre todo, uno se encuentra con dos tipos de retórica: la retórica de la crítica negativa, el rechazo y la denuncia, por una parte, y, por la otra, la retórica de la vanagloria, la presunción y la autocomplacencia árabe. Ambos lenguajes tienen muy poco

que ver, en última instancia, con la historia o con la política, además de estar demasiado aislados el uno del otro. Y simplemente garantizan que en el futuro el mundo árabe parecerá un lugar al que le han ocurrido cosas; un lugar, en otras palabras, cuyos hombres y mujeres no han hecho bastante para cambiarlo según una serie de ideas y valores sobre la comunidad humana por los que han estado luchando.

Las carencias generales árabes reflejadas en la presente situación se complementan con lo que —a falta de una expresión más afortunada— se podría denominar la visión estadounidense de las cosas en el mundo

árabe y en Oriente Próximo. Hay cierta diversidad de opiniones en la prensa, el gobierno y la intelectualidad académica estadounidense; pero la tosca impronta de la política de Estados Unidos y su concepción de lo que son los intereses norteamericanos se encuentra en todas partes. No es una exageración decir con respecto a esta política que sus imperativos principales son conseguir petróleo y forjar alianzas armadas en oposición a las corrientes populares y/o nacionales. Esto representa una cruda regresión a la visión del mundo de John Foster Dulles. La declaración más clara de la actual política estadounidense se hizo el 12 de junio de 1978 por parte del

subsecretario de Estado Harold H. Saunders en su testimonio ante la Subcomisión del Congreso sobre Europa y Oriente Próximo. Saunders enumeraba un «catálogo básico de intereses» en general que incluía el deseo estadounidense de evitar el conflicto, un «compromiso irrevocable con la seguridad, la fuerza y el bienestar de Israel», un reconocimiento de la importancia del mundo árabe (en particular, «la fuerza y moderación de los principales países árabes») y «un compromiso moral y humano con la población de Oriente Próximo para ayudar a poner fin a un conflicto que ha causado una generación de sufrimiento».

De acuerdo con estos intereses, Saunders esbozaba cuatro premisas de la política estadounidense:

Primera: Puesto que todos y cada uno de nuestros intereses en Oriente Próximo son importantes, la única política nacional viable es aquella que nos permita perseguir todos esos intereses al mismo tiempo. [...]

Segunda: La experiencia de los cuatro últimos años ha mostrado que somos los más capaces de perseguir todos esos intereses simultáneamente en circunstancias en las que haya progreso hacia una solución pacífica del conflicto árabe-israelí. [...]

Tercera: En los últimos años ha habido un cambio significativo con respecto a

Occidente en las relaciones entre las principales naciones de Oriente Próximo y las grandes potencias externas a Oriente Próximo. [...]

Aquí Saunders enumeraba el final de la hegemonía de la Unión Soviética en la región y el hecho de que las naciones de Oriente Próximo prefirieran a «Occidente, [que] ofrece la tecnología y las capacidades de gestión necesarias para el desarrollo de sus países». Luego pasaba a citar el aspecto, no menos importante, de que los «líderes árabes moderados han acudido a Estados Unidos en busca de cooperación para alcanzar la paz y el desarrollo. Su éxito limitará el papel de las fuerzas

radicales...».

Cuarta: Sin restar importancia en absoluto a nuestros restantes compromisos, una definición de los intereses estadounidenses en Oriente Próximo debe tener seriamente en cuenta las nuevas dimensiones de las relaciones económicas de Estados Unidos con la zona.

Un poco más avanzado su testimonio, Saunders afirmaba que esa había pasado a ser la política estadounidense después de la visita de Sadat para convertir Estados Unidos en algo más que «un cartero entre los dos bandos». Tres cuestiones —la naturaleza de la paz, la retirada israelí, «y las

medidas de seguridad que acompañarían a la retirada», así como «el papel de los palestinos»— configuraban el núcleo de las conversaciones de Estados Unidos con Israel, Egipto, Jordania, Siria, el Líbano y Arabia Saudí, aunque Estados Unidos tenía importantes acuerdos y desacuerdos sobre estas cuestiones tanto con los estados árabes como con Israel. Había un aspecto concreto sobre el que Saunders se mostraba (o al menos parecía mostrarse) categórico: «En nuestra opinión, el futuro de Gaza y Cisjordania se halla estrechamente asociado a Jordania y... un Estado palestino independiente que albergara un sentimiento irredentista en este territorio

truncado no sería una solución realista o duradera». ^[112]

Todo el testimonio de Saunders se organizaba en torno a «la paz y la moderación», una expresión obviamente diseñada para excluir el «radicalismo», el nacionalismo y la oposición popular al *statu quo* militar, social y económico. Pero creo que es más importante la opinión implícita de que cualquier conflicto —justo o injusto, razonable o irrazonable, real o irreal— es malo para Estados Unidos, dado que lo que importa para «nosotros» es la ausencia de cambios, la accesibilidad de las corporaciones estadounidenses al petróleo y al vasto mercado de consumo

de Oriente Próximo, y los vínculos bilaterales entre el gobierno estadounidense y todos y cada uno de los principales regímenes «moderados» de la región. Así, tiene que producirse una reducción en el nivel del conflicto árabe-israelí, no en aras de solucionar los problemas de los que dicho conflicto se deriva, sino en aras de Estados Unidos; tan sencillo como eso. Si de paso se pueden resolver también cuestiones territoriales, militares y diplomáticas, pues mejor que mejor. Para eso es claramente para lo que se diseñó el tratado egipcio-israelí, además de proporcionar a Estados Unidos lo que Saunders calificaba de

«una presencia nacional, y no sólo gubernamental». Pero la principal prioridad se reservó al establecimiento de convergencias militares favorables a Estados Unidos y a poder ser desfavorables para los radicales, los nacionalistas o los movimientos populares que veían las cosas de manera distinta. El resultado neto es que, para cumplir el acuerdo, Egipto e Israel se han convertido en clientes completamente dependientes de la industria armamentista estadounidense.

Examinemos un poco más los intereses políticos de Estados Unidos. Tras la importancia del petróleo y la geopolítica subyace una voluntad, no

simplemente de oponerse al nacionalismo y al radicalismo (de los que nunca se habla con claridad), sino de identificarse con sus adversarios lógicos y, por ende, proclamar la enemistad incondicional de Estados Unidos con aquellas fuerzas que, como los movimientos iraní y palestino, se oponen a una alianza estadounidense. Es más, Estados Unidos se identifica activamente como adversario de cualquier tentativa de transformar regímenes clientelares (con independencia de lo opresivos e impopulares que sean), a pesar de su proclamado interés oficial en los derechos humanos.^[113] En Irán, esto no

sólo supuso que Estados Unidos apoyara al *sha*, sino que implicó asimismo abastecer de petróleo al ejército durante el mes de enero de 1979, después de que el *sha* hubiera abandonado ya el país, con la esperanza de que los militares organizaran un golpe de Estado contra las fuerzas de Jomeini. Supuso firmar un tratado de paz independiente egipcio-israelí frente a la oposición jordana, saudí y kuwaití. Supuso seguir alineando los intereses de Estados Unidos con regímenes aislados y represivos cuya principal virtud, en los casos de Israel y Egipto, consistía en ser voluntariosos destinatarios de las armas, los créditos y los conocimientos técnicos

estadounidenses, de un modo que contribuía a «transistorizar» y hacer políticamente analfabeta a la inmensa mayoría de la gente, a cuyos intereses de nada podían servir las importaciones de franquicias de Kentucky Fried Chicken, de Coca-Cola, de automóviles de Detroit y de hoteles Marriott. Y por cada fracaso demostrado de esta política — desde Vietnam hasta Irán, pasando por Etiopía, Afganistán, Pakistán o Jordania — se producía un renovado compromiso, más firme y más costoso, de seguir con ella, como si Estados Unidos tuviera una capacidad de adicción infinita a los fiascos como los del *sha* y Haile Selassie.

Es cierto que, mientras Estados Unidos cuente con clientes entusiastas como Sadat y Begin, la política estadounidense se elaborará irremisiblemente en su favor. Pero una vez más, uno se pregunta qué lecciones se aprendieron de Irán, donde miles de millones de dólares estadounidenses, y armas, y numerosas y fervientes declaraciones de apoyo al *sha* (y a su aparato de inteligencia y policial), no lograron salvar el trono de una oposición básicamente popular y básicamente desarmada. Quizá lo que se aprendió se encarna de manera directa en el tratado egipcio-israelí, donde Estados Unidos se convierte en —y se

hace intercambiable con— uno de esos gobiernos regionales que dicen sin rodeos que están dispuestos a ir a la guerra para quedarse con recursos económicos que pertenecen a otros, que están dispuestos a atacar cualquier movimiento no inmediatamente subordinado a las ideas importadas de paz, moderación y progreso, que están ansiosos por suspender el bien común por deferencia a lo que Estados Unidos prevé que la Unión Soviética podría hacer o dejar de hacer.

La verdadera dificultad de analizar, de hecho hasta de afirmar, los defectos de tales visiones políticas en el actual contexto es que los medios de

comunicación y la intelectualidad progresista —incitados por un gobierno a cuyos intereses sirven gratuitamente— han reservado conceptos tales como los de paz, moderación, modernización y progreso para las peculiares estrategias de Estados Unidos y sus aliados. Incluso a analistas extremadamente independientes como I. F. Stone les resulta difícil resistirse a las disposiciones realizadas en Camp David, y más difícil aún evitar hablar del presidente Carter excepto como un héroe épico.^[114] La idea era, como otros columnistas progresistas se aprestaron a argumentar a partir de septiembre de 1978 —siendo Anthony Lewis

particularmente apasionado en ese punto —, que Camp David «era todo lo que teníamos», y que cualesquiera otras ideas sobre la paz en Oriente Próximo resultaban, en consecuencia, esencialmente violentas, dañinas y maliciosas. De hecho, parecía que el acuerdo entre Begin y Sadat era un paso adelante; ¿y acaso no significaba también que no habría guerra entre Israel y el país árabe más grande y formidable?, ¿no significaba asimismo que aquellos otros árabes que se oponían a Camp David eran antiamericanos, contrarios a la paz y antisemitas? Y lo mejor de todo, ¿acaso no era verdad que por primera vez había

un acuerdo público internacional sobre la existencia de, y hasta el modo de resolver, la cuestión palestina? ¿Acaso Camp David no tenía la virtud adicional de excluir el comunismo y asegurar la paz y la prosperidad de los buenos árabes? ¿Acaso ahora no ocurriría que, en vez de dedicar sus energías a una guerra inútil, los árabes y los judíos por fin podrían empezar a construir sociedades nuevas, progresistas y prósperas bajo los auspicios estadounidenses?

A tales argumentos, y tales —en semejantes términos— preguntas sin respuesta, les acompañaba un silencio absoluto, una ahistórica y terriblemente

obstinada negativa a ver qué más implicaba Camp David, sobre todo en relación con la cuestión palestina. Nadie comentó que Camp David no abordaba—de hecho, ni siquiera llegaba a mencionar— los asentamientos israelíes en Cisjordania, Gaza y los Altos del Golán. Tampoco se hizo comentario alguno del hecho de que, durante el debate sobre Camp David en la Knesset, la presentación de Begin se hizo explícitamente de modo que dependiera de un intercambio, un acuerdo, que era mejor para Israel que para Egipto y «los árabes»: el Sinaí se devolvería a Egipto, mientras que Israel conservaría los otros territorios. Nadie sugirió que la OLP, así

como todos y cada uno de los palestinos, tenía razones para denunciar el llamado plan de autonomía. Esto no era siquiera un engaño, sino un plan *abierto* a fin de colocar para siempre a los palestinos bajo la autoridad militar israelí en un bantustán, cuyo principio en África, por ejemplo, había denunciado Estados Unidos como incoherente con la autodeterminación. Es cierto que durante y después de las negociaciones de Camp David se hizo la sugerencia (que apareció tímidamente en lo que sin duda eran «informes oficiales» autorizados y escenificados para la prensa) de que el plan de autonomía fuera el primer paso de un proceso «irreversible» que llevara

en última instancia a la autodeterminación palestina. Y, sin embargo, ni los documentos de Camp David, ni Sadat, el autoproclamado paladín de Palestina, hicieron mención alguna de ello en el texto de los acuerdos, sino sólo en una serie de cartas anexas a estos; cartas que a su vez serían anuladas por otras cartas israelíes que neutralizaban las esperanzas de independencia de Cisjordania y Palestina.^[115] (Cristalizaba así una pauta iniciada durante la visita de Sadat a Israel: durante el viaje en coche de Tel Aviv a Jerusalén, Dayán le había dicho a su ministro de Asuntos Exteriores en funciones que suprimiera cualquier

mención a la OLP de su discurso ante la Knesset;^[116] durante las ceremonias de la firma, el 26 de marzo de 1979, Sadat simplemente excluyó de sus comentarios hablados cualquier mención a los palestinos por miedo a que ello pudiera «irritar» a los israelíes). Allí donde se hablaba con claridad sobre lo que se suponía que iba a ser el plan de autonomía para los palestinos, se trataba siempre de claridad *israelí* y, de manera mucho más concluyente, de acción israelí sobre el terreno. El día que se firmó la «paz», Israel anunció 20 nuevos asentamientos en Cisjordania, que contaba ya con 77 de tales asentamientos dispersos.

Enseguida volveré a la política israelí sobre los Territorios Ocupados. La cuestión que hay que plantear aquí es por qué, tanto por parte del gobierno como de la prensa y la intelectualidad progresista estadounidenses, no se estableció relación alguna entre lo que el «proceso de paz» hacía de hecho a los palestinos y lo que los palestinos (y, para el caso, la mayor parte del resto del mundo) decían o experimentaban al respecto. El día después de la firma del tratado de paz en Washington, el *New York Times* publicaba un reportaje de Jonathan Kandell sobre Halhul, una ciudad de Cisjordania sometida a un castigo colectivo por manifestarse

contra el tratado el 15 de marzo, en una jornada de protesta durante la cual un trabajador de veintiún años y una estudiante de diecisiete habían muerto a manos de soldados israelíes. A sus 8000 habitantes se les impuso un toque de queda de veintitrés horas, se cortaron los teléfonos, se clausuró la escuela, los comercios y las actividades agrarias; asimismo, proseguía Kandell,

no se permiten las visitas de forasteros. Durante una hora diaria, bajo los ojos vigilantes de soldados israelíes armados, se deja salir a los residentes de sus casas: las mujeres para comprar comida, los niños para hacer ejercicio, y los hombres, forzosamente ociosos, para chismorrear.

«¡No le hable! —le gritó un soldado

israelí a un periodista que se había acercado a un anciano en la calle principal, en los límites de la ciudad, durante la hora de tregua—. ¡No se permite a nadie hablarles!» (27 de marzo de 1979).

Cuando el Departamento de Estado norteamericano publicó su informe de 1978 sobre violaciones de derechos humanos, el *Times* sacó un editorial donde se atacaba al gobierno por atreverse a confundir las cosas (la paz con las «acusaciones» de tortura), como si pretendiera decir que sucesos como el relatado por Kandell, que violan todas las convenciones sobre derechos humanos conocidas, eran hechos menores e irrelevantes. Pero lo que ha

sido peor, creo, es el presupuesto subyacente en el discurso sobre el «proceso de paz» de que los palestinos, jamás consultados, jamás representados, jamás considerados, deberían contentarse con lo que con tanta munificencia se les presenta, por su propio bien. Y esto exactamente al mismo tiempo que cientos de miles de palestinos sometidos a ocupación, la OLP y los palestinos literalmente de todas partes rechazaban el plan de autonomía, afirmaban el apoyo a sus objetivos de autodeterminación e independencia, y hacían oír su voz en todo el mundo. La cuestión es por qué nadie en Estados Unidos se preguntaba

en voz alta cómo es que unos cuatro millones de personas, dispersas más o menos por todas partes, han seguido luchando por su derecho inalienable a poner fin al exilio y la ocupación, si no es porque realmente sentían lo que decían, y realmente consideraban que lo que se sugería para ellos era inaceptable.

En cambio, Zbigniew Brzezinski les decía a los palestinos que su organización, la OLP, estaba acabada: «¡Adiós, OLP!». El presidente Carter, que tan magnánimamente había afirmado que los palestinos tenían derecho a participar en la determinación de su propio futuro (una concesión nada

insignificante después de todo lo que se había dicho y hecho), argumentaba también que «para nosotros» la OLP era una organización como el Partido Nazi estadounidense, el Ku Klux Klan o el Partido Comunista, «y deseamos que desaparezca». En los años transcurridos desde que tomó posesión del cargo, el presidente Carter ha expresado sus opiniones sobre los palestinos en numerosas ocasiones, pero que se sepa hasta ahora ni siquiera se ha reunido nunca con un palestino, y no digamos ya hablar con representantes palestinos. En cuanto a los judíos «blandos» progresistas, los líderes proderechos civiles o las figuras de autoridad moral

de la sociedad estadounidense, ninguno de ellos ha adoptado una postura pública sobre la cuestión de los derechos palestinos, como si los palestinos fueran una figura retórica que hubiera que evitar entre la gente fina, como si aquellos civiles palestinos sistemáticamente maltratados por Israel —según admiten los propios israelíes— no fueran el mismo pueblo que había sido desplazado y desposeído por un sionismo invasor que seguía tratando de colonizar sus últimos restos. Cuando Menahem Begin se reunió con la prensa, en ningún momento le preguntaron cómo era que había resultado elegido con una plataforma que prometía la anexión de

Cisjordania *además de* Transjordania, o cómo casaba su celo moral con relación al sionismo con la destrucción de la sociedad palestina. En cambio, cuando aparecía Yasir Arafat, la prensa siempre le preguntaba sobre lo de expulsar a los judíos hasta el mar, sobre lo de reconocer a Israel o sobre lo de las alianzas de la OLP, sin hacer siquiera la menor mención al hecho de que él y los palestinos a los que representaba eran atacados a diario por un Estado consagrado a la aniquilación palestina.

No es exagerado decir que la retórica de paz en Oriente Próximo utilizada hoy sin la menor disensión por parte de Estados Unidos linda con el

deseo de rebajar, y quizá hasta de hacer desaparecer, la cuestión palestina. Y es a esta solución final, estuviera de hecho planeada o no, a la que el pueblo palestino se resiste hoy. No debería sorprender, pues, que la «paz» así definida no haya encontrado a ningún palestino dispuesto a participar en ella, un hecho tanto más maravilloso cuanto también se recuerda que durante cien años de lucha contra la colonización sionista el pueblo palestino no ha producido ni un solo colaboracionista, ni un solo «representante» dispuesto a aceptar la subordinación palestina a una aplastante falange de fuerzas hostiles oficialmente santificadas por las

potencias occidentales. En un sentido muy real, la paz en Oriente Próximo parece alcanzable por dos caminos posibles, y en un sentido no menos real la diferencia entre ellos resulta actualmente irreconciliable. Uno empieza en Camp David y termina con una «autonomía» sobre la que Israel, Egipto y Estados Unidos gobernarán indefinidamente. El resultado es sin duda la continuación del conflicto, un suministro (y un uso) de armas cada vez mayor, y unas fuerzas populares en aumento alzadas contra Estados Unidos y sus clientes. Ese camino se basa en la esperanza de que el poder sea lo bastante persuasivo como para

quebrantar la voluntad de autodeterminación palestina; así de sencillo. No importa cómo se adorne ese hecho con promesas de modernización, progreso y ayuda estadounidense: no se puede suavizar lo esencial del trato, que es que, a cambio de su obediencia, se promete a los palestinos su constante no independencia nacional.

Los indicadores de ese camino resultan bastante fáciles de leer para cualquier palestino, por más que a muy pocos estadounidenses, por ejemplo, se les haya ofrecido una guía apropiada de su simbolismo. Pero cuando se recuerda que en los pocos años transcurridos desde 1970 los palestinos han tenido

que librar cuatro grandes guerras (iniciadas por Siria, Jordania, Israel y la derecha libanesa, con el apoyo, frecuentemente explícito, de Estados Unidos, que todavía no se decide a declararse a favor de la autodeterminación palestina, una idea no del todo irrazonable, dado el creciente coste que le supone a la región tratar de hacer desaparecer a los palestinos), la militancia palestina resulta entonces algo menos difícil de entender. A la luz de lo que ocurrió después de una política similar en Irán —donde Estados Unidos se alió con un gobierno títere represivo contra la inmensa mayoría del pueblo iraní—, las consecuencias de

emprender de nuevo ese camino, con un coste estadounidense *directo* mucho mayor, son funestas. Además, Israel tiene firmada su paz separada con un Egipto manifiestamente encantado de tener las manos libres frente a Libia y de verse liberado de las obligaciones políticas y sociales a las que sus líderes han renunciado en aras de la *pax americana*. Dispuesto a una mayor agresión contra los palestinos y lo que queda del nacionalismo árabe, abastecido de armas casi ilimitadas por parte de Estados Unidos, y olvidado de la necesidad real de su pueblo de llegar a entenderse en un momento u otro con el mundo árabe, Israel afronta ahora su

futuro.

Cómo se supone que todo esto ha de conducir a una paz global en Oriente Próximo es una cuestión que desafía el análisis. Cualquier evaluación honesta identificaría el camino que aquí he descrito con el que Eqbal Ahmad, el brillante intelectual paquistaní miembro del Instituto de Estudios Políticos de Washington, recientemente ha calificado como un «caso de instintos heredados que ciegan a los líderes ante los procesos históricos» (*New York Times*, 26 de marzo de 1979). ¿Es que la oposición de los líderes estadounidenses a cualquier cosa que huelga a nacionalismo popular es tan

ciega, tan acríticamente aceptada después de Vietnam e Irán, que es incapaz de dar una respuesta que no sea incrementar los esfuerzos para vender más armas y financiar más planes como el tratado egipcio-israelí?

Esta obstinación resulta especialmente desalentadora, y se alimenta al pueblo estadounidense con una retórica que insulta a la inteligencia, en un momento en el que existen claramente otras oportunidades: el segundo camino del que he hablado antes. En las páginas siguientes detallaré las realidades de este otro camino; ahora sólo quiero subrayar el hecho de que todos los estados árabes han

aceptado la Resolución 242 de las Naciones Unidas como la base para la paz en la región; la OLP ha indicado que, a cambio de una declaración estadounidense de apoyo a la autodeterminación palestina que culmine en un Estado independiente, formulará propuestas de paz muy concretas.^[117]

Además, por primera vez en la moderna historia palestina han surgido *a)* unos líderes palestinos legítimos; *b)* un consenso nacional palestino, y *c)* una capacidad en ambos casos no sólo de definir la forma de su autodeterminación (en las líneas definidas con detalle en las tres últimas reuniones del Consejo Nacional Palestino celebradas en 1974,

1977 y 1979), sino también de cambiar su postura de tal modo que se promueva activamente la paz. Si a todo esto se agrega la evidente «moderación» de los líderes árabes con respecto a las futuras relaciones con Estados Unidos, y la predisposición de esos mismos líderes, tras una generación de oposición estadounidense al nacionalismo árabe, a seguir sosteniendo determinados ideales sobre Estados Unidos, entonces el atractivo de una política estadounidense más amplia y menos paranoide debería resultar irresistible para los norteamericanos.

La cuestión ahora es durante cuánto tiempo Estados Unidos seguirá hablando

un lenguaje de buena voluntad y paz al tiempo que persigue objetivos en flagrante contradicción con dicho lenguaje. El presidente Jimmy Carter, como muchos de sus precursores, intenta convencer a todo el mundo de que la estrechez de miras, el militarismo, el faccionalismo y el intervencionismo pueden en un momento dado traducirse en una paz justa y generalizada. Mi opinión es que tal transmutación no puede ocurrir mientras se mantengan esos términos restrictivos, puesto que la transformación se basa, como ha sido siempre históricamente, en la premisa de que los palestinos renuncien a su existencia nacional. Mientras no se

entienda *esa* inaceptable «conexión», se mantendrán los espejismos, la violencia y las pérdidas humanas.

II. Egipto, Israel y Estados Unidos: qué más implicaba el tratado

Mientras posaban juntos en Washington el 26 de marzo de 1979, estrechándose la mano jubilosos y listos para una paz que supuestamente auguraba el final de los problemas en Oriente Próximo, Jimmy Carter, Anwar al-Sadat y Menahem Begin parecieron borrar en aquel instante la terrible y tortuosa historia que tan triunfalmente les había

situado en el centro de la escena mundial. Esta imagen, que pretendía representar el final de una línea de conflicto y de hostilidad, tenía un enorme poder. Pero no hacía, de hecho no podía hacer, más que imponer una especie de anuncio televisivo a una dialéctica continuada contra la que, por primera vez oficialmente, Estados Unidos comprometía ahora directamente su enorme poder. En ese mismo momento, alrededor de un centenar de asesores militares estadounidenses estaban en Yemen del Norte ayudando al régimen de dicho país a combatir a Yemen del Sur. En otra parte de la región, Estados Unidos actuaba en

silencio para reforzar (o, como en los casos de Jordania y Arabia Saudí, camelar) a todo lo que se alzara contra el «desorden» popular, la inestabilidad y la que se había dado en llamar «Media Luna de crisis». La postura estadounidense no podía menos de significar una decidida falta de voluntad de alentar en Oriente Próximo aquellos mismos procesos históricos a los que Estados Unidos rendía homenaje en su propia historia: la lucha por la independencia, los derechos humanos y la liberación de la tiranía. Con la mentalidad popular incitada además a sentir temor y repugnancia ante la insurrección islámica —¿con qué

frecuencia se podían leer artículos sobre la amenaza a la civilización occidental emanada del Oriente islámico?—, y con el creciente resentimiento ante la subida de los precios del petróleo árabe, el esfuerzo de la administración estadounidense por hacer pasar el tratado egipcio-israelí como algo bueno se topó con una oposición bastante lógica. Un sondeo realizado por la CBS y el *New York Times* a finales de marzo de 1979 reveló que la mayoría de la población no estaba convencida con el tratado. La valoración popular era que había costado demasiado; existía una desaprobación generalizada con respecto a la cantidad de armas

prometidas a Egipto e Israel (las estimaciones variaban entre los 5000 millones y los 15 000 millones de dólares); y más del 70 por ciento de los encuestados desaprobaban la promesa estadounidense de suministrar petróleo a Israel durante los próximos quince años. [118]

Sin embargo, como he dicho muchas veces, había una paradoja que sería deshonesto limitarse a descartar. Jimmy Carter era el primer presidente estadounidense que había hablado seriamente —aunque de manera bastante abstracta— del pueblo palestino. También diversos miembros de la oposición israelí como Shimon Peres

habían empezado a hablar, por primera vez, de los derechos y/o los intereses palestinos, y esto sugería una notable diferencia con respecto al pasado. Así, se reconocía que los palestinos eran una presencia con la que había que tratar en serio, aunque habría que decir también que políticamente su posición estaba tan amenazada y su existencia tan a menudo en peligro que les resultaba difícil comunicar en esencia su posición y sus necesidades más allá del mundo árabe. Pero, dada esta nueva atmósfera, ¿por qué el tratado les escatimaba tantas cosas? ¿Qué otra cosa sucedía a la que no se prestaba la suficiente atención?

Empecemos por Egipto. Ha habido

una actitud tan polémica en torno a Sadat (contra él en el mundo árabe, a favor de él en Occidente) que también se ha convertido en una imagen despojada de historia y de significado político. Ya en 1971, durante la misión de Gunnar Jarring en nombre de las Naciones Unidas en Oriente Próximo, Sadat prometió el reconocimiento y la normalización de las relaciones con Israel a cambio de territorio; la sección palestina de su política siempre ha sido un anexo de su bastión principal egipcio. En esta actitud, obviamente, se diferenciaba de Nasser y también de los baazistas sirios, que competían con Egipto por la influencia en el mundo

árabe.^[119] Sin embargo, estas dos filosofías pronto se vieron igualadas en hegemonía por dos bandos nacionalistas no árabes, el Egipto de Sadat y la Arabia Saudí enriquecida por el petróleo. Durante los años setenta, pues, y por primera vez en este siglo, el mundo árabe empezó también a ser objeto de disputa por parte de los estados, y de hecho por parte del sistema estatal árabe, y no exclusivamente de las filosofías políticas transnacionales panárabes. Sadat llevó a cabo la guerra de 1973 contra Israel como una guerra política egipcia, diseñada en un momento cuidadosamente escogido para implicar

a Estados Unidos en los acontecimientos subsiguientes. Cuando más tarde Sadat dijo que las principales barreras entre Egipto e Israel eran psicológicas, lo que estaba diciendo de hecho era que ningún árabe en este siglo se había propuesto afrontar el sionismo en el propio territorio *de este*, esto es, en el terreno psicocultural que este mantenía indisputable *en Occidente*, indisputable porque los árabes nunca se aventuraban a acudir allí. Que Sadat quisiera confrontar al sionismo precisamente allí, ganar apoyos para sí mismo lejos de Israel y en la conciencia occidental, era todo un logro, y de hecho la guerra de 1973 fue el primer paso importante que

finalmente llevaría a Jerusalén y luego a Washington. Pero Sadat desperdició su jugada más creativa.

Su programa era completamente egipcio, desde luego, y no era casualidad que una parte importante de él fuera un desmantelamiento teatral de los programas, el legado y la postura de Nasser en el mundo árabe. La eficacia de la estrategia de Sadat consistía, no en luchar contra Israel directamente, sino en atacar el monopolio israelí del apoyo estadounidense. Su razonamiento era que, en tanto él pudiera conservar siempre la iniciativa y mantener el asunto vivo en la escena mundial, Israel reaccionaría intentando aferrarse a lo

que tenía, con el resultado de que él habría logrado mermar la posición israelí. Del mismo modo que era obvio que Israel no podía librar una guerra sin el apoyo *directo* de Estados Unidos, también lo era que, cuanto más uniera Sadat a Israel, Egipto y Estados Unidos, más fuerte sería su posición y más débil la de Israel. A tal fin, rompió completamente su relación con la Unión Soviética.

No hay contradicción alguna en el hecho de que Sadat fuera el primer líder árabe que consiguiera que el sionismo diera marcha atrás con respecto a algunas de las posturas que antes sostenía: esa había sido su estrategia en

todo momento. Los árabes saudíes, en comparación, estaban demasiado paralizados por su enormemente engorrosa riqueza, y por la disparidad entre su riqueza y su poder político-militar, para hacer otra cosa que defenderse, y limitar la marea opositora en el mundo árabe, mediante un apoyo masivo y generalizado a las fuerzas enfrentadas, como la derecha libanesa y la OLP. Así, tanto Egipto como Arabia Saudí se encontraron oponiéndose a los fuegos todavía intensos del nacionalismo árabe, con el conflicto en el Líbano encendido y avivado. El año 1975, pues, fue crucial, ya que a partir de aquí los caminos de Egipto y Siria,

aliados en la guerra de 1973, se dividieron, al tiempo que se ensanchaba de manera concluyente la brecha que les separaba. Sinaí II fue el artífice de lo primero; la guerra libanesa, de lo segundo. Sadat dio los pasos que dio en Sinaí II para empezar a recuperar *su* territorio, mientras que Siria veía el dilema del territorio perdido en términos *árabes*: este se recuperaría después de un acuerdo global. Sus posturas en este punto siguen siendo opuestas todavía hoy, y la actual implicación de Siria en el Líbano indica para sus partidarios la importancia del internacionalismo árabe, mientras que para sus detractores el Líbano

demostraba el estancamiento derivado de aquellas políticas. Y ello porque la tesis siria-baazista era que el nacionalismo árabe había de tener prioridad sobre cualesquiera tentativas de salirse del redil colectivo árabe (que el baazismo se encargaba de supervisar). Siria estaba dispuesta igualmente a enfrentarse al particularismo egipcio o incluso, como fue el caso en junio de 1976, al nacionalismo palestino —la causa árabe más sagrada de todas—, al que el presidente sirio Asad creía que la OLP había traicionado cuando su ejército lo atacó en el Líbano.

El acuerdo político elaborado

durante la Conferencia de Riad en octubre de 1976 puso de nuevo a Egipto, la OLP y Siria en contacto mutuo, aunque temporalmente, bajo los auspicios saudíes. Entonces Jimmy Carter asumió la presidencia de Estados Unidos. Para un mundo árabe uniformemente incapaz de evaluar, o afrontar, sus repentinas declaraciones sobre los palestinos y la paz global, su acceso al cargo precipitó cambios importantes. Para empezar, parecía casi seguro que Carter —ya fuera por temperamento o por análisis— se hallaba más cerca del argumento nacionalista árabe (es decir, baazista sirio) en torno a la solución al conflicto.

Hasta mediados de noviembre de 1977, todo apuntaba inevitablemente hacia la aceptación de la tesis siria. No sólo Carter dijo en mayo que se sentía enormemente impresionado por Asad después de que ambos se reunieran en Ginebra, sino que Estados Unidos parecía ansioso por coordinar la aprobación árabe de una conferencia de paz en dicha ciudad, así como la presencia allí de los palestinos, y —lo que era más importante— la cooperación de la Unión Soviética. A principios de octubre ya no había ninguna duda de que se celebraría una conferencia en Ginebra organizada en torno a las tesis árabes en

contraposición a las israelíes. Esto señalaba el final de la política de bilateralismo de Henry Kissinger, pero asustó a Egipto e Israel, que ahora veían surgir la posibilidad de un acuerdo político que uniera a la mayoría de los árabes con los palestinos y a las dos superpotencias contra Israel.

Sadat se opuso, pues, no menos que los israelíes a la declaración conjunta de Estados Unidos y la Unión Soviética del 1 de octubre de 1977. Dicha declaración no sólo situaba la cuestión palestina en pie de igualdad con la devolución de territorio egipcio, sino que significaba asimismo una clara victoria del panarabismo sirio. Después

de los terribles disturbios motivados por la escasez de alimento producidos en Egipto a comienzos de 1977, Sadat no podía arriesgarse a: *a)* aplazar la recuperación de tierras y el final del estado de guerra; *b)* abrir políticamente Egipto a las corrientes ampliamente progresistas y antagonistas que los disturbios habían desencadenado, las cuales creía —acertadamente— que estaban vinculadas a tendencias políticas como las de Palestina, o *c)* descuidar la desastrosa desintegración económica y social de su país. Todo lo que hizo durante el año 1977 —por ejemplo, su ataque a Libia en julio— se diseñó para asegurarse la atención y el

beneplácito estadounidense, aunque hasta que anunció su viaje a Jerusalén el 17 de noviembre no logró captar en serio y sin reservas la mirada de Estados Unidos. Ese anuncio lo cambió todo.

La administración estadounidense afirmó que el anuncio le había cogido completamente por sorpresa. Yo no creo que eso fuera cierto, puesto que todo lo que había estado haciendo Sadat durante al menos siete años hasta finales de 1977 indicaba su completa (y sus críticos añadirían que descarada) voluntad de hacer las paces con Israel unilateralmente. Fuera como fuese, Estados Unidos se adaptó con rapidez a

la nueva situación, reordenando sus prioridades para que se adecuaran a un tratado de paz independiente egipcio-israelí. Lo primero que desapareció de la agenda fue la cuestión palestina tal como se había desarrollado a través de las Naciones Unidas; luego vinieron también la declaración conjunta de Estados Unidos y la Unión Soviética, y la acordada representación palestina en la Conferencia de Ginebra. Por su parte, Sadat se apresuró a desvincularse de la OLP —en privado se comentaba que había dicho que Arafat no podía «pronunciarse» sobre nada— y de lo que quedaba del nacionalismo árabe. Toda la oposición nacionalista de Egipto

fue silenciada, la causa palestina fue reformulada (por así decirlo) para que pareciera que Sadat era su paladín, y Egipto mostró su disposición a no considerar imposible ninguna concesión a Israel y Estados Unidos. Sadat contaba astutamente con el hecho de que sus oponentes (salvo la OLP) eran o bien demasiado impopulares en sus propios países para aventurarse a ir contra él, o bien demasiado débiles (Arabia Saudí y Jordania) para hacer otra cosa que negarse miserable e ineficazmente a unirse a la iniciativa.

No dudo que Sadat había estado en contacto con los israelíes mucho antes de noviembre, y que una de las primeras

cosas en las que coincidieron fueron los beneficios económicos que tendría para ambos países una alianza conjunta con las bendiciones de Estados Unidos, una alianza que todos ellos creían que los saudíes favorecerían implícitamente como una especie de esfera de coprosperidad mutua. Aparte de los beneficios inmediatos para los sectores militar y de consumo de ambas economías, la alianza tendría la ventaja de dividir Oriente Próximo entre «ricos» y «pobres», siendo en este último sector donde lo que quedaba del radicalismo y el arabismo se vería primero confinado y luego extinguido. Además, Sadat podría concentrar sus

energías en África —de hecho, existía ya una implicación encubierta de Egipto en el Chad, Zaire y Somalia— y en la transformación de Egipto en parte del nuevo mundo trilateral. En agosto de 1978 había llegado incluso al punto de poner su desierto occidental a disposición de Austria y Francia para el vertido de residuos nucleares. Cuando se celebraron las reuniones de Camp David en septiembre, los acontecimientos de Irán habían reforzado la determinación de Sadat de concluir su acuerdo de paz con Estados Unidos e Israel, aunque también fuera obvio que la cumbre de Bagdad (sobre todo la inminente unión de Siria e Irak

tras diez años de hostilidades) más la insurrección iraní y la incipiente alianza entre Irán y la OLP, suponían una dura prueba para su resolución. Pese a su furiosa retórica superficial, entre septiembre de 1977 y marzo de 1979 todos los estados árabes estuvieron en contacto unos con otros. Cada uno de ellos parecía tratar de impresionar a los demás con su fuerza y su sentido de la responsabilidad; y de ese modo también se podía tratar de convencer a Estados Unidos e Israel. La idea era parecer que se ofrecía a Estados Unidos otras alternativas atractivas a una paz independiente egipcio-israelí. Ningún Estado árabe dejó lugar a dudas en

cuanto a su predisposición a convivir con Israel, ni con respecto a su predisposición a abandonar la Unión Soviética a cambio de la ayuda y la amistad de Estados Unidos.

De todos modos, Estados Unidos se aferró a su prioridad cada vez más estrechamente definida de una paz egipcio-israelí, que se argumentaba que podría representar un firme primer paso hacia un acuerdo global. Lo pretendiera o no, el caso es que Estados Unidos apoyó de hecho en el ínterin todo lo que había de intransigente y regresivo en torno a Egipto e Israel. Y de manera más desastrosa, creo, esta resuelta e inflexible política norteamericana

distanció a Estados Unidos de los palestinos, las masas árabes y el resto del Tercer Mundo, que pasaron a verla como una reacción defensiva y retrógrada a la revolución iraní. No me parece que esta sea una interpretación incorrecta. A los europeos de mentalidad independiente y, obviamente, a la mayoría de los árabes, les parecía que Sadat había logrado introducirse en la conciencia de Estados Unidos como un *americano* dedicado y leal en el Tercer Mundo. Y daba la impresión de que con ello se aprovechaba del hábito fatal de Estados Unidos de dejarse engañar por personajes como el mariscal Cao Ky, Chang Kai-shek o el

sha Muhammad Reza Pahlavi, excluyendo en cambio a otros líderes más genuinamente populares y representativos. Pero lo más desastroso de todo era que los estadounidenses parecían no ver la consecuencia de su apoyo a líderes como Sadat, Begin y el *sha*: a saber, que Estados Unidos estaba reforzando su determinación de considerar sólo aquello que se adecuaba a sus objetivos inmediatos (y, por lo general, más impopulares), los cuales tenían que ver sobre todo con mantener intacto su poder actual.

En ninguna parte era esto más cierto que en Israel. El primero y, en mi opinión, el más ominoso signo de ello

fue la rapidez con la que Menahem Begin fue rehabilitado de su extremismo y terrorismo, y asimilado al proceso de Sadat y Estados Unidos. Hay que decir en su honor que Begin no hizo ninguna concesión sustancial a nadie: él creía en la conservación de los Territorios Ocupados, consideraba a los árabes palestinos como los culíes de Israel, y no vacilaba en su deseo de mantener a Israel como el Estado occidental superior de la región. Durante su mandato como primer ministro, Begin cambió eficazmente la postura de Israel sobre la Resolución 242. El hombre que más tarde se convertiría en su representante ante las Naciones Unidas

argumentó ante una comisión parlamentaria en 1977 que Israel tenía todo el derecho a conservar sus territorios, y que lo que hacía en dichos territorios no contravenía la Convención de Ginebra ni ninguna otra, que, en cualquier caso, no eran ni serían nunca aplicables allí.^[120] Paralelamente, Israel estrechó sus vínculos con Sudáfrica, Chile y Nicaragua, mientras sus líderes militares adoptaban repetidamente la postura de que Israel era un *Estado conquistador* y su política para con los árabes (en concreto los palestinos) era la de reconquistarlos indefinidamente. El 19 de enero de 1979, cuando le preguntaron al jefe del Estado Mayor

sobre los asentamientos judíos en «Judea y Samaria» (Cisjordania), este respondió que Israel no sólo tenía la intención de conservarlos, sino que los árabes que vivían en Galilea (que está dentro del Israel anterior a 1967 y es la región con la mayor concentración de palestinos israelíes) estaban «entregados a un proceso de conquista de la tierra, conquista del trabajo, inmigración ilegal y terror». Es importante tener en cuenta que el general Eytan estaba hablando de unos palestinos que simplemente han permanecido allí (en condiciones bastante miserables) durante los últimos treinta años, no de unos recién llegados.

Pero eso no bastaba para él. Tenía que reafirmar el hecho de que «antes de que existiera el Estado de Israel vinimos aquí a conquistar este país, y por esa razón se estableció el Estado» (*Yediot Aharonot*, 19 de enero de 1979).

Dado que Israel no tenía ningún verdadero conflicto territorial con Egipto, era relativamente fácil prometer la devolución del desmilitarizado Sinaí a Sadat, con la fácil ventaja añadida para Israel de obtener una serie de cosas que el sionismo ha estado buscando durante cien años: legitimidad, la neutralización del mayor Estado árabe y su aislamiento político de todo el mundo árabe, un acuerdo general «de

seguridad» con Estados Unidos, un suministro de petróleo asegurado durante quince años, aproximadamente 15 000 millones de dólares en armas y ayuda, un mercado árabe grande y extremadamente vulnerable que explotar, y una enorme reserva de mano de obra egipcia no cualificada y barata. Pero allí donde el territorio era un problema, se tomaron las medidas más extraordinarias para asegurarse de que Israel lo controlara siempre. La prensa estadounidense, con sólo unas pocas excepciones, ha prestado muy poca atención a lo que Israel decía y hacía en Cisjordania, en la que puede ser una de las omisiones más escandalosas de toda

la historia del periodismo. Y ello porque, al dar la impresión de que la «autonomía» que se ofrecía a los palestinos guardaba alguna semejanza con el significado de este término, la prensa estadounidense realizó un prodigio de legitimación para que prosiguieran la represión, el asentamiento y la consolidación israelíes en Gaza y Cisjordania. Y lo que es peor aún, la ausencia total de crítica, ya fuera en la prensa o en el texto de los acuerdos de Camp David, a la política israelí en los Territorios Ocupados hizo que la negativa palestina y jordana a participar en el establecimiento de la «autonomía» o

«autogobierno» pareciera irracional y gratuita. Dada la predisposición estadounidense y egipcia a secundar tácitamente lo que ocurría en Gaza y Cisjordania, Israel tenía, en consecuencia, las manos libres no sólo para decir y planificar lo que iba a hacer, sino —como los palestinos que viven bajo la opresión de Israel sabían por propia experiencia— para *hacerlo*.

Históricamente, con el sionismo siempre ha ocurrido que los detalles han contado bastante más que los principios generales. El hecho de cubrir esos detalles tanto con la fuerza como con «hechos» legales ha asegurado al sionismo la permanencia de nuevas

«realidades creadas». En el marco de este programa, pues, Begin vino a añadir sus particulares habilidades legales a lo que habían hecho los anteriores gobiernos laboristas. Su política se diferenciaba de la del general Rabin, por ejemplo, sólo en el hecho de que Begin confiaba mucho menos en la mera fuerza y/o la improvisación. Los Territorios Ocupados o Administrados pasaron a conocerse como territorios «liberados», y, junto con la concesión que le sonsacó a Sadat en Ismailía el 26 de diciembre de 1977 de que el ataque de Israel a los árabes en 1967 había sido defensivo (un argumento que halló buena aceptación no sólo en la derecha

estadounidense, sino también en el propio corazón del *establishment* progresista de izquierdas),^[121] ello permitió a Begin considerar la adquisición de territorio árabe *legalmente justificada*. Hay que señalar aquí que, cuando David Ben Gurión declaró el nacimiento del Estado de Israel en 1948, deliberadamente excluyó de su declaración cualquier mención a las fronteras israelíes.^[122] Begin dio el paso mucho más hábil de asegurar la legalidad de dichas fronteras, constantemente en expansión. Además, cuando propuso su plan para la autonomía palestina, tuvo buen cuidado de distinguir entre el autogobierno de

sus habitantes y la soberanía del territorio en el que vivían. Como Vladímir Jabotinsky, su maestro ideológico, Begin estaba reconociendo la inconveniencia (de hecho, el perjuicio positivo) para los judíos de tener que preocuparse de una raza inferior, al mismo tiempo que conservaba para Israel el derecho al poder y al asentamiento en todo lo que Dios había dicho (estuviera donde estuviese) que era territorio judío. Sobre esta mezcla de teología, refinamiento legal y meras falsedades, la prensa estadounidense, junto con la comunidad académica progresista, ha tenido muy poco que decir, pese a haber publicado numerosas

expresiones de auténtica consternación ante los excesos islámicos de Irán. Al mismo tiempo que se prolongaban indefinidamente las angustiadas disquisiciones, en su mayor parte ignorantes, sobre el posible significado de la República Islámica de Ruhollah Jomeini, no se hacía el menor esfuerzo por entender la teocrática visión de las cosas de Begin, y mucho menos por señalar detalladamente lo que este quería decir cuando hablaba de autonomía para la gente pero no para el territorio en el que vivía.

Hay que decir en su honor que los periodistas y figuras políticas israelíes se mostraron muy abiertos sobre estos

temas. Aunque como siempre, obviamente, las obras hablaban bastante más convincentemente que las palabras. Poco después de la Conferencia de Camp David, Begin empezó a pedir más asentamientos, un proyecto que dejó en las capaces manos del general Ariel Sharon, ministro de Agricultura y el «superhalcón» más radical del país, cuyo historial incluye varias incursiones mortíferas en asentamientos civiles palestinos.^[123] A finales de 1978, Israel tenía 77 asentamientos sólo en Cisjordania, y había confiscado aproximadamente el 27 por ciento de la tierra. Aunque es cierto que el «marco» de Camp David especificaba «una

reducción» del número de tropas israelíes que permanecerían sobre el terreno durante el período de transición de cinco años, estaba el hecho mucho más significativo de una creciente población de colonos israelíes cuya vanguardia era el Gush Emunim, un grupo de fanáticos cuyo celo y violencia hacen que las hordas «islámicas» parezcan decididamente apacibles. Incluida la Jerusalén árabe, fuentes fidedignas sitúan su número en 90 000, con planes de añadir a varios cientos de miles más.

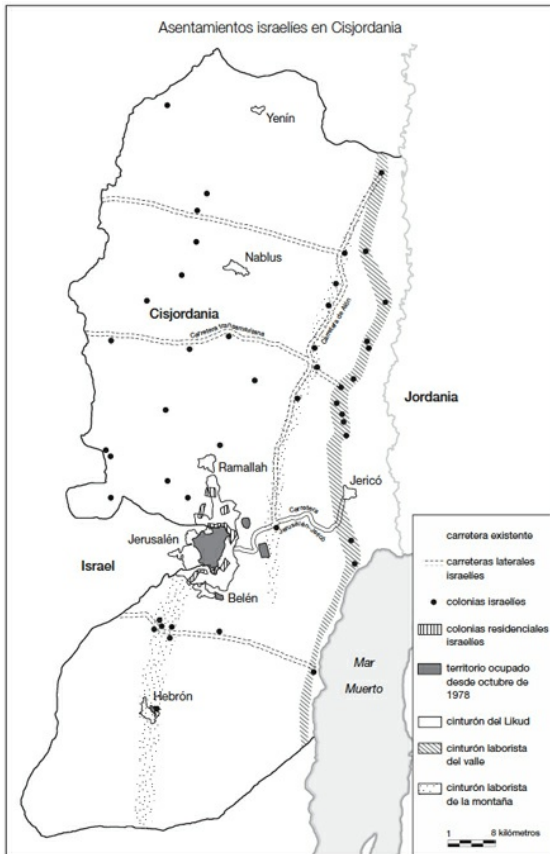
Para los palestinos no quedaba duda alguna de que la autonomía jamás podría convertirse en algo más que una reserva

cuidadosamente regulada y
minuciosamente controlada para
confinarles y, como lo expresaba una
autoridad en nacionalismo palestino que
enseñaba la materia en la Universidad
de Tel Aviv, «para eliminar sus
aspiraciones nacionales».^[124] En
Cisjordania se hicieron varias cosas
importantes para asegurarse de ello.^[125]
Según la tesis denominada «de la doble
espina dorsal», la parte de Israel situada
al este de la Línea Verde (frontera
anterior a 1967) sería vulnerable a un
ataque a menos que la propia
Cisjordania se reconstituyera como una
espina dorsal militar paralela a la
estructura de Israel propiamente dicha.

A tal fin, Cisjordania sería —y ha sido ya— dividida en sectores por una serie de carreteras norte-sur y este-oeste (véase el mapa de la página siguiente). Estas serían carreteras de acceso militares (gracias a la generosidad de los presidentes Carter y Sadat, permitida en el «marco» de Camp David), además de configurar las fronteras exteriores de una serie de cuadrantes en los que se concentraría a la población palestina. Así, en torno a cada grupo importante de palestinos habría carreteras que asegurarían el control militar israelí de la zona; además, las propias carreteras serían reforzadas por asentamientos israelíes. Como explicaba Sharon en una

entrevista publicada en *Ma'ariv* el 26 de enero de 1979: «No sólo [debería haber allí] asentamientos: debería haber carreteras que aseguraran la continuidad territorial entre las ciudades y los asentamientos. Y no sólo carreteras: una amplia infraestructura de campamentos del ejército y cinturones de entrenamiento militar». Así pues, continuidad para el sionismo y discontinuidad para los palestinos.

Asentamientos israelíes en Cisjordania



Ya que alrededor del 30 por ciento del suministro de agua de Israel proviene de Cisjordania, debe asegurarse el uso israelí de las fuentes de agua, con o sin autonomía. De ahí que la estructura de abastecimiento de aguas hoy funcione de manera completamente independiente de la autoridad municipal de Cisjordania. La actual situación de seguridad en Gaza y Cisjordania otorga al gobernador militar poder para censurar todo lo que se escribe; deportar, detener y destruir las casas de los sospechosos de subversión, y emprender prácticamente cualquier acción cuyo objetivo sea proteger al

Estado de Israel. Pero lo que es seguro, como explicaba Zeev Schiff en *Haaretz* el 14 y 16 de enero de 1979, es que la autonomía palestina dará al gobierno y al ejército israelíes el derecho a continuar con este estado de cosas más o menos indefinidamente. Según las disposiciones de Camp David, Israel tiene derecho a combatir la «subversión» política, cuyo objetivo, como decía el mismo Schiff con bastante claridad, es cualquier cosa que pueda incrementar la probabilidad del nacimiento de un futuro Estado palestino. Así pues, la detención, la deportación y el castigo colectivo proseguirán, dado que el ejército

permanecerá en Cisjordania. Así es como Schiff preveía «las operaciones de seguridad» en la autonomía, cuyo consejo de gobierno está formado por representantes palestinos, israelíes, jordanos y egipcios:

Las autoridades de seguridad general [en Gaza y Cisjordania] han logrado extender una red de inteligencia buena y compleja. Se puede suponer que esta situación seguirá existiendo bajo la autonomía. Pero el problema no reside en recabar información. La cuestión es qué habría que hacer con esa información. ¿Podrán actuar libremente, o se verán limitados a registrar la información y conocer la situación?

Para asegurar el correcto uso de la información de inteligencia a fin de

combatir a los terroristas [Schiff usa la palabra clave estándar israelí para aludir a los nacionalistas palestinos que quieren la independencia], se requieren condiciones especiales que afectan a otros aspectos. Unas fuerzas locales de policía fuertes, como se mencionaba en el acuerdo de Camp David, no bastan; la consulta entre los policías palestinos y las autoridades de seguridad israelíes no es suficiente. Está claro desde el punto de vista de la seguridad que nadie que desee combatir a los terroristas puede dejar el derecho a detener a las personas sospechosas de terrorismo o de hostilidad en manos de otros.

Un policía palestino, que reciba información de la seguridad israelí sobre personas sospechosas de actos terroristas, no durará mucho si no hace saber a los sospechosos que están en peligro. Por lo

tanto, la cooperación de la policía local [esto es, palestina] en tales detenciones sólo debería ser formal. Y no cabe duda de que los interrogatorios en asuntos de seguridad también deberían dejarse en el futuro en manos de las autoridades de seguridad general israelíes. Esta es una condición fundamental si queremos tener éxito en la lucha contra los terroristas en la autonomía y en Israel. La situación es distinta en cuanto al procesamiento legal de los terroristas. En este caso puede haber plena cooperación entre Israel y las autoridades gobernantes de la autonomía. También puede haber cooperación en el área judicial, pero este es un tema más delicado que el procesamiento. En este tema Israel debería tener alguna prioridad, y lo mismo vale para los representantes israelíes en el comité que debe permitir la entrada a los refugiados y que está claro

que actuarán según las directrices establecidas por las autoridades de seguridad general [israelíes] (*Haaretz*, 16 de enero de 1979).

Como en muchas de las otras cosas que Israel prevé con respecto a su gobierno sobre una autonomía que se supone que satisface las demandas de autodeterminación palestina,^[126] Schiff concluye que, en consecuencia, el aparato de seguridad israelí «tocará todos los aspectos de la vida palestina». Se puede entender muy bien cómo esta proyectada visión de la autonomía coincide con la hostilidad israelí hacia los palestinos, pero lo que uno busca en vano es un razonamiento que presente

este plan como algo aceptable para los palestinos que tendrían que experimentar sus rigores. Nada en Israel (y desde luego nada en lo que ha dicho Begin) permite a los palestinos la menor esperanza de que la «autonomía» sea algo más que una continuación de la dominación militar. Recuérdense también que la autonomía y el autogobierno se aplican sólo a los palestinos de Gaza y Cisjordania: las disposiciones para la repatriación de refugiados afectan sólo a los palestinos que originariamente residían en Cisjordania o Gaza, es decir, las alrededor de 150 000 personas que fueron expulsadas en 1967. Dado que incluso los aspirantes «legítimos» a la

repatriación van a ser cribados por Israel, resulta manifiestamente imposible que se incluya a los más de dos millones de palestinos que no proceden de Gaza o Cisjordania, y que hoy viven en el exilio. Según Moshé Dayán, se espera que esos palestinos se queden donde están. Así, tal como la describía un distinguido escritor palestino, la autonomía en el marco de Camp David significa de manera precisa —y nada vaga— lo siguiente:

A una fracción del pueblo palestino (menos de un tercio del total) se le promete una fracción de sus derechos (entre los que no se incluye el derecho nacional a la autodeterminación y a tener

un Estado) en una fracción de su patria (menos de una quinta parte del área total); y esa promesa va a realizarse dentro de varios años, a través de un proceso gradual en el que Israel va a ejercer un poder de veto decisivo sobre cualquier acuerdo. Aparte de eso, se condena a la inmensa mayoría de los palestinos a la pérdida permanente de su identidad nacional palestina, a ser permanentemente exiliados y apátridas, a una permanente separación unos de otros y de Palestina, a una vida sin una esperanza o un significado nacional.^[127]

El tratado egipcio-israelí consagra esta situación sin la menor ambigüedad en absoluto. El argumento progresista estadounidense es que: *a*) en las actuales circunstancias esto es más de lo que se

ha dado nunca a los palestinos y, en consecuencia, deben aceptarlo, y *b)* además, una vez iniciado el proceso de autogobierno —con elecciones, una vida política normalizada, etc.—, las cosas *probablemente* evolucionarán hacia un Estado palestino. Así que dicho Estado simplemente surgiría como por arte de magia, como se daba a entender en un simpático artículo de Anthony Lewis titulado «And Now the Palestinians» publicado el 26 de marzo de 1979 en el *New York Times*. Pero lo que todos estos argumentos no tienen en cuenta son los tres factores que han hecho de la cuestión palestina precisamente el problema que ahora es: 1) la realidad

del sionismo como una práctica sistemática *para* los judíos *y contra* los no judíos; 2) la realidad de la historia palestina, que no es una variopinta serie de acontecimientos casuales, sino una experiencia coherente de desposesión por parte del sionismo, así como una respuesta dialéctica en forma de progreso beligerante hacia la autodeterminación; 3) el verdadero conflicto entre el sionismo y los palestinos, un conflicto que no es un malentendido, sino un auténtico enfrentamiento entre fuerzas opuestas, y además un conflicto insertado en una región concreta, con una historia concreta, y que pone en juego una

conjunción de numerosos factores regionales, internacionales y culturales diversos. Hay una ironía casi desesperada en el contraste entre la enmarañada densidad de estos tres factores y el optimismo expresado en ocasiones por responsables políticos bienintencionados. Y la ironía se agudiza aún más cuando el éxito del autogobierno palestino se hace depender obviamente de la muerte —o, cuando menos, la desaparición— de la OLP, y la conveniente aparición en su lugar de colaboracionistas palestinos «razonables» ansiosos por negociar su emasculación política indefinida. Hasta ahora no ha aparecido ninguno, aunque,

desde luego, no puede haber ninguna garantía de una resistencia continuada.

Ahora debemos preguntarnos qué es lo que —aparte de rechazar unánimemente la clase de acuerdo explícito en el marco de Camp David y el tratado egipcio-israelí— han hecho y dicho los palestinos. Es este poco conocido drama el que pasaremos a examinar a continuación.

III. Realidades palestinas y regionales

Cuando antes he hablado de Oriente Próximo como un lugar mixto, intermedio, tenía en mente la excentricidad del problema palestino, además de las particularidades de la región en la que se sitúa cultural, política e históricamente. En otras palabras, aunque para los palestinos sea cierto que su desposesión se ha producido a manos de un colonialismo invasor, esta visión se corresponde sólo

con lo que les ha pasado como víctimas; pero no incluye ni los auténticos horrores del antisemitismo europeo, ni tampoco, en el contexto actual, habla de los hechos de que Israel es un Estado con auténticos logros para los judíos; que cuenta con el compromiso de su pueblo y de muchas partes del mundo; que el sionismo israelí y la resistencia palestina no poseen las características prístinas y relativamente sencillas que tiene, por ejemplo, la lucha de la mayoría negra frente a la minoría blanca en el sur de África. Luego está también el hecho problemático de que la lucha de liberación árabe, a diferencia de la mayoría de las demás luchas similares,

está relativamente bien financiada; la mera presencia y disponibilidad de un capital casi ilimitado guarda una extraña relación incluso con la propia idea de liberación. Creo que no hace falta demasiada argumentación para afirmar que ese mismo problema —aunque cualitativamente no tan acentuado— surge al hablar de la «lucha de liberación árabe», como normalmente se la denomina. En este contexto retórico, basta preguntarse por el significado preciso de la liberación árabe (cuando, al mismo tiempo, los estados petrolíferos árabes han sido asimilados de buen grado por las economías occidentales, cuando su vida política no

tiene básicamente nada de liberada, y cuando hasta los más radicales de entre ellos han mostrado, en el mejor de los casos, una escasa predisposición a apoyar la lucha palestina) para convencerse de ello de manera eficaz.

Aun así, tengo que repetir lo que ya he dicho en este mismo libro y también en mi obra *Orientalismo*: que la discusión sobre el mundo árabe en general, y sobre los palestinos en particular, resulta en Occidente tan confusa e injustamente sesgada que se necesita un gran esfuerzo para ver las cosas tal como, para bien o para mal, *son en realidad* para los palestinos y para los árabes. El peligro estriba en

que, al tratar de representar de una manera justa las complejas circunstancias del conflicto palestino-sionista, puede que personalmente no esté haciendo bastante para disipar la gran acumulación de mentiras, distorsiones y voluntaria ignorancia que rodea la realidad de nuestra lucha. Quizá en tales casos no haya ninguna fórmula sencilla para dejar que la verdad aflore, pero, desde luego, yo añadiría que en mi caso concreto tengo la firme creencia de que la suficiencia histórica y moral de la causa palestina al final sobrevivirá y superará a cualesquiera tentativas de tergiversarla. Al final, obviamente, es la lucha de un

pueblo, y no sólo de quienes escriben sobre ese pueblo, la que determina su historia. Pese a ello, la escritura ciertamente vale para algo y, por lo tanto, conviene aclarar ciertos aspectos.

El primero es que, a pesar de todo lo que se habla sobre los palestinos, ha habido siempre una tendencia política, periodística y hasta cultural a posponer una discusión seria sobre ellos. Interpreto que eso es lo que vienen a decir algunas figuras inteligentes del *establishment* como George Ball (véase su artículo de opinión publicado en el *New York Times* del 1 de abril de 1979 titulado «The Mideast Challenge»). En su comprensible celo por proteger y

santificar la paz egipcio-israelí, es más que probable que el gobierno estadounidense esté apoyando esa tendencia al aplazamiento. ¿Por qué, si no, el gobierno sigue sosteniendo la absurda idea de que puede prescindir de la OLP cuando resulta evidente (como varios altos funcionarios de la administración han estado diciendo en privado) que la OLP *es* la cuestión palestina, y resulta igualmente evidente que no hay siquiera la más remota posibilidad de que surja un liderazgo palestino alternativo, ya que la OLP es un organismo demasiado legítimo y representativo como para que tal cosa ocurra? Según los términos de Sinaí II y

el acuerdo establecido entre Henry Kissinger y los israelíes, Estados Unidos no reconocerá o hablará con la OLP a menos que esta última acepte la Resolución 242 y reconozca a Israel. Esta condición tan extremadamente rígida y académica, que ata con impudicia a una gran potencia a los petulantes caprichos de un Estado clientelar y restringe el tema palestino exclusivamente a un problema de refugiados, ha negado legitimidad a la OLP y, por ende, a los palestinos en el ámbito político estadounidense. Obviamente, esto ha contribuido al aplazamiento del que hablaba Ball. Y también, obviamente, ha alentado a

Israel y a sus intransigentes partidarios en Estados Unidos a seguir asociando a la OLP (y a los palestinos en general) con el terrorismo, el radicalismo y la irresponsabilidad.

Esta no es sólo una cuestión de estrategia retórica. Para empezar, la prensa y la comunidad intelectual han apoyado este punto de vista con sólo ocasionales excepciones. Cuando recientemente una importante cadena de televisión dio el paso gigantesco de mostrar en realidad un retrato relativamente comprensivo de los palestinos en una hora de gran audiencia, lo hizo en forma de película acerca de por qué «los terroristas» son

terroristas (es decir, que tienen alguna razón para ser terroristas). El narrador hizo un discurso sin precedentes asegurando a la audiencia que *él* no justificaba el terrorismo; y, sobre todo, el programa se emitió sin ningún patrocinio comercial. Creo que es una simple constatación que la mayoría de los estadounidenses que sienten que deben declarar su apoyo a Israel como Estado no tienen ni idea de que los palestinos vivían donde ahora está Israel, y son refugiados no porque sean antisemitas, sino porque los sionistas simplemente echaron a muchos de ellos. Esta circunstancia ha servido muy bien a la propaganda sionista, y ha impedido

que se escuchara, y mucho menos tomara en serio, cualquier opinión discrepante. En consecuencia, hablar de derechos palestinos es verse obligado o bien a aceptar el marco carcelario de Camp David, o bien a explicar defensivamente las alianzas de la OLP, o cómo es que a los «árabes» les gusta matar judíos, o por qué el Israel democrático tiene que aguantar a un montón de musulmanes medievales y represivos. Mientras tanto, el gobierno puede seguir usando el «radicalismo» palestino —por no hablar de seguir aislando a estados como Irak y Libia— como un modo de fomentar las políticas en las que tan imprudentemente ha invertido, o de mantener viva la

opción de un ataque militar contra los palestinos, los libios o los iraquíes.

Tales demonios sirven a un propósito útil. ¿Cómo, si no, cabe entender el silencio total de Estados Unidos y de su intelectualidad progresista en torno a la criminal atrocidad de la incursión israelí de marzo de 1978 en el sur del Líbano? A los aliados de Estados Unidos se les permitió llevar a cabo masivas guerras «preventivas» con armas estadounidenses como bombas de racimo contra civiles para demostrar que se castigaba el «radicalismo» y el «terrorismo». Mientras, cuando los aliados estadounidenses como Israel

patrocinan guerras manifiestamente genocidas (otro ejemplo: la continua matanza de civiles por parte de Indonesia en Timor Oriental), no se dice ni una palabra. El principal resultado de ello ha sido el de mantener a Israel asociado a causas políticamente «buenas» como la disensión judía en la Unión Soviética, y contribuir aún más a la eliminación del nacionalismo palestino.

El círculo de discusión, formación política y debate cultural se hace cada vez más pequeño, con una tendencia restrictiva alimentando y reforzando a la otra. La principal víctima de ello ha sido la cuestión palestina, que ha

representado uno de los factores más importantes de la moderna política árabe y de Oriente Próximo.^[128] En ningún momento esa minimización y empobrecimiento del debate han resultado más desastrosos que ahora, y ello por razones que apenas hace falta mencionar aquí. Lo que trataré de hacer en las páginas que siguen es, pues, dotar de sentido a los procesos que implican a los palestinos y a los árabes. De este modo, quizá pueda ayudar al lector a entender las cosas en cierta medida tal como las ve una inmensa mayoría de personas en Oriente Próximo, y es posible que a partir de ahí surja poco a poco un marco más amplio y más

preciso de discusión y de debate. Al menos podrá devolverse algo de urgencia humana y política a cuestiones que, por lo general, se tratan como eslóganes reificados y convencionales. Y, sobre todo, me gustaría continuar con lo que he intentado hacer a lo largo de todo el libro: comunicar una descripción de la cuestión palestina como algo que ha movido a mucha gente por genuinas razones humanas, como algo vivido y no meramente acontecido, dinámico e histórico al mismo tiempo.

Quiero desarrollar especialmente dos ideas, las cuales, considerando lo que acabo de decir, son tan importantes como por lo general ignoradas en los

análisis del período posterior a Camp David. En cualquier caso, es necesario entenderlas si se pretende comprender las realidades políticas de Oriente Próximo. La primera idea es que ha habido algunos cambios y acontecimientos muy importantes en la postura palestina desde 1967, y estos se han expresado, aunque nunca se les haya dado el peso político que tan urgentemente merecen. La segunda es que, sólo si se contempla la cuestión palestina en su filiación a los grandes procesos históricos de Oriente Próximo, se puede evaluar o apreciar genuinamente su importancia y su poder.

He empezado este libro hablando de

la diferencia entre Palestina como realidad histórica (que ya no existe) y como actual causa política, como proceso hacia la autodeterminación para los palestinos, que no tienen Estado ni existencia nacional propiamente dicha. Entre el momento en que desapareció Palestina y el momento en que resurgió su causa como factor político en la escena mundial hubo de transcurrir mucha historia, sobre todo en la propia comunidad palestina. Para aquellos palestinos que realmente perdieron Palestina —la generación de mis padres, en términos de nuestros líderes políticos—, Palestina era la Palestina árabe, *Filastin Arabiyah*. En ningún aspecto

significativo podía esa generación aceptar el hecho de que Palestina se hubiera convertido en Israel, o que nunca jamás en su vida volvería a ser un país predominantemente árabe. Gran parte de la vida política y cultural del mundo árabe en el período transcurrido entre 1948 y 1967 reflejaba opiniones similares. Israel, a la vez la causa innombrable de todos nuestros males y la menos conocida de nuestras realidades, absorbía las energías nacionales árabes en extraordinaria medida. Israel determinaba los límites del arabismo, definía a nuestros enemigos por nosotros (el imperialismo, Occidente, etc.), y legitimaba regímenes

en más o menos todo lo que hacían para combatir al «sionismo». La historia de esos años —con la perspectiva de unas instituciones ya sesgadas y desviadas por el colonialismo, y sesgadas todavía más por la desigual batalla entre Israel y unos regímenes militares represivos e incompetentes— todavía está por escribirse.^[129] Pero nada en esa historia ofreció demasiado a los palestinos, excepto filosofías y partidos políticos basados en un nuevo y glorioso retorno a la «nación árabe» y a una Palestina árabe.

Digo todo esto debido a los dramáticos acontecimientos que sucedieron a partir de 1967. El

nasserismo, el baazismo, el movimiento nacionalista árabe y el fundamentalismo islámico, además de casi todo el espectro de partidos de izquierda, naufragaron dramáticamente tras la guerra de junio. Todavía no se han recuperado de aquella derrota, aunque en algunos casos sigan llevando una existencia privilegiada. Mi opinión es que la mayoría de dichos movimientos estaban sólo parcialmente en contacto con las realidades sociopolíticas y culturales que abordaban; por lo demás, se trataba de filosofías prestadas de diferentes partes del mundo, de diferentes períodos de la historia, no asimiladas e insuficientemente

reformuladas para los papeles contemporáneos que se les había asignado. En ninguno de los países árabes orientales (ni siquiera Egipto) se había producido una ruptura decisiva entre los períodos colonial y poscolonial. Sin duda, esto resulta patente cuando se compara Argelia con, digamos, Siria, Egipto o Irak. Cada cambio de régimen comportó sobre todo un cambio de personal; aunque la estructura de clases, las formaciones culturales y las instituciones económicas experimentaron avances de profunda importancia, no llegaron en absoluto a alcanzar el punto de la transformación revolucionaria. También en este sentido

el Oriente Próximo árabe siguió siendo un lugar intermedio, situado en una especie de equidistancia entre la estabilidad burguesa generalizada del mundo atlántico y las catastróficas revoluciones del Tercer Mundo en la posguerra.

Gamal Abdel Nasser fue el único líder de su generación que se tomó en serio la idea del antiimperialismo en el Tercer Mundo, pero hasta su interés en la izquierda y en la Unión Soviética vino después de que Occidente le hubiera rechazado. Creo que este hecho configuró siempre su política; hizo de él un gran líder en un sentido, y una figura sumamente limitada en otro. Como sus

numerosos seguidores en las filas de la élite política árabe, subordinó el desarrollo de una cultura nacional de genuina oposición a nivel popular al desarrollo de un Estado sobrecargado por arriba de seguridad nacional, entre cuyos principales oponentes se incluían una abstracción llamado «sionismo», la izquierda egipcia, Estados Unidos (que Egipto anhelaba atraerse), y cualquier líder árabe que no aceptara de buen grado la hegemonía egipcia. Por eso el marxismo nunca arraigó con fuerza en Egipto, aunque no deje de ser un hecho interesante que en los años de Nasser fuera la cultura egipcia, y la cultura árabe en general, la que desempeñó un

papel político de vanguardia, muy por delante de los diversos regímenes.^[130]

Aun así, Nasser fue una figura gigantesca que, a pesar de sus defectos, despertó las energías nacionales árabes de su prolongado letargo. Y de paso, hizo de Egipto el punto focal del mundo árabe, mientras que hoy, al haber perdido su aureola árabe, el Egipto de Sadat se ha transformado en un país grande e inclasificable como Nigeria o Brasil.

Como ya he dicho antes, hasta 1967 la política palestina pasó por fases de desarrollo similares y muy influenciadas por las corrientes del mundo árabe. Cuando el movimiento de resistencia

palestino recuperó fuerzas después de 1967, se alzó como el primer movimiento político del mundo árabe que afrontaba de forma inmediata la presencia de judíos en Palestina. Durante la dominación jordana de Cisjordania, entre 1948 y 1967, el nacionalismo palestino siguió prosperando,^[131] pero la ocupación israelí situó íntegramente la cuestión palestina en una posición de enfrentamiento en extremo directo con respecto al sionismo israelí. Esto nunca había pasado antes. En 1948, la oposición palestina al sionismo no había sido ni políticamente coherente ni eficaz; la pérdida del país se consideró

sobre todo una pérdida *árabe*, y las políticas sionistas, como ya he dicho, se diseñaron principalmente para vaciar el país y no para gobernar a los árabes. A partir de 1967 esta situación cambió.

Pese a la dispersión y el exilio, el movimiento de resistencia palestino (que más tarde pasaría a conocerse como la OLP) formuló una idea y una visión de Oriente Próximo que rompía abruptamente con todas las ideas pasadas: era la idea de un Estado democrático laico en Palestina para árabes y judíos. Por más que se haya convertido casi en un hábito ridiculizar esta idea, no hay forma alguna de minimizar en serio su tremenda

importancia. Aceptaba lo que varias generaciones de árabes y palestinos no habían sido capaces de aceptar nunca — la presencia en Palestina de una comunidad de judíos que había ganado su Estado por conquista—, pero iba más allá de la mera aceptación de los judíos. La idea palestina postulaba el que todavía sigue siendo, a mi entender, el único destino posible y aceptable para el pluricomunitario Oriente Próximo: la noción de un Estado basado en derechos humanos laicos, no en una exclusividad religiosa o minoritaria, ni tampoco, como había ocurrido con los nacionalistas sirios, en una unidad geopolítica idealizada. Del conflicto

confesional y civil había de surgir una nueva base para organizar la vida social en una región cuya política había estado determinada o por el colonialismo o por la religión. El Estado del gueto, el Estado de la seguridad nacional, el gobierno minoritario, había de ser trascendido por un régimen democrático laico, en el que las comunidades se adaptaran unas a otras en aras del bien superior del conjunto.

Esta visión palestina planteaba no pocos problemas. En el fondo, había pocas personas dispuestas a aceptar la idea, y, desde luego, nadie tenía los medios precisos para llevarla a la práctica. Pero su mera formulación

representaba ya la mayor parte del trabajo. Por primera vez, la idea de una Palestina árabe experimentaba una aculturación histórica. Por primera vez en la historia moderna de la región —y eso es lo que considero de inmenso valor—, se hacía una tentativa de abordar el material humano y político al que en el pasado habían servido filosofías importadas y absolutistas (como el sionismo y el arabismo). Casi sin excepción en absoluto, los analistas políticos de Occidente han sido incapaces de comprender el significado de este cambio.

Tampoco lo ha entendido nadie dentro del *establishment* sionista. En

consecuencia, durante mucho tiempo la idea no ha merecido siquiera una nota a pie de página en la actual discusión política sobre la paz en Oriente Próximo. Se suponía que los palestinos eran terroristas ignorantes; sus alianzas supuestamente demostraban una inmutable determinación de exterminar a los judíos y al sionismo, y se convirtió en un hábito comparar la idea del Estado democrático laico con el genocidio.^[132]

Al mismo tiempo, Israel seguía refiriéndose a los palestinos como no judíos, o bien —en un importante avance— como «los árabes de Eretz Israel». Mientras Israel proseguía su colonización del resto de Palestina, y

mientras cientos de miles de palestinos eran gobernados por autoridades militares, la intelectualidad progresista occidental tenía poco que decir sobre la explotación israelí de niños palestinos, o el modo en que se encerraba a los palestinos que trabajaban en Israel en sus lugares de trabajo por la noche, o cómo se utilizaba regularmente la tortura en los interrogatorios, o cómo se aplicaban leyes especiales sólo a los árabes y no a los judíos en Israel y en los Territorios Ocupados.^[133] Por el contrario, era una hipocresía respetable hablar de la benigna ocupación de Israel, o reprobar los beneficios económicos que la ocupación israelí

reportaba a los palestinos. Y mientras los campos de refugiados palestinos en el Líbano eran rutinariamente bombardeados, ametrallados o rociados con napalm por los aviones israelíes, uno aprendía a aceptar esos rigores de la guerra como una «limpieza de concentraciones terroristas».

Cuando se recuerda la historia de los diez últimos años, resulta difícil saber qué era exactamente lo que se esperaba de los palestinos. Sus amigos y aliados querían alguna restitución de los derechos palestinos, pero, desde luego, en lo sucesivo sólo habría un apoyo limitado para algo más de lo que la Resolución 242 parecía implicar. La

OLP afrontaba el problema, pues, de tener que liderar a un conjunto de exiliados cuyo grueso no procedía ni de Cisjordania ni de Gaza (la mayoría de los varios cientos de miles de palestinos del Líbano, por ejemplo, proceden de Haifa, Jaffa y Galilea), al mismo tiempo que Gaza y Cisjordania parecían ser el lugar más probable para establecer una nación palestina. Sin embargo, cuanto más presionaban los palestinos en favor de sus objetivos nacionales, mayor era también la presión que se aplicaba contra ellos, y más conflicto atraían hacia sí. Jordania y el Líbano eran los dos ejemplos más costosos de tal conflicto. Cada día que pasaba traía

evidencias de que la autodeterminación palestina requeriría la improbable coordinación de la independencia palestina con el apoyo árabe, dos elementos con frecuencia violentamente enfrentados.

Al mismo tiempo, Israel controlaba Palestina y se sentía atraído —a veces por razones políticas, a veces simplemente porque los extremistas tomaban la iniciativa— por la vieja idea de convertir el territorio ocupado en territorio colonizado. El dominio sobre Gaza y Cisjordania producía instituciones coloniales, con las que a lo largo de los años cada gobierno parecía estar más comprometido. No cabe duda,

asimismo, de que por primera vez en su historia Israel tenía que lidiar con ciudadanos judíos que reconocían a los palestinos como un problema que había que abordar. En Israel, en Europa, en Estados Unidos, los judíos (por toda clase de razones distintas) despertaban con preocupación a la realidad de los palestinos. Indudablemente, la resistencia y agresividad palestinas (hasta el punto del terror) desempeñaron un papel en ello, pero también lo hizo la realidad de ver a los palestinos como cuerpos tratados a empujones por los soldados israelíes o acorralados por el personal de seguridad judío. Pero nada era tan importante, en mi opinión, como

la mera persistencia de los palestinos: ellos no se marcharían, ni siquiera después de haber sido dispersados, expulsados y conquistados. Seguían llamándose a sí mismos palestinos, seguían creyendo que tenían derecho a volver a Palestina, seguían sintiéndose incómodos ante la idea de un amo y señor israelí (o incluso árabe), con independencia de cuántas compensaciones se les ofrecieran. Justamente porque el sionismo había ignorado históricamente a los palestinos, a finales de la década de 1960 y a lo largo de la de 1970 a los israelíes les parecía siempre que la política palestina estaba en función del alarmante *número*

de palestinos. Una cosa era aceptar la idea de los palestinos; y otra muy distinta ofrecer sugerencias prácticas con respecto a lo que podía hacerse con ellos, lo que significaba encontrar un sitio donde se les pudiera colocar sin invadir el territorio de Israel.

Hay que conceder que si los israelíes y sus partidarios se han mostrado elocuentes y persuasivos en torno a la necesidad de que los judíos tuvieran un Estado, no ha ocurrido lo mismo a la hora de entender por qué los palestinos no se han mostrado dispuestos simplemente a marcharse y no molestar a nadie. Lo cierto es que, como los palestinos seguían estando ahí,

el simple hecho de «estar ahí» planteaba ya de por sí una reivindicación a Israel. Admitir la existencia de palestinos con una reivindicación nacional siquiera fuera sobre una parte de Palestina equivalía a refutar las pretensiones sionistas; y, como decían de vez en cuando los fanáticos más sinceros del Gush Emunim, admitir que los judíos no tenían ningún derecho a instalarse en Nablus o en Hebrón *podría* significar que los palestinos empezaran a preguntar sobre su presencia en Jaffa o Haifa. Incluso las «palomas» sionistas que tenían escrúpulos sobre los asentamientos israelíes en Cisjordania, y que sentían una genuina necesidad de

compensar a los palestinos, se sentían incómodos al hablar de que los palestinos podrían tener Gaza y Cisjordania para establecer allí un Estado. Judea y Samaria no eran el desierto del Sinaí; si se admitía que eran palestinas, ¿no se convertiría Israel de manera más evidente en una realidad de conquista y suplantación? Nada, excepto la conciencia individual y la política de extrema izquierda, en Israel o en la vida política sionista, podía dar cabida a los palestinos; no podía despejarse para ellos ningún territorio, ningún espacio político o social. Incluso Gaza y Cisjordania —candidatas bastante obvias para el resto del mundo—

parecían un riesgo para la «seguridad». Aunque por lo general se insinuara que un Estado palestino allí constituiría una base guerrillera para atacar Israel, el hecho —ciertamente pertinaz— que se ocultaba era que el sionismo siempre había negado la existencia de un derecho nacional opuesto al suyo sobre Palestina. Un Estado palestino representaba un grave riesgo *político*, como también el nacionalismo palestino o simplemente los palestinos.

Hablar de terrorismo era con frecuencia una forma de desviar la atención del dilema. Pero ni siquiera las campañas israelíes y occidentales que trataban de identificar a los palestinos

con el terrorismo podían ocultar el hecho de que *a*) el terror palestino ha infligido un mínimo número de víctimas, y *b*) como señalaba el general Gur en mayo de 1978, la política militar israelí oficial ha consistido en atacar a civiles árabes en masa. En 1974, sin embargo, los líderes palestinos llegaron a una importante conclusión. Por una vez, era evidente al mismo tiempo que la Palestina árabe no podría ser restaurada, pero que tras la guerra de 1973 cierta combinación de presión militar y política árabe podría limitar la hegemonía israelí. Además, la Conferencia de Rabat confirmó lo que ya era evidente: la OLP era la única

representante posible de todos los palestinos. Así, cuando Yasir Arafat fue a las Naciones Unidas en noviembre de 1974, se había abandonado ya cualquier idea de una solución puramente militar para la cuestión palestina. Por primera vez en su historia, los palestinos entraron más o menos conscientemente en la escena política internacional donde los sionistas les habían precedido desde hacía casi un siglo.

Una y otra vez, la OLP manifestó su predisposición a aceptar un Estado palestino en Gaza y Cisjordania. Dos reuniones del Consejo Nacional, celebradas en 1974 y, de nuevo, en 1977, comprometieron a toda la

comunidad nacional con esta idea y, por ende, con un reconocimiento implícito de Israel como vecino. Pero estos cambios se produjeron con mucha dificultad. Arafat pedía a la mayoría de sus partidarios que empezaran a pensar, no en términos de los hogares y las propiedades y los derechos que habían perdido irrevocablemente a manos de Israel, sino en términos de los nuevos beneficios políticos: una estructura de Estado, la nacionalidad, el gobierno y los derechos que se habían negado a los palestinos. Sus oponentes argumentaban que había capitulado ante el «imperialismo sionista»; el Frente pro Rechazo pedía una interminable lucha

revolucionaria en todas partes, como si pretendiera demostrar que todo lo que hacía Arafat mermaba las ambiciones palestinas, mientras que el negacionismo las ampliaba. Los sionistas, por su parte, ignoraron las ofertas políticas que les hacían Arafat y la OLP; simplemente se mantuvo la línea oficial con firmeza: los palestinos no existían, la OLP era una banda nazi, y Arafat un asesino de niños. Las «palomas» israelíes trataron de aceptar a la OLP en ciertos niveles, pero se distanciaron de ella en otros. Se exigió el reconocimiento previo de Israel y el abandono de la lucha armada, se pidió a Arafat que hiciera concesiones simbólicas, etcétera,

etcétera. No se hizo el menor aprecio a lo que la OLP había cambiado realmente, ni a lo que podría estar dispuesta a hacer si hubiera una respuesta del otro bando. Mientras tanto, Israel proseguía su política de «engrosar» los asentamientos en Gaza y Cisjordania, mientras se hacían desganados esfuerzos para crear un liderazgo palestino «alternativo» en ambas áreas.

Durante los tres años transcurridos entre 1974 y 1977, Estados Unidos desempeñó un papel asombrosamente destructivo e irresponsable. Henry Kissinger y los dos presidentes a los que sirvió le dieron a Israel más armas, y en

un período más corto de tiempo, que en toda su historia. La política estadounidense consistió en ignorar deliberadamente a los palestinos, intentar reducir el sentimiento nacionalista árabe en la región, y forzar un movimiento político hacia procesos bilaterales graduales. Considerada siempre un asunto interno estadounidense, la cuestión palestina pareció transmutarse en una cuestión de cómo se podía hacer que Palestina desapareciera de la política egipcia o siria o saudí. Ha habido indicios de que las ideas de Kissinger llegaron hasta el punto de utilizar a la CIA para intensificar la guerra libanesa mientras

esta consumiera a la OLP.^[134] Irán era el baluarte de la política estadounidense en el este, al tiempo que la capacidad de defensa de Israel en el oeste se ampliaba enormemente para complementar la del *sha*. De ese modo, Estados Unidos planeaba un largo período de veto a la Unión Soviética y de creación de su propia estabilidad, con la muerte por asfixia de los movimientos nacionalistas y radicales que todavía amenazaban a los regímenes impopulares.^[135]

Las señales palestinas transmitidas a la comunidad mundial y a Estados Unidos eran deliberadamente ignoradas. Armada con la Resolución 3236 de las Naciones Unidas (del 22 de noviembre

de 1974), que garantizaba su derecho internacional a luchar por la autodeterminación y a ser la única representante legítima de los palestinos, la OLP trataba ahora con mayor confianza de ser la interlocutora de Estados Unidos. En el Líbano, por ejemplo, en 1975 y 1976 la organización hizo todo lo posible por proteger a los ciudadanos estadounidenses. El 22 de enero de 1976, la OLP apoyó abiertamente una resolución del Consejo de Seguridad que replanteaba la cuestión de que «se debería permitir al pueblo palestino ejercer su derecho inalienable a la autodeterminación, incluido el derecho a establecer un

Estado independiente en Palestina conforme a la Carta de las Naciones Unidas». La resolución pasaba asimismo a afirmar explícitamente que todos los estados de la zona tenían derecho a vivir en paz, a la integridad territorial y la independencia; una declaración absolutamente inequívoca sobre el derecho de Israel a existir. Con un discurso especialmente idiota y ampuloso, el embajador estadounidense Daniel P. Moynihan vetó la resolución.

Cuando el presidente Carter accedió al cargo, y cuando realizó sus importantes declaraciones «palestinas» en marzo de 1977 en Clinton (Massachusetts), la respuesta de la OLP

fue sumamente positiva. El Consejo Nacional Palestino se reunía por entonces en El Cairo, y el principal discurso de Arafat ante dicho organismo expresó con cuidado una postura de reciprocidad palestina con respecto a las declaraciones de Carter. Todo el talante de la reunión vino a situar a los palestinos más cerca del diálogo con Estados Unidos, un país que —hay que recordarlo— tradicionalmente se había opuesto a las aspiraciones palestinas. Más tarde, aquel mismo año, las cosas parecieron resultar aún más propicias. Kissinger había incorporado en el anexo estadounidense-israelí de Sinaí II una cláusula declarando que Estados Unidos

no reconocería o hablaría siquiera con la OLP a no ser que esta aceptara la Resolución 242, un documento político que jamás podría resultar aceptable para los palestinos: aceptar la Resolución 242 equivalía a negar la dimensión *nacional* de la cuestión palestina, ya que dicha resolución hablaba sólo de «refugiados». Sin embargo, a finales del verano de 1977, y a través de la mediación saudí, egipcia y siria, Estados Unidos y la OLP habían llegado a un acuerdo en torno a la Resolución 242. La OLP la aceptaría, pero con «una reserva»: una cláusula especificando que la 242 no afectaba a los derechos nacionales palestinos, los

cuales eran inalienables. A cambio, Estados Unidos reconocería a la OLP, hablaría con ella, y diría algo concreto sobre la autodeterminación palestina. En el último momento, a finales de agosto, se hizo saber a la OLP que Estados Unidos no iría más allá de un «diálogo». Así, la recompensa por tragarse la 242 no iba a ser la autodeterminación, sino sólo el beneficio nada incondicional de poder hablar con Estados Unidos.

Obviamente, la OLP no podía aceptar la resolución sobre esta base dado que ello significaba renunciar a todas sus ganancias políticas, reduciendo la cuestión palestina nacional a un nuevo problema de

refugiados y volviendo a empezar desde cero. El mes antes de que Sadat viajara a Jerusalén, diversos contactos indirectos entre Estados Unidos y la OLP lucharon por encontrar algún modo de posibilitar la participación palestina en una conferencia celebrada en Ginebra, pero estos esfuerzos se cancelaron bruscamente el 19 de noviembre.

Y, sin embargo, Arafat siguió mostrando gestos de buena voluntad. En numerosas ocasiones afirmó la predisposición palestina a aceptar un Estado, reconocer a Israel *de facto*, y tratar directamente con Estados Unidos en tanto que —como me diría en cierta

ocasión— «no me pidan cosas imposibles». En mayo de 1978, Arafat le dijo a Anthony Lewis, del *New York Times*, que podía aceptar un Estado y, a partir de ahí, convivir pacíficamente con Israel; en enero de 1979, le dijo lo mismo al congresista Paul Findley. Pero las cosas imposibles seguían estando a la orden del día: reconozca a Israel por adelantado; modifique las alianzas de la OLP; entregue sus armas; disuelva la OLP; acepte la oferta de Sadat y acuda a El Cairo sin condiciones previas... En cada coyuntura, la gente de Arafat se hallaba bajo un constante ataque: en el Líbano, en otras partes del mundo árabe, en Gaza y Cisjordania, en Estados

Unidos... En el verano de 1978, y de nuevo a comienzos de 1979, se llevó a cabo una campaña de asesinatos contra sus ayudantes personales en el movimiento; se enfrentó a 30 000 soldados israelíes en el sur del Líbano; el apoyo político árabe pasó de ser retórico a no ser ni siquiera eso. Y, sin embargo, el presidente Carter se dedicaba a hablar de «la cuestión palestina en todos sus aspectos», como si «sus aspectos» —o, para el caso, su esencia principal— estuvieran en alguna parte del espacio exterior, esperando para iniciar su aterrizaje.

Nada en el marco de Camp David bastaba para tentar a los palestinos, o al

rey Husein de Jordania, a sentirse alentados. Con los asentamientos israelíes estrangulando el territorio en cuestión, con Sadat eficazmente apartado de cualquier papel serio fuera de Egipto (el tratado le aislaba por completo del mundo árabe, una consecuencia que seguramente debieron de haber previsto Israel y Estados Unidos), casi toda la estrategia consistía en mantener una postura de rechazo, lo que, obviamente, no constituía una política en absoluto. La situación tiene ahora todos los visos de una ironía tragicómica. Por una parte, Sadat fanfarronea sobre la recuperación de los derechos palestinos, quizá inconsciente

de que, sin la Unión Soviética, sin el apoyo árabe, sin el apoyo estadounidense más allá de su limitado tratado con Israel, su influencia sería como mucho verbal. Estados Unidos, por otra parte, parece dudar acerca de cómo definir su futuro papel, o las tentaciones en favor o en contra del intervencionismo, o su esperanza de que Arabia Saudí y Jordania al menos finalmente entren en razón, o su compromiso, hoy institucionalizado, con «la cuestión palestina en todos sus aspectos». Asimismo, hay una predisposición palestina manifiestamente evidente a avanzar hacia la paz (al fin y al cabo, ¿qué

pueblo puede estar tan comprometido con su propia miseria como para no pensar seriamente en aliviarla?), con cada vez menos terreno —tanto literalmente como en sentido figurado— en el que asentarse. En mutuo desacuerdo unos con otros, Estados Unidos, Egipto y la OLP luchan en beneficio de Israel.

Aquí, en Estados Unidos, la comunidad judía organizada ha acogido el tratado a regañadientes y lo ha criticado con cautela (véase Theodore Draper, «How Not to Make Peace in the Middle East», *Commentary*, marzo de 1979). Las razones para aceptarlo son que neutraliza a Egipto y proporciona

cierto respiro a Israel, mientras que a la vez se lo ataca porque podría abrir la puerta a la autodeterminación palestina, un presupuesto que ahora sostienen los sionistas estadounidenses. Pero esta comunidad tiene opiniones mucho más acríicas sobre la política israelí que nadie en Israel, salvo la extrema derecha, que también tiende a ver todo lo relacionado con los palestinos — hasta su mera existencia— como un absoluto desastre. Aparte de que tal opinión es del todo irracional, también resulta, cuando se plantea por parte de revistas como *The New Republic* y *Commentary* (la primera sorprendentemente de manera más

obstinada que la segunda), intelectualmente vengativa. ¿Y qué es lo que esto insta a hacer a los palestinos en respuesta? ¿Simplemente decir: «Sí, ustedes nos expulsaron con sus armas, ahora les aceptamos, ya no somos palestinos, sólo variopintos refugiados árabes cuyas reivindicaciones han sido eliminadas por los judíos de las tierras árabes, son ustedes maravillosos, por la presente abandonamos el campo para siempre»? ¿O acaso la visión de *Commentary/The New Republic* les está diciendo incontestablemente a los palestinos: «Hemos tomado nota de sus quejas, pero es una lástima: ustedes fueron expulsados (no se pueden hacer

tortillas sin romper huevos), pero el caso es que se marcharon; ustedes son un pueblo atrasado y terrorista, y piden demasiado; si les damos un dedo se tomarán hasta el codo; no podemos admitir que ustedes existan, porque nos arriesgamos a perder demasiada credibilidad moral en la escena mundial y, lo que es aún peor, dentro de nuestra comunidad; deben contentarse siempre con lo que les demos, que en realidad nunca equivaldrá a nada en absoluto»?

Y es también aquí donde, en lo que concierne a la postura oficial de Estados Unidos, se fundamenta la cuestión. Hace algún tiempo habría sido posible recordar al presidente Carter que había

accedido al cargo dando prioridad en su agenda, entre otras cosas, al famoso Informe Brookings de 1975.^[136] Al fin y al cabo, el asesor de seguridad nacional Brzezinski formaba parte del grupo que redactó el informe, mientras que el ayudante de Brzezinski, William Quandt, era también miembro de dicho grupo. Pero actualmente el informe no es más que una reliquia olvidada de tiempos pasados. La cortina producida por el tratado egipcio-israelí aísla hoy a Siria, Irak, la OLP, y hasta Arabia Saudí y Jordania. Todos los indicios de que el sionismo finalmente ha logrado lo que había estado deseando durante sesenta años, la legitimidad por parte de un

régimen árabe y el posterior aislamiento de dicho régimen, parecen pasar desapercibidos a los ojos de Estados Unidos, que presupone que inundar la región de armas y promesas en torno al «proceso de paz» convertirá milagrosamente el agua insípida de Camp David en burbujeante vino espumoso.^[137]

En cuanto a la propia región, ¿cuáles son las realidades importantes? En primer lugar, ahora existe la posibilidad de que, por primera vez desde 1967, pueda desarrollarse una respuesta nacionalista árabe genuinamente popular a Estados Unidos y sus aliados en el tratado, y ello presagia una oleada de

extraordinaria agitación en la zona. La cuestión palestina, como ya he sugerido antes, ha pasado a ser mucho más que un asunto irredentista: se ha convertido en el nexo simbólico de casi todos los temas árabes, islámicos y populares tercermundistas (en el sentido literal de la palabra) de la región. Una de las principales preguntas que ahora cabe formular es si Arafat y la OLP estarán dispuestos indefinidamente a refrenar la cuestión. La respuesta iraní a los palestinos desde febrero es un indicativo de lo que quiero decir; pero ha habido otros, no menos potentes. El Parlamento kuwaití se cerró a finales de 1976 debido a que allí la cuestión

palestina había cristalizado como un elemento que unía a la oposición al régimen. La OLP no explotó esa situación, pero obviamente podría haberlo hecho. Se amordaza a la prensa en la mayor parte de la región, pero Palestina se ha convertido en el tropo aceptable mediante el cual criticar a la autoridad del Estado, y dicho tropo galvaniza de forma muy marcada a la oposición. La reunión de la Conferencia de Bagdad celebrada en marzo de 1979 se mostró unida en su oposición a Sadat, Israel y Estados Unidos, pero fue la OLP la que sacó a la palestra la desmañada pelota árabe. Cada día se liberan más y más corrientes ocultas: sectarismo

regional, cuestiones de nacionalidad, numerosas (y a menudo lastimosamente simplistas) formas de aspiración a un renacimiento islámico y, siempre, la acuciante cuestión de la distribución desigual de la riqueza, a veces vinculada a la opresión sexual y étnica.

El peligro de todo esto no es el cambio revolucionario como tal; es una incoherencia prolongada, y, para la OLP —ahora una realidad nacional concreta—, un aplazamiento prolongado del logro de sus reivindicaciones nacionales en torno a la cuestión palestina. Ni la respuesta inmediata ni la respuesta a medio plazo a la cuestión palestina pueden hallarse en un pacto tipo

avestruz entre Israel y Egipto que excluye completamente a los palestinos. Ambos países, cada uno según su peculiar dinámica interna, endurecerán en tal contexto su aparato militar, ideológico y político *en contra* de la región, y, en consecuencia, se harán cada vez menos parte de ella y se convertirán cada vez más en una fortaleza solitaria, aislada y vulnerable de formas que hoy no podemos imaginar.

Los imperativos están claros; permítaseme perfilarlos a continuación muy brevemente.

La cuestión palestina constituye, como he intentado mostrar en este libro, un tema con una historia detallada cuyo

rastró puede seguirse en la vida de cada uno de los cuatro millones de palestinos. No es algo que pueda hacerse desaparecer por medios legislativos, militares, culturales o psicológicos. Sin embargo, y este es el aspecto positivo en el que quiero insistir, la cuestión palestina es un tema histórico concreto que puede comprenderse en términos humanos: no se trata de ningún gigantesco monstruo psicológico dispuesto a amenazar al mundo entero. Pero es precisamente así como se ha representado. El sionismo primero se negó a reconocer la existencia de habitantes autóctonos en Palestina, y luego, cuando lo hizo, reconoció sólo a

unos habitantes autóctonos sin derechos políticos o nacionales; y en la medida en que dichos autóctonos reclamaron derechos, se instruyó sistemáticamente a Occidente para que comparara la lucha por tales derechos con el terrorismo, el genocidio y el antisemitismo. Esto no sólo es un sinsentido, sino que representa asimismo un aval para ampliar durante otro largo período de tiempo lo que hoy constituye ya un siglo de violencia contra los palestinos, y para negarse más o menos indefinidamente a aceptar la historia y la verdad. Peor aún: tal actitud simplemente asegura la repetición de más violencia, más sufrimiento, más

despilfarro, y más fútiles «medidas de seguridad».

La imposibilidad casi total de hablar hoy racionalmente sobre la cuestión palestina en Estados Unidos no beneficia ni a este país ni a los judíos. En todos los niveles, me parece un hecho incontrovertible que una postura de negación, de rechazo, de miedo — que es lo que ha significado la perseverancia sionista y estadounidense contra los palestinos— sólo producirá más miedo, menos paz. ¿Acaso no entraña una asombrosa ironía un estado de cosas por el que Estados Unidos no permite a los miembros de la Organización para la Liberación de

Palestina hablar o viajar libremente en dicho país,^[138] mientras que al mismo tiempo afirma que la cuestión palestina se halla en el centro de todo el conflicto de Oriente Próximo? Al final habrá de aceptar que los palestinos no van a desaparecer; además, Estados Unidos debe reconocer oficialmente que el temor a los palestinos y sus representantes unánimemente reconocidos no puede mitigarse sólo pretendiendo que en conjunto no equivalen a nada serio.

En realidad comprendo, entiendo tan profundamente como soy capaz, el temor que lleva a creer a la mayoría de los judíos que la seguridad de Israel

representa una genuina protección frente a futuras tentativas genocidas contra el pueblo judío. Pero hay que señalar que no puede haber forma alguna de vivir satisfactoriamente una vida cuya principal preocupación sea impedir que el pasado se repita. Para el sionismo, los palestinos se han convertido hoy en el equivalente de una experiencia pasada reencarnada en la forma de una amenaza presente. El resultado es que el futuro de los palestinos como pueblo está hipotecado a dicho temor, lo cual constituye un desastre tanto para ellos como para los judíos. He intentado aquí presentar a los palestinos como *representables*, en términos de nuestra

experiencia colectiva, nuestra percepción colectiva de las cosas, nuestras aspiraciones colectivas, sobre todo, como una realidad verdadera y presente (en cuanto histórica). Nada de lo que he dicho en este libro debe entenderse salvo como un reconocimiento de la historia palestina y judía, en feroz conflicto mutuo durante determinados períodos de tiempo, pero fundamentalmente reconciliable si ambos pueblos hacen el intento de verse el uno al otro dentro de una perspectiva histórica común. Mejor un conflicto plenamente reconocido que temores ocultos y no expresados, y fantasías rígidamente teologizadas sobre el Otro.

No habría entrado en tanto detalle sobre la experiencia palestina del sionismo si no creyera que el movimiento nacional palestino hoy ha cristalizado en —y en torno a— un conjunto de aspiraciones nacionales concreto. Mi objetivo, pues, no era resucitar el pasado, sino verlo con claridad para poder superarlo. Las aspiraciones nacionales palestinas se derivan íntima y urgentemente de nuestra experiencia concreta como pueblo, y creo que son aspiraciones alcanzables dada nuestra historia, la realidad de Israel, la realidad del resto del mundo árabe, y las configuraciones políticas internacionales.

No es una exageración decir que, por primera vez en nuestra lucha contra el sionismo, Occidente parece dispuesto a escuchar nuestra versión de la historia. Por lo tanto, debemos contarla; debemos estar en la escena internacional creada por nuestra lucha contra el sionismo, y desde ahí debemos difundir drásticamente nuestro mensaje. En Occidente especialmente, nuestro objetivo debería ser primero suscitar el interés del *establishment* sionista progresista (tanto judío como no judío) que durante tanto tiempo ha dado la espalda a las víctimas del sionismo. Cada día, las prácticas de ocupación israelí en Gaza y Cisjordania, así como

los ataques israelíes a civiles en el Líbano, se suceden sin que se produzca el menor gesto de desaprobación por parte de unos intelectuales judíos que tradicionalmente han estado en la vanguardia de las causas en favor de los derechos humanos. Esta comunidad de escritores, intelectuales, eruditos y profesionales ha traicionado su misión humana. ¿Por qué, por ejemplo, la expulsión en masa de 250 000 civiles de sus casas en el sur del Líbano, en la primavera de 1978, por parte de unas fuerzas israelíes que emplearon bombas de racimo, no suscitó ni una sola expresión pública de condena? Los ultrajes se suceden cada día, pero nadie

dice nada. ¿Puede explicarse suficientemente este silencio por el argumento de que un Israel asediado por terroristas no puede hacer nada incorrecto, o, cuando menos, nada que provoque una sola palabra de crítica por parte de los judíos responsables? En segundo lugar, debemos entrar de lleno en el debate político y cultural sobre la paz en Oriente Próximo; ya no podemos contentarnos con el estatus de observadores, ni con las vacuas repeticiones en el sentido de que el problema palestino es (o deja de ser) el centro del rompecabezas de Oriente Próximo.

Hemos hecho ya buenos progresos

en ambas tareas. Es un motivo de orgullo nacional que el palestino de hoy esté mejor instruido en las maneras de la democracia política que ningún otro árabe, y ello pese a la dispersión y el exilio. Más palestinos que nunca hablan hoy con *positivo* detalle de lo que el futuro debe traer tanto para los judíos como para los árabes. Ninguna comunidad árabe entiende los procesos de historia política más íntimamente que la palestina, y ninguna comunidad tiene más probabilidades que la nuestra de continuar una participación democrática directa en la vida nacional. De ahí que una de las facetas de la misión palestina sea la de demostrar la pobreza de la

dominación institucional e ideológica, y cómo hasta los más oprimidos y los más dominados pueden concebir un generoso estado de cosas políticas. En los últimos años, destacados palestinos han hablado ocasionalmente, desde las profundidades de su exilio y miseria, de un tiempo en el que Palestina se convertirá en el emplazamiento de dos sociedades que coexistirán, codo con codo, en paz y armonía.^[139] Quizá con el tiempo algo así resulte inevitable; ahora, obviamente, parece algo muy lejano. Pero si más palestinos, más judíos y estadounidenses, en resumen, si más personas se toman la cuestión palestina como un asunto relacionado con el bien

común de los árabes palestinos y los judíos israelíes, entonces ese día llegará bastante pronto.

Por lo que a mí respecta, la misión palestina es una misión de paz. Estoy seguro de que lo mismo vale para la inmensa mayoría de nuestro pueblo. No somos simplemente una población de exiliados buscando la restitución y la autodeterminación nacional: nos hemos recreado como pueblo a partir de la destrucción de nuestra existencia nacional, y nuestra organización nacional, la Organización para la Liberación de Palestina, ha simbolizado tanto la soledad de nuestra visión como el maravilloso poder de nuestra fe en

ella. Sin duda, cuando se compara la OLP con el ejército o la fuerza aérea israelíes, y cuando nuestros civiles en los campos de refugiados apoyan a la OLP exponiéndose voluntariamente a los bombarderos israelíes, resulta evidente que la causa palestina representa una opción de paz y voluntad humana frente al acero y la fuerza bruta. Nuestra presencia en la escena política, como poetas, escritores, intelectuales, militantes, ha vigorizado por completo al mundo árabe y al Tercer Mundo como no lo ha hecho ninguna de sus ideologías políticas. En última instancia, la misión palestina se reduce a individuos —ya se trate de un líder como Yasir Arafat, de

un poeta como Samih al-Qasim, o de uno de los miles de abnegados hombres y mujeres del Líbano, Gaza, Nazaret o Detroit— que, alzándose ante el mundo y ante el sionismo, puedan formular la pregunta: ¿Va usted a erradicarme para dejar sitio a alguien más; y, de ser así, qué derecho tiene a hacerlo? ¿Por qué es válido que un judío nacido en Chicago emigre a Israel, mientras que un palestino nacido en Jaffa es un refugiado? La verdadera fuerza del palestino reside precisamente en esta insistencia en el ser humano *como detalle*; el detalle que suele verse arrollado a la hora de realizar un proyecto grandioso. El palestino, pues,

se alza sobre un pequeño trozo de tierra tercamente llamado Palestina, o sobre una idea de paz basada, no en un proyecto para transformar a un pueblo en un «no pueblo», ni en una fantasía geopolítica sobre el equilibrio de poder, sino en una visión del futuro en la que caben los dos pueblos con auténticos derechos sobre Palestina, y no sólo los judíos.

Debo ser franco en cuanto a la alternativa. Oriente Próximo está mucho más armado, más políticamente movilizado para la guerra que cualquier otra región del mundo. En la actualidad, Israel está ayudando a Sudáfrica con su programa nuclear y no ha firmado el

Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares. Hay al menos media docena de estados cuyos regímenes están seriamente amenazados por fuerzas tanto internas como externas. Estados Unidos se ha implicado en la región de formas que su propia ciudadanía —o, para el caso, su propio gobierno— apenas puede comprender. Hay petróleo, hay mercados, hay «intereses» geopolíticos, y hay opciones nucleares en juego. Además, la Unión Soviética se imbrica con Estados Unidos en Oriente Próximo, lo que duplica los problemas. A este enorme cúmulo de imponderables se ha añadido con frecuencia un análisis político provisto principalmente con

clichés ideológicos de una espantosa y cegadora simplicidad. Israel, por ejemplo, todavía no ha dado el paso de descartar la división oficial de su propia población en «judíos» y «no judíos». Raras veces los conceptos de justicia, realismo y compasión han desempeñado papel alguno, y mucho menos un papel mínimamente serio, en las tentativas de reflexión sobre Oriente Próximo, que han estado dominadas por generalidades obsoletas como un tosco nacionalismo o los intereses de las grandes potencias, y en raras ocasiones por las ideas sobre derechos humanos individuales. En última instancia, será finalmente el instrumento más humilde y más básico el

que traerá la paz, y sin duda tal instrumento no es un avión de combate o una culata de fusil. Ese instrumento es la lucha racional consciente de sí misma y realizada en interés de la comunidad humana. Es, para Oriente Próximo, para Estados Unidos y para el mundo, *formular realmente* la cuestión palestina, esforzándose al máximo en buscar respuestas, hablando, escribiendo, actuando conjuntamente con otros para asegurarse de que se opta sólo por las respuestas justas y correctas. La evasión, la fuerza, el temor y la ignorancia ya no servirán.

IV. Futuro incierto

Hay dos cosas seguras: los judíos de Israel permanecerán; los palestinos también permanecerán. Afirmar mucho más que eso con seguridad constituye un riesgo sin sentido. Tengo pocas dudas de que Estados Unidos seguirá adelante con las negociaciones entre Israel y Egipto en torno a la autonomía palestina, de que Jordania no participará a corto plazo, de que Begin adoptará posturas cada vez más duras, o de que ningún palestino de cierta relevancia participará en el desagradable proceso. Pero consideremos las diversas variables.

Egipto representa un enorme signo de interrogación. ¿Aumentará la oposición a Sadat? ¿Podrá sobrevivir el régimen durante mucho tiempo a su aislamiento del mundo árabe? Arabia Saudí y Jordania se hallan hoy día en una posición peculiarmente extrema, que también está destinada a sufrir un cambio. ¿Podrá alguno de estos dos países, o ambos, seguir resistiéndose a las presiones estadounidenses? ¿sobrevivirán sus familias dirigentes a sus propios problemas internos? ¿se dejará sentir con más fuerza al efecto de la revolución iraní? El propio Irán seguirá experimentando agitación durante los próximos meses, con

enormes consecuencias para la región, la economía mundial y la geopolítica. Siria e Irak pueden o no llegar a desempeñar en la política árabe el papel que su prevista unión parece prometer. Cada país tiene una percepción de sus prioridades regionales tan peculiarmente individual (comparemos el papel sirio en el Líbano con la actitud de Irak hacia Irán) que hace que el resultado de la alianza de Bagdad resulte imposible de determinar.

El comportamiento saudí en los próximos años es de la mayor importancia. No creo que la familia real (internamente dividida como está) precipite la ruptura total con ningún

Estado o agrupación árabe; la cuestión es hasta qué punto los saudíes presionarán económicamente en favor de una u otra línea política en la región. Y en lo que respecta a regímenes tan volubles como el libio, resulta aún más difícil ser preciso. Seguramente, no puede descartarse la posibilidad de que Libia sea objeto de un severo ataque, que quizá venga de Sadat o quizá venga de otra parte; pero no será fácil que su riqueza petrolífera se entregue a Egipto, al que en el actual orden de cosas estadounidense es mejor mantener económicamente inseguro. Existe asimismo la inquietante probabilidad de que el incierto *statu quo* de Jordania

pueda tentar a Israel a lanzar un ataque, sobre todo si por el hecho de que Israel haga tal cosa se consigue que los hachemíes den luz verde a alguna clase de régimen palestino en Transjordania.

La política israelí —no menos que la estadounidense— parece bastante más fija y determinada de lo que en realidad puede ser. Diversas personalidades como Moshé Dayán han estado haciendo gestos de aproximación a Siria y la OLP, pero el coro de protestas (tanto en Estados Unidos como en Israel) ha resultado ensordecedor. Tales iniciativas pueden continuar indefinidamente sin que se produzca un cambio significativo en la postura

oficial israelí. Tras el ataque israelí al sur del Líbano en la primavera de 1978 se ha llegado a pensar en serio en una «solución final» para los palestinos; para los partidarios palestinos, Camp David es el diseño político que da crédito a esta visión pesimista. Hasta dónde convergen las concepciones de la autodeterminación palestina de Israel y Estados Unidos constituye ahora la pregunta principal. Un factor de complejidad adicional es el papel de Egipto, tanto con Israel como, en cierta medida, contra él.

Es seguro que diversas cuestiones económicas de enorme importancia, así como la revolución social —la región es

intrínsecamente abundante en ambas cosas—, influirán en el futuro de paz para Oriente Próximo. Estados Unidos, por ejemplo, ha dejado constancia de su predisposición a invadir un país importador de petróleo si los suministros energéticos parecen amenazados; y, ciertamente, desde la caída del *sha*, tanto Israel como Egipto han estado anunciando su papel de policías bien dispuestos. La cuestión fundamental, que puede resultar irracional, es qué potencia va a tolerar determinado nivel de provocación económica o política. ¿Se convertirá algún movimiento de protesta en insurrección?; ¿la emprenderá otro

régimen contra uno de sus vecinos?; ¿la efervescente anarquía del Líbano (por ejemplo, el constante apoyo israelí a los militantes cristianos renegados del sur) o la persistencia de la revolución en Irán tentarán a algún servicio de inteligencia a tramar algún que otro complot?; ¿se extenderá Israel hacia el este o hacia el norte?; ¿aumentará Estados Unidos su apoyo militar directo a diversos regímenes? Las preguntas son múltiples, y actualmente no hay ningún modo de contestarlas. Mi opinión es simplemente que no puede haber ningún programa o guión (por muy sofisticado y exacto que sea) lo suficientemente complejo como para que abarque todos y cada uno de

los posibles *impulsos*, todos ellos de suma importancia, que rodean a la cuestión palestina.

En su postura defensiva y en su ansiedad por proteger sus intereses imperiales, la política estadounidense proyecta algo parecido a un programa para Palestina. Desde luego, sus elementos principales son el «autogobierno» y la «autonomía», muy alejados de la autodeterminación y la independencia. Y el presupuesto es que, debido a su poder y a sus intereses, Estados Unidos tiene derecho a decidir en nombre de pueblos como los palestinos qué es lo mejor para ellos. Pero todos y cada uno de tales esfuerzos

de intervencionismo liberal en la reciente historia estadounidense han fracasado, y no hay razón alguna para suponer que la proyectada tutela palestina no fracasará también. Personalmente no soy tan determinista y mecanicista como para creer que tal fracaso se producirá, o que la autodeterminación palestina está garantizada como resultado. Prefiero confiar en la voluntad de autodeterminación palestina, que he tratado de describir en estas páginas, y en mi esperanza de que en Estados Unidos un grupo considerablemente grande de personas llegarán a darse cuenta de que las políticas que

acarrear el desastre en Vietnam no deben utilizarse contra el pueblo palestino.

No tengo ninguna duda de que habrá una significativa respuesta palestina a lo que ahora está ocurriendo como resultado de Camp David. La OLP obtiene nuevos apoyos cada minuto que pasa, y a corto plazo también atraerá una mayor oposición y apoyo israelíes. Pero dado que la situación actual es esencialmente un callejón sin salida, y dado que las actuales ideas que excluyen a la OLP están en decadencia, resulta demasiado tentador afirmar con cierta seguridad que surgirá una iniciativa política palestina, y que esta hará

avanzar a toda la región. En muchos aspectos, tal eventualidad sería un resultado positivo del tratado egipcio-israelí. Pero no debemos olvidar que Palestina también está saturada de sangre y violencia, y que a corto plazo cabe esperar, siendo realistas, muchas turbulencias, y numerosas y terribles pérdidas humanas. Lamentablemente, la cuestión palestina se renovará de forma demasiado conocida. Pero también lo hará el pueblo de Palestina —árabes y judíos—, cuyos vínculos pasados y futuros les mantienen inexorablemente unidos. Su encuentro aún está por producirse a una escala de cierta envergadura. Pero se producirá, lo sé, y

será en beneficio mutuo.

Epílogo

Como para demostrar su capacidad de establecer vínculos cuando y como le conviene, Estados Unidos unió a Israel, los palestinos, Jordania, Siria y Egipto en una Conferencia de Paz para Oriente Próximo celebrada en Madrid el 30 de octubre de 1991. Con su victoria militar en la guerra del Golfo deslustrada por la supervivencia de Saddam Husein y el despiadado triunfo de este tanto sobre los kurdos como sobre sus enemigos internos, la administración Bush trató, de manera bastante transparente, de coronar su papel de última

superpotencia con la escenificación de un impresionante espectáculo de pacificación. Hasta se invitó a participar a la prácticamente extinta Unión Soviética de Mijaíl Gorbachov como «copatrocinadora», al tiempo que se excluía completamente a las Naciones Unidas (por más que Estados Unidos utilizara cada día al Consejo de Seguridad para sus constantes intervenciones contra Irak), preparando el terreno para lo que se calificaba como un avance histórico.

Entre el final de la guerra del Golfo, en marzo de 1991 —durante cuyo ejercicio de proyección de poder Estados Unidos se negó a permitir que

se estableciera cualquier vínculo entre la ilegal ocupación iraquí de Kuwait y los veinticuatro años de ocupación israelí, no menos ilegal, de tierras árabes—, y los últimos días de octubre de 1991, el secretario de Estado norteamericano James Baker estuvo yendo y viniendo de Oriente Próximo, poniendo de acuerdo a las principales partes implicadas. A Israel se le concedieron prácticamente todas sus demandas: no se permitiría la participación de la OLP; ningún residente de Jerusalén Este podría ser miembro de la delegación palestina; no debía estar presente ningún «exiliado» palestino (que en conjunto constituyen

más del 50 por ciento de la población palestina total); la delegación palestina debía formar parte del grupo jordano; no habría ninguna discusión sobre temas de «estatus final» en las conversaciones bilaterales; no se daría papel alguno a las Naciones Unidas, y Estados Unidos convocaría las conversaciones, pero no las gestionaría ni dirigiría de ningún modo. La concesión de estas demandas fue obtenida por Baker en forma de condiciones arrancadas a los negociadores palestinos, Faisal Huseini y Hanan Ashrawi, que, aunque afirmaban actuar en nombre de la OLP, se suponía que no lo hacían. Así, los pueriles y defectuosos procedimientos

de la conferencia, con innumerables y unilaterales concesiones por parte de los palestinos, se diseñaron para reflejar el precio de la debilidad palestina; eran el resultado del apoyo de Estados Unidos a Israel, y de lo que se calificaba rutinariamente como el «alineamiento [de la OLP] con Irak». En cada una de las diversas ocasiones en las que Baker viajó a Israel para mantener conversaciones, los israelíes establecieron con descaro uno o dos nuevos asentamientos, que hoy suman un total de aproximadamente doscientos.

Ni que decir tiene que las condiciones y prácticas de Israel en los Territorios Ocupados eran exactamente

las mismas antes de la guerra del Golfo, y se hicieron mucho peores después de ella. Pero el torpemente llamado «proceso de paz» estuvo plagado de contradicciones. Después de sus esfuerzos a la hora de negociar la participación palestina con Baker, Ashrawi y Huseini fueron excluidos de la delegación oficial palestina (que estuvo encabezada por el doctor Haidar Abdel Shafi) y relegados en Madrid a una delegación «consultiva» a la que físicamente se prohibió la entrada en el denominado Palacio de la Paz. En su proceso de proyectar una imagen de sí mismo como imparcial, Estados Unidos se limitó a mirar hacia otro lado o a

protestar diplomáticamente cuando Israel aumentó sus violaciones de los derechos palestinos en general. En Madrid no se hizo mención alguna por parte de Estados Unidos de los 17 000 presos políticos retenidos en cárceles israelíes; ni de las 2000 casas demolidas; ni de los 120 000 árboles arrancados; ni de las universidades y escuelas cerradas; ni de los toques de queda; ni de los impuestos, controles de tránsito y leyes punitivos; ni de los cientos de libros censurados; ni, finalmente, de las más de mil muertes palestinas provocadas por la violencia militar israelí desde que se iniciara la Intifada a finales de 1987. Mientras que

el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas había aprobado más de sesenta resoluciones (la más reciente, en enero de 1992), condenando esas prácticas *ilegales*, lo más que pudieron lograr el presidente Bush y el secretario Baker fue una frase mencionando que los asentamientos representaban un «obstáculo para la paz». Pero lejos de detenerlos, Israel los aumentó implacablemente. Y la desposesión de los palestinos siguió su curso.

Gran parte del foco (si no todo) de los medios de comunicación en Madrid se centró en lo que se describió como «la nueva imagen palestina». Es verdad que los discursos y conferencias de

prensa constituyeron una ocasión para poder escuchar el mensaje de paz y reconciliación palestino; pero eso no era nada nuevo en absoluto, y ya se había mencionado, puesto en práctica y reiterado innumerables veces con escasa atención de los medios de comunicación, cuya poco meditada opinión seguía siendo la de que el principal motivo de preocupación de Israel era el terrorismo y el rechazo palestinos. También se anunció un avance con respecto a la política estadounidense en Madrid, aunque también allí las continuidades con el pasado resultaran bastante evidentes. Había, de manera fundamental, un

compromiso inalterado de Estados Unidos con Israel, que incluía una subvención anual de alrededor de 5000 millones de dólares, además de una sostenida renuencia a recortar la ayuda con independencia de lo que Israel hiciera. Así, el informe anual de Amnistía Internacional señalaba que, junto con Turquía y Egipto, Israel ocupaba el primer puesto entre los tres principales receptores de ayuda extranjera, a pesar de que, contraviniendo las leyes estadounidenses, violaba los derechos humanos a gran escala sin que hubiera ninguna amonestación o reducción de dicha ayuda. La ley simplemente se

suspendía, y la ayuda seguía fluyendo. Asimismo —la otra cara de su política—, Estados Unidos se mostró renuente en Madrid a hablar de «autodeterminación» para el pueblo palestino, así como a reconocer a la autoridad nacional palestina universalmente reconocida, la OLP.

Sin embargo, también es cierto que el equipo Bush-Baker era distinto del equipo Reagan-Shultz, en cuanto que el vicepresidente de Reagan *no* dependía para su reelección en 1988 del voto judío estadounidense, y tampoco era ningún secreto su descontento con respecto a la política israelí bajo Shamir. En cualquier caso, Bush y Baker

hicieron lo que había resultado impensable durante una década: posponer la consideración de las demandas israelíes de ayuda adicional (en este caso, 10 000 millones de dólares en garantías crediticias para alojar a inmigrantes judíos soviéticos, muy probablemente en los Territorios Ocupados) y hacer que Israel se presentara en una conferencia de paz. Pero las cosas no fueron mucho más lejos. En las conversaciones bilaterales celebradas en Washington a primeros de diciembre de 1991, Israel pospuso petulantemente su presencia durante una semana, dejando plantadas a las delegaciones árabes. Cuando finalmente

se presentaron, los israelíes se negaron a reunirse con los palestinos como delegación independiente, contraviniendo así tanto el espíritu como la letra de la invitación estadounidense, que había previsto discusiones separadas entre Israel y los jordanos, por una parte, y entre Israel y los palestinos, por otra.

El problema central es la negativa oficial israelí a reconocer o aceptar el hecho del nacionalismo palestino. También aquí la deprimente continuidad de una actitud histórica de ceguera y negación resulta más que evidente. Al igual que las primeras generaciones de colonos sionistas llegaron a Palestina

como si fuera un país vacío, o escasamente poblado, que era suyo en virtud de la colonización, así también sus sucesores se muestran incapaces de ver en el pueblo palestino algo más que un puñado de «extraños» de los que hay que librarse, o, cuando menos, reducir a la insignificancia. Obviamente, hay muchos judíos israelíes y no israelíes que no piensan de ese modo y que han tratado durante al menos dos décadas de oponerse a la política israelí; pero nunca han sido más que una minoría vehemente y a menudo muy valerosa, tanto en Israel como en la diáspora. Tales individuos y grupos han hecho pocas cosas realmente significativas

para parar al general Ariel Sharon cuando sus pseudocolonos acribillan ciudades de Gaza y Cisjordania, expulsan a la gente de sus casas en la Jerusalén Este árabe (Silwan) y obligan al gobierno a deportar a palestinos allí donde hay resistencia a la intimidación israelí.

Más relevante me parece el hecho de que, durante al menos tres generaciones, los progresistas occidentales hayan seguido apoyando a Israel en todo lo que hace, en gran parte, pienso, debido a su sentimiento de culpa por el antisemitismo occidental, y también porque la imagen de Israel en Occidente de algún modo ha escapado a la

contaminación de las propias políticas y prácticas del país hacia los palestinos. En el momento de redactar estas líneas, doce destacados palestinos de los Territorios Ocupados van a ser deportados en represalia por el asesinato de un colono israelí; nadie en concreto ha sido acusado de su muerte, luego las deportaciones constituyen un castigo colectivo expresamente prohibido por las convenciones de Ginebra, las cuales hay que recordar que fueron solemnemente acordadas por la comunidad internacional (incluido Israel) a raíz de las inhumanas políticas de persecución nazis. Hace unas semanas, el Ministerio de Defensa

israelí renovó por otros tres meses su clausura de la Universidad de Birzeit, la principal institución de enseñanza superior de Cisjordania, que tiene constantemente prohibido abrir sus puertas desde principios de 1988. Apenas ha habido protestas entre los intelectuales o académicos occidentales, ni se ha hecho campaña alguna en apoyo de los estudiantes y el cuerpo docente, que han visto negado su derecho a enseñar y aprender durante cuatro años por parte del gobierno de un Estado que desde 1967 ha recibido 77 000 millones de dólares de Estados Unidos. A diferencia de Sudáfrica, Israel no ha sido objeto de boicot alguno, por más

que lo que Israel hace en Gaza y Cisjordania supera con creces las prácticas del gobierno sudafricano durante los peores días del *apartheid*.

Mientras tanto, la situación del pueblo palestino va de mal en peor. Israel se niega categóricamente a comprometerse con lo que todos los árabes han acordado: un intercambio de territorio en aras de una paz segura. Los principales estados árabes se muestran o indiferentes u hostiles; en todos los casos, no obstante, más que otra cosa, se ven impotentes ante Estados Unidos, que con su devastadora guerra contra Irak los han convencido a todos de que su único recurso como regímenes

impopulares y aislados es un indolente cumplimiento de los deseos (y caprichos) de Washington. Otras fuentes de apoyo a la causa de Palestina en el mundo islámico, africano o europeo oriental se han reducido en gran medida del mismo modo en que el entusiástico apoyo a la célebre resolución de las Naciones Unidas sobre «el sionismo como racismo» se disolvió también sin que hubiera siquiera un debate sobre la cuestión de si el sionismo discriminaba o no a los palestinos (no judíos). Sin embargo, lo que parece perfectamente claro es que la valerosa resistencia de los propios palestinos sin duda *aumentará* con el tiempo, y que estos ni

desaparecerán ni renunciarán a su legítimo derecho a un Estado independiente en confederación con Jordania. Aunque la lucha sobre Palestina se fundamenta en la propia tierra, su asombrosa resonancia internacional —especialmente en los corazones y las mentes de los ciudadanos occidentales y, en particular, estadounidenses— sigue siendo crucial. Palestina es la última gran causa del siglo XX con raíces que se remontan al período del imperialismo clásico. Estoy seguro de que sus partidarios, árabes y judíos, sobrevivirán a la oposición, porque es seguro que la coexistencia, la voluntad de compartir y el espíritu

comunitario han de triunfar sobre el exclusivismo, la intransigencia y el negacionismo.

Hoy el pueblo palestino constituye una nación en el exilio, y no un grupo arbitrario de individuos. Cualquiera que sepa lo más mínimo sobre este pueblo conoce, también, los profundos lazos existenciales que le mantienen unido y que lo conectan histórica, cultural y políticamente a la tierra de Palestina. Durante demasiados años, las políticas oficiales de Israel y de Estados Unidos, de manera completamente distinta de las actitudes del resto del mundo, han dado por supuesto que los palestinos se diluirían en el mundo árabe, que

Jordania se convertiría en Palestina, que los palestinos aceptarían un servilismo permanente bajo una «autonomía limitada» tipo bantustán (o, como expresa la fórmula del Likud: una autonomía para la gente, no para la tierra), y que este pueblo hasta podía estar dispuesto a realizar un acto de suicidio político colectivo y declararse nulo y sin efecto. Esto equivale a ser totalmente incapaz de captar la realidad, en términos tanto morales como psicológicos. Nada que no sea la autodeterminación palestina funcionará; y sólo esta logrará apaciguar al ya excesivamente explosivo Oriente Próximo. Sin embargo, de hecho algunos

judíos israelíes y no israelíes han entendido ya que si israelíes y palestinos pretenden tener un futuro decente, este ha de ser un futuro común, no basado en la anulación de unos por parte de los otros. En 1988, nosotros los palestinos dimos como pueblo un paso gigantesco hacia la reconciliación y la paz. Ahora esperamos un gesto equivalente por parte del pueblo israelí y de su gobierno.

EWS

Nueva York,

10 de enero de 1992

Nota bibliográfica

Existe una enorme y tremendamente proliferante cantidad de textos sobre Oriente Próximo en general y los palestinos, el sionismo y su conflicto en particular. No puedo pretender aquí dejar constancia más que de una pequeña parte de ellos. Sin embargo, creo que es útil resaltar en especial el material con el que probablemente está menos familiarizado el lector angloamericano, dado que lo más probable es que este conozca sólo la línea estándar de los expertos en ciencias políticas o bien los textos

directamente prisionistas.

Un buen punto de partida —aunque hay que tener en cuenta que la mayoría de las referencias que mencionaré aquí no suelen estar disponibles salvo en grandes bibliotecas— es la extensísima y detallada bibliografía de *Palestine and the Arab-Israeli Conflict: An Annotated Bibliography*, eds. Walid Jalidi y Jill Khadduri (Institute for Palestine Studies, Beirut, 1974). Este instituto de Beirut publica una gran cantidad de material en inglés, francés y árabe, incluido *The Journal of Palestine Studies*, una revista trimestral que puede solicitarse en esta dirección: P.O. Box 19449, Washington, D.C.,

20036. Las dos recopilaciones indispensables para cualquier estudio preliminar de la cuestión palestina son las de Ibrahim Abu-Lughod, *Transformation of Palestine* (Northwestern University Press, Evanston, IL, 1971), y Walid Jalidi, *From Haven to Conquest: Readings in Zionism and the Palestine Problem until 1948* (Institute for Palestine Studies, Beirut, 1971). La obra clásica sobre la lucha árabe y palestina es la de George Antonius, *The Arab Awakening* (1938; reed. en G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1948). Esta debe complementarse con la colección de documentos publicada por Doreen

Ingrams en *Palestine Papers, 1917-1922: Seeds of Conflict* (John Murray, Londres, 1972). Véase también, de A. L. Tibawi, *Anglo-Arab Relations* (Luzac, Londres, 1978), su *A Modern History of Syria, Including Lebanon and Palestine* (Macmillan, Londres, 1969), y su *British Interests in Palestine* (Oxford University Press, Londres, 1961). La investigación histórica de Tibawi es la mejor producida hasta la fecha por un palestino, y en todas partes se considera un excelente trabajo tanto por sus hallazgos como por su honestidad. Puede verse una historia testimonial en Sami Hadawi, *Bitter Harvest*,

Palestine 1914-67 (New World Press, Nueva York, 1967), que debería completarse con el remarcable autorretrato de un palestino en el exilio de Fawaz Turki, *The Disinherited: Journal of a Palestinian Exile* (Monthly Review Press, Nueva York, 1972). La obra de John Davis *The Evasive Peace* (John Murray, Londres, 1968) es una descripción de los problemas de un antiguo jefe de la UNRWA; como contexto de la obra de Davis puede verse Gary V. Smith, *Zionism: The Dream and the Reality, a Jewish Critique* (David and Charles, Londres, 1974), y Alan R. Taylor, *Prelude to Israel: An Analysis of*

Jewish Diplomacy (Philosophical Library, Nueva York, 1959). Un buen estudio reciente es el de David Waines, *A Sentence of Exile: The Palestine/Israel Conflict, 1897-1977* (Medina Press, Wilmette, IL, 1977), que puede utilizarse en conjunción con la historia política estadounidense estándar, en conjunto fiable a pesar de sus claros sesgos: J. C. Hurewitz, *The Struggle for Palestine* (1950, reed. en Schocken Books, Nueva York, 1976).

Dos libros de expertos periodistas que tratan del resurgimiento de la resistencia palestina en los años sesenta y a partir de entonces son los de Gérard Chaliand, *La Résistance Palestinienne*

(Seuil, París, 1970), y David Hirst, *The Gun and the Olive Branch: The Roots of Violence in the Middle East* (Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1977). Puede verse un interesante contexto, aunque algo incompleto, sobre la reciente resistencia palestina en Adnan Abu-Ghazaleh, *Arab Cultural Nationalism in Palestine During the British Mandate* (Institute for Palestine Studies, Beirut, 1973). Habría que leer asimismo el principal estudio de la corporación RAND sobre el movimiento guerrillero palestino: William Quandt, Fuad Jabber y Ann Mosely Lesch, *The Politics of Palestinian Nationalism* (University of California Press,

Berkeley, 1973). Quandt es actualmente miembro del Consejo de Seguridad Nacional estadounidense, y es considerado el hombre de Brzezinski en Oriente Próximo; por ello, véase también su *Decade of Decisions: American Policy Toward the Arab-Israeli Conflict* (University of California Press, Berkeley, 1977). Puede verse un material periodístico (y conservador) adicional sobre el período que abarca Quandt en Edward R. F. Sheehan, *The Arabs, Israelis, and Kissinger: A Secret History of American Diplomacy in the Middle East* (Reader's Digest Press, Nueva York, 1976); se dice que la mayor parte

de la información privilegiada de Sheehan se la filtró el propio Kissinger, dado que este es el héroe del libro. La información anterior sobre la política exterior estadounidense se estudia críticamente en Richard Stevens, *American Zionism and U.S. Foreign Policy 1942-1947* (Institute for Palestine Studies, Beirut, 1962), y puede verse un detallado trabajo sobre la influencia del voto judío en las elecciones de 1948 en la aleccionadora descripción de John Snetsinger, *Truman, The Jewish Vote and the Creation of Israel* (Hoover Institution Press, Stanford, 1974).

Una fiel historia palestina es la de Lorand Gaspar, *Histoire de la Palestine*

(Maspero, París, 1978), y para echar un vistazo a la poesía de los palestinos durante su lucha véase la recopilación publicada en Naseer Aruri y Edmund Ghareeb, *Enemy of the Sun: Poetry of Palestinian Resistance* (Drum and Spear Press, Washington, 1970). La obra de Sabri Jiryis, *The Arabs in Israel* (Monthly Review Press, Nueva York, 1976), basada casi exclusivamente en fuentes israelíes, narra en detalle la historia de cómo se oprime jurídicamente a los árabes que son ciudadanos israelíes; un importante trabajo, que puede leerse junto con el de Fouzi al-Asmar, *To Be An Arab in Israel* (Frances Pinter, Londres, 1975), una

versión íntegramente personal de la misma historia. Una obra más reciente y sociológicamente más sofisticada es la de Elia T. Zurayk, *The Palestinians in Israel: A Study in Internal Colonialism* (Routledge & Kegan Paul, Londres, 1979).

Aparte del de Isaac Deutscher (*El judío no sionista*, Ayuso, Madrid, 1971), el principal estudio socialista europeo de Oriente Próximo es el del orientalista francés Maxime Rodinson: véase su *Israel and the Arabs* (Pantheon, Nueva York, 1968) y su *Israel: A Colonial-Settler State?* (Monad Press, Nueva York, 1973). La mejor descripción no radical de lo que

ocurre en Israel está en Amnon Kapeliouk, *Israel: La Fin des mythes* (Albin Michel, París, 1975). Los artículos de Kapeliouk publicados en *Le Monde* y *Le Monde Diplomatique* resultan siempre tan impresionantes como importantes; junto con David Hirst (*Manchester Guardian*), Eric Rouleau (*Le Monde*) y John K. Cooley (*Christian Science Monitor*), su labor periodística se halla en un nivel muy superior al de todo lo que se publica regularmente en periódicos como el *New York Times*.

Los más sostenidos y brillantes análisis radicales de Oriente Próximo son los de Noam Chomsky: véase su

Peace in the Middle East? Reflections on Justice and Nationhood (Pantheon Books, Nueva York, 1974). También hay críticas israelíes al sionismo. *The Other Israel: The Radical Case Against Zionism*, ed. Arie Bober (Doubleday, Nueva York, 1972) es una. Luego hay también una serie de potentes libros publicados por Ithaca Press en Londres: *Documents from Israel, 1967-1973*, eds. Uri Davis y Norton Mezvinsky; *Israel and the Palestinians*, eds. Uri Davis, Andrew Mack y Nira Yuval-Davis (1975); Felicia Langer, *With My Own Eyes* (1975), un relato sombrío y bastante aterrador configurado por la narración que hace una abogada radical

de su defensa de los árabes frente al Estado, y *Dissent and Ideology in Israel: Resistance to the Draft, 1948-1973*, eds. Martin Blatt, Uri Davis y Paul Kleinbaum.

Sin duda, no obstante, el material más impresionante procedente de Israel se debe a Israel Shahak, profesor de química en la Universidad Hebrea, un formidable erudito y presidente de la Liga Israelí de Derechos Humanos. Shahak traduce artículos, realiza sus propios y detallados estudios, y organiza campañas en favor de los derechos humanos en Israel y en los Territorios Ocupados. Sus materiales (los Papeles Shahak) pueden obtenerse actualmente

en esta dirección: Palestine Human Rights Campaign, 1322 18th Street NW, Washington, D.C. 20036; un solo conjunto de ellos (basado en lo que sucede en unas tres semanas) vale más de lo que cualquier combinación de periódicos occidentales puede proporcionar a sus lectores en una década. Los informes regulares de Shahak deben complementarse con la única descripción en un solo volumen convenientemente disponible de las prácticas de ocupación israelíes: *Treatment of Palestinians in Israeli-Occupied West Bank and Gaza: Report of The National Lawyers Guild 1977 Middle East Delegation* (National

Lawyers Guild, Nueva York, 1978).

Además de la Campaña Palestina de Derechos Humanos, que regularmente celebra reuniones y distribuye bibliografía, varias organizaciones en Estados Unidos y en otros países publican material documental. La Asociación de Graduados Universitarios Árabe-Americanos (AAUG) publica libros, artículos sueltos, etcétera; pueden obtenerse escribiendo a: AAUG, P.O. Box 7391, North End Station, Detroit, MI, 48202. El Proyecto de Investigación e Información sobre Oriente Próximo (MERIP) es el único colectivo de investigación radical serio sobre Oriente Próximo de Estados

Unidos, y está dirigido casi íntegramente por estadounidenses; MERIP publica un boletín mensual, además de artículos sueltos. Puede escribirse a: MERIP, P.O. Box 3122, Columbia Heights Station, Washington, D.C., 20010. Otros materiales periódicos útiles pueden obtenerse de las publicaciones *Review of Middle Eastern Studies* (Ithaca Press), *Gazelle*, *Israleft*, *Khamsin*, *Monthly Review*, *In These Times* y *Seven Days*, así como las columnas de Alexander Cockburn y James Ridgeway en *Village Voice*. Zed Press en Inglaterra, y Maspero en Francia, publican asimismo importantes libros sobre el tema. También considero

interesante leer revistas militares, *The Wall Street Journal*, las audiencias del Congreso estadounidense, los archivos del Departamento de Estado, y otras publicaciones periódicas oficiales similares para ver el punto de vista que sostienen. La perspectiva oficial estadounidense sobre Oriente Próximo en particular está representada por una revista trimestral, *The Middle East Journal*. Como antídotos, especialmente con respecto a las guerras de 1967 y 1973, véanse: Ibrahim Abu-Lughod, ed., *The Arab-Israeli Confrontation of June 1967: An Arab Perspective* (Northwestern University Press, Evanston, 1970), y Naseer Aruri, ed.,

Middle East Crucible: Studies on the Arab-Israeli War of October 1973 (Medina Press, Wilmette, IL, 1975). Véase también Aharon Shen, *Israel and the Arab World* (Funk and Wagnallis, Nueva York, 1970).

Hay que hacer dos matizaciones: 1) los lectores occidentales todavía no pueden acceder fácilmente al material producido en árabe, que resulta obviamente crucial, como son los periódicos, los estudios, o los informes elaborados por el Centro de Investigación de la OLP en Beirut; 2) en comparación con el material prosionista, todo lo que he enumerado, con muy pocas excepciones, resulta mucho más

difícil de conseguir, una situación, como ya he dicho antes, resultado de la connivencia de las grandes redes, editoriales, agencias de prensa y distribuidoras.

Hay que mencionar varias obras más bastante recientes: Michael C. Hudson, *Arab Politics: The Search for Legitimacy* (Yale University Press, New Haven, 1977) habría de leerse para contrarrestar el Israel de Nadav Safran, *The Embattled Ally* (Harvard University Press, Cambridge, MA, 1978). A. W. Kayyali, *Palestine: A Modern History* (Croom Helm, Londres, 1978), es una competente historia árabe que debería complementarse con la

remarcable obra de Rosemary Sayigh, *Palestinians: From Peasants to Revolutionaries* (Zed Press, Londres, 1979). Saul Mishal, *West Bank East Bank: The Palestinians in Jordan 1949-1967* (Yale University Press, New Haven, 1976), y Sammy Smooha, *Israel: Pluralism and Conflict* (Routledge & Kegan Paul, Londres, 1978), son dos útiles trabajos israelíes. Finalmente están también la enormemente informativa obra de Alfred M. Lilienthal, *The Zionist Connection: What Price Peace?* (Dodd, Mead & Company, Nueva York, 1978), y el fascinante libro-entrevista de Abu Iyad (un alto cargo de la OLP), *Abu*

*Iyad: Palestinien sans patrie:
Entretiens avec Eric Rouleau* (Fayolle,
Paris, 1978).

Actualización bibliográfica

La obra más exhaustiva y mejor documentada de entre las de reciente aparición es la de Noam Chomsky, *The Fateful Triangle: The United States, Israel and the Palestinians* (South End, Boston, 1983; *El triángulo fatal: Estados Unidos, Israel y Palestina*, Popular, Madrid, 2002), que parte de la invasión israelí del Líbano en 1982, pero se ocupa de cuestiones históricas y morales de mayor envergadura. *Israel in Lebanon* (Ithaca Press, Londres, 1983)

es el informe de una comisión internacional dirigida por Sean McBride y Richard Falk. Tres recientes estudios derivados del contexto estadounidense son los de Cheryl Rubenberg, *Israel and the American National Interest* (University of Illinois Press, Urbana, 1986); John Quigley, *Palestine and Israel: A Challenge to Justice* (Duke University Press, Durham, 1990), y Edward W. Said y Christopher Hitchens, eds., *Blaming the Victims: Spurious Scholarship and the Palestinian Question* (Verso, Londres y Nueva York, 1988). Un importante estudio sobre la opinión pública occidental es el de Elia Zureik y Fouad

Moughrabi, *Public Opinion and the Palestine Question* (Croom Helm, Londres, 1987). Véanse también las revelaciones de Paul Findley, *They Dare to Speak Out: People and Institutions Confront Israel's Lobby* (Lawrence Hill, Westport, 1988).

Ha habido algo parecido a un estallido de erudición revisionista israelí. Los trabajos más notables son: Simha Flapan, *The Birth of Israel: Myths and Realities* (Pantheon, Nueva York, 1987); Tom Segev, *1949: The First Israelis* (The Free Press, Nueva York, 1986); Benny Morris, *The Birth of the Palestine Refugee Problem, 1947-1949* (Cambridge University Press,

Cambridge, 1987); Avi Shlaim, *Collusion Across the Jordan: King Abdullah, the Zionist Movement and the Partition of Palestine* (Columbia University Press, Nueva York, 1988); Benjamin Beit Hallahmi, *The Israeli Connection: Who Israel Arms and Why* (Pantheon, Nueva York, 1987), y Gershon Shafir, *Land, Labor, and the Origins of the Israeli-Palestinian Conflict 1882-1914* (Cambridge University Press, Cambridge, 1989). Dov Yermiya, *My War Diary: Lebanon, June 5-July 1, 1982* (South End Press, Boston, 1983), es un devastador relato en primera persona de la invasión del Líbano por parte de un coronel israelí

disidente. Véase también Jane Hunter, *Israeli Foreign Policy: South Africa and Central America* (South End Press, Boston, 1987).

Por primera vez, hoy puede encontrarse un impresionante número de estudios sobre la historia, la sociedad, la política y la cultura palestinas publicados en inglés. Todas las obras aquí citadas simpatizan con el punto de vista palestino y constituyen al mismo tiempo excelentes trabajos; muchas de ellas son de autores palestinos: Philip Mattar, *The Mufti of Jerusalem: Al-Hajj Amin al-Husayni and the Palestinian National Movement* (Columbia University Press, Nueva York, 1988);

Muhammad Y. Muslih, *The Origins of Palestinian Nationalism* (Columbia University Press, Nueva York, 1988); Michael Palumbo, *The Palestinian Catastrophe: The 1948 Expulsion of a People from Their Homeland* (Faber & Faber, Londres, 1987); David Gilmour, *Dispossessed: The Ordeal of the Palestinians 1917-1980* (Sidgwick & Jackson, Londres, 1980); B. K. Nijim y B. Muammar, *Toward the De-Arabization of Palestine/Israel 1945-1977* (Kendall/Hunt, Dubuque, IA, 1984); Rashid Jalidi, *Under Siege: PLO Decisionmaking During the 1982 War* (Columbia University Press, Nueva York, 1986).

Ha habido asimismo una serie de buenos ensayos fotográficos, todos los cuales han humanizado y dotado de significado la imagen de los palestinos: Walid Jalidi, *Before Their Diaspora: A Photographic History of the Palestinians 1876-1948* (Institute of Palestine Studies, Washington, 1984); Jonathan Dimbleby, con fotografías de Donald McCullin, *The Palestinians* (Quartet, Londres, 1979), que se centra en la vida palestina en el Líbano; Sarah Graham-Brown, *Palestinians and Their Society 1880-1946: A Photographic Essay* (Quartet, Londres, 1980); Edward W. Said, con fotografías de Jean Mohr, *After the Last Sky: Palestinian Lives*

(Pantheon, Nueva York, 1986).

Ha habido también varios estudios sobre la artesanía popular palestina. El más detallado, con mucho, es el brillantemente ilustrado y comentado *Palestinian Costumes* de Shelagh Weir (British Museum, Londres, 1989). Un equivalente verbal es la obra de Ibrahim Muhawi y Sharif Kanaana, *Speak Bird, Speak Again: Palestinian Arab Folktales* (University of California Press, Berkeley, 1989). Véase también Inea Bushnaq, *Arab Folktales* (Pantheon, Nueva York, 1987).

La vida de los palestinos dentro y fuera de Palestina se ha beneficiado del trabajo de Laurie A. Brand,

Palestinians in the Arab World: Institution Building and the Search for State (Columbia University Press, Nueva York, 1988); Said K. Aburish, *Children of Bethany: The Story of a Palestinian Family* (Indiana University Press, Bloomington, 1988); Fadwa Tuqan, *A Mountainous Journey: An Autobiography* (The Women's Press, Londres, 1990); Raja Shehadeh, *The Third Way: A Journal of Life in the West Bank* (Quartet, Londres, 1982), y Julie Peteet, *Gender in Crisis: Women and the Palestinian Resistance* (Columbia University Press, Nueva York, 1991).

La ocupación israelí y la Intifada se

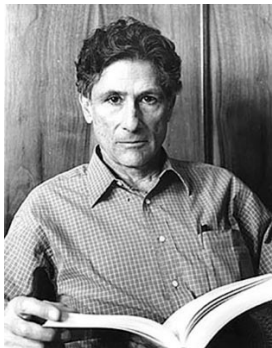
describen muy bien en Zachary Lockman y Joel Beinin, eds., *Intifada: The Palestinian Uprising Against Israeli Occupation* (South End, Boston, 1989); Jamal R. Nassar y Roger Heacock, *Intifada: Palestine at the Crossroads* (Praeger, Nueva York, 1990); Geoffrey Aronson, *Creating Facts: Israel, Palestinians and the West Bank* (Institute for Palestine Studies, Washington, 1987); Joost R. Hilterman, *Behind the Intifada: Labor and Women's Movements in the Occupied Territories* (Princeton University Press, Princeton, 1991); Naseer H. Aruri, ed., *Occupation: Israel Over Palestine* (2.^a ed., AAUG, Belmont, 1989); Gloria

Emerson, *Gaza, A Year in the Intifada: A Personal Account* (Atlantic Monthly, Nueva York, 1991). Tres extraordinarios testimonios de médicos que trabajaron en campos de refugiados son: Pauline Cutting, *Children of the Siege* (Heinemann, Londres, 1988); Swee Chai Aug, *From Beirut to Jerusalem* (Grafton Books, Londres, 1989), y Chris Giannou, *Besieged: A Doctor's Story of Life and Death in Beirut* (Key Porter Books, Toronto, 1990).

Por último, las siguientes obras proporcionan una perspectiva inesperada no sólo de los aspectos judío e israelí de la cuestión palestina, sino también del futuro de las relaciones

palestino-israelíes: Edwin Black, *The Transfer Agreement: The Untold Story of the Secret Pact Between the Third Reich and Jewish Palestine* (MacMillan, Nueva York, 1984); Edward Tivnan, *The Lobby: Jewish Political Power and American Foreign Policy* (Simon & Schuster, Nueva York, 1987); Mark A. Heller y Sari Nusseibeh, *No Trumpets, No Drums: A Two-State Settlement of the Israeli-Palestinian Conflict* (Hill and Wang, Nueva York, 1991); Marc H. Ellis, *Beyond Innocence and Redemption: Confronting the Holocaust and Israeli Power* (Harper & Row, Nueva York, 1990); Rosemary Radford Reuther

y Marc H. Ellis, eds., *Beyond Occupation: American, Jewish, Christian and Palestinian Voices for Peace* (Beacon Press, Boston, 1990).



EDWARD W. SAID (1935-2003) nació en Jerusalén y pasó parte de su juventud en el Líbano y El Cairo. Se educó en el Victoria College de El Cairo, en el Mount Hermon School de Massachusetts y en las universidades de Princeton y Harvard. En esta última ejerció la docencia durante breves períodos, así

como en las universidades de Yale y Johns Hopkins, pero fue en la Universidad de Columbia donde desarrolló casi toda su carrera investigadora como catedrático de literatura inglesa y comparada. Su actividad como pensador se extendió a la literatura, la política, la música, la filosofía y la historia. Colaboró asiduamente en las publicaciones *The Nation*, *The Guardian*, *London Review of Books*, *Le Monde Diplomatique*, *Counterpunch* y *Al Ahram*. En 2002 recibió, junto con Daniel Barenboim, el Premio Príncipe de Asturias a la Concordia por su aportación al acercamiento entre jóvenes talentos

árabes e israelíes. Entre su numerosa e importante producción destacan Cultura e imperialismo y las siguientes cinco obras, publicadas por Debolsillo: *Orientalismo, un clásico entre los estudios culturales y literarios*; *Nuevas crónicas palestinas*; las memorias *Fuera de lugar*, con las que obtuvo el Premio New Yorker al Mejor Libro de Ensayo de 1999; *El mundo, el texto y el crítico*, y *Música al límite*. Falleció en Nueva York en septiembre de 2003.

Notas

[1] En relación con un tipo análogo de censura, véase Noam Chomsky, «10 Years After Tet: The Big Story That Got Away», *More*, 8, 6 (junio de 1978), pp. 16-23. <<

[2] Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1973, p. 290 (hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 2010).

<<

[3] Edward W. Said, *Orientalism*, Pantheon Books, Nueva York, 1978, pp. 31-49 (hay trad. cast.: *Orientalismo*, Debate, Barcelona, 2002). <<

[4] Existe una detallada descripción de la censura de prensa y editorial impuesta (por consenso) en torno al problema palestino en Inglaterra en Christopher Mayhew y Michael Adams, *Publish It Not: The Middle East Cover-Up* (Longman Group, Londres, 1975). Obsérvese asimismo que cualquier libro israelí o proisraelí aparece reseñado rutinariamente en el *New York Times* por uno u otro proisraelí conocido (así, por ejemplo, Irving Howe reseña el libro de Saul Bellow *To Jerusalem and Back*; Saul Bellow, el libro de Teddy Kollek en torno a su experiencia como alcalde

de Jerusalén, etc.). Sin embargo, cualquier libro escrito por un árabe o por alguien que se muestre crítico con Israel es reseñado, no menos rutinariamente, por un crítico proionista (por ejemplo, Michael Walzer reseña el libro de Noam Chomsky *Peace in the Middle East?*; o Nadav Safran, la autobiografía de Sadat). *The New York Review of Books* no ha publicado casi literalmente nada de ningún palestino desde que la cuestión palestina saltó a la palestra a partir de 1974. En 1978, *NYRB* ciertamente publicó algunos artículos más o menos críticos con Israel, a cargo de I. F. Stone, Guido Goldman y Stanley Hoffmann, todos los

cuales respaldaban una u otra clase de autodeterminación palestina; y, sin embargo, permanece la barrera de hierro contra la posibilidad de que los palestinos —de los que no hay precisamente escasez— se representen a sí mismos. Más grave es la escandalosa falta de información en torno a lo que ocurre en Israel o en los Territorios Ocupados; existe un bloqueo informativo casi total de noticias sobre las prácticas del gobierno de Israel (la mayoría de ellas rutinariamente tratadas en la prensa israelí), todas las cuales, de haberse producido en cualquier otro lugar del mundo, habrían sido noticia de primera página. <<

[5] El *locus classicus* es Bernard Lewis, «The Return of Islam», *Commentary*, enero de 1976; se trata de una versión refundida de su ensayo «The Revolt of Islam», publicado en Bernard Lewis, *The Middle East and the West*, Indiana University Press, Bloomington, IN, 1964. Ambos son útiles ejemplos de propaganda sionista: véase mi análisis de ellos en *Orientalism*, pp. 316-319.

<<

[6] Alphonse de Lamartine, *Voyage en Orient* (1835), reed. en Hachette, París, 1887, vol. 2, p. 533 (hay trad. cast.: *Viaje a Oriente*, Abraxas, Barcelona, 2007). <<

[7] Citado de Istakhari e Ibn Hankal, en Guy Le Strange, *Palestine Under the Moslems: A Description of Syria and the Holy Land from a. d. 650 to 1500* Translated from the Works of the Medieval Arab Geographers (1890), reed. en Khayati, Beirut, 1965, p. 28. <<

[8] Citado en Richard Bevis, «Making the Desert Bloom: An Historical Picture of Pre-Zionist Palestine», *The Middle East Newsletter*, V, 2 (febrero-marzo de 1971), p. 4. <<

[9] *The Anglo-Palestine Yearbook 1947-1948*, Anglo-Palestine Publications, Londres, 1948, p. 33. <<

[10] Véase Adnan Abu-Ghazaleh, *Arab Cultural Nationalism in Palestine*, Institute for Palestine Studies, Beirut, 1973. <<

[11] Theodor Herzl, *Complete Diaries*, ed. de Raphael Patai, trad. de Harry Zohn, Herzl Press & T. Yoseloff, Nueva York, 1960, vol. I, p. 88. <<

[12] *Palestine Papers 1917-1922: Seeds of Conflict*, ed. y notas de Doreen Ingrams, John Maney, Londres, 1972, pp. 19 y ss. <<

[13] *Documents From Israel, 1967-1973 : Readings for a Critique of Zionism*, ed. de Uri Davis y Norton Mezvinsky, Ithaca Press, Londres, 1975, p. 44. <<

[14] Janet Abu-Lughod, «The Demographic Transformation of Palestine», en *The Transformation of Palestine*, ed. de Ibrahim Abu-Lughod, Northwestern University Press, Evanston, IL, 1971, pp. 153-161. <<

[15] Citado en Christopher Sykes, *Crossroads to Israel, 1917-1948* (1965), reed. en Indiana University Press, Bloomington, IN, 1973, p. 5. <<

[16] J. Abu-Lughod, «The Demographic Transformation», pp. 141-142 y 152-153

. <<

[17] *A Survey of Palestine 1946: Prepared in December 1945 and January 1946 for the Information of the Anglo-American Committee of Inquiry, Jerusalén, 1946, p. 146. <<*

[18] Amos Elon, *The Israelis: Founders and Sons* (1971), reed. en Bantam Books, Nueva York, 1972, pp. 194 y ss.

<<

[19] Véase Ingrams, *Palestine Papers*, pp. 20 y 28. <<

[20] *Ibid.*, p. 58. <<

[21] Chaim Weizmann, *Trial and Error: The Autobiography of Chaim Weizmann*, Harper & Row, Nueva York, 1959, p. 462. <<

[22] Puede verse un informe desmitificador sobre los kibutzim en *The Candid Kibbutz Book*, MERAG, Londres, 1978. <<

[23] Elon, *The Israelis*, pp. 220 y 222.

<<

[24] Citado en James McDonald, *My Mission to Israel*, Simon & Schuster, Nueva York, 1951, p. 176. <<

[25] George Antonius, *The Arab Awakening: The Story of the Arab National Movement* (1938), reed. en G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1946, p. 15. <<

[26] Trato este tema en detalle en *Orientalism*, pp. 284-328. <<

[27] Ingrams, *Palestine Papers*, pp. 31-32. <<

[28] Este tema se trata en Eric Stokes, *The English Utilitarians and India*, Clarendon Press, Oxford, 1959. <<

[29] Edmund Wilson, *A Piece of My Mind: Reflections at Sixty*, Doubleday & Co., Nueva York, 1958, p. 85. <<

[30] Edmund Wilson, *Black, Red, Blond and Olive*, Oxford University Press, Nueva York, 1956, pp. 462-463. <<

[31] Sabri Jiryis, *The Arabs in Israel*, trad. de Inea Engler, Monthly Review Press, Nueva York, 1976. <<

[32] Saul Bellow, *To Jerusalem and Back*, The Viking Press, Nueva York, 1976 (hay trad. cast.: *Jerusalén, ida y vuelta*, Península, Barcelona, 2004), y Stephen Spender, «Among the Israelis», en *The New York Review of Books* (6 de marzo de 1975); véase también Noam Chomsky, «What Every American Should Believe», *Gazelle Review*, 2, Ithaca Press, Londres, 1977, pp. 24-32, para una crítica de Bellow. <<

[33] Véase I. F. Stone, «Confessions of a Jewish Dissident», publicado como epílogo en su *Underground to Palestine, and Reflections Thirty Years Later*, Pantheon Books, Nueva York, 1978, pp. 229-240. <<

[34] Esta postura aparece perfectamente expuesta en la obra de Moynihan *A Dangerous Place*, Little, Brown & Company, Boston, 1978. <<

[35] Nicholas von Hoffman, *Anaheim Bulletin*, 11 de julio de 1977. <<

[36] Citado en *The Right of Return of the Palestinian People*, United Nations Publications, 1978, pp. 6-7. <<

[37] I. F. Stone, «Confessions of a Jewish Dissident», en *Underground to Palestine, and Reflections Thirty Years Later*, Pantheon Books, Nueva York, 1978. <<

[38] George Eliot, *Daniel Deronda*, Penguin Books, Londres, 1967, p. 50 (hay trad. cast.: *Daniel Deronda*, Homo Legens, Madrid, 2010). <<

[39] *Ibid.*, p. 592. <<

[40] *Ibid.*, pp. 594-595. <<

[41] Edward W. Said, *Orientalism*, Pantheon Books, Nueva York, 1978, pp. 153-157, 214 y 228. <<

[42] Arthur Hertzberg, ed., *The Zionist Idea: A Historical Analysis and Reader*, Atheneum Publishers, Nueva York, 1976, p. 133. <<

[43] *Ibid.*, p. 134. <<

[44] Véase Sabri Jiryis, *The Arabs in Israel*, Monthly Review Press, Nueva York, 1976, *passim*; también contiene una buena argumentación *The Non-Jew in the Jewish State: A Collection of Documents*, ed. de Israel Shahak (publicado por el propio Shahak, 2 Bartenura Street, Jerusalén), 1975. <<

[45] Véase *Imperialism: The Documentary History of Western Civilization*, ed. de Philip D. Curtin, Walker & Company, Nueva York, 1971, que contiene una buena selección de la literatura imperialista de los últimos doscientos años. Personalmente, examino el contexto intelectual y cultural del período en *Orientalismo*, caps. 2 y 3. <<

[46] Citado en Desmond Stewart,
Theodor Herzl, Doubleday & Co.,
Garden City, NY, 1974, p. 192. <<

[47] Antonio Gramsci, *The Prison Notebooks: Selections*, ed. y trad. de Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith, International Publishers Co., Nueva York, 1971, p. 324. Puede verse el texto completo original en Antonio Gramsci, *Quaderni del Carcere*, ed. de Valentino Gerratana, Einaudi Editore, Turín, 1975, vol. 2, p. 1363 (hay trad. cast.: *Cartas desde la cárcel*, Veintisiete Letras, Madrid, 2010). <<

[48] Véase Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1973, p. 129.

<<

[49] Harry Bracken, «Essence, Accident and Race», *Hermathena*, 116 (invierno de 1973), pp. 81-96. <<

[50] Véase Curtin, *Imperialism*, pp. 93-105, que contiene un importante extracto el libro de Knox. <<

[51] George Nathaniel Curzon, *Subjects of the Day: Being a Selection of Speeches and Writings*, George Allen & Unwin, Londres, 1915, pp. 155-156. <<

[52] Joseph Conrad, *Heart of Darkness*, en *Youth and Two Other Stories*, Doubleday, Page, Garden City, NY, 1925, p. 52 (hay trad. cast.: *El corazón de las tinieblas*, Mondadori, Barcelona, 2009). <<

[53] *Ibid.*, pp. 50-51. <<

[54] Agnes Murphy, *The Ideology of French Imperialism, 1817-1881*, The Catholic University of America Press, Washington, 1948, pp. 110, 136 y 189.

<<

[55] Amos Oz, un destacado novelista israelí (considerado también una «paloma»), lo expresa magníficamente: «Mientras viva, me sentiré emocionado por todos aquellos que vinieron a la Tierra Prometida para hacer de ella, o bien un paraíso bucólico o [un conjunto de] igualitarias comunas tolstoianas, o bien un enclave centroeuropeo culto y de clase media, una réplica de Austria o Baviera. O por aquellos que querían levantar un paraíso marxista, que construyeron kibutzim en lugares bíblicos y anhelaban en secreto que llegara un día en que Stalin hubiera de

admitir: “¡Condenados judíos! Lo habéis hecho mejor que yo”» (*Time*, 15 de mayo de 1978, p. 61). <<

[56] He extraído todas estas citas de una excelente e inestimable tesis de licenciatura presentada por Miriam Rosen en el Hunter College en 1976: «The Last Crusade: British Archeology in Palestine, 1865-1920», pp. 18-21. <<

[57] Véase Neville J. Mandel, *The Arabs and Zionism before World War I*, University of California Press, Berkeley, 1976, y Yehoshua Porath, *The Emergence of the Palestinian-Arab National Movement*, vol. I, 1918-1929, Frank Cass & Co., Londres, 1974. <<

[58] Véase la sincera descripción histórica de Amos Elon, *The Israelis: Founders and Sons* (1971), reed. en Bantam Books, Nueva York, 1972, pp. 218-224. <<

[59] Maxime Rodinson, *Israel: A Colonial-Settler State?*, trad. de David Thorstad, Monad Press of the Anchor Foundation, Nueva York, 1973, p. 39.

<<

[60] *Ibid.*, p. 38. <<

[61] Citado en David Waines, «The Failure of the Nationalist Resistance», en *The Transformation of Palestine*, ed. de Ibrahim Abu-Lughod, Northwestern University Press, Evanston, IL, 1971, p. 220. <<

[62] *Ibid.*, p. 213. <<

[63] Chaim Weizmann, *Trail and Error: The Autobiography of Chaim Weizmann*, Harper & Row, Nueva York, 1959, p. 371. <<

[64] *Ibid.*, p. 125. <<

[65] *Ibid.*, pp. 128-129 y 253. <<

[66] *Ibid.*, p. 128. <<

[67] Yehoshafat Harkabi, *Arab Attitudes to Israel*, Keter Press, Jerusalén, 1972. Harkabi era jefe de la inteligencia militar hasta que fue destituido en 1959 por Ben Gurión. Más tarde se convirtió en profesor de la Universidad Hebrea y experto arabista, y, de hecho, en el principal propagandista en Israel contra todo lo árabe y/o especialmente palestino. Véase, por ejemplo, su virulenta obra antipalestina (distribuida gratuitamente en Estados Unidos por la embajada israelí) *Palestinians and Israel*, Keter Press, Jerusalén, 1974. Sorprendentemente, el general Harkabi

se ha convertido hace poco en una «paloma» y en uno de los partidarios del movimiento Paz Ahora. <<

[68] Reproducido en *HaOlam Hازه*, 15 de mayo de 1974. El director de *HaOlam Hازه*, Uri Avnery, ha escrito un interesante libro, aunque algo demagógico, al que vale la pena echar un vistazo por la luz que arroja sobre la política israelí: *Israel Without Zionism: A Plea for Peace in the Middle East*, Macmillan Publishing Co., Nueva York, 1968. La obra contiene cáusticos ataques a personas como Moshé Dayán, a quien Avnery describe básicamente como un «cazador de árabes» (en referencia a los «cazadores de indios» del oeste americano). <<

[69] Weizmann, *Trial and Error*, p. 130.

<<

[70] *Ibid.*, p. 188. <<

[71] *Ibid.*, pp. 215-216. <<

[72] *Ibid.*, p. 130. <<

[73] C. L. Temple, *The Native Races and Their Rulers* (1918), reed. en Frank Cass & Co., Londres, 1968, p. 41. <<

[74] Weizmann, *Trial and Error*, pp. 156-157. <<

[75] Sobre el ejército como eje de organización de la sociedad, véase Michel Foucault, «Questions à Michel Foucault sur la géographie», *Hérodote*, 1, 1 (primer trimestre de 1976), p. 85. Véase también Yves Lacoste, *La Géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre*, Maspero, París, 1976. <<

[76] Detalles extraídos de Walter Lehn, «The Jewish National Fund», *Journal of Palestine Studies*, III, 4 (verano de 1974), pp. 74-96. Vale la pena señalar que durante el curso académico 1977-1978 Lehn, profesor jubilado de lingüística, fue profesor visitante en la Universidad de Birzeit, la única institución árabe de enseñanza superior en la ocupada Cisjordania. Durante ese año prosiguió su investigación sobre el Fondo Nacional Judío, y también firmó una carta abierta, el 6 de enero, en protesta (como testigo presencial) por la salvaje agresión a dos jóvenes

estudiantes palestinos por parte de soldados israelíes (uno de ellos tuvo que ser hospitalizado tras quedar inconsciente a consecuencia de la paliza). A comienzos de mayo de 1978, las autoridades militares de Cisjordania negaron el permiso de trabajo a Lehn y a otros seis profesores; ni un solo periódico estadounidense se hizo eco de la noticia. Véase también Uri Davis y Walter Lehn, «And the Fund Still Lives», *Journal of Palestine Studies*, VII, 4 (verano de 1978), pp. 3-33. <<

[77] A modo de ejemplo, considérese el destino de Umm al-Fahm, un importante pueblo árabe cedido a Israel en 1949 por el rey Abdalá de Jordania en el marco del acuerdo Rhodes. Antes de 1948, el municipio tenía 140 000 dunams, con una población de 5000 personas. En 1978, Umm al-Fahm contaba con unos 20 000 habitantes árabes, pero la extensión de sus tierras se había reducido a 15 000 dunams, casi todas ellas rocosas y pobres para el cultivo. Las mejores tierras fueron confiscadas por medio de varios decretos «legales», entre ellos la Ley de

Tierras, Seguros y Compensaciones de 1953. Probablemente, la mayor ironía es que en las tierras árabes confiscadas se crearon dos kibutzim socialistas: Megiddo y Givat Oz. El resto se cedió a un *moshav*, o asentamiento agrario cooperativo. <<

[78] Yosef Weitz, *My Diary and Letters to the Children*, Massada, Tel Aviv, 1965, vol. II, pp. 181-182. <<

[79] Jon y David Kimche, *A Clash of Destinies: The Arab-Jewish War and the Founding of the State of Israel*, Praeger Publishers, Nueva York, 1960, p. 92. Véanse también los dos importantes artículos de Walid Jalidi, «The Fall of Haifa», *Middle East Forum*, XXXV, 10 (diciembre de 1959), pp. 22-32, y «Plan Dalet: The Zionist Blueprint for the Conquest of Palestine», *Middle East Forum*, XXXVII, 9 (noviembre de 1961), pp. 22-28. <<

[80] El estudio más exhaustivo sobre el éxodo palestino realizado hasta la fecha, después de revisar toda la prensa y las emisiones radiofónicas del período, no reveló absolutamente evidencia alguna de la existencia de «órdenes de marcharse», o de otra cosa que no fuera instar a los palestinos a permanecer en su país. Por desgracia, el terror resultó demasiado grande para una población en su mayor parte desarmada. Véase Erskine Childers, «The Wordless Wish: From Citizens to Refugees», en *The Transformation of Palestine*, ed. de Ibrahim Abu-Lughod, Northwestern

University Press, Evanston, IL, 1971, pp. 165-202. Childers, de origen irlandés, era un periodista *freelance* cuando realizó su investigación; sus hallazgos resultan devastadores para los argumentos sionistas. <<

[81] Véase Avnery, *Israel Without Zionism*. <<

[82] Weitz, *My Diary*, vol. III, p. 293. <<

[83] *Ibid.*, p. 302. <<

[84] Tawfiq Zayyad, «Fate of the Arabs in Israel», *Journal of Palestine Studies*, VI, 1 (otoño de 1976), pp. 98-99. <<

[85] Sin embargo, en su editorial del 19 de mayo de 1976, el *New York Times* calificaba a la ocupación israelí de Gaza y Cisjordania como «un modelo de futura cooperación» entre los dos pueblos. La destrucción israelí de casas árabes, la tortura, la deportación, el asesinato, la detención administrativa... todo ello ha sido denunciado por Amnistía Internacional, la Cruz Roja, e incluso el informe de 1978 del Departamento de Estado norteamericano sobre violaciones de los derechos humanos. Y, a pesar de ello, la represión continúa, tanto de las maneras crudas y

groseramente brutales que he mencionado como también de otras formas distintas. El castigo colectivo es habitual: en 1969, el gobernador militar prohibió la venta de carne de cordero como castigo en toda la ciudad de Ramallah; en 1970, en plena temporada de la vendimia, se prohibió la venta, la cosecha, etcétera, de uva, a menos que los notables denunciaran la propaganda de la OLP. En abril de 1978 se impuso un toque de queda de siete días en Nablus debido a que «los habitantes no colaboraban con la policía». <<

[86] Citado en Jiryis, *The Arabs in Israel*, p. 70. <<

[87] Véase Saul Bellow, *To Jerusalem and Back*, The Viking Press, Nueva York, 1976, pp. 152-161 y *passim*. <<

[88] El trabajo de John Cooley, «Settlement Drive Lies Behind Latest Israeli “No”», *Christian Science Monitor*, 25 de julio de 1978, deja claro que para el año 2000 Israel planea oficialmente poblar Cisjordania con una mayoría judía (1,25 millones) y pretende convertir Yamit (en la zona de Rafah, en el Sinaí ocupado) en una gran ciudad israelí, hoy en construcción. Según Arye Duzin, presidente de la Agencia Judía, Yamit «debe permanecer siempre bajo la soberanía judía», tal como preveía el Ejecutivo Sionista en 1903. Muchos de los asentamientos se poblarán con judíos

sudafricanos (de ahí la estrecha cooperación militar —de hecho, nuclear — de Israel con Sudáfrica, y sus relaciones especialmente cordiales con el primer ministro John Vorster, un nazi convicto), estadounidenses y, por supuesto, rusos. <<

[89] Jiryis, *Arabs in Israel*, p. 70. <<

[90] El Informe Koenig se publicó íntegramente, en traducción inglesa, en *SWASIA*, III, 41 (15 de octubre de 1976).

<<

[91] Tomemos como ejemplo la incursión realizada en Ma'alot por los palestinos en mayo de 1974. Hoy este suceso de ha convertido en sinónimo de terrorismo palestino, pero ni un solo periódico estadounidense dejó constancia del hecho de que, durante dos semanas seguidas antes del incidente, se utilizó la artillería y la fuerza aérea israelíes para bombardear despiadadamente el sur del Líbano. Más de 200 civiles murieron a causa del napalm, y al menos otros 10 000 se quedaron sin hogar. A pesar de todo ello, sólo se recuerda Ma'alot.

<<

[92] Citado en Nafez Nazzal, «The Zionist Occupation of Western Galilee, 1948», *Journal of Palestine Studies*, III, 3 (primavera de 1974), p. 70. <<

[93] Se encontrará una visión europea algo desafecta sobre este tema en Gérard Chaliand, *Restoration in the Third World: Myths and Prospects*, trad. ing., The Viking Press, Nueva York, 1977. <<

[94] Sabri Jiryis, *The Arabs in Israel*, Monthly Review Press, Nueva York, 1976, pp. 210-212. <<

[95] *Enemy of the Sun: Poetry of Palestinian Resistance*, ed. de Naseer Arari y Edmund Ghareeb, Drum and Spear Press, Washington, 1970, p. 66.

<<

[96] Véase Rosemary Sayigh,
*Palestinians: From Peasants to
Revolutionaries*, Zed Press,
Londres, 1979. <<

[97] Sobre el estado de los árabes bajo la dominación israelí, pueden encontrarse excelentes informes en los documentos elaborados por la Campaña pro Derechos Humanos en Palestina (Palestine Human Rights Campaign, 1322 18th Street, NW, Washington, D.C.), el doctor Israel Shahak en el propio Israel (sus informes y traducciones realizados en nombre de la Liga Israelí de Derechos Humanos suele distribuirlos la Campaña pro Derechos Humanos en Palestina), y diversos grupos progresistas como el Comité de Servicio de los Amigos

[cuáqueros] Estadounidenses, el Comité Central Menonita, el Consejo Mundial de Iglesias, etcétera; y asimismo, Amnistía Internacional, la Cruz Roja, e incluso el informe sobre derechos humanos del Departamento de Estado norteamericano, que en 1977 y 1978 mencionaba el trato dado por Israel a sus súbditos no judíos. <<

[98] Abu-Lughod, reseña de Jiryis, *The Arabs in Israel*, en *MERIP Reports*, 58 (junio de 1977), p. 24. <<

[99] Albert Hourani, *Minorities in the Arab World*, Oxford University Press, Londres, 1947, p. 22. <<

[¹⁰⁰] Norman Daniel, *Islam and the West: The Making of an Image*, University Press, Edimburgo, 1960. <<

[¹⁰¹] Yehoshafat Harkabi, *The Position of Israel in the Israeli-Arab Conflict*, Dvir, Tel Aviv, 1967, p. 84. <<

[102] Ghasan Kanafani, *Rijal fil Shams*, Dar-al-Taliah, Beirut, 1963, pp. 7-8 (hay trad. cast.: *Hombres al sol*, Pamiela, Navarra, 1991). <<

[103] Esto resulta especialmente cierto en el caso de los informes de prensa, pero en el trabajo estándar estadounidense cuasioficial sobre los palestinos apenas se conocen los factores humanos que permitieron cosechar apoyos a la OLP. Véase William Quandt, Fuad Jabber y Ann Mosely Lesch, *The Politics of Palestinian Nationalism*, University of California Press, Berkeley, 1977, estudio realizado por la Corporación RAND. <<

[104] El fiasco de la prensa estadounidense en torno a Irán, el olvido de lo que está ocurriendo en Timor Oriental y en otras partes, todo ello se deriva de la misma falta de investigación independiente, la misma predisposición a ignorar una historia perturbadora, y la misma aceptación de la propaganda estatal. Véase William A. Dorman y Elsan Omeed, «Reporting Iran the Shah's Way», *Columbia Journalism Review*, XVII, 5 (enero-febrero de 1979), pp. 27-33; asimismo, sobre la cuestión de Timor Oriental y su olvido por parte de la prensa, véase el discurso

pronunciado por Noam Chomsky ante el IV Comité de la Asamblea General de las Naciones Unidas en noviembre de 1978; con respecto a las informaciones inexactas sobre el «islam», véase Edward W. Said, «Whose Islam?», *The New York Times*, 29 de enero de 1979.

<<

[105] Véase Sarah Graham-Brown, «The Structural Impact of Israeli Colonization», *MERIP Reports* n.º 74, IX, 1 (enero de 1979), pp. 9-20. Este es el análisis más completo sobre el tema del que actualmente se dispone. <<

[106] El movimiento Paz Ahora, extremadamente comprometido y lejos de estar unido en sus objetivos, es uno de ellos; otro es Sheli, la agrupación representada en la Knesset por Arie Eliav; y otro más es el enmarcado en el Consejo Israelí-Palestino por la Paz. Ninguno de estos grupos ha llegado nunca tan lejos como Rakah, la Liga Israelí pro Derechos Humanos o las diversas ramificaciones de Matzpen, todos los cuales constituyen, como mucho, una minoría dentro de otra minoría. <<

[107] Un reciente ensayo sosteniendo este punto de vista —en mi opinión, de manera excesivamente indiscriminada— es el de Fouad Ajami, «The End of Pan-Arabism», *Foreign Affairs*, 57, 2 (invierno de 1978-1979), pp. 353-373.

<<

[108] John Steinberg, «The New World (Dis)order», *Seven Days*, III, 3 (30 de marzo de 1979), pp. 14-16. <<

[109] Gérard Chaliand, *Revolution in the Third World: Myths and Prospects*, trad. ing., The Viking Press, Nueva York, 1977. <<

[110] Hisham Sharaby, *Muqadimat li dirasit al mujtama' al'araby*, Dar al Mutahida, Beirut, 1975; Murray Bookchin, *The Spanish Anarchists: The Heroic Years, 1868-1936* (1977), reed. en Harper & Row, Nueva York, 1978 (hay trad. cast.: *Los anarquistas españoles; los años heroicos 1868-1936*, Grijalbo, Barcelona, 1979).

<<

[111] Una posible excepción (hay varias) es el trabajo de Munif al-Razzaz, del que sin embargo apenas se dispone de traducciones. Puede verse una buena muestra del reciente pensamiento político y cultural árabe en las dos selecciones editadas por Anwar Abdel Malek: *Anthologie de la littérature arabe: Les essais*, Seuil, París, 1965, y *La Pensée politique arabe contemporaine*, Seuil, París, 1970. <<

[112] Harold Saunders, en *MERIP Reports*, n.º 70, 8, 7 (septiembre de 1978), pp. 13-15. <<

[113] Puede verse una desmitificación de esta visión oficial en Noam Chomsky, «*Human Rights*» and *American Foreign Policy*, Spokesman Books, Washington, 1978. <<

[114] Véase I. F. Stone, «The Case for Camp David», *New York Review of Books*, 28 de octubre de 1978. <<

[115] Véanse las siguientes cartas: de Sadat a Carter, de Carter a Sadat, de Begin a Carter, de Carter a Begin; todas ellas firmadas y anexas a los Acuerdos de Camp David, 18 de septiembre de 1978. <<

[116] Sobre este tema, véase Amnon Kapeliouk, «De l'affrontement à la convergence», *Le Monde Diplomatique* (diciembre de 1977), p. 18. <<

[117] Walid Jalidi, «Thinking the Unthinkable: A Sovereign Palestinian State», *Foreign Affairs*, 56, 4 (julio de 1978), pp. 695-713. <<

[118] Véase el *New York Times* del 29 de marzo de 1979. <<

[119] Véase Malcolm Kerr, *The Arab Cold War 1958-1967: A Study of Ideology in Politics*, 2.^a ed., Oxford University Press, Londres, 1967. <<

[120] Testimonio de Yehuda Zvi Blum en *The Colonization of the West Bank Territories by Israel*, Hearings Before the Subcommittee on Immigration and Nationalization of the Committee of the Judiciary, U.S. Senate, 17 y 18 de octubre de 1977, pp. 24-46. <<

[121] Véanse los argumentos justificando las agresiones israelíes de Michael Walzer, *Just and Unjust Wars: A Moral Argument with Historical Illustrations*, Basic Books, Nueva York, 1977 (hay trad. cast.: *Guerras justas e injustas: un razonamiento moral con ejemplos históricos*, Paidós, Barcelona, 2005). Véase también la crítica a la indulgencia de Walzer con respecto a Israel en Noam Chomsky, «An Exception to the Rules», *Inquiry*, 17 de abril de 1978, pp. 23-27, y Richard Falk, «The Moral Argument as Apologia», *The Nation*, 25 de marzo de 1978, pp. 341-343. <<

[122] Michael Bar-Zohar, *Ben-Gurion: A Biography*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1978, p. 161. <<

[123] Véanse los detalles de la trayectoria profesional del general Ariel Sharon (especialmente en la notoria Unidad 101) publicados en *The Voice of Zionism*, editado por *Middle East International* (Room 105, Grand Buildings, Trafalgar Square, WC2N 5EP, Londres), s.f., pp. 46-57. <<

[124] Clinton Bailey en *The Jerusalem Post*, 22 de febrero de 1979. <<

[125] Un reciente informe sobre apropiaciones de tierras y asentamientos en los Territorios Ocupados es el de Paul Quiring, «Israeli Settlements and Palestinian Rights», *Middle East International*, 87 (septiembre de 1978), pp. 10-12 y 88 (octubre de 1978), pp. 12-15. <<

[126] Véase Amnon Kapeliouk, « L'Autonomie selon Israel», *Le Monde Diplomatique*, enero de 1979. <<

[127] Fayez Sayegh, «The Camp David Agreement and the Palestine Problem», *Journal of Palestine Studies*, VIII, 2 (invierno de 1979), p. 40. <<

[128] Véase Michael C. Hudson, *Arab Politics: The Search for Legitimacy*, Yale University Press, New Haven, 1977. <<

[129] Parte de esta labor se ha hecho ya. Véase el importante artículo de Barbara Kalkas, «Diverted Institutions: A Reinterpretation of the Process of Industrialization in Nineteenth Century Egypt», *Arab Studies Quarterly*, 1, 1 (invierno de 1979), pp. 28-48. <<

[130] El mejor libro sobre el tema es el de Anwar Abdel Malek, *Egypt, Military Society*, trad. de Charles Markham, Random House, Nueva York, 1968. <<

[131] Sobre el nacionalismo palestino entre 1949 y 1967, véase Saul Mishal, *East Bank West Bank: The Palestinians in Jordan, 1940-1967*, Yale University Press, New Haven, 1978. <<

[132] El más «experto» defensor de esta visión es el general Yehoshafat Harkabi, cuyos libros constituyen una lectura estándar para el ejército israelí y se distribuyen rutinariamente en las embajadas y consulados israelíes de Occidente. Véase su *Palestinians and Israel*, Keter Press, Jerusalén, 1974. <<

[133] Véase, por ejemplo, *The Market of Arab Children in Israel: A Collection by the Israel League for Human and Civil Rights*, P.O. Box 14192, Tel Aviv, 1978. <<

[134] Véase Roger Morris, *Uncertain Greatness: Henry Kissinger and American Foreign Policy*, Harper & Row, Nueva York, 1977, p. 261. <<

[135] El análisis más convincente de la política estadounidense en este período se encuentra en Eqbal Ahmad, «What Washington Wants», en *Middle East Crucible: Studies on the Arab-Israeli War of October 1973*, ed. de Naseer H. Aruri, Medina Press, Wilmette, IL, 1975, pp. 227-264. Véase también mi estudio sobre el período anterior, «The United States and the Conflict of Powers in the Middle East», *Journal of Palestine Studies*, II, 3 (primavera de 1973), pp. 30-50. <<

[136] «Towards Peace in the Middle East», informe de un grupo de estudio, The Brookings Institution, 1975. <<

[137] La mejor descripción del problema es la de Amnon Kapeliouk, «Le Pari», *Le Monde Diplomatique*, abril de 1979.

<<

[138] Sobre este tema, y el problema de la prohibición de hablar a los palestinos en Estados Unidos, véase el editorial del *Washington Post* del 12 de abril de 1979. <<

[139] Prácticamente se presenta el mismo argumento en Salah Khalaf (Abu Iyad) en *Palestinien sans patrie: Entretiens avec Eric Rouleau*, Fayolle, París, 1978. <<

[9] Un dunam equivale a 0,10 hectáreas.

<<